PLACERES ENCANTADOS
(Enchanting Pleasures)

Eloisa James

RESUMEN

-Bienvenida a Inglaterra, señorita Jerningham.
Quill Dewland acude al puerto a recibir a su futura cuñada que llega de la India y apenas puede disimular su sorpresa; esperaba ver a una heredera y quien baja del barco en su lugar es una joven despeinada y regordeta, cuya espontaneidad choca con las estrictas costumbres de la sociedad victoriana. De hecho su hermano Peter, el novio, esta horrorizado. Es imposible que crean que realmente se va a casar con ese espantapájaros que no sabe comportarse. Si lo hace se convertirá en el hazmerreír de todo Londres.
Quill por su parte no opina lo mismo. Desde que la conoce, esa voluptuosa sirena le embota el sentido haciéndole desear estar en el lugar de su hermano Peter…Si no fuera por el terrible secreto que le impide tener cualquier tipo de intimidad con una mujer.

Capitulo 1

St James Square, Londres, 1806

La suerte le acababa de dar al vizconde Dewland un golpe que hubiera tumbado a un individuo menos fuerte, o mas sensible, que el. Miraba a su hijo mayor con la boca abierta sin hacer caso del barboteo de su esposa. Luego se le pasó por la cabeza una idea: esa misma esposa le había dado dos hijos varones.

Sin darle mas vueltas, giró sobre sus talones y ladró dirigiéndose a su hijo pequeño:

-Ya que tu hermano no puede sacrificarse en el deber conyugal, serás tu el que se encargue. Por una vez en tu vida, te comportarás como un hombre.

A Peter Dewland le cogió por sorpresa ese ataque. Acababa de levantarse para comprobar en el espejo del salón el estado del nudo de su corbata, evitando de ese modo encontrarse con la mirada de su hermano. En nombre de Dios ¿Qué se podía hacer ante una revelación como esa?

Fue a sentarse en el sofá.

-Supongo que estas sugiriendo que me case yo con la hija de Jerningham.

-¡Evidentemente!-gritó el vizconde-Alguno de los dos tiene que hacerlo y tu hermano acaba de declararse incapaz.

-Te ruego que me perdones-contestó Peter con expresión realmente asqueada-pero no tengo ninguna intención de casarme solo para darte gusto.

-¿Y que quieres decir con eso? ¡Te casarás con ella si yo te lo ordeno!

-No tengo pensado casarme, padre, lo ordenes tu o cualquier otra persona.

-¡Tonterías! Todo el mundo se casa.

-Eso no es cierto-suspiró Peter.

-Ha sido el acompañante de un montón de chicas apropiadas durante seis años, si alguna te hubiera gustado cedería a tus deseos, pero como ese no parece ser el caso, te casarás con la hija de Jerningham. Y lo harás porque tu hermano está incapacitado. He tenido mucha paciencia contigo; en este momento podrías estar en el séptimo de infantería ¿se te había ocurrido pensarlo?

-Preferiría eso antes que tomar esposa-decretó Peter.

-¡Ni hablar!-gruñó el vizconde dándose la vuelta-Tu hermano ha estado entre la vida y la muerte durante años.

Se hizo un pesado silencio. Peter hizo una mueca en dirección a su hermano mayor.

Quentin Dewland, que llevaba un rato mirándose la puntera de las botas, levantó los ojos hacia su padre.

-Si Peter ha decidido no casarse, yo lo haré-dijo con su grave voz.

-¿Para que? No podrías hacer frente a tus obligaciones como marido, y esa pequeña tiene derecho a tener uno digno de tal nombre ¡diantre!

Quentin, a quien sus amigos llamaban Quill, abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar. Podía consumar el matrimonio pero desde luego no sería una agradable experiencia. Cualquier mujer merecía algo mejor que lo que el podía ofrecerle. Aunque sus heridas hubieran dejado de hacerle sufrir, las jaquecas de tres días de duración que implicaba cualquier tipo de movimiento repetitivo, desde luego no favorecían una unión agradable.

-¿No contestas?-dijo el vizconde, triunfante-No estoy hablando por hablar, ni intento fingir que eres un semental cuando no es así. Date cuenta de que podría hacerlo ya que la chica no sabría nada hasta que fuera demasiado tarde. Y su padre se ha vuelto tan tacaño que ni siquiera la ha acompañado a Inglaterra. Sea como sea-prosiguió dirigiéndose de nuevo a su hijo menor-ella viene para casarse. Y si no puede ser con Quill, será contigo. Le enviaré un retrato tuyo en el próximo barco.

-No quiero casarme, padre-insistió Peter marcando cada sílaba.

El vizconde se puso rojo como un tomate.

-Ya va siendo hora de que dejes de divertirte. ¡Por Dios que me obedecerás!

Peter se quitó de forma ostensible, una mota de polvo del cuello de terciopelo.

-No me has entendido-continuó-Me niego a casarme con la hija de Jerningham.

Solo el leve temblor de su voz traicionaba su nerviosismo.

La vizcondesa intervino en la conversación antes de que su marido tuviera tiempo de gritar de nuevo.

-Estás muy congestionado, Turlow ¿No podríais continuar con esta conversación más tarde? Ya sabes lo que dijo el médico: no debes ponerte nervioso.

-¡Bobadas!-replicó el vizconde dejándose conducir sin embargo hasta un sillón-¡Por San Jorge, señor Peter Dewland, que me obedecerás o te pondré de patitas en la calle!

Se le estaban hinchando de forma preocupante las venas de las sienes y la vizcondesa lanzó una mirada suplicante a su hijo pequeño.

Pero antes de que Peter pudiera hablar, el vizconde se había puesto en pie de un salto.

-¿Y que se supone que debo contarle a esa chica cuando haya hecho todo el viaje desde la India? ¿Qué tu no deseas casarte con ella? ¿Planeas decirle a mi amigo Jerningham que no quieres a su hija?

-Exactamente.

-¿Y el dinero que me ha prestado durante todos estos años que? Sin intereses. Me lo enviaba para que yo hiciera lo que quisiera con el. Puede que aún siguiera haciéndolo si tu hermano no hubiera amasado una fortuna especulando con la Compañía de las Indias. Entre los dos decidimos considerarlo como una dote. Te casarás con esa pequeña o yo…

Ahora su color se había vuelto morado y se apretaba las manos contra el pecho sin darse cuenta.

-Quill podría devolverle el dinero-objetó Peter.

-¡Maldición! Ya permití que tu hermano se convirtiera en un comerciante y que jugara en la Bolsa, ¡que me condenen si ahora le permito que cancele mis deudas!

-No veo en que cambiaría eso las cosas ya que está pagando todos nuestros gastos.

-¡Basta! La única razón por la que tu hermano…por la que permití que tu hermano se metiera en la Bolsa fue porque…bien, porque está enfermo. Pero al menos el es un hombre razonable, mientras que tu solo eres un inútil frívolo que solo se preocupa por la moda.

Mientras el vizconde tomaba aliento, Quill cruzó su mirada con la de su hermano. Peter leyó en sus ojos una especie de disculpa y vio como se cerraban las esposas del matrimonio en sus muñecas. Se giró para mirar a su madre, pero vio que no podía esperar ninguna ayuda por ese lado.

Con el corazón en un puño, sintió que flaqueaba. Abrió la boca para protestar pero, ¿que podía decir? Al final la larga costumbre del sometimiento se apoderó de el.

-Muy bien-masculló con voz lúgubre.

Kitty Dewland se levantó para depositar un beso en su mejilla.

-Peter-dijo-tú siempre has sido un consuelo para mí. Y la verdad es que te has relacionado con muchas mujeres sin declararte a ninguna de ellas. Estoy segura de que la hija de Jerningham será perfecta. Ya sabes que su madre era francesa.

La mirada de su hijo expresaba una resignada desesperación que le dolió.

-¿Hay alguna otra mujer querido? ¿Alguien con quien desearas casarte?

Peter negó con la cabeza.

-Bueno-continuó alegremente la vizcondesa-vamos a prepararnos para recibir a esa joven ¿Cómo se llamaba Thurlow? ¡Thurlow!

El vizconde, muy pálido, estaba apoyado en el respaldo del sillón.

-El pecho me está jugando una mala pasada Kitty-masculló.

La vizcondesa salió inmediatamente del salón, demasiado afectada para darse cuenta de que su adorado mayordomo, Codswallop, estaba justo detrás de la puerta.

-¡Vaya a buscar al doctor Priscian!-gritó con voz aguda, volviendo luego al salón.

El rígido Codswallop había estado escuchando la conversación de sus señores. Miró al hijo mayor de los Dewland antes de llamar a un lacayo. ¡Era increíble! Quentin siempre había tenido un cuerpo perfecto que se notaba bajo los ajustados trajes, el tipo de cuerpo que hacía que las criadas jadearan cuando pensaban en el. Debía tratarse de una enfermedad…íntima, se dijo con un estremecimiento.

En ese momento, Quill le miró. Sus ojos eras de un extraño gris verdoso y su rostro, muy broceado, tenía unas cuantas arrugas de dolor. Le dirigió al mayordomo una mirada que le congeló hasta los huesos.

Este se refugió rápidamente en el vestíbulo y ordenó a unos criados que llevaran al vizconde a sus habitaciones. Peter salió en tromba, furioso, seguido mas lentamente por Quill, y Codswallop cerró tras ellos la puerta doble del salón.

Unos tres meses después, el asunto estaba cerrado. La señorita Jerningham debía llegar la semana siguiente en el *Plassey*, una fragata que procedía de Calcuta.

El vizconde explotó de rabia cuando Peter le anunció el día anterior a la llegada de la joven, que se iba a pasar unos días al campo. Pero la noche de ese cinco de septiembre en vez de dirigirse hacia Hertfordshire se encaminó hacia su club, y el vizconde, pudo dar un discurso sobre las ventajas de la futura boda, mientras servían el pichón asado en la cena. Sin haber hablado entre ellos, Thurlow y su esposa estaban convencidos de que si le dejaban que hiciera lo que quisiera, Peter nunca se casaría.

-Se tranquilizará en cuanto esa pequeña esté aquí-declaró Thurlow.

-Tendrán unos hermosos hijos-añadió su mujer.

Solo Quentin parecía escéptico. Cuando sus padres abandonaron el salón, se acercó a la ventana y se apoyó en el cristal con la mirada perdida en los jardines. Al notar que la pierna derecha empezaba a protestar, cambió ligeramente de posición. Estaba acostumbrado a los enfados de su padre y los había soportado en silencio durante años para hacer luego lo que quería. Peter, por su parte, siempre le había obedecido, de modo que no era sorprendente que hubiera terminado por ceder a la voluntad del vizconde. Seguramente ni siquiera había pensado en desobedecer en el momento en que comprendió que sería su hijo quien heredaría el título algún día.

Sin embargo Quentin tenía el corazón en un puño. ¿Cómo sería la vida de Gabrielle Jerningham una vez que estuviera casada con Peter? Tendría una

vida disciplinada y sofisticada como era frecuente en la alta sociedad. Una unión amistosa y distante.

Se estiró y su poderoso cuerpo se recortó al contraluz. Tenía un cuerpo moldeado por el dolor, la fuerza de voluntad y el ejercicio. Un cuerpo del cual conocía todas las fuerzas y debilidades. No era el cuerpo de un simple caballero londinense.

Con un movimiento de la cabeza, se echó el pelo hacia atrás, un pelo que estaba creciendo demasiado para estar a la moda. Por un momento se quedó inmóvil golpeado por el recuerdo del viento jugando con su cabello cuando cabalgaba con su caballo lanzado al galope.

Pero los caballos, al igual que las mujeres, eran ahora un placer prohibido para el. Un esfuerzo que requiriera movimientos rítmicos lo pagaba irremediablemente con terribles jaquecas que le hacían permanecer en su dormitorio, cubierto de sudor y presa de violentas nauseas. Y los médicos se habían limitado a decir que la herida que había sufrido en la cabeza seis años antes, le impedía realizar movimientos repetitivos. Todos.

Quill apretó los dientes. No había nada peor que compadecerse a si mismo. Los caballos y las mujeres eran ahora parte del pasado.

Sonrió; los deportes que mas echaba de menos (una buena cabalgada y una noche con una mujer) a Peter no le interesaban en absoluto. ¡Que distintos eran los dos hermanos!

Al final a lo mejor resultaba que Quentin se estaba preocupando sin motivo por Peter y Gabrielle. Si a su hermano pequeño no le gustaba la idea del matrimonio, al menos le gustaba la compañía de las mujeres. Una joven francesa decorativa, con la cual pudiera charlar, comentar las últimas modas y pavonearse en los bailes, podría llegar a ser su mejor amiga. Y Gabrielle era un nombre muy bonito que evocaba elegancia y refinamiento. Peter alimentaba una verdadera pasión por la belleza. Una encantadora joven seguramente conseguiría que llegara a aceptar el matrimonio.

Quill hubiera sido menos optimista si hubiera podido ver a la encantadora joven en cuestión.

La prometida de Peter estaba en ese momento arrodillada sobre el suelo de su camarote mirando a la niña sentada en un taburete que la escuchaba con atención. Los cabellos de Gabrielle se escapaban de su peinado y su vestido pasado de moda estaba completamente manchado. Desde luego no parecía para nada elegante.

-El tigre se movía sin hacer ruido en la espesa jungla-estaba diciendo en voz baja y misteriosa-Ponía una pata delante de la otra sin molestar a los pájaros que cantaban en las ramas de los árboles y se lamía las fauces penando en el festín que trotaba alegremente delante de el.

Phoebe Pensington, una huérfana de cinco años que se dirigía a la casa de su tía en Londres, se estremeció mientras que Gabby, cuyos ojos marrones había tomado el color de los del tigre, continuaba:

-Pero cuando el tigre llegó al límite del bosque, se detuvo en seco. La cabra blanca estaba andando por la orilla justo al borde de las olas azul marino del océano Índico. Y al tigre le daba miedo el agua. Su estómago le ordenaba que avanzar pero su corazón estaba encogido de miedo. Se quedó inmóvil a la sombra de un árbol.

-Pero, señorita Gabby-la interrumpió Phoebe con ansiedad-Si no se come a la cabra ¿qué va a cenar? ¿No se morirá de hambre?

Un brillo divertido atravesó la mirada de Gabby.

-A lo mejor está tan avergonzado de su falta de valor que se esconderá en lo alto de la montaña para alimentarse solamente de frutos y de hojas.

Phoebe tenía una mente muy práctica.

-No lo creo. Yo pienso que el tigre saltó sobre la cabra y la devoró.

-Los tigres, al igual que los gatos, tienen terror del agua-dijo Gabby-No se dan cuenta de la belleza de las olas acariciando la arena. Para este las olas eran como pinzas de cangrejo mordisqueándole los huesos.

Phoebe dio un grito cuando la puerta del camarote se abrió rompiendo la magia del relato.

Eudora Sibbald, completamente vestida de negro, observó la escena con severidad. La señorita Gabrielle Jerningham estaba sentada en una postura muy poco adecuada, despeinada como de costumbre y con el vestido sucio. Parecía un marimacho cuyo pelo revelaba un carácter desordenado.

-Phoebe-gruñó la institutriz de la niña.

La pequeña se puso en pie de un salto e hizo una reverencia.

-Señorita Jerningham-continuó severamente Eudora con el tono que hubiera utilizado para regañar a una fregona.

Gabby, que se había levantado del suelo, recibió con una encantadora sonrisa a la antipática mujer.

-Perdone…-empezó.

-Quizá no la he oído bien, señorita Jerningham. Usted no ha dicho nada de “mordisquear los huesos” ¿verdad?

Gabby pensó que Eudora no podría haber llegado en peor momento.

-¡Oh no!-dijo en tono conciliador-Le estaba contando a Phoebe un pasaje de la Biblia.

La señora Sibbald arrugó la nariz. Sabía muy bien lo que había oído y no se parecía demasiado a ningún pasaje de la Biblia.

-Se trataba de la historia de Jonás y la ballena-añadió rápidamente Gabby-Ya ve, señora Sibbald, como mi padre era misionero tengo tendencia a hablar sin parar de la Biblia.

La institutriz se tranquilizó un poco.

-En ese caso señorita Jerningham…Sin embargo le ruego que intente no excitar demasiado a la niña. Es malo para la digestión. ¿Y donde está Kasi Rao Holgar?

-Creo que está durmiendo la siesta. Dijo que estaba un poco cansado.

-Perdóneme señorita Jerningham, pero me parece que mima usted demasiado a ese niño. Príncipe o no necesita de las edificantes enseñanzas de la Biblia. Después de todo es un indígena y solo Dios sabe que influencias tuvo en su más tierna infancia.

-Kasi fue educado en mi casa-protestó Gabby-y le aseguro que es tan cristiano como Phoebe.

-¡Tonterías!-decretó la señora Sibbald-Ningún hindú puede ser tan cristiano como una inglesa. Pero bueno, es la hora del té. Su peinado esta deshecho una vez mas, le aconsejo que le ponga remedio inmediatamente.

Diciendo esto la institutriz abandonó el camarote.

Gabby, suspirando, se sentó en un sillón. Efectivamente varios mechones se habían escapado de las horquillas.

Una pequeña mano le tiró de la falda.

-Se ha olvidado de mi, señorita Gabby, ¿cree que debería llamarla?

Dos enormes ojos azules la estaban mirando con adoración. Gabby cogió a la pequeña y la sentó en sus rodillas.

-Juraría que has crecido media cabeza durante este viaje-dijo.

-Lo sé-replicó Phoebe mirando con disgusto su vestido-La falda es demasiado corta y se me empiezan a ver los calzones.

Esa idea la aterrorizaba.

-Estoy segura de que tendrás ropa nueva en Inglaterra-la tranquilizó Gabby.

-¿Cree que ella me querrá?-murmuró la pequeña apoyándose en su hombro.

-¿Quién?

-Mi nueva mamá.

-¿Cómo podría no hacerlo? Eres la niña más adorable de todo el barco. La verdad es que eres la niña más deliciosa que haya llegado jamás de la India.

Phoebe se apretó más contra ella.

-Es que, cuando me despedí de Ayah…

Ayah era el hindú que había recogido a la niña. Su separación de el parecía haberla traumatizado mas que la muerte precoz de unos padres a los que apenas había conocido.

-Ayah dijo que tenia que se muy, muy buena, de lo contrario mi nueva mamá no me iba a querer porque no tengo dinero.

Gabby maldijo en silencio a Ayah.

-El dinero no tiene nada que ver con el cariño que una madre siente por sus hijos-dijo con tanta firmeza como pudo-Tu nueva madre te querría aunque llegaras en camisón.

Esperaba de todo corazón que eso fuera cierto. Según el capitán del barco no había habido ninguna respuesta a la carta que habían enviado a la única pariente de Phoebe, su tía.

-Señorita Gabby-dijo la niña-¿Por qué le dijo a la señora Silbad que me estaba contando la historia de Jonás y la ballena? Ayah dice que es malo decir mentiras, sobretodo a los empleados y la señora Sibbald es una empleada ¿no es cierto? La contrataron para que me acompañara hasta Inglaterra.

Gabby frotó su mejilla en el sedoso pelo de la niña.

-Ayah tenía razón en parte. Pero a veces se puede disfrazar u poco la verdad para que la gente esté mas contenta. A la señora Sibbald le gusta que estudies la Biblia y ya has visto lo contenta que se ha puesto cuando la he mencionado.

-Yo no creo que esté nunca contenta-dijo Phoebe después de pensarlo un rato.

-Quizá, pero entonces es mucho mas importante no enfadarla.

-¿Cree que si le digo a mi nueva mamá que tengo dinero estará mas contenta? ¿Eso la haría quererme?

Gabby se tragó el nudo que tenía en la garganta.

-Cariño, estaba hablando de mentiras pequeñas. No tienes que decirle a tu nueva madre una cosa así porque eso sería una mentira muy grande. A la gente que te importa como tu nueva madre, hay que decirle siempre la verdad.

La niña se sumió en un silencio lleno de escepticismo.

Gabby se estaba estrujando el cerebro; a pesar de sus deseos de tener hijos, se estaba dando cuenta de que educarlos era más difícil de lo que pensaba.

-¿Usted le aporta dinero a su marido?-preguntó Phoebe apoyando la cara en el hombro de Gabby.

-Si-confesó ella de mala gana-pero no me amará por eso.

Phoebe se incorporó con curiosidad.

-¿No?

-Peter me amará por mi misma-dijo tranquilamente Gabby-Y tu madre te querrá por ti misma.

La pequeña saltó al suelo.

-¿Por qué le dijo a la señora Sibbald que Kasi estaba durmiendo la siesta en su camarote? Eso no es cierto, y no la hizo feliz.

-Es otra regla. Mi querido Kasi está aterrorizado por la señora Sibbald.

-¿Qué regla?

-Hay que proteger a los débiles frente a los fuertes-contestó Gabby rectificando de inmediato-Bueno, no es exactamente así Phoebe. Ya conoces a Kasi. Ponerle en las manos de la señora Sibbald hubiera sido como entregarle la cabra al tigre.

Se oyó un ruido detrás del biombo que tapaba la bañera y la niña se acercó a mirar.

-Tienes que salir Kasi Rao-ordenó poniendo las manos en las caderas-¿Qué pensaría la señora Sibbald si te viera en la bañera completamente vestido?

-Déjale que se quede si quiere-indicó Gabby desde el otro extremo del camarote.

Pero Phoebe movió la cabeza con una determinación que su institutriz hubiera aprobado.

-Es la hora del té Kasi-insistió-No te preocupes, Gabby no volverá a contar la historia del tigre.

Un pequeño rostro con unos inmensos ojos asomó tras el biombo. El niño no tenía muchas ganas de salir de su escondite pero Phoebe le tiró de la mano.

-Solo estamos nosotras Kasi.

Los ojos oscuros inspeccionaron el camarote y Phoebe le sacudió con impaciencia.

-La señora Sibbald cree que estas durmiendo de modo que no tienes nada que temer.

-Vamos a tomar el té-le tranquilizó Gabby.

El niño encontró por fin el valor para salir de su refugio y se precipitó a ir a las rodillas de ella donde se acurrucó como un pajarito en su nido.

-¿Tienes hambre hermanito?

-No es su hermano-rectificó Phoebe-¡Es un príncipe!

-Es cierto, pero su madre era pariente de la primera mujer de mi padre y creció a mi lado de modo que tengo la sensación de que es mi hermano.

Kasi estaba jugando con el medallón que Gabby llevaba colgado al cuello y canturreaba mientras intentaba abrirlo.

Phoebe, desde el otro extremo del sillón se acercó para apoyarse en la pierna de Gabby.

-¿Puedo ver el retrato de su marido?

-¡Por supuesto!

Antes de salir con destino a Inglaterra había recibido una miniatura de su futuro esposo. Abrió el medallón.

-¿La está esperando en Londres, señorita Gabby?

-Si. Nos esperaran en el muelle, Phoebe. A ti tu nueva mamá y a Kasi la señora Malabright. ¿Verdad cariño?

Tuvo la satisfacción de ver que el pequeño príncipe asentía con la cabeza. Todos los días le recordaba que una vez en Inglaterra, la señora Malabright iría a buscarle.

-¿Y luego que pasará, Kasi?-insistió.

-Viviré con la señora Malabright-dijo-Me gusta mucho la señora Malabright. No me gusta la señora Sibbald.

-La señora Malabright te llevará a su casa y nunca volverás a ver a la señora Sibbald-le prometió Phoebe-Yo iré a verte, me esconderé y no le diré a nadie donde estás.

-¡Si!-dijo el niño satisfecho volviendo a jugar con el medallón.

-¿Le gusta su futuro marido señorita Gabby¿-preguntó Phoebe.

Solo con mirar el retrato de Peter, con sus dulces ojos marrones y su pelo ondulado, a Gabby se le desbocaba el corazón.

-Si-respondió.

Phoebe, que ya era una romántica a pesar de su corta edad, dio un lánguido suspiro.

-Estoy segura de que usted también le gusta. ¿Le envió un retrato suyo?

-No tuve tiempo de hacerlo.

Aunque lo hubiera tenido no se lo habría mandado. En el único retrato que su padre había permitido que le hicieran aparecía horriblemente mofletuda.

Se guardó el medallón en el corpiño.

Mientras los tres roían unas tostadas de pan duro ya que el fresco se había terminado hacía tiempo; no pudo evitar soñar con los ojos de su prometido. Gracias a Dios la entregaban a un hombre que era todo lo que ella esperaba de un esposo. Parecía tranquilo y conciliador, todo lo contrario que su padre.

Gabby estaba contenta. Peter sería un padre amoroso y dedicado a sus hijos. Ya se imaginaba cuatro o cinco chavales con los ojos de su padre.

Día tras día, el barco la llevaba lejas de la India, lejos de los ácidos reproches de su padre:

-Gabrielle, ¿no puedes estar un rato callada? Gabrielle, otra vez me has avergonzado con tu mal comportamiento.

O lo peor de todo:

-¡Dios mío! ¿Por qué me has castigado con una hija tan fea y charlatana?

La felicidad de Gabby iba en aumento con cada milla que avanzaba el barco.

Y la confianza en si misma aumentaba al mismo tiempo. Peter la amaría, cosa que su padre había sido incapaz de hacer. Tenía la sensación de que sus ojos veían el fondo de su alma, que podían ver a la Gabby digna de ser amada, no a la Gabby impetuosa y torpe…

Si, si Quentin hubiera podido ver a Gabrielle y leer sus pensamientos, se hubiera quedado helado.

Pero como no tenía mucha imaginación, y tampoco era adivino, se convenció de que la señorita Gabrielle Jerningham sería una perfecta esposa para su hermano. De hecho, mas tarde durante la noche, se lo dijo a Peter cuando le vio en el club.

Este último, de muy mal humor, estaba intentado ahogar sus penas en alcohol.

-No sigo tu razonamiento-masculló.

-El dinero-respondió Quill.

-¿El dinero? ¿Qué dinero?

-El suyo.

Quentin tuvo un fugaz sentimiento de culpabilidad, la estaba tratando como si fuera una mercancía, cosa que por otra parte era cierta en parte.

-Con el dinero de Jerningham-continuó-podrás comparte la ropa que tanto te gusta.

-Ya llevo lo mejor que hay-dijo Peter con altivez consciente de ir siempre a la vanguardia de la moda.

-Llevas lo que te pago yo-contestó su hermano.

Peter se mordió el labio inferior. Hubiera sido muy grosero; e iría en contra de su naturaleza básicamente amable; hacerle notar a Quentin que algún día la fortuna de este pasaría a ser suya porque no habría otro heredero. Salvo si, por un milagro, alguien conseguía curarle sus jaquecas.

Si, sería muy agradable disponer de su propio dinero.

Quentin vio como se iluminaba la mirada de su hermano y se echó a reir sintiendo el corazón más ligero. Le dio una amistosa palmada en la espalda antes de abandonar el club.

Capitulo 2

El vizconde Dewland había enviado a George, un joven lacayo, a los muelles de la Compañía de las Indias el día que se suponía que iba a llegar el *Plassey*. Pero después de dos semanas, en vista de que el barco llegaba con retraso, los vizcondes decidieron irse a Bath, pensando que una cura en sus aguas mejoraría la salud de Thurlow. Kitty le pidió a Codswallop que les avisara en cuánto se supiera algo del barco. Y todas las noches durante tres semanas mas, el joven George volvió a casa con un aspecto bastante desastrado después de haberse pasado todo el día en las tabernas que había en el puerto.

Hubo que esperar al dos de noviembre para que el *Plassey* atracara. George se apresuró a volver a St. James Square.

Pero se encontró con una casa sumida en el silencio. No veían demasiado al novio en los últimos días. Su ayuda de cámara decía que estaba de morros, lo cual divertía enormemente a los criados ya que no podían creer que estuviera enfadado porque le obligaban a casarse con una rica heredera.

De hecho el único miembro de la familia que se encontraba presente en la casa era Quentin, que estaba comprobando los informes que le había entregado su secretario. Desde el accidente se veía privado de las distracciones habituales de los caballeros de modo que había puesto su enorme inteligencia a disposición de los negocios. Ninguno de sus profesores de Eton; que le consideraban como uno de los alumnos más brillantes que había pasado por la universidad; se hubiera extrañado al saber que sus inversiones habían dado considerables beneficios. Quill, que había empezado a amasar una fortuna gracias a la Compañía de las Indias, poseía ahora una fábrica de lana en Yorkshire y una lechería en Lancashire.

A pesar de todo prefería especular a tener propiedades. Tenía quince empleados que recorrían las Islas Británicas reuniendo información sobre minas de cobre y de carbón. Recientemente había decidido que actuaran de incógnito porque si alguien se daba cuenta de que Quentin Dewland estaba interesado en una empresa, las acciones de esta subían como la espuma en la Bolsa.

En ese momento su mente estaba perdida; olvidando el informe de Maugnall & Bulton, fabricantes de tejidos; en la contemplación de las hojas muertas que estaban diseminadas por el sendero. Durante su convalecencia se había pasado horas reorganizando el jardín desde su ventana. Los ciruelos este año habían dado muchos frutos.

Sin embargo estaba nervioso y le costaba mucho concentrarse en los numerosos informes que estaban esperando turno.

El joven George se mantuvo ante el hasta que levantó los ojos.

-El *Plassey* ha llegado, milord, y el señor Codswallop no sabe donde está el señor Peter.

Quill se levantó.

-Dígale a Codswallop que iré yo mismo a buscar a la señorita Jerningham.

Eso era exactamente lo que necesitaba, dar una vuelta por los muelles que hervían de actividad aunque solo fuera para ir a buscar a la futura esposa de su hermano.

Media hora mas tarde, su elegante carruaje se detuvo y descendió de el para continuar el camino a pie entre la gente.

-¡Eh Dewland, hola! ¿Ha venido a supervisar el desembarco de alguna mercancía?

Timothy Waddell no podía esconder su curiosidad. Todos sabían que lo que tocaba Dewland se transformaba en oro y le hubiera gustado saber su opinión sobre una fábrica de algodón que acababa de comprar.

-Hoy no-contestó Quentin.

Fue tan cortante que Waddell dio marcha atrás y no se atrevió a preguntarle.

Quill se alejó. Reparó en una mujer que había en el muelle, seguramente una pasajera del *Plassey*; mientras se acercaba se dio cuenta de que tenia cogida de la mano a una niña. Supuso que la prometida de Peter debía estar esperando que alguien fuera a recogerla antes de abandonar el barco.

Se dirigió a un marinero.

-¿Dónde puedo encontrar a la señorita Jerningham?

El hombre sonrió.

-Justo detrás de usted.

Quentin se giró lentamente. La mujer le estaba mirando inquisitivamente. ¡Maldición! pensó, la señorita Jerningham era indiscutiblemente hermosa, Tenía la boca mas carnosa que el hubiera visto jamás y sus ojos…sus ojos tenían un color cálido similar al del coñac; pero fueron sobretodo sus cabellos los que llamaron la atención de Quill. Eran de un color castaño dorado como si fura cobre oscuro y los rizos se escapaban de las horquillas. Parecía que acabara de salir de la cama. Una cama que debía ser muy cómoda. De hecho era lo contrario de una elegante dama francesa. ¡Diantre!

Repentinamente se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente sin que se le hubiera ocurrido presentarse.

-Le pido disculpas-dijo haciendo una reverencia-Soy Quentin Dewland, y pronto tendré el placer de convertirme en su cuñado.

-¡Oh!

Por un momento ella había creído que era Peter, su prometido, pero aunque Quentin se parecía ligeramente a su hermano, no tenía nada en común con el retrato. No. Era demasiado impresionante, demasiado viril. Y sus ojos parecían muy…autoritarios.

Ella le hizo una reverencia y notó que alguien le tiraba de la manga.

-¿Es su marido, señorita Gabby?-preguntó Phoebe con los ojos brillantes de excitación.

Gabby se ruborizó ligeramente al dirigirse a Quentin.

-¿Puedo presentarle a la señorita Phoebe Pensington? Phoebe y yo hemos pasado mucho tiempo juntas durante la travesía. Phoebe, este es el señor Quentin Dewland, el hermano de Peter.

Quentin la estaba observando con tanta insistencia que a ella se le cortó el aliento. El parecía demasiado formal, a lo mejor no le gustaba que llamara a su hermano por su nombre de pila.

Se asombró al ver que saludaba cortésmente a la niña.

-Señorita Phoebe…

Cuando sonreía se le iluminaba el rostro. Quizá después de todo, no fuera tan aterrador, de todos modos, pronto serían familia y ella tenía la obligación de respetarle.

-¿Usted sabe donde está mi nueva mamá?-preguntó Phoebe.

Quentin negó con la cabeza.

-Me temo que no-contestó lanzando una mirada interrogadora a Gabby.

-Creí que estaría lloviendo-continuó la niña-Ayah me dijo que el cielo inglés estaba siempre negro como la cueva del diablo. ¿Por qué no está lloviendo? ¿Cree usted que esta tarde lloverá?

-¿Una nueva mamá?-repitió Quentin cruzando su mirada con la de Gabby.

-Phoebe se refiere a la señora Emily Swing-explicó esta-Es la hermana de su difunta madre. Los padres de la niña murieron en un desgraciado accidente en Madras, de modo que tuvieron que enviarla a Inglaterra. Sin embargo el capitán me dijo que la carta avisando a la señora Swing debió perderse porque no había llegado ninguna respuesta cuando el *Plassey* se hizo a la mar.

-¿Y porque diablos la metieron en el barco de todas formas?

La niña estaba escuchando atentamente y Gabby era consciente de ello.

-Estoy segura de que la carta llegó a su destino después de nuestra salida-dijo alegremente.

-Eso no puede asegurarlo, si así fuera, esa mujer estaría aquí.

Gabby le miró muy seria.

-Es muy posible que no sepa que hemos llegado. Desgraciadamente el *Plassey* se desvió de su ruta hace cosa de un mes por culpa de una tormenta a la altura de las Islas Canarias.

-¿La señorita Phoebe no tiene acompañante?

-En este momento no. El gobernador contrató a una señora para que la acompañara, la señora Sibbald, pero esta consideró que su misión había terminado en cuanto el barco atracó. Se ha ido.

-¿Dónde está el capitán? La señorita Phoebe está bajo su responsabilidad, deberíamos entregarle a la niña y yo la acompañaré a usted a Dewland House, señorita Jerningham.

-No me gusta el capitán Rumbold-intervino la pequeña-No quiero irme con el y no quiero verle nunca mas.

-Me temo que no será posible-añadió Gabby-Compréndalo, el capitán Rumbold está muy contento de haber conseguido llegar a puerto, creo que en algunos momentos de viaje tuvo miedo de perder su barco. Mandó fabricar, en la India, unos sombreros, y los cargó en el barco, son horrorosos pero quiere hacerlos pasar por sombreros franceses…

Gabby voy que Quentin Dewland fruncía los labios y se apresuró a terminar:

-El capitán ya se despidió de nosotras. Partió para ir a supervisar el desembarco de su mercancía. Además-añadió-no le gustan los niños.

Quill respiró profundamente. Se enorgullecía de no perder nunca la calma, ni siquiera bajo el dolor mas intenso, pero esa mujer estaba a punto de volverle loco, mucho mas que su herida en la pierna. En ese momento ella le estaba con su pequeño rostro levantado en muda interrogación. Por desgracia el no se había enterado de lo que ella había estado diciendo. Curiosamente solo podía pensar en una cosa: hacerla callar con un beso. La señorita Jerningham tenía los labios más hermosos del mundo. Comprendió que ella estaba esperando una respuesta por su parte.

-Perdone, me temo que no he oído bien la pregunta.

-Le…le estaba pidiendo que me llamara Gabby-balbuceó ella.

Por su expresión, parecía que el pensaba que ella era como una fábrica de palabras. Tendría que contener la lengua cada vez que se encontrara en su presencia. Gracias a Dios con quien se iba a casar era con Peter, ese pensamiento le levantó la moral.

-Gabby-repitió Quill-Le pega.

Esbozó una sonrisa totalmente inesperada y ella se la devolvió con timidez.

-Estoy intentando no hablar demasiado.

-A mi me gusta mucho oír hablar a la señorita Gabby-decretó Phoebe con su voz chillona.

Los dos adultos la miraron sorprendidos.

Gabby se había olvidado completamente de ella y se dirigió de nuevo hacia su futuro cuñado.

-¿Puedo llevar a Phoebe conmigo? Dejaremos un mensaje para la señora Ewing.

-Parece que no tenemos otra elección-aprobó Quentin.

A pesar de sus esfuerzos, Gabby no conseguía descifrar su expresión. El tenía el rostro más impasible que ella hubiera visto nunca, y sus ojos solo

se animaban cuando sonreía. Eran verdes, de un profundo gris verdoso como el mar cuando estaba en calma.

El ya se había ido para reclamar su equipaje.

Gabby se agachó hasta quedar al nivel de la niña.

-¿Quieres venir conmigo a casa de Peter, Phoebe? Parece que nadie ha avisado a tu nueva madre de tu llegada y me sentiría muy feliz si me acompañaras.

La niña sintió, pero Gabby notó que estaba al borde de las lágrimas y la abrazó.

-Te quedarás conmigo hasta que encontremos a tu madre, pequeña. No te abandonaré.

Phoebe se dejó caer contra su hombro y luego se incorporó.

-Ayah dice que las damas inglesas nunca deben demostrar sus emociones-dijo con voz estrangulada.

-Mira, me da un poco de miedo conocer a Peter y echo mucho de menos a Kasi Rao, de modo que me sentiría mucho mejor si tuviera una amiga a mi lado.

Phoebe cuadró los hombros y cogió su mano.

-No tenga miedo-dijo-No la dejaré sola, pero debería usted rehacer su peinado, se esta volviendo a caer.

-¡Maldición!

Gabby se llevó las manos al pelo. Se había esforzado en no tocárselo durante toda la mañana para estar bien peinada cuando conociera a Peter. Se quitó el sombrero y se lo entregó a Phoebe. Sabía por experiencia que lo mejor que podía hacer para remediar el problema era peinarse de nuevo.

Quill, que estaba hablando con un marinero, se volvió a mirarla…y se quedó petrificado. Gabrielle Jerningham se estaba deshaciendo el moño y unos maravillosos rizos color oro oscuro le caían hasta la cintura. Tragó saliva. Nunca había visto el pelo de una mujer expuesto de ese modo en público, por si fuera poco, la señorita Jerningham sacudió la cabeza como si los marineros y los descargadores que la rodeaban no existieran.

Los hombres miraron boquiabiertos a la encantadora joven que se comportaba como si estuviera en el tocador de su casa.

Quill estuvo a su lado en un segundo, furioso.

-¿Dónde diablos está su doncella?

Gabby parpadeó.

-No tengo. A mi padre no le gusta que tenga doncellas, dice que una dama digna de tal nombre debe poder vestirse por si sola.

-¡Una dama no se peina delante de todo el mundo!

Gabby miró a su alrededor y vio que todos los marineros apartaban rápidamente la vista.

-Estoy acostumbrada a que me miren-replicó rápidamente-En el pueblo mi padre y yo éramos los únicos Europeos y se suponía que mis cabellos traían suerte.

Se interrumpió cuando el la cogió por el brazo.

-Venga-gruñó antes de dirigirse a Phoebe que seguía teniendo el sombrero entre las manos-Dame eso.

Lo colocó de cualquier modo encima de la cabeza de Gabby.

-Señorita Jerningham-dijo con tono cortante.

Gabby cogió a Phoebe de la mano. Bien, se ocuparía de su peinado en el carruaje. Se subió a este último sujetando a Phoebe contra ella y se hizo rápidamente un moño a la altura de la nuca.

-Así está mejor-aprobó la niña mientras colocaba las horquillas de cualquier modo.

Quill no sabía que decir. Ella necesitaría una doncella. Ya podía verse que el peinado no tardaría en deshacerse de nuevo.

Observándola mas atentamente se dio cuenta de que la sensación de poca elegancia que se desprendía de Gabby también se debía a su cuerpo. No era demasiado alta y era…regordeta.

Contrariado, condujo en silencio, pero ella no parecía enfadada por el mal humor de el. Parloteó con Phoebe durante todo el trayecto comentando cuanto veían. La vos de Gabby estaba en armonía con su rostro. Era una voz grave y hermosa, ligeramente velada, una voz que a Quentin le parecía que prometía placeres sensuales.

¿Pero que iba a decir Peter? No podía equivocarse, Peter estaba comprometido con una mujer bastante gordita, bastante indolente y desprovista de gracia femenina mientras que las mujeres que a el le gustaban siempre eran altas y delgadas como sílfides. Eran frías, sofisticadas y les gustaba su refinamiento. No tenían una boca carnosa, ni una voz que hablara de placeres íntimos fuera cual fuera el tema del que hablaran.

Le echó una rápida ojeada. Quizá contratando a una doncella…Si, tenía que hacerlo, pero era difícil imaginar a Gabby como una dama tranquila y distinguida. Su moño ya se estaba inclinando peligrosamente hacia la derecha.

En cuanto llegaran le indicaría cual era su habitación y enviaría a la doncella de su madre para que se ocupara de ella. Era absolutamente necesario que pusiera remedio a su aspecto antes de que volviera Peter.

Mientras subían los escalones del porche, hubiera sido imposible decir cual de las dos, Gabby o Phoebe, se aferraba con más fuerza a la mano de la otra. Quill prácticamente la había sacado en volandas del coche ya ahora casi la estaba empujando hacia la enorme puerta.

Esta se abrió dejando ver a un hombre regordete que murmuró unas palabras de bienvenida. Se inclinó tanto que Gabby temió que la

empolvada peluca cayera al suelo. Era muy elegante, hasta el punto que por un momento pensó que era el vizconde, pero el le dio los buenos días sin mirarla. Quentin no se molestó en presentárselo, simplemente ordenó que fueran a recoger las maletas al puerto.

Cuando el hombre iba a hacerse cargo de su abrigo, Gabby le apoyó una mano en el brazo.

-Gracias-dijo sonriendo-He oído que el señor Dewland le llamaba Codswallop.

El mayordomo abrió los ojos con asombro.

-En efecto, señora, es decir…señorita Jerningham. Ese es mi nombre.

Gracias a Dios, Codswallop no era tan estirado como parecía con su impecable librea. Le sonrió de nuevo.

-Estoy encantada de conocerle, señor Codswallop. ¿Puedo presentarle a la señorita Phoebe Pensington? Se quedará un tiempo con nosotros.

Codswallop se inclinó como si estuviera ante la reina.

-Señorita Phoebe…Estamos muy contentos de que haya venido a Inglaterra, señorita Jerningham. Generalmente me llaman solo Codswallop-añadió sin poder contener una sonrisa.

-Perdóneme, me temo que tengo mucho que aprender sobre las costumbres inglesas. Ya hice que el señor Dewland se sintiera incómodo cuando me peiné en el puerto.

Quill la interrumpió antes de que se lanzara a enumerar todas las meteduras de pata que había tenido o podía llegar a tener.

-La señorita Jerningham seguramente desee refrescarse, Codswallop. Por favor acompáñela a su habitación y dígale a Stimple que la ayude.

-Lo lamento, pero Stimple ha acompañado a lady Dewland a Bath, señor.

Quill frunció el ceño. Por supuesto que Kitty se había llevado a su doncella con ella. ¿Qué podía hacer ahora?

Codswallop abrió las puertas del salón hindú.

-Voy a pedir que traigan el té-anunció-y le informaré a la señora Farsalter de que la señorita Jerningham no tiene doncella. No tardará en solucionar el problema.

-Muchas gracias Codswallop-exclamó Gabby-No tenía ni idea de que las doncellas fueran tan importantes en este país. ¿La señora Farsalter es el ama de llaves?

Se oyó una vocecita que decía:

-Yo tampoco tengo doncella.

Gabby le sonrió a Phoebe.

-Creo que la señora Farsalter querrá contratar una niñera para Phoebe si su estancia se prolonga.

-Después de usted señorita Jerningham-dijo Quentin haciendo esfuerzos por contener su irritación.

Codswallop desapareció en la zona de los criados llevándose los abrigos.

-¡Dios mío!-murmuró Gabby entrando en el salón-Que sitio más…encantador.

-Una de las ideas de mi madre-contestó secamente Quill.

Gabby se dirigió hacia una mesa especialmente horrible cuya pata central representaba un tigre sentado.

Phoebe acarició la cabeza del animal.

-¿De donde proviene este mueble?-preguntó Gabby intrigada.

-Mi madre llama a este lugar, el salón hindú, señorita Jerningham. Esperaba poder ponerlo de moda en Londres. El decorador le aseguró que el mobiliario hindú iba a hacer furor, desgraciadamente no fue así-añadió Quill con un encogimiento de hombros-Pero después de haber gastado tanto dinero ni padre no estaba muy inclinado a volver a tener un sencillo salón inglés.

Gabby le lanzó una mirada suspicaz. El parecía impasible pero podía adivinar una leve burla en el tono de su voz.

-Es curioso-hizo notar ella maliciosamente-que nosotros nunca tuviéramos una mesa como esta en nuestra casa, teniendo en cuenta que he pasado toda la vida en la India. De hecho no recuerdo haber visto nunca unos muebles como estos.

Solo los ojos de Quill sonreían.

-Le ruego que no revele la triste realidad a mi madre-dijo apoyando los codos en el reborde de la chimenea-Después de haber gastado cerca de veinte mil libras en esta extravagancia, se sentiría destrozada si supiera que sus exóticos tesoros provienen del un ebanista de Southampton llamado Fred Pinkle.

-¿Fred Pinkle? ¡Hizo averiguaciones sobre la muebles!-le reprochó Gabby.

-No fue realmente una investigación-contestó el apoyándose en el respaldo de un sillón-Yo era dueño de unas acciones de la Compañía de las Indias, de modo que conocía bastante bien las cosas que se podían comprar en esa parte del mundo.

Ella frunció los labios.

-¿Usted poseía una parte de la Compañía de las Indias?

Quill levantó la vista sorprendido. Era la primera vez que ella hablaba tan secamente.

-¿Eso le molesta señorita Jerningham?

Ella se enfrentó a su mirada.

-No, desde luego que no. La verdad es que no es asunto mío. Pero por favor ¿podría llamarme Gabby? Después de todo pronto seremos familia.

Quill se incorporó. La pierna le estaba recordando de modo cruel el largo trayecto en el carruaje.

-Entonces usted tendrá que llamarme Quill.

-¿Quill? ¡Que nombre más bonito!

-¿Bonito de verdad o tan bonito como este bonito salón?

Ella se rió.

-Me ha pillado, señor…Quill. ¿Puedo preguntarle algo?

-Por favor.

-¿Le está doliendo la pierna?

Ella había dudado un poco antes de hablar sin saber si su pregunta seria considerada como una impertinencia o no. Quill podría haberle dicho que ninguna mujer bien educada se atrevería a hacer una pregunta tan personal a un hombre sobretodo cuando apenas le conocía. Pero a pesar de todo se le escapó una sonrisa al pensar que Gabby iba a animar su seria casa.

-Tuve un accidente con el caballo hace seis años y aunque tuve la suerte de poder volver a andar, el estar de pie me resulta muy difícil.

Los ojos de Gabby expresaban toda su compasión.

-¿Entonces porque no se ha sentado?

-¡Señorita Gabby!

Phoebe había vuelto a su lado después de inspeccionar los variados animales que decoraban los muebles de la vizcondesa.

-El señor Dewland no puede sentarse si no lo hace usted antes-añadió-Ayah me dijo que los caballeros nunca se sientan en presencia de las damas. Quiero decir, en caso de que la dama esté de pie.

Gabby se ruborizó.

-Lo lamento-se disculpó sentándose inmediatamente en un sofá-Estoy segura de que voy a cometer muchas infracciones de este tipo. A mi padre no el gustaban demasiado lo que el llamaba tonterías de los aristócratas, de modo que no sé prácticamente nada de las costumbres inglesas.

-No le dé mas vueltas-dijo Quill dejándose caer sobre un sillón con un pequeño suspiro de alivio.

La niña se instaló en un taburete a los pies de Gabby. Quill, divertido, se dijo que las dos eran completamente opuestas; Phoebe con sus maneras impecables, su vestido cuidadosamente colocado a su alrededor, la manos en las rodillas y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Y Gabby; no es que su comportamiento no fuera adecuado realmente, pero en su actitud no había ningún artificio. Para empezar el peinado se había deshecho de nuevo en cuanto le entregó el sombrero a Codswallop. Y su vestido tenía una extraña raya. Era evidente que había sido cortado con la cintura alta siguiendo la moda, sin embargo estaba hecho con un tejido rígido que se hinchaba a la altura de las caderas como si se tratara de una niña con enaguas almidonadas.

En ese momento apareció el mayordomo.

-Enseguida serviré el té-anunció antes de volverse hacia Quill con una bandeja de plata en la cual había una tarjeta de visita-El señor Lucien Blanc está aquí señor. ¿Quiere recibirle?

-No.

Gabby le dirigió a Quill una sonrisa.

-Se lo ruego, no despida a su amigo por mi culpa. Ciertamente el señor Blanc puede reunirse con nosotros para tomar el té.

Quentin frunció el ceño.

-Creo que es mejor no tener invitados en este momento.

Su actitud le pareció pomposa incluso a si mismo pero no veía como abordar el asunto del estado del peinado de Gabby.

Ella hizo una mueca.

-No conozco las costumbres inglesas, pero se lo triste que es ir a visitar a un amigo y encontrarse con la puerta cerrada.

Quill, finalmente, asintió en dirección a Codswallop mientras Gabby continuaba diciendo radiante de alegría:

-No tenemos necesidad de ceremonias estando en familia. Estaré encantada de conocer a uno de sus amigos. ¿Peter vendrá a tomar el té?-preguntó después de una ligera vacilación.

El se tensó un poco.

-Lo dudo. Por lo general vuelve por la noche, ya tarde.

-¡Oh! ¿Esta en Londres ahora? ¿Sabe que he llegado?

Esa era una pregunta peligrosa. Desde luego Peter había sido informado por un lacayo de la llegada del *Plassey* pero eso solo serviría para que volviera todavía mas tarde.

-¡No!-contestó un poco demasiado secamente-Si lo hubiera sabido habría ido a recibirla el mismo. Cuando llegó el mensaje solo estaba yo en la casa. Además debería haberle dicho que mis padres sienten mucho no estar aquí, están en Bath tomando las aguas.

Gabby se relajó.

-¡Por supuesto! El no lo sabía. ¿Cree que algún lacayo podría llevarle un mensaje?

Ella era adorable y estaba un poco despistada.

-¡Imposible! No sé donde puede estar.

La conversación le estaba poniendo muy nervioso. Esa mujer se comportaba como si estuviera enamorada de Peter cuando en realidad se trataba de un matrimonio de conveniencia, un matrimonio entre dos desconocidos.

Codswallop volvió a abrir la puerta anunciando:

-El señor Lucien Blanc.

Un hombre elegante, vestido de negro, entró en el salón.

Quill se sintió inmediatamente aliviado. La conversación sería mas fácil con Lucien. ¡Tenía tanto encanto el condenado!

-Lucien ¿puedo presentarte a mi futura cuñada, la señorita Jerningham, hija de lord Richard Jerningham? Y esta es la señorita Phoebe que va a quedarse algún tiempo con nosotros.

Lucien se acercó, y se disponía a hacer una reverencia, cuando la señorita Jerningham se levantó del sofá de un salto. El tropezó y dio un paso hacia atrás. De repente su saludo fue bastante menos elegante.

Gabby le hizo una reverencia.

-Encantado de conocerla señorita Jerningham-dijo-Y a usted también señorita Phoebe.

La niña hizo una reverencia perfecta.

-¡Caramba!-exclamó Lucien-Es muy raro conocer a una jovencita tan educada.

Phoebe sonrió pero el adivinó que algo no iba bien. La niña, agotada, parecía estar al borde de las lágrimas. ¡Que extraña situación! ¿Esa mujer tan patosa iba a convertirse en la esposa de Peter? ¿Y que pintaba la pequeña Phoebe en todo esto?

Se sentó y se produjo un molesto silencio hasta que Gabby comprendió que Quill no tenía intenciones de iniciar la conversación.

-¿Es usted francés señor Blanc?-preguntó amablemente.

Lucien asintió.

-Viví en Francia la mayor parte de mi vida pero resido en Inglaterra desde hace doce años.

-¿Podría usted haber conocido a mi madre en Francia? Su nombre de soltera era Marie du Lac.

-Me temo que no. Mi mujer y yo llevábamos una vida muy recogida y rara vez íbamos a Paris. ¿Su madre estaba en la Corte?

Gabby enrojeció.

-No lo sé. Mi padre se negaba a hablar de ella.

Lucien la miró con simpatía.

-Algunas veces, después de la muerte de un ser querido, sucede eso.

Codswallop entró en ese momento seguido por tres lacayos que cargaban una enorme tetera y varias bandejas. Depositaron las cosas encima de una mesa y Gabby notó que la tetera estaba delante de ella.

-¿Debo…-le preguntó a Quill.

-Por favor.

-Nunca he tomado verdadero té chino-le confió a Lucien-En la India se dice que es un néctar.

-En Inglaterra dicen que es oro líquido, solo la gente como Quill, que conocen a los espadachines de la Compañía de las Indias, pueden permitirse tomarlo a cualquier hora.

Ella estaba concentrada sirviendo el té en las delicadas tazas de porcelana.

-¿Qué son los “espadachines”?

-Son los que dirigen la Compañía y controlan la importación del té chino.

Gabby se volvió hacia Quill.

-¿Usted es un espadachín?

Se podía notar en su tono un deje de desaprobación.

-No. Lucien está bromeando, yo…

-¡Gabby! ¡Gabby!-empezó a gritar Phoebe.

Horrorizada, se dio cuenta de que al mirar a Quill se había olvidado de levantar la tetera y el té había desbordado la taza extendiéndose sobre la mesa y estaba goteando sobre la alfombra persa.

Colorada como un tomate, hizo un gesto brusco y un chorro de té manchó su vestido blanco. Se olvidó de las reglas de educación que conocía.

-¡Maldición!-exclamó.

Instintivamente intentó evitar que el té cayera sobre la alfombra pero lo único que consiguió fue ensuciarse los guantes y desviar el líquido hacia el vestido de Phoebe.

Esta estalló en sollozos.

-Phoebe lo siento mucho-exclamó Gabby dando un salto en dirección a la niña.

Su silla, decorada con tigres, se cayó- Ella intentó atraparla, pero se le enganchó el pie en el dobladillo de la falda. Se oyó el sonido de un desgarro al tiempo que se encontraba de repente con la nariz encima de las rodillas de Quill.

En ese mismo instante Codswallop se tiró hacia la silla, cogió el respaldo y se cayó. Mayordomo y silla se encontraron en el suelo en medio de un sonido de madera rota.

Lucien que estaba conteniendo una carcajada, se acercó a coger a la pequeña Phoebe en sus brazos como si la conociera de toda la vida.

-Ya pasó pequeña-murmuró-Dime porque lloras por una simple mancha en el vestido.

Se la llevó a un lado acariciándole el pelo mientras ella recitaba con voz entrecortada la lista de sus desgracias, mezclando la desaparición de su madre con la longitud de su falda y luego el té volcado y lo que Ayah pensaba de las niñas descuidadas.

Gabby, que había salido despedida hacia las piernas de Quill, intentaba desesperadamente incorporarse con los ojos llenos de lágrimas, pensando que se moriría de humillación.

Con un gesto ligero, el la cogió por los hombros, la puso de pie, y se levantó al mismo tiempo.

Ella no se atrevía a mirarle. Había derramado el té y sus guantes estaban terriblemente manchados igual que el corpiño del vestido cuyo dobladillo estaba desgarrado, con el diseño de motivos griegos arrastrando por el suelo. El debía pensar que era muy patosa.

-¿Y si lo dejáramos? Nuestra presencia en al mesa ya no es necesaria-dijo el con un brillo divertido en los ojos.

Efectivamente, habían quitado las cosas de la mesa y los lacayos intentaban levantar al pobre Codswallop. Ella empalideció.

-Codswallop está herido.

-Creo que solo se ha quedado sin respiración después de la carrera para atravesar el salón-contestó Quill quien, al ver su aspecto triste, añadió: ¿no le parece que son como sacamuelas alrededor de un paciente recalcitrante?

Ella arrugó la nariz.

-Se está burlando de mi, señor.

-¡Ni por un momento!-protestó el casi convincentemente-Los incidentes de este tipo le suceder al mas refinado de los mortales. Puede que la dignidad de Codswallop haya resultado dañada, pero no su persona.

-Bien. Supongo que nunca conseguiré convencerle de que soy una de las más refinadas-masculló ella.

Las miradas de los dos se encontraron y la diversión que ella encontró en los ojos de él era tan contagiosa que resopló.

Quill, todavía conmocionado por la bola de suave carne que había aterrizado sobre sus rodillas, emitió una risita. Gabby acabó por estallar en carcajadas.

Esa es la escena que descubrió Peter cuando empujó la puerta del salón.

Capitulo 3

Gabby se dio la vuelta de un salto. Por un instante no supo quien era la persona que estaba a pocos metros de ella, ya que la mirada divertida de Quill le provocaba escalofríos.

Pero pronto recobró la compostura.

Ese era Peter, su futuro marido. Dio un paso hacia el, se detuvo…Peter. Si, forzosamente tenía que tratarse de el, con sus dulces ojos marrones.

Pero era imposible saber si sus cabellos eran castaños o no dada lo empolvados que estaban.

Llevaba un chaqueta larga bordada, su chaleco de seda color amapola estaba bordado con flores silvestres; llevaba una corbata de encaje plata y oro anudada en el cuello, sus medias de seda eran de una blanco luminoso, y los zapatos estaban adornados con unas anchas hebillas.

Gabby se quedó boquiabierta.

Se le aceleró el corazón. El hombre; su prometido; no decía nada, se limitaba a mirarla fijamente en silencio con el sombrero negro en la mano.

Ella se mordió el labio y se esforzó en sonreír. Se disponía a hablar cuando oyó la profunda voz de Quill tras ella:

-Supongo que estabas en la Corte, Peter.

-Es dos de noviembre, Quill-contestó Peter como si eso fuera suficiente explicación.

Con el sombrero bajo el brazo, se inclinó ante Gabby.

-A su servicio.

Saludó a Lucien que seguía con Phoebe en brazos.

Gabby se aclaró la garganta.

-¿Dos de noviembre?

Peter digirió de nuevo su atención hacia ella y la miró de arriba abajo, desde los manchados zapatos hasta el peinado deshecho. Ella no pudo ignorar su desaprobación.

-El dos de noviembre es el día del cumpleaños del duque de Kent-contestó.

A Gabby se le formó un doloroso nudo en el estómago.

El avanzó unos pasos dentro del salón.

-Espero que Codswallop no haya tenido un ataque.

Quill negó con la cabeza.

-No parece estar herido.

En efecto, el mayordomo estaba nuevamente en pie y se estaba colocando la ropa.

-Tropezó con una silla-susurró Gabby-y volcó el té. Y ahora mi vestido está completamente manchado.

Evitó Cuidadosamente la mirada de Quill.

Los ojos de Peter se suavizaron.

-Seguramente es usted la señorita Jerningham. Estaba esperando a que mi hermano nos presentara pero en vista de que no esta cumpliendo con su deber…Soy Peter Dew…

Gabby se precipitó hacia el tropezando con el dobladillo del vestido y cogió la mano derecha de Peter.

-Por favor, llámeme Gabby y que soy…estamos…

Peter estuvo a punto de ahogarse y retiró rápidamente la mano conteniendo el deseo de comprobar si ella le había manchado los guantes con los suyos.

-Supongo que la señorita Jerningham desea retirarse a sus habitaciones-le dijo a Quill evitando deliberadamente la mirada de Gabby-ahora, ya que el mayordomo le ha manchado el vestido.

¿Realmente podía llamarse vestido a esa cosa informe?

Se apartó para que Codswallop pudiera salir del salón.

-A veces me pregunto donde tienes la cabeza Quill-dijo descargando la contrariedad que le producía esa absurda situación-Maldición, deberías haber estado en la Corte esta mañana. Estaba todo el mundo. Créeme, Prinny no siempre está en los mejores términos con su hermano pero no le gusta que ofendan al príncipe Edward. Ahora que ya puedes andar no hay excusas para que no vayas.

-Lo olvidé-dijo Quill colocándose detrás de Gabby.

-¡Lo olvidaste!-repitió Peter con voz aguda-Ningún caballero puede olvidar felicitar a uno de nuestros príncipes en su aniversario. De la misma manera que ningún caballero obligaría a una dama a comparecer en público en ese estado. No entiendo lo que ha podido sucederle a Codswallop-añadió por fin encontrando la mirada de Gabby-Normalmente no es tan torpe.

Se suavizó al pensar en la incomodidad que debía haber sufrido ella a juzgar por lo pálida que estaba.

-Una de las sillas de madre solo sirve para quemarla-continuó-Aunque eso no es nada comparado con la afrenta que ha tenido que soportar la señorita Jerningham.

Quill miraba a Gabby quien apartó la mirada. No podía admitir que había sido ella la torpe, no delante de su elegante prometido. Ni siquiera aunque la sonrisa diabólica de Quill daba a entender que ella se estaba comportando como una niña traviesa.

Peter llamó.

-Voy a pedirle a su doncella que la acompañe a su habitación. Si se siente demasiado afectada para reunirse con nosotros para la cena, sepa que tiene toda mi simpatía. Si a mi me hubiera ocurrido un accidente de ese tipo nada mas llegar a Londres; o a cualquier otro lugar; desde luego necesitaría un día entero para recuperarme.

Se inclinó con elegancia.

Gabby hizo una reverencia. Era incapaz de responder. Ese no podía ser Peter…Pero si, era el. Pasada la primera sorpresa podía reconocer sus rasgos. Pero ese…loro estirado, elegante y charlatán, además se perfumaba, ella lo había notado cuando le había dado la mano.

Se tragó las lágrimas que le atenazaban la garganta. Nunca en su vida se había sentido tan torpe y eso que su existencia había estado jalonada de incidentes de ese tipo.

De repente alguien le tocó el brazo, levantó los ojos y vio a Peter sonriéndole con amabilidad.

-Lamento mucho que su llegada se haya visto estropeada por la tontería de Codswallop, señorita Jerningham.

Ella sonrió un poco tímidamente.

-¿Querría llamarme Gabby por favor? Ya que vamos a casarnos…

El se tensó pero se mostró de acuerdo.

Por primera vez a ella se le ocurrió que tal vez el no estuviera feliz ante la idea de ese matrimonio. Ella se había sentido tan feliz de poder escapar de su padre, y tan atraída por el retrato de Peter, que no se había preocupado ni por un momento por los sentimientos de su prometido.

-¿Quieres que acompañe a Gabby a sus habitaciones?-propuso Quill-Creo que madre hizo que le prepararan la habitación azul.

Había tanta tristeza en los ojos de su futura cuñada, que de buena gana hubiera abofeteado a su hermano.

-¡Desde luego que no!-replicó secamente Peter-¿Debo recordarte que la señorita Jerningham es una joven de buena familia? No es correcto que la acompañes. Llamaremos a una doncella. Debo añadir que me parece increíble que su padre le haya permitido viajar sin acompañante, señorita Jerningham.

-A mi padre no le gustan demasiado las doncellas, ni las damas de compañía. Dice que…

Quill interrumpió lo que prometía ser un largo discurso sobre las costumbres del muy poco convencional padre de Gabby. Peter ya había oído bastante para ser el primer día.

-Pronto seremos familia, Peter. No hay nada inadecuado en que acompañe a mi cuñada a su habitación.

-¡No es tu cuñada!

A Gabby le dio un vuelco el corazón. Estaba claro que Peter no quería casarse con ella. Se soltó de la mano que Quill mantenía en su codo.

-¿No desea casarse conmigo señor?-preguntó con franqueza.

Peter se sorprendió.

-Porque podríamos llegar a una especie de…arreglo-continuó ella desesperada-No quisiera que hiciera nada en contra de su voluntad.

Quill se sintió horrorizado por su perspicacia.

-¡Por supuesto que quiere casarse con usted-declaró el un poco bruscamente volviendo a tomarla del brazo-Pero el tiene razón, debería usted ir a cambiarse.

Ella le ignoró mientras miraba a su novio.

-¿Por qué no le dijo a mi padre que no le agradaba esta unión antes de que yo hiciera este largo viaje? La carta del vizconde decía que usted estaba…que estaba…

Quill dirigió a su hermano una mirada de enfado.

Peter cogió la mano de Gabby.

-Se equivoca señorita Jerningham…Gabby. Realmente quiero casarme con usted.

Y al ver los ojos llenos de lágrimas de la joven, casi lo dijo en serio. ¡Ella parecía tan patética plantada ahí con su vestido manchado! Después de todo, su falta de elegancia se debía seguramente a la carencia de costureras dignas de tal nombre en la India más que a una falta de gusto.

-Si he hablado un poco secamente es porque estaba…estoy avergonzado por la incalificable actitud del mayordomo. Adivino por lo que debe estar pasando. De hecho le voy a pedir a mi padre que despida a Codswallop; no podemos tolerar tener en esta casa a un criado con una conducta tan lamentable. Se lo ruego, no dude de mis sentimientos hacia usted. Estoy impaciente por que nos casemos-añadió con un poco menos de convencimiento.

Gabby cogió aire. Estaba fascinada por la mano blanca de su prometido que llevaba un elegante anillo.

La mano desapareció cuando Peter se dio cuenta de que su prometida debía estar sorprendida de ver que la había mantenido sujeta mas de los seis segundos permitidos.

-La acompañaré a su habitación-decidió cogiéndola del brazo para llevarla a la puerta.

Ella le dirigió a Quill una mirada suplicante y este esbozó una sonrisa tranquilizadora.

-Me ocupare de que instalen a Phoebe cerca de usted-dijo.

Gabby asintió con la cabeza. No podía insistir en que Quill les acompañara. Una o dos horas antes le había parecido atemorizante, pero ahora el tono sofisticado y malhumorado de Peter la atemorizaba de otra forma.

Impotente permitió que su prometido la acompañara hasta la gran habitación con las paredes forradas de papel color azul claro, sin prestar atención a lo que le decía.

-¿Phoebe estará en la habitación de al lado?-preguntó cuando el se disponía a irse.

-¿Phoebe?

-La niña que está con el señor Blanc-explicó Gabby dándose cuenta de que nos e la había presentado-Verá, Phoebe viajaba también en el *Plassey*, y en vista de que su tía no estaba allí cuando llegamos, su hermano amablemente se ofreció a traerla aquí.

Peter frunció los labios.

-Es bastante extraño-dijo-No entiendo porque no la dejó con el capitán. Su familia estará preocupada si no sabe donde se encuentra.

-Tiene razón, pero no estábamos completamente seguros de que la única pariente de Phoebe, una tal señora Ewing, recibiera la carta donde se le notificaba el fallecimiento de su hermana y de su cuñado. Como no estaba en el puerto, pensé que era mejor quedarme con Phoebe. La tripulación del *Plassey* desembarcó enseguida. Nos retrasó el mal tiempo y todos tenían ganas de volver as u casa, lo cual es muy normal. No sabía quien podría encargarse de Phoebe.

Se interrumpió un breve momento antes de añadir:

-Soy muy charlatana. Perdóneme, por favor.

Peter bajó la vista hacia la mano cubierta por un sucio guante que se apoyaba en su brazo y se soltó rápidamente.

-No tenia elección, estoy seguro. Haré que busquen a esa señora Ewing.

Diciendo eso saludó y se fue.

Gabby se dejó caer sobre la cama con los ojos llenos de lágrimas. Puede que Peter no se opusiera a la boda como había pensado al principio pero era muy frío y reservado. Era evidente que las reglas sociales eran muy importantes para el. Las lágrimas empezaron a caer. Ella reunía todas las características para no gustarle; el llamaba al futuro rey de Inglaterra por su apodo (Prinny) y ella como de costumbre metía la pata.

¿Pero porque había mentido cuando acusó a Codswallop? Peter había parecido horrorizado pero la mentira había salido por si sola. ¿Qué debía estar pensando Quill? Debería haber dicho la verdad. Solo que si Peter se enteraba de que la culpa era suya nunca aceptaría casarse con ella. No lo haría si supiera el desastre que era capaz de provocar haciendo algo tan sencillo como servir el té. Y no podía volver con su padre, ese padre que nunca dejaba de reprocharle algo.

Intentó pensar con lógica. Se esforzaría en ser más cuidadosa y ya está. Mas parecida a lo que Peter esperaba de su futura esposa.

Llamaron a la puerta y Gabby se apresuró a secarse las lágrimas.

-Entre.

-Le traigo a Phoebe-anunció Quill con su grave voz-Parece creer que ha vuelto usted a la India dejándola aquí.

Gabby se agachó y tendió los brazos a la niña.

-Nunca te habría dejado cariño.

La pequeña se lanzó contra ella y Gabby la acunó murmurando palabras de cariño contra su pelo.

¡Afortunada niña!, pensó Quentin dirigiéndose hacia la ventana.

-Peter no quería ser crítico-dijo bruscamente-Tiene una elevada opinión de si mismo, pero aparte de eso tiene buen carácter.

-¿Hay alguna posibilidad de que su hermano despida a Codswallop¿-preguntó Gabby preocupada.

Seguía acunando a Phoebe y Quill se sintió muy divertido.

-¿Le remuerde la conciencia?-pregunto con una sonrisa.

Ella estaba demasiado avergonzada como para bromear.

-No sé porque mentí Quill, pero Peter parecía tan escandalizado…

-Creo que en esas circunstancias fue una mentira piadosa-la tranquilizó el.

-El tiene razón, señorita Gabby-intervino Phoebe-Usted me dijo una vez que estaba permitido mentir si eso hacia feliz a alguien ¿lo recuerda? Y el señor Dewland se sintió mucho mejor cuando creyó que había sido el mayordomo quien le ensució el vestido.

-La verdad sale por la boca de los niños-concluyó Quill.

Gabby le lanzó una mirada penetrante.

-Es fácil para usted burlarse. Acusé al pobre Codswallop sin razón y fue él quien resultó herido.

Parecía tan desesperada que el se apiadó de ella.

-No se preocupe por el. Mi padre se cortaría la mano derecha antes que prescindir de sus servicios, lleva en esta casa muchos años. ¿Quiere que vaya a presentarle sus disculpas?

-Lo haré yo misma-decidió Gabby.

-¡Desde luego que no! Las damas no van a las habitaciones de los criados.

-Cuando se trata de reparar un error no hay convencionalismo que valga. Estoy segura de que mi padre sería de la misma opinión.

-Su padre parece ser un hombre muy especial-hizo notar Quill-En cualquier caso Phoebe tiene razón: Peter se sintió mucho mejor después de su mentira. De modo que no cometa otra imprudencia antes de que se haya recuperado por haber visto sus tobillos.

Ella se ruborizó. En efecto, la parte descosida del vestido dejaba ver sus tobillos por encima de los botines. Miró a Quill a los ojos y, avergonzada, apartó los ojos. Sus piernas estaban convenientemente cubiertas con medias de algodón blanco y no podía imaginar ni por un momento que hubieran podido excitar a Peter.

Quill por su parte, se decía que a lo mejor su puntilloso hermano había tenido razón al impedir que acompañara a Gabby a su habitación. ¿Acaso era la proximidad de la cama lo que le calentaba la sangre? Los finos tobillos de Gabby le hacían pensar en unas largas piernas bajo el feo vestido desgarrado.

-Le prohíbo que vaya a la zona del servicio-dijo bastante secamente-No es necesario aumentar el nerviosismo de mi hermano, ya tiene bastante con esto.

Ella entrecerró los ojos.

-¿Qué entiende usted por "ya tiene bastante con esto? ¿Insinúa acaso que mi marido sufrirá por mi culpa? ¿Qué sufrirá porque…soy una caricatura?

-No sufrirá más que cualquier otro hombre. Cuando uno pierde la libertad tan repentinamente se dice que se está poniendo la soga en el cuello.

Gabby no había terminado.

-¿Usted me *prohíbe*? ¿Con que derecho me prohíbe usted nada?

El sonrió.

-En ausencia de mi padre yo soy el jefe de esta casa, ya ve.

Ella frunció el ceño. Ahora que lo pensaba, Quill parecía mayor que Peter.

-Pero yo creía…

Se interrumpió. Ya tendría tiempo de averiguar porque su padre creyó que ella se iba a casar con el heredero cuando en realidad lo iba a hacer con el hijo menor. Prefirió cambiar de tema.

-Hay que acostar a Phoebe-dijo.

Sucumbiendo a las emociones de la jornada, la niña se había quedado dormida en sus brazos.

-La señora Farsalter ha contratado una niñera para que se ocupe de ella-anunció Quentin sin poder evitar contemplar como la pequeña se acurrucaba contra el pecho de Gabby-¿Quiere que la lleve a su habitación?

-¿No se resentirá su pierna? Podríamos llevarla entre los dos, yo la cogeré por la cabeza y usted por los pies.

-Hago ejercicio todos los días con las pesas, señorita Jerningham; desde luego que tengo fuerza para llevar a la niña.

-¿Pesas? ¿Qué es eso?

-Unas pequeñas barras con pesos a los lados. Después del accidente tenía dificultades para moverme. Descubrimos un médico alemán, el doctor Trankelstein, que opina que se deben forzar las partes débiles. Por esa razón inventó las pesas.

La mirada compasiva de Gabby se posó sobre el por un instante como si fuera una caricia y se estremeció. ¿Por qué no se enfadaba cuando ella hablaba de su pierna si cuando cualquier otro se arriesgaba a hacerlo se enfurecía?

Cogió a la niña en brazos y la llevó a la habitación de al lado.

No pudo evitar apoyarse en la puerta mientras Gabby se presentaba a la niñera y le pedía que desnudara a Phoebe.

Y sin embargo era una mujer molesta, torpe y poco aseada.

Una cabezota cuyas oscuras cejas y el esplendoroso cabello pedían besos a gritos.

Una mujer extraña que había salido de un apuro con una descarada mentira.

Era la primera mujer en años que le hablaba de su pierna como si se tratara de algo sin importancia.

¡Debía evitarla cuanto fuera posible!

Abandonó el dormitorio sin despedirse, lo cual era de muy mala educación, se dijo mientras bajaba las escaleras.

Pero era una manera de protegerse.

Se dirigió con determinación hacia su despacho y se sumió en las columnas de números que explicaban porque debía comprar participaciones en la sociedad Mortlake & Murtland.

Sin embargo, cuando un lacayo fue a anunciarle que tenía una visita, no lo dudó. No conseguía concentrarse y se sentía muy solo. Estaba a punto de empezar a compadecerse a si mismo, pero había aprendido, años antes, que no había nada peor que eso.

Se sorprendió al leer el nombre del inesperado visitante en la tarjeta de visita que le entregó el lacayo. Lord Breksby era el ministro de Asuntos Exteriores y se decía que estaba a punto de retirarse. No se conocían demasiado.

Breksby entró en el despacho con expresión distraída, frotándose las manos. No parecía en absoluto un hombre que estuviera pensando en jubilarse.

-¡Buenos días señor! Espero que mi inesperada visita no le moleste demasiado.

Quill le ofreció asiento preguntándose que sería lo que podía haberle obligado a salir de su elegante despacho en Downing Street.

-Había venido a hablar con su padre, pero ignoraba que no estaba en la ciudad.

-Será un placer para mí transmitirle su mensaje. A menos que el asunto sea confidencial, en cuyo caso, si quiere puedo decirle donde encontrarle en Bath.

-No es ningún secreto-declaró jovialmente Breksby-La verdad es que había venido a felicitar al vizconde por el compromiso de su hermano. Oí decir que dentro de poco tendrían entre ustedes a la hija de lord Jerningham. Estoy hablando, naturalmente, del hermano pequeño del difunto duque.

El duque, el mayor de los Jerningham había muerto recientemente dejando por heredero a un hijo de catorce años.

-La señorita Jerningham ha llegado hoy-respondió Quill con prudencia.

No se fiaba de ese hombre. El ministro desde luego no había ido a hablar del tiempo.

-Iré directamente al grano-continuó Breksby-Necesitamos la ayuda de su padre, Dewland. O mejor dicho, la ayuda de la señorita Jerningham.

Quentin frunció el ceño.

-Le entiendo-continuó su interlocutor-¿Qué podría querer el Gobierno inglés de una joven de buena familia? La realidad es que el padre de

Gabrielle Jerningham esta en una difícil situación. Y acabamos de darnos cuenta de la gravedad del asunto.

-¿Qué ha hecho?

-No es tanto lo que ha hecho como a quien apoya. Se ha enfrentado a la Compañía de las Indias en relación con la política internacional y uno de los gobernantes hindúes.

Quill se quedó pensativo. El había sido accionista de la Compañía durante años y sabía como funcionaba. El año anterior la armada había atacado la fortaleza de Bharatpur, dejando tras de si alrededor de tres mil personas muertas o heridas.

-¿El problema esta relacionado con la región de la dinastía Holkar?

A Breksby no le sorprendió que Quill estuviera informado.

-Exactamente. La dinastía Holgar ocupa el Maharashtra en el centro de la India.

-Y la Compañía ni posee ni gobierna el Maharashtra-observó Quill.

-Eso es. Por eso me dirijo a ustedes antes que al representante del gobernador general. Algunos de nosotros, en el gobierno, creemos que el comité de control no tranquiliza adecuadamente los…impulsos guerreros de la Compañía. No hemos esforzado en dar a conocer nuestra opinión de una manera suave.

Ni el más leve pestañeo traicionó lo que Quill opinaba de esa "manera suave"

Breksby suspiró.

-Lo sé, lo sé. Sin duda nuestros esfuerzos han sido insuficientes. Pero parece que lord Richard Jerningham ha decidido hacerse cargo del problema de un modo que pone en peligro a toda la región.

-¿Qué ha hecho?

-¿Ha oído usted decir que el actual jefe Holkar no está en sus cabales?

-¿Tukoji Holgar? Eso es lo que dicen de el.

Efectivamente corría el rumor de que Holkar bebía demasiado coñac que le proporcionaban los hombres de la Compañía.

-¡Está completamente tocado!-confirmó Breksby-Se pasa el día bebiendo hasta que está borracho perdido. Parece ser que su familia le ha atado y solo le alimentan con leche. Supongo que hay algunos herederos ilegítimos que están esperando entre las sombras como buitres. Pero Tukoji tiene un descendiente legítimo. Y Jerningham tiene escondido a ese heredero en alguna parte.

Quill abrió mucho los ojos.

-¿Por qué en nombre de Dios?

-Suponga que ese heredero esté un poco loco también. Jerningham cree que si ponemos en el trono de los Holkar a un retrasado mental, eso abrirá las puertas del Maharashtra a la Compañía. Quiere que suba al trono un

bastardo y que la Compañía se vea obligada a renunciar a conquistar la región.

-¿Y usted cree que la señorita Jerningham sabe algo del asunto?

-Es muy posible. Extraña casa la de Jerningham. ¿Sabía que partió hacia la india como misionero?

-Oí comentar que había ido con esa idea pero que pronto renunció a ella.

-Efectivamente. Se instaló como un nabab en las profundidades del Maharashtra ya que allí era donde se había empeñado en salvar almas. En lugar de eso amasó una enorme fortuna exportando mercancías a China. Algunos dicen que el está en los orígenes del tráfico de opio hacia Extremo Oriente. Un rumor al cual no doy ningún crédito.

-¿Y que tiene él que ver con la política de los Holkar?

-El heredero de Tukoji Rao es un sobrino por parte de su primera mujer. El niño fue criado en casa de Jerningham, con su hija.

-Eso no explica porque le esconde Jerningham cuando podría subir al trono.

-Dicen que Jerningham odia tanto a la Compañía de las Indias que haría cualquier cosa para entorpecer sus intereses.

Breksby echó una mirada a su reloj de bolsillo.

-Necesito hablar urgentemente del tema con su padre-continuó-Y como ya le he dicho, también deseo felicitarle por la próxima boda de su hermano.

Cuando el ministro se hubo ido, Quill miro durante un buen rato la puerta cerrada. Luego emitió una risita. No hacía mucho que conocía a Gabby pero estaba seguro de que permanecería leal a su padre y también que podía mentir sin vacilar para salir de una situación delicada. Puede que ese viejo zorro de Breksby hubiera encontrado la horma de su zapato.

Capitulo 4

Al día siguiente por la mañana, Gabby se desperezó voluptuosamente. Por primera vez en varios meses no se despertó completamente dolorida en un oscilante camarote. Había dejado las cortinas abiertas y un pálido sol entraba en el dormitorio mientras oía a las alondras cantar en el jardín. Al menos ella suponía que eran alondras. Los libros de poesía de su padre hablaban a menudo del canto de las alondras en los jardines ingleses.

Cuando se acostó estaba muy preocupada pero a la luz del día se sentía mucho más optimista. Ciertamente la cena había sido muy elegante y se había visto obligada a escuchar a Peter hablando de la familia Real. Tenía razón cuando dijo que su educación había sido muy descuidada en ese tema. Era evidente que Prinny, como llamaba Peter al príncipe de Gales; era muy importante para su futuro marido de modo que se prometió a si misma interesarse de cerca por las cosas de la Corte. Y si le parecía que las aventuraras del tal Prinny eran un poco aburridas, bien, no tenía demasiada importancia.

Lo más importante era la belleza de Peter, al cual ella había estado observando subrepticiamente mientras el comentaba la relación entre la familia real y la aristocracia alemana. Se había sentido fascinada. Nunca había visto una piel tan blanca ya que incluso los ingleses que visitaban a su padre estaban bronceados por el so de la India. El pelo de Peter, de color castaño claro, caía sobre su frente en impecables rizos.

Gabby salió de la cama para acercarse a la ventana. Esperaba descubrir un jardín gris y estropeado, ya que le habían hablado de los inviernos ingleses con el viento silbando en el páramo y la lluvia helada golpeando el rostro; gente que se quedaba dormida encima de un montón de nieve y que no volvía a despertar, carámbanos gruesos como mangueras que agujereaban los tejados en pocos minutos etc. A los criados hindúes les encantaba hablar de los inviernos ingleses y de los británicos, a los cuales describían como seres sedientos de sangre, rapaces y rígidos. Creían que eran así debido al clima.

Pero lo que estaba viendo era un jardín maravilloso con hojas doradas, rojas y marrones. No parecía que hiciera frío, se dijo Gabby apoyando la frente en el cristal. Apenas estaba amaneciendo y la casa estaba completamente silenciosa. Aguzó el oído. Ningún ruido.

Podía salir un momento y nadie se daría cuenta.

Rápidamente se puso una bata y se ató el pelo con una cinta.

Se salpicó la cara con agua y se cepilló los dientes. Por fin se calzó los botines que parecieron todavía más desgastados bajo el camisón blanco, y salió de puntillas bajando la escalera. ¿Cómo iba a encontrar el jardín? La

puerta principal daba a la calle y seguramente desde allí no habría acceso al jardín.

En un extremo del vestíbulo estaba la puerta por la que Codswallop había desaparecido con su abrigo el día anterior. Seguramente llevaba a la zona de loa servidumbre. Y sabía también que el salón de los tigres no tenía salida al exterior. Giró sin hacer ruido el pomo de la última puerta y, un momento después, se encontró fuera, estremeciéndose un poco ante la oleada de aire frío que le golpeó el rostro.

El cielo era de un color azul muy pálido, casi blanco, completamente distinto al cielo de la India y el aire también olía diferente. Olía a hierba y a lluvia. Gabby se movió como fantasma por los senderos mirándose la punta de los zapatos, húmedas de rocío.

Se dirigió hacia un sendero bordeado de flores que exhibían sus últimos pétalos, rosas escarlatas, delicadas rosas blancas. El aire tenía un olor especiado similar al de la compota de manzanas que había probado por primera vez el día anterior. Hizo ademán de arrancar un capullo pero lo pensó mejor. ¡Era tan hermoso…y estaba tan mojado!

A lo lejos, Londres empezaba a despertar. El crujido de las carretas se mezclaba con el canto de los pájaros. Avanzó otro poco recordando los vivos colores de las orquídeas que crecían alrededor de su casa y los penetrantes chillidos de las aves exóticas. Aquí eran pequeños sonidos parecidos a canciones infantiles.

Los zapatos hacían ruido sobre el paseo de piedra. Giró en una esquina y se detuvo en seco.

Su futuro cuñado estaba sentado en un banco de piedra con las piernas extendidas ante si, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Se preguntó si estaría durmiendo y dudó si debía despertarle. Debía pasar mucho tiempo en el jardín, se dijo ya que el sol le había dorado la piel. A ella le había sorprendido mucho la palidez de las caras de los ingleses. Su padre siempre le había prohibido salir sin sombrero, según afirmaba, nunca conseguiría casarla si su piel se bronceaba.

Peter estaba todavía más blanco que ella. Era perfecto, pensó con un delicioso estremecimiento, desde su color lechoso hasta los rizos tan bien peinados.

Quill era más sombrío. Incluso a la luz del amanecer sus cabellos tenían reflejos caoba en armonía con su piel de bronce. Necesitaba un corte de pelo. Ella sonrió. Sobretodo necesitaba que alguien se ocupara de el. Intentaría encontrarle una esposa en cuanto conociera gente en Londres.

Sin hacer ruido fue a sentarse a su lado en el banco.

El se despertó sobresaltado.

-Lo siento-se excusó Gabby-Creí que estaba despierto.

El la observaba en silencio con los ojos medio cerrados y en la sombra.

-No esperaba encontrar a nadie en el jardín-dijo ella alegremente-Y no le hubiera molestado si hubiera sabido que estaba dormido. ¿No habrá pasado toda la noche fuera no?

El la miraba como si fuera un fantasma y se sintió un poco incómoda. Seguramente estaba pensado que charlar no era digno de el.

Entonces ella le sonrió. Le gustaba mucho su silencioso cuñado.

-Se supone que usted debe decir: "Buenos días Gabby, ¿ha dormido bien en su primera noche en Inglaterra?" No se demasiado sobre sus costumbres pero estoy segura de que es apropiado saludar amablemente a los miembros de la familia.

La respuesta de el no fue amable en absoluto.

-¡Por todos los diablos!

La sonrisa de Gabby desapareció.

-¿No será su jardín privado supongo? Nadie me prohibió que viniera y lamento mucho haber interrumpido su sueño. Pero estaba contenta de verle, porque me estaba preguntando…

-Gabby-cortó el.

-¿Si?

-No está vestida.

-¡Si que lo estoy! Llevo la bata y los botines, mire.

Le enseñó sus pequeños pies.

-No piense en los convencionalismos-continuó rápidamente-Estamos solos, los criados aún no se han levantado. Y no se lo diremos a nadie.

Lo que ella quería decir es que no se lo dirían a Peter. Después de haber pasado unas horas con su prometido, le parecía evidente que estaba muy apegado a la etiqueta.

Le guiñó un ojo a Quill que mantenía su expresión adusta. Cuando Gabby pensaba que podía disgustar a Peter se le hacia un nudo en la garganta por la preocupación, pero la idea de molestar a Quill mas bien la divertía. Esa debía ser la diferencia entre un prometido y un hermano, se dijo feliz con ese descubrimiento.

Se acercó a el y le cogió del brazo.

-Ahora señor, a menos que haya decidido fingir que es mudo ¿podría decirme el nombre de esas plantas?

El la miraba en silencio. Le estaba costando volver a la realidad. Como no conseguía dormir por culpa de su pierna, había salido con la neblina del amanecer. Había acabado por dormirse en el banco; donde tuvo el más extraño de los sueños.

Un sueño, que Dios le perdonara, en el cual Gabby tenía un lugar. Ni siquiera quería recordar las imágenes que le habían pasado por la mente. Y al desertar, ella estaba ahí, como una prolongación de su sueño con el pelo escapándose de la cinta.

-Gabby-dijo con voz ronca-no debería pasearse con ropa de noche. Bajo ningún pretexto debe salir de su habitación vestida así.

Ignorando la reprimenda, ella se puso de pie de un salto y le arrastro con ella.

-Creo que todavía tendremos unos minutos de tranquilidad Quill. Solo cinco minutos y luego volveré a la casa.

Quill no podía resistirse y lo sabía; sobretodo cuando ella le miraba de ese modo, con sus labios rojos todavía hinchados por el sueño y su luminosa piel. Tenía deseos de abrir la pesada bata y caer de rodillas escondiendo la cara contra esa carne tan suave.

Juró entre dientes y se dirigió al sendero con Gabby tras el.

-Este árbol se llama casia-dijo señalando un arbusto-Y eso son manzanos.

-¡Espera Quill! Quiero ver la casia, el de las flores.

Quill arrancó una rama florida y la sacudió provocando una lluvia de pétalos dorados.

-Normalmente en esta época ya ha terminado la floración, pero este año estamos teniendo un otoño especialmente benigno.

Le ofreció la rama a Gabby quien sumergió la cara en ella. Cuando se incorporó tenía la nariz completamente amarilla.

Quill se la limpió con la punta de los dedos. Tenía una nariz pequeñita y adorable.

-¿Cómo se conocieron sus padres?-preguntó.

No sabía mucho acerca de Richard Jerningham pero cada vez sentía más curiosidad por su vida.

-Mi madre era una emigrante francesa-contestó ella sin incomodarse por la pregunta-Mi padre la conoció dos semanas antes de que decidieran casarse. Pero solo estuvieron casados un año ya que ella murió al darme a luz.

Quill notaba ahora como el sol le calentaba la espalda. Gabby no podía sospechar lo que sucedería si les encontraban solos en el jardín. Se dio bruscamente la vuelta y se dirigió hacia la casa. Luego se detuvo.

-Tiene que entrar usted sola-dijo.

-Estábamos hablando de algo importante-protestó ella molesta-Es de muy mala educación ignorarme. Le he dicho que mi madre murió al nacer yo y usted ni siquiera me ha mostrado su simpatía.

Quill estaba luchando con el deseo de hacerla callar con un beso.

-Me encantará oír hablar de sus padres, pero temo que los criados nos sorprendan. A estas horas ya deben estar levantados.

-¿Y? ¿Sería eso una tragedia? Es usted mi cuñado.

Ella estaba sonriendo, la imagen perfecta de la inocencia.

-Todavía no está casada con Peter-hizo notar el-Si nos encontraran juntos en el jardín, la gente pensaría lo peor y su reputación se vería arruinada.

Gabby frunció el ceño.

-Ahora que lo dice, ¿Por qué me caso con Peter? No es que tal cosa me disguste pero…-añadió rápidamente.

Y era cierto, a juzgar por su radiante sonrisa.

-Me parece-continuó un poco confusamente-que mi padre cree que me voy a casar con usted. O mejor dicho, cree que Peter es usted. Cree que algún día seré vizcondesa, pero no es así ¿verdad? La vizcondesa será su mujer.

-Puede que usted no llegue a ser vizcondesa pero su hijo será vizconde-replicó el-Yo no me casaré nunca.

-Pero…

-Gabby-la cortó-tiene que volver a su habitación. ¡Vamos!

La empujó hacia la puerta.

Gabby no tenía elección. Se apresuró a meterse sin hacer ruido en la casa pensando en las palabras de Quill. ¡Por supuesto que el se casaría! A ella le daba completamente igual convertirse en vizcondesa; pero Quill estaba solo, ella lo había podido ver en su mirada. Alguien tenía que obligarle a hablar y hacerle reír.

De vuelta en su dormitorio, puso cuidadosamente los zapatos debajo de la cama para esconder las punteras mojadas, se volvió a meter en la cama y tiró del cordón para llamar.

Había olvidado la rama llena de flores que trajo del jardín hasta que la doncella, después de darle los buenos días exclamó:

-¡Que flores mas bonitas!

-Si, ¿verdad? ¿Te llamas Margaret? Es un nombre muy inglés. Y las flores son de la casia.

Encantada de ver a su señora tan amistosa, Margaret empezó a arreglar la habitación y a encender el fuego. No se dio cuenta de que los botines de Gabby estaban empapados. Y no hizo preguntas sobre las flores que puso en un jarrón en la mesilla de noche. Nunca había conocido a una dama tan amable que casi la trataba como si fuesen amigas.

Cuando Gabby entró ene l comedor acompañada de Phoebe, Margaret había conseguido dominar los rebeldes rizos y le había apartado el pelo de la cara con una cinta.

Quill vio que la cara de ella se iluminaba al descubrir que Peter estaba sentado a la mesa.

-¡Buenos días Peter!-dijo alegremente-¡Buenos días Quill!

-Buenos días, señorita Jerningham, señorita Phoebe-contestó Peter un poco fríamente.

Esperó a que un lacayo hubiera servido a Gabby y a Phoebe para continuar:

-Cuando hayan desayunado las acompañaré a ver al señor Careme.

-¡Maravilloso!-exclamó Gabby sirviéndose mermelada en abundancia-Es la mejor tostada que he comido. ¿Qué tipo de mermelada es Phillip?

Horrorizado, Peter se dio cuenta de que ella se estaba dirigiendo al lacayo y que este le respondía como si fueran iguales.

-Es mermelada de moras, señora.

Notando la furiosa mirada que le estaba dirigiendo Peter, Phillip volvió a su lugar junto a la pared.

-¡Me encanta la mermelada de moras-dijo Gabby extasiada-¿A ti que te parece Phoebe?

La pequeña miraba la mermelada con desconfianza.

-Ayah nunca me deja tomar cosas dulces para que no engorde. Y si engordo luego no podré casarme.

-Ese Ayah es un tirano. Pruébalo, querida.

Peter frunció el ceño. Era su prometida la que debería evitar los dulces. Quizá fuera debido al vestido que llevaba, pero le parecía un poco más regordeta de lo que exigía la moda. Tendía que hablar con ella.

Ella se estaba volviendo hacia el lamiéndose el labio, y el se enfurruñó mas todavía.

Quill, después de echar una ojeada a Gabby, se levantó y abandonó el comedor sin decir una sola palabra. Peter pensó que incluso su hermano estaba sorprendido por los malos modales de la joven. Tenía que remediarlo sin falta.

-¿El señor Careme es uno de sus amigos?

-¿Perdón?

Peter no sabía de lo que estaba hablando.

-El señor Careme. Ha dicho que iríamos a visitarle después de desayunar.

-No. Es un sastre. El mejor de Londres. Necesita usted un nuevo vestuario lo más pronto posible y he conseguido una cita para hacer unas pruebas.

-No merece la pesa-aseguró Gabby-Me hice hacer unos veinte vestidos blancos en la India. Son una copia de las imágenes del último número del *Beau Monde*. Una revista de moda-explicó.

-Lo conozco-gruñó Peter quien lo hojeaba a menudo-Pero ese modelo no es el indicado para usted.

-¿De verdad?

Gabby notó que le tiraban de la manga y se volvió hacia la mirada implorante de Phoebe. Recordó la tristeza de la niña por la longitud de sus vestidos.

-De acuerdo-dijo-¿Puede acompañarnos Phoebe? Encargaremos las dos vestidos nuevos.

Peter aceptó. Le gustaba Phoebe, aunque hubiera estado mejor en una clase, se comportaba perfectamente en presencia de los adultos. Notó con satisfacción que después de unos bocados, había dejado la tostada encima del plato. Incluso una niña debía cuidar su línea. En cuanto a Gabby, esta estaba zampándose la cuarta o la quinta tartaleta.

No pudo contenerse por más tiempo.

-¿Cree que es adecuado comer tanta mermelada?

El mismo solo tomaba para desayunar una taza de té y unos trozos de manzana. Quill en cambio comía como un campesino. Peter puso con delicadeza media cucharada de azúcar en su taza y cuidó de que al remover, la cuchara no golpeara la porcelana.

Gabby miró extrañada la tostada que tenía en la mano y luego la dejó en el plato.

-Gracias por el consejo-dijo sonriendo.

Al menos era dócil, pensó el. Quizá consiguiera moldearla como si fuera una obra de arte.

-Debería haber sospechado que tomar mucho me haría enfermar-continuó ella-¿Produce dolor de vientre u otros problemas?

Peter se ahogó con el té. Lanzó una rápida mirada a Phillip, pero este permaneció imperturbable. Prefirió no responder.

-Si ha terminado haré que preparen el carruaje-dijo evitando deliberadamente su mirada.

Cuando llegaron a la tienda del señor Careme, un estirado mayordomo les condujo hasta un salón donde el dueño en persona recibió a Peter efusivamente. Parecían ser muy buenos amigos y Peter le felicitó calurosamente por el encantador vestido que llevaba una tal lady Holland el día anterior en el cumpleaños del príncipe. El señor Careme hizo una vaga señal con la cabeza en dirección a Gabby y ni siquiera pareció notar la presencia de Phoebe.

Gabby dio un suspiró y miró a su alrededor. Una de las paredes de la estancia estaba cubierta de espejos al lado de los cuales estaba tranquilamente sentada Phoebe con su niñera; se dirigió hacia ella y notó divertida, que eran espejos de tres caras en los cuales uno podía verse bajo todos los ángulos.

Mientras se miraba vio a Peter y al señor Careme detrás de ella. El modisto tenía en ese momento una sonrisa amable y le tendía la mano.

-Perdóneme-dijo-No sabía que era usted la prometida del señor Dewland.

Gabby sonrió. Era agradable ver que hasta que punto Peter estaba bien considerado.

-Su futuro esposo posee un gusto excepcional-continuaba Careme-Siempre va perfecto con ese toque de fantasía que hace que cualquier creación mejore.

Gabby lanzó una mirada a su prometido. Iba vestido de negro, cosa que a ella el gustaba infinitamente mas que el sofisticado traje del día anterior. Era evidente que el señor Careme estaba esperando que ella hiciera algún comentario, de modo que respondió con un tono casi molesto:

-Efectivamente, es muy elegante.

-¡Elegante!-dijo indignado Careme cuyo acento francés se hizo mas pronunciado-¡Usted no es una experta señorita Jerningham! El señor Dewland me ha dicho que acaba usted de llegar a Inglaterra, pero debe saber que se va a casar con el hombre que marca la moda masculina en Londres. Si decidiera llevar un chaleco blanco, puede estar segura de que la mayoría de los caballeros se lo pondrán al día siguiente.

-Esta exagerando querido-protestó Peter-Me halaga demasiado.

-Soy francés-replicó Careme-No necesito exagerar; siempre digo la verdad. Hubo un tiempo, cuando era usted mas joven, en que no sabíamos quien dictaría la moda de los caballeros. Pero ahora desafío a cualquiera a que vaya en contra de su gusto.

Gabby entrecerró los ojos.

-El señor Careme exagera mi modesta influencia sobre los miembros de la alta sociedad-dijo Peter-Pero se lo agradezco y le confío a mi futura esposa. A usted, señor Careme, y a nadie mas.

Careme estaba examinando a Gabby desde la cabeza hasta los pies y parecía bastante menos contento que unos instantes antes.

-Será un desafío-insistió Peter-Un desafía que solo el mejor creador del país es capaz de afrontar.

-Eso es cierto.

El señor Careme estaba dando vueltas alrededor de Gabby como un tigre alrededor de su presa.

-Sobretodo nada de blanco-precisó Peter.

-Voy a tener que pensar-declaró Careme-Necesitaré un mes o quizá mas.

-Se lo concedo. Sin embargo ¿puedo pedirle un favor estimado señor? ¿Tendría usted algo que se pudiera ajustar rápidamente a las medidas de la señorita Jerningham-añadió Peter bajando el tono de voz-No puedo ni siquiera imaginarme llevándola de paseo al parque. En realidad para venir hasta aquí hemos venido en un coche cerrado. Estoy seguro de que lo entiende.

-Completamente. No creo que pueda proporcionarle mas de uno o dos vestidos de día, señor. Me temo que la señorita Jerningham es un poco…un poco demasiado…

Para gran alivio de Gabby, el señor Careme se vio interrumpido antes de poder decir en voz alta el problema que ella representaba. La puerta se abrió dando paso a una joven mujer acompañada de su doncella.

-La duquesa de Gisle-anunció el mayordomo solemnemente.

El señor Careme se giró de un salto.

-¡Vuestra Gracia! No sabía que había vuelto.

Peter, muy contento, se precipitó hacia la recién llegada.

Gabby la miró con envidia. Era evidente que la duquesa no le planteaba ninguna dificultad al modisto. Su vestido parecía estar hecho con la más fina seda y su figura era tan perfecta como el resto de su persona.

Su prometido estaba hablando con ella con el rostro animado y a Gabby se le hizo un nudo en la garganta. Quizá la hermosa duquesa era la responsable de la falta de entusiasmo de Peter hacia su matrimonio. Esos dos se complementaban a la perfección, la duquesa era tan elegante y sofisticada como el. Tendían hermosos hijos juntos.

Debían haber estado enamorados el uno del otro antes de que ella se viera obligada a casarse con otro hombre. A Gabby se le llenaron de repente los ojos de lágrimas. ¡Como debió sufrir el viendo a su amada casándose con otro seguramente con un viejo duque con un enorme estómago.

La duquesa se acercó. En su romanticismo, Gabby se la había imaginado rota de dolor, sin embargo la mujer que se encontraba ante ella estaba radiante de felicidad.

-Encantada de conocerla-dijo extendiendo una mano enguantada.

Gabby la tomó preguntándose si se suponía que debía besársela o apretarla. No sabia nada sobre como debía comportarse ante una duquesa. ¿Debía hacer una reverencia? Se limitó a darle un apretón de manos.

-Te presento a mi prometida-declaró Peter-La señorita Jerningham llegó ayer de la India.

-Yo también acabo de desembarcar. Mi marido y yo acabamos de volver de Turquía. Hemos estado ausentes casi un año y no tengo nada que ponerme. Por eso, estimado señor Careme-dijo dedicándole una sonrisa al sastre-he venido sin concertar una cita. ¡Estaba desesperada!

Se dirigió de nuevo a Gabby:

-Perdóneme por haberles interrumpido, señorita Jerningham. Dígame ¿le gusta Londres?

Gabby se sintió seducida por la cálida mirada de la duquesa.

-Mucho, aunque todavía no he tenido tiempo de visitar la ciudad.

-¿Por qué no damos una vuelta por Bond Street cuando haya terminado aquí? Bueno, si es que no tiene nada planeado.

A Peter le llenó de preocupación la propuesta. No quería que nadie la viera mientras no tuviera un vestuario nuevo.

-Humm…Me temo que no va a ser posible.

La duquesa pareció entender.

-¿Entonces un pequeño paseo por el parque? Siempre he tenido muchas ganas de ir a Calcuta y me encantaría que me contara cosas de ella.

Unos segundos después llevaron a Gabby a los probadores donde le quitaron la ropa. Los empleados del señor Careme se extrañaron al ver que no llevaba corsé.

-A mi padre no le gustan-explicó Gabby-Cree que una mujer debe ser capaz de vestirse por si sola.

Careme se estremeció ante la idea.

-Lo intentaremos con ballenas-declaró-Haré todo lo que pueda.

-Estoy segura de que hará maravillas-aseguró Gabby.

El señor Careme parecía repentinamente más optimista.

-¡Por supuesto!

Chasqueó los dedos y, un minuto después, una joven empleada volvió con un vestido ligero de color naranja.

-Lo había hecho para la condesa de Redingale-le confió a Gabby-pero la muy tonta lleva un mes de retraso para venir a buscarlo. Ha debido gastarse toda la pensión de golpe como de costumbre. Le voy a dar este vestido: eso le enseñará que no se juega con el mejor modisto de Londres.

Una de las ayudantes del señor Careme abrochó el corsé. Los pechos subieron, la cintura parecía extremadamente fina y empezó a tener esperanzas. A lo mejor se convertía en una sofisticada belleza.

Le pasaron por encima de la cabeza el vestido que se deslizó por su cuerpo con un susurro de muselina.

-No está mal-dijo el modisto.

Al contrario que el vestido blanco y rígido de Gabby, este se movía al menor soplo de aire y solo un reborde de piel en el bajo impedía que se levantara más de lo estrictamente correcto.

Para Gabby era el colmo de la sofisticación.

-Yo…

Le costaba respirar.

-Siempre me gustó el color naranja, señor.

-¡Naranja!-exclamó Careme sorprendido-Es la flor de l naranjo. Yo nunca utilizo el color naranja. Y la piel es chinchilla.

Afortunadamente Gabby estaba empezando a acostumbrarse al modo franco de hablar de Careme.

-Solo me temo que enseño demasiado con este vestido maravilloso.

Tenía la sensación de que el pecho le salía de las clavículas.

-Esto no funciona, no funciona-mascullaba el sastre-Tendré que pensar mas detenidamente. El color por ejemplo, no realza su cabello.

Gabby se miró en el espejo mientras unas pequeñas manos enderezaban su peinado.

-Y la falda es demasiado estrecha para usted-continuó Careme-Pero tendrá que servir por el momento.

Gabby no le veía nada de malo al vestido aparte del hecho de que apenas conseguía respirar.

-Vamos a lanzar una nueva moda-decretó el modisto-Las hechuras francesas no son lo que mas le favorece; y para estar a la altura del señor Dewland tiene que estar usted a la última moda.

Parecía tan desesperado que Gabby intentó consolarle.

-Los grandes éxitos no vienes solos, señor. Piense en la persona que inventó este infernal corsé. No pudo ocurrírsele en una sola noche con todo el tejido que lleva y las ballenas…

Por primera vez desde que había entrado en el establecimiento, Gabby sintió que el señor Careme la miraba a ella y no solo a su ropa. El se quedó inmóvil por un instante.

Ella le guiñó un ojo.

-Ya veo-continuó ella-Va usted a transformar a la ratita que soy en una reina y cuando entre en un baile cogida del brazo de Peter, la gente se apartará a nuestro paso y solo se preguntaran una cosa: ¿Quién ha hecho el vestido de la señorita Jerningham?

El señor Careme sonrió.

-Le importa muy poco la ropa ¿no es cierto señorita Jerningham?

-Efectivamente-confesó Gabby-Pero intentaré interesarme por ella ya que es importante para Peter.

-En la moda hay una verdad esencial. Si una mujer no tiene clase, nunca la tendrá lleve lo que lleve. Yo hice una maravillosa creación para una debutante sabiendo que ni un solo hombre se fijaría en ella esa noche. Pero estoy seguro de que a usted los hombres si que la miran.

-No tengo ni la menor idea. Mi padre no me dejaba conocer a demasiados representantes del género masculino. Y no era importante ya que voy a casarme con Peter.

-Si-contestó Careme un poco molesto-Vamos, voy a crear una nueva moda para usted; y le aseguro, señorita Jerningham, que los hombres de Londres se pelearan por besar la punta de sus zapatos.

-¡Que perspectiva mas agradable!

El señor Careme emitió una de sus raras carcajadas.

-Es usted muy especial, señorita Jerningham. He cambiado completamente de opinión sobre la misión que se me ha encomendado.

-Gracias-dijo sencillamente Gabby.

Cuando Peter vio a su prometida salir de la tienda cogida del brazo de la duquesa de Gisle, se estremeció de horror.

Gabby parecía una manzana…una manzana muy redonda. Su corpiño parecía a punto de reventar ¿Cómo podía alguien tener tanto pecho? Se estremeció al pensar lo que parecería con un vestido de noche con toda esa carne a la vista. Como ella iba andando delante de el, notó que el vestido se le pegaba a las caderas y que el borde de piel se movía demasiado. Ella daba unos pasos demasiado largos, desde luego no andaba como una dama.

Además, en lugar de hacer preguntas educadas demostrando que era consciente de estarse dirigiendo a una de las personas mas populares de la alta sociedad, parloteaba sobre la India como una loca. ¡La India! A Peter se le puso la piel de gallina. No había nada más molesto que la gente que hablaba de las colonias.

Evidentemente su futura esposa no tenía ningún sentido de las diferencias sociales. No entendía nada sobre la jerarquía y pensó en las carcajadas de sus amigos cuando la conocieran.

Gabby no dejaba de hablar. ¡Por Dios! Parecía que incluso el estaba dando clases de gramática hindi a la duquesa. Peter rechinó los dientes.

No podía.

No podía casarse con esa cotorra, esa mujer mal vestida, regordeta, carente de gracia y delicadeza. No importaba lo grande que fuera su fortuna, el no podría convertir en una dama a la hija de un comerciante.

Esa torpe mujer iba a destrozar la frágil estructura social de la que dependía su felicidad sin ni siquiera darse cuenta. ¡Era injusto, demasiado injusto!

Se había pasado seis años haciéndose un lugar en la alta sociedad siendo amable con todo el mundo. A Peter no le gustaba la gente que alcanzaba la cima aplastando a los débiles o hablando mal de los demás. Siempre era afable y aceptaba las derrotas con una sonrisa. Por ejemplo, hubo una fiesta privada que celebró Bladdington por el cuadragésimo tercer aniversario de Prinny y a la cual no fue invitado. Aunque se sintió mortalmente agraviado, se comportó de un modo perfectamente cortés cuando volvió a ver a Bladdington. Efectivamente, todo el mundo le había dicho que Prinny había preguntado donde estaba afirmando que la fiesta no podía ser un éxito sin Peter.

La bilis le subió a la garganta. Su padre no tenía derecho a exigirle un sacrificio como ese.

Sus padres tenían que llegar de Bath esa tarde para conocer a su futura nuera. Siempre le había costado oponerse a su padre, pero esta vez era imperativo que lo hiciera.

No podía llegar hasta el final con ese proyecto de boda.

Capitulo 5

Gabby, Peter y Phoebe se encontraron a su vuelta a Dewland House con un elegante carruaje.

-¡Es mi nueva mamá que ha venido a buscarme!-exclamó Phoebe.

Peter la miró compasivamente. Tenía que ocuparse de buscar a esa mujer…la señora Ewing ¿se llamaba así?

-Me temo que no Phoebe-contestó-Es el coche de mis padres que han vuelto de Bath para recibir a la señorita Jerningham.

Gabby atrajo a la niña hacia si.

-Encontraremos a tu mamá Phoebe. Mientras tanto piensa en todos los hermosos vestidos que el señor Careme está haciendo para ti.

También Phoebe iba a tener un nuevo guardarropa y sus ojos brillaban de ilusión.

-Me dijo que me haría uno con mangas abullonadas

-¡Exacto! Es una suerte que Peter todavía no haya encontrado a tu mamá porque estoy muy contenta de que estés conmigo y tus vestidos no estarán listos hasta dentro de unas semanas.

-Me pondré el vestido de las mangas abollonadas, así le gustaré mas a mi madre.

El lacayo abrió la portezuela. Gabby estaba un poco intimidada ante la idea de conocer a los vizcondes; temía que se sintieran decepcionados como Peter.

Pero había sucedido una desgracia; pronto comprendió que nunca podría hablar con el vizconde.

-Durmió y durmió-explicó la vizcondesa llorando y retorciéndose las manos-Cuando conseguí despertarle me miró, pero no sabía quien era.

Quill, de pie en medio de la estancia no decía nada. En cuanto a Peter, se dejó caer en un sillón.

-Ayer por la noche me reconoció-continuó su madre-pero el médico dice que nunca podrá volver a usar las piernas. Y lo que es peor, no puede hablar. Sin embargo, esta mañana, cuando le he dicho que tenía que venir a Londres para contaros lo que había sucedido, estoy segura de que me ha entendido. Le había pedido que parpadeara si me entendía y lo hizo.

Los sollozos se hicieron más fuertes y Quill se acercó a abrazarla. Al ver que extendía el brazo que tenía libre y que Peter se acercaba, Gabby desapareció con lágrimas en los ojos. Durante toda su vida había intentado gustar a su padre pero a el nunca se le había ocurrido abrazarla, ni, por supuesto, hacerle el mas mínimo halago.

Se refugió en su habitación. Si su padre hubiera sufrido un ataque que le hubiera privado del habla, ella se habría sentido aliviada y ese era un terrible pensamiento.

Para tranquilizarse se dijo que se habría ocupado de el. Pero eso solo hubiera sido un nuevo intento de ganarse su cariño. Y habría fracasado. Si una lección había aprendido en su infancia era que no se podía obligar a la gente a quererle a uno.

Tiró del cordón y Margaret no tardó en aparecer.

-Voy a ser su doncella-anunció alegremente-La señora Farsalter me lo ha confirmado.

-Me alegro mucho. Bien, entonces ayúdame a librarme de este terrible corsé.

Margaret empezó a desabrochar los pequeños botones del corpiño. Pero cuando deshizo los lazos del corsé y Gabby hizo una profunda inspiración, el tejido se tensó todavía más sobre su pecho.

-La señora Farsalter es una buena costurera-dijo Margaret-Quizá podamos ensanchar las costuras.

-Ya lo hizo el señor Careme. Llevaré un chal, Margaret, de ese modo nadie notará que el vestido queda un poco apretado en el pecho.

-¿Está segura señorita? Podría apretar solo un poco el corsé.

-¡Eso no! Estoy segura de que comeremos en casa.

La doncella asintió.

-En vista de la enfermedad del señor, supongo que se casará usted rápidamente. Puede que el señor Peter consiga una licencia especial.

Gabby la miró sin entender y la doncella explicó:

-El señor Codswallop tuvo un tío que fue victima de un ataque parecido y no vivió demasiado tiempo. Después la familia estará de duelo…

-Por supuesto-murmuró Gabby.

Seguramente Margaret quería decir que uno no se casaba en el periodo de luto en este país. Esa era una regla más de la que tenía que acordarse. Curiosamente la idea de una boda apresurada, que una semana antes la hubiera encantado, ahora no la seducía.

El almuerzo se desarrolló en una tensa atmósfera.

-Tengo que volver a Bath-explicó Kitty a Gabby-pero le he enviado un mensaje a mi querida prima, lady Sylvia, para pedirle sea tu acompañante durante mi ausencia.

Quill masculló algo entre dientes y Kitty se animó.

-Lady Sylvia es completamente digna de respeto-dijo en un tono que no admitía réplica-Por otra parte es muy difícil encontrar una acompañante en esta época del año.

Estalló de nuevo en sollozos.

-¡Dios mío! Si Thurlow no puede ir a ocupar su lugar en el Parlamento, se le romperá el corazón.

Gabby se alegró al ver que Peter se comportaba de un modo encantador con su madre, acariciándole la mano y hablándole al oído. Quill permanecía inmóvil frente a ellos y con la tercera o la cuarta crisis de lágrimas, Gabby se sintió francamente irritada. ¡Pobre lady Dewland! Nunca podía haber imaginado que iba a suceder un drama de esas proporciones.

A mitad de la comida, Kitty apretó la muñeca de Setter.

-No puedo quedarme ni un minuto más-dijo con voz apagada-Veo sin cesar el rostro de Thurlow esperando mi regreso.

Se levantó.

-Estoy encantada de haberte conocido, Gabrielle. Hablaremos cuando mi querido Thurlow pueda levantarse de nuevo. Solo estaré fuera unos días.

Gabby asintió, sin embargo dudaba mucho que el vizconde pudiera volver a hablar o a andar.

-No puedes volver a Bath sola, mamá-declaró Peter.

Los dos hombres se habían levantado al mismo tiempo que su madre.

-Te acompaño-continuó-y me quedaré contigo el tiempo que haga falta.

-¡Oh no!-protestó Kitty desesperada-¡Sería muy molesto para nuestra querida Gabrielle!

-Peter debe acompañarla-aprobó la aludida.

Estaba claro que madre e hijo compartían un vínculo privilegiado.

-No soportaría abandonarte en esta terrible prueba-dijo Peter.

-Pero…tus amigos-objetó débilmente Kitty-Les parecerá muy extraño que dejes a tu prometida en Londres.

-Desde luego que no-contestó Peter muy seguro-Mi lugar está a tu lado.

Quill estaba frunciendo el ceño.

-Estoy seguro de que Peter debería quedarse aquí con Gabby. Van a casarse y ella acaba de llegar de la India. Por otra parte, padre no parece correr un peligro inminente y puedo acompañarte yo mismo a Bath.

Gabby le miró indignada.

-Lady Dewland-dijo con calor-Peter tiene que ir con usted y quedarse tanto tiempo como usted le necesite. Insisto.

Era evidente que Peter sería mayor consuelo para Kitty que Quill.

-De todos modos-añadió Peter-Gabby todavía no está preparada para hacer su entrada en la sociedad. Hemos encargado un nuevo vestuario esta mañana y el señor Careme ha hablado de un mes de plazo. Gracias a la presencia de lady Sylvia a nadie le parecerá extrañó que Gabby permanezca en Londres.

-En ese caso acepto-dijo Kitty visiblemente aliviada-¿Estas segura de que no te molesta, mi querida Gabrielle? Estoy segura de que Thurlow estará mejor dentro de una semana y no quisiera que nuestras relaciones se deterioraran. Estoy muy contenta con la idea de que te conviertas en mi nuera.

Gabby se inclinó para depositar un beso en su mejilla.

-Peter es suyo tanto tiempo como usted quiera, lady Dewland.

Kitty le acarició el pelo.

-Tenemos suerte de contar contigo, mi querida niña.

Gabby miró a lady Dewland y a Peter mientras se subían en el carruaje; después de que la docena de maletas de Peter estuvieran bien sujetas en el techo del mismo; con un poco de envidia. No le reprochaba a ella que se alegrara de poder contar con la presencia de su hijo, sino que le reprochaba a Peter que apreciara tanto la compañía de su madre, cuñado en los últimos dos días el no le había demostrado a ella tanto afecto.

Pero eso era porque ella no se lo merecía, pensó.

Quill estaba a su lado y adivinó su tristeza.

-¿Qué le apetece hacer esta tarde?-preguntó.

La pregunta le sorprendió incluso a el ya que nunca salía a esas horas del día. Tenía mucho trabajo pero odiaba ver a Gabby entristecida. Por lo menos no lloraba, no podía soportar a las mujeres que lloraban por cualquier tontería.

-Me gustaría dar un paseo por Londres-contestó ella-Pero no esta obligado a acompañarme Quill. Puedo coger un coche.

-Nada de eso. La llevaré donde quiera.

-La verdad es que preferiría estar sola.

El suspiró.

-Gabby, una dama nunca se pasea sola. Cuando conozca mejor la ciudad podrá coger de vez en cuando el coche para hacer algunas compras o para ir de visita. Pero esa es la única libertad que se le concede a una dama inglesa.

-Gracias a Dios no soy inglesa del todo-replicó Gabby-Seguramente es por culpa de mi parte francesa, pero estoy segura de que puedo pasar la tarde sola sin correr el menor peligro. No quisiera que lo abandonara todo por mi causa.

-No tenia intenciones de trabajar esta tarde-mintió el-Iré con usted.

Ella pensó que quizá él no tenía ganas de permanecer en la casa después de la triste noticia que acababa de recibir. Era una pena que Kitty tuviera una predilección tan evidente por su hijo menor. Quill debía sentirse abandonado.

Entró en la casa y le entregó el chal a Codswallop.

Quill tragó saliva. ¿Qué clase de vestido se había comprado Gabby? ¡Nunca había visto algo tan atrevido! Parecía una cortesana. De espaldas el vestido se pegaba a la forma de sus caderas.

Y la parte de delante era aún peor, la seda parecía que se había pegado a su cuerpo.

-He averiguado la dirección de Emily Ewing-declaró abruptamente.
-¡Maravilloso! ¿Vive en Londres?
-Si.
-No debió recibir la carta de la India hablando de Phoebe. Le enviaré una nota. No podemos presentarnos en su casa con la mala noticia de la muerte de su hermana.
Quill asintió.
-Me gustaría saber donde desea ir esta tarde.
Ella, testaruda, guardó silencio y el se acercó y le levantó la barbilla. Aspiró su perfume de jazmín.
-Gabby…
No era necesario preguntarle si podía confiar en él, pensó ella. Por supuesto que podía. Su impresionante cuñado era la imagen misma de la honestidad.
-Solo quería dar una vuelta sin rumbo fijo.
-¡Gabby!
-Muy bien. Me gustaría ir al banco Hoare. Mi padre me dio una carta…
-Las damas no entran en los bancos-explicó Quill-Llevaremos la carta y un representante del banco vendrá a verla a casa.
-Mi padre me enseñó a desconfiar de los subalternos-insistió Gabby-Quiero hablar con sir Richard Hoare en persona. Difícilmente puedo exigir que el director venga a visitarme a casa.
-En ese caso la acompañaré-decidió Quill-Debe usted entender que la reputación de una dama es lo mas importante que tiene.
Se interrumpió porque era evidente que ella no le estaba escuchando.
-Gabby, ¿me está oyendo?
Mientras el le soltaba su pequeño discurso, ella soñaba que el la cogía en sus brazos. ¿Acaso se había vuelto loca? Su sentido común la rescató; no, lo que sucedía es que él era muy atractivo, se dijo. Cuando la miraba las piernas se le volvían de algodón y la invadía un intenso calor.
El problema era que su padre nunca la había permitido conocer a ningún hombre, de modo que los hombres la impresionaban mucho. Y por primera vez lamentó que Peter se hubiera ido a Bath.
El estaba esperando una respuesta.
Ella se mordisqueó el labio con nerviosismo. Quill tenía una extraña expresión.
-Gabby-dijo el.
Ella se tambaleó y el la sostuvo por los hombros. Ella estaba casi en sus brazos.
-Yo…yo…
Ella se calló, quería besarle, no podía soportar ni un segundo más el no haber sido nunca besada.

-Mi madre murió el día que yo nací y mi padre nunca demostró su afecto-susurró ella mirando fijamente sus labios.

-¿Y?

El estaba masajeando suavemente con el pulgar la base de su cuello.

Ella osciló hacia el y, sin pensarlo, Quill posó su boca en la de ella en un beso tan ligero como las alas de una mariposa.

Ella cerró los ojos, inmóvil, con los brazos rígidos cayendo a los lados.

El la acercó más a su cuerpo y deslizó las manos hasta sus hermosas nalgas.

-Pon los brazos alrededor de mi cuello, Gabby-murmuró el.

-De acuerdo-dijo ella un poco sorprendida-Es…muy agradable

-Shhh.

Ella se abrió a el y el casto beso se volvió exigente con una pasión apenas controlada.

Gabby ya no tenía ganas de hablar. Dejó que su cuerpo dominara a su cerebro y se abandonó por completo a las ardientes sensaciones que la recorrían. Se fundió contra el amoldándose a su cuerpo sin la menor contención.

La boca de Quill era exigente, sus manos insaciables y ella estaba sin aliento.

-Gabby, si…

El tono ronco de su propia voz arrancó a Quill de su aturdimiento, como si saliera de un profundo sueño.

-¡Señor!

Dio un saltó hacia atrás, se volvió y cogió una profunda bocanada de aire.

-Ordenaré que traigan el coche.

Gabby perdió un poco el equilibrio cuando las manos de el la soltaron. Estaba ardiendo.

-¿Es necesario que nos vayamos ahora mismo?

Su voz estaba velada, más sensual que nunca y Quill apenas se atrevía a mirarla.

-Debería pegarme un tiro en la cabeza-masculló.

-¿Por qué? ¿No te ha gustado?

El por fin la miró. Gabby era la única mujer que el conocía cuyos ojos traicionaban la menor de sus emociones. Ella le deseaba.

Se acercó a él, le pasó los brazos alrededor del cuello y posó sus labios sobre los de él. El sintió su aliento mezclarse con el suyo y no pudo hacer otra cosa aparte de apretarla contra el y apoderarse de su boca. Esta vez fue un poco diferente, ya que Gabby sabía ahora como eran los besos. Con un suspiro estrangulado, ella aceptó la intrusión de su lengua.

Y la ardiente danza continuó hasta que Quill se dio cuenta de que todas las horquillas de ella se habían caído y el estaba escondiendo sus manos en

su sedosa cabellera. Sus besos se habían convertido en una apasionada posesión sus caderas se movían febrilmente contra el.

Y lo que era todavía peor: el notó que el pomo de la puerta que tenía a su espalda se estaba moviendo.

Soltó los brazos de Gabby y ladró en dirección a la puerta.

-¡Déjennos!

Ella le dirigió una mirada radiante y maravillada.

-Gracias.

-¿Por qué?

-Nunca me hubiera imaginado que los besos eran tan…placenteros.

Se acercó de nuevo a el pero el la detuvo con un gesto. Ella sonrió.

-Ahora comprendo porque mi padre no me dejaba ver a ningún hombre.

Sus palabras planearon por un instante en medio del silencio.

El sacudió la cabeza sin poder entender como era posible que hubiera llegada a la edad que tenía sabiendo tan poco sobre las relaciones entre un hombre y una mujer.

-Nunca debes pedir que te bese otro hombre que no sea tu…prometido, Gabby.

Él no conseguía pronunciar el nombre de Peter.

Los ojos de ella brillaban.

-Nunca, jamás podría haberlo sospechado, Quill. Lo de los besos, quiero decir.

-¡Ah!

Necesitaba desesperadamente un coñac aunque la tarde acabara de empezar.

-Sería mejor que subieras a tu habitación a peinarte-dijo el abriendo la puerta-Después te acompañaré al banco.

Gabby, un poco decepcionada, le observó marcharse como si tuviera al demonio pisándole los talones. Era evidente que lamentaba haberla besado.

Subió las escaleras con expresión soñadora. Quizá cuando Peter volviera ella tendría su nuevo vestuario y entonces su prometido la miraría con la misma expresión que Quill. Luego recordó los sermones que le habían dado sobre los pecados de la carne.

Pero nunca le habían dicho lo maravillosos que eran los besos. Curiosamente le costaba imaginarse a Peter lanzándose a sus brazos para comérsela a besos como lo había hecho su hermano. Él sería sin duda mucho más suave y comedido.

Una vez en su dormitorio cogió la miniatura que representaba a Peter y su apacible mirada y sus rizos la tranquilizaron.

Sonrió. El matrimonio prometía ser algo muy agradable visto de ese modo. Ya estaba deseando que su prometido volviera.

Lady Sylvia llegó alrededor de una hora después. Antes de eso Gabby tuvo una entrevista con Codswallop. Al no encontrarle en el vestíbulo se dirigió a la zona del servicio para comprobar que no se encontraba mal por culpa de la caída. Se tragó el orgullo y pidió disculpas por haber mentido.

-Quill me aseguró que el vizconde no le despediría-dijo rápidamente.

Codswallop sonrió comprensivamente. Todos los criados de la casa conocían el carácter puntilloso de Peter y no podía reprocharle que se hubiera sentido desconcertada.

-Vamos, señorita Jerningham, no hablemos mas de ello. Creo que un ángel me puso la zancadilla y entonces tiré la tetera.

-No-protestó Gabby-Soy yo quien es terriblemente torpe.

-Entonces fue a usted a quien le puso la zancadilla el ángel. Mi madre decía eso cuando volvíamos a casa con las rodillas despellejadas.

Gabby sonrió.

-Debía ser muy buena.

Cuando el mayordomo la acompañó de vuelta al vestíbulo, se habían convertido en los mejores amigos del mundo.

Gabby enseguida se dio cuenta de que había llegado su dama de compañía. ¡Y menuda dama de compañía! Se quedo muda de asombro con la espalda apoyada en la puerta.

Kitty y su prima eran tan distintas como el día y la noche. Llevaba un vestido de color rosa fuerte con un profundo escote y estaba rodeada por tres traviesos cachorros que llevaban en la cabeza lazos del mismo color. Pero a pesar de lo femenino del color del vestido, parecía más un hombre que una mujer, y además estaba fumando un cigarro.

Quill vio a Gabby y anunció:

-Aquí llega precisamente la señorita Jerningham. Lady Sylvia ¿me permite presentarle a la prometida de mi hermano? Señorita Jerningham, le presento a lady Sylvia Breknettle.

Esta última miró a Gabby con severidad.

-¿Y que estaba haciendo esta joven en la zona de la servidumbre, Quentin? No es nada apropiado relacionarse con los criados.

Tenía una voz fuerte y nasal.

-Y bien pequeña ¿se le ha comido la lengua el gato?

Gabby se recuperó e hizo una reverencia.

-Estaba viendo los menús con la señora Farsalter, milady.

-Parece una criada-declaró lady Sylvia.

Gabby comenzaba a enfadarse.

-¿No puede hacer mejor la reverencia, pequeña?-continuó la terrible dama.

-Me llamo Gabrielle Jerningham-contestó ella-También sé hacer la reverencia andando hacia atrás-añadió uniendo el gesto a la palabra-pero está reservada para los miembros de la familia real.

Lady Sylvia esbozó una sonrisa.

-Al menos, pequeña, tiene usted carácter.

Gabby renunció a hacer que la llamara por su nombre. Era evidente que para la mujer ella se llamaba “pequeña” y así se quedaría.

-Estas son mis tres Gracias-continuó lady Sylvia señalando a los cachorros-Esperanza, Verdad y…

Miró a su alrededor.

-¡A si! Esa es Belleza.

Todo el mundo se volvió a mirar a la tal Belleza que se había agachado bajo un sofá. Un hilillo amarillo se estaba abriendo camino por el suelo de mármol.

-Es demasiado inteligente para hacerme caso-decretó lady Sylvia-Las tres son francesas de modo que son decorativas y originales.

El mayordomo tosió discretamente.

-¿Dormirán en su habitación, milady?

-¡Por supuesto Codswallop! Y no hace falta que quite las alfombras. Belleza solo nos está demostrando que no le ha gustado el viaje en el carruaje. Se acostumbrara pronto a la casa.

Codswallop le hizo un gesto a un lacayo quien intentó coger a Belleza y de inmediato fue mordido en la mano.

-¡Estúpido!-exclamó lady Sylvia-¿Nunca le han dicho que los perros no se dejan tocar por los extraños? Son demasiado inteligentes para eso.

Por la expresión del lacayo era evidente que de buena gana habría echado al perro a patadas tanto si era inteligente como si no. Pero lady Sylvia ya estaba gritando hacia la puerta de entrada:

-¿Dessie? Dessie, ven inmediatamente hija. Es mi doncella-le explicó a Gabby-Desdémona. Se encargara de mis cariñitos.

Apareció una alegre mujer.

-He ordenado que metan su equipaje por la puerta de atrás, milady. No creo que hubiera cabido por esta.

-Mira Dessie; nuestra traviesa Belleza ha marcado su territorio.

Dessie cogió al perrito y le dio una palmada en el trasero.

Belleza bajó el hocico.

-Mis perritas no me obedecen para nada-continuó lady Sylvia-pero adoran a Dessie. Mejor, porque a mi me da igual si manchan el suelo de Dewland House, pero las cortaría en pedacitos si hicieran lo mismo en el de mi casa.

Gabby contuvo la carcajada que le subía por la garganta. Dessie había cogido a los tres perritos en brazos y estaba subiendo por la escalera detrás de Codswallop cuya apretada mandíbula dejaba muy patente su desaprobación.

Quill se aclaró la garganta.

-¿Puedo mostrarle sus habitaciones, lady Sylvia?-propuso ofreciéndole el brazo.

-¡Desde luego! Nunca seré lo bastante mayor como para negarme a que un hombre atractivo pe escolte hasta mi dormitorio.

Buscó un lugar donde dejar la colilla del cigarro y, al no encontrarlo, la lanzó hacia la puerta.

Gabby vio como aterrizaba sobre los escalones de mármol blanco. Esta vez no pudo contenerse y se le escapó una risita.

Lady Sylvia le lanzó una penetrante mirada.

-No eres tan dulce como pareces, pequeña ¿no es cierto? Mucho mejor. Me horrorizan las doncellas estúpidas. Nunca había tenido oportunidad de hacer el papel de acompañante porque Lionel y yo no tuvimos hijos, pero se lo prometí a Kitty, de modo que…

Estaba empezando a subir por la escalera cuando se dio la vuelta.

-¡Tu, pequeña!

-¿Si, lady Sylvia?-dijo Gabby.

-Voy a descansar en mi habitación pero me reuniré contigo para la cena y no quiero verte sentada delante de la mesa con ese imposible vestido. Es evidente que es demasiado estrecho para ti. Si deseas vestirte como una mujerzuela, no te lo impediré; soy de la opinión de que una mujer tiene derecho a enseñar sus atractivos…

Miró con orgullo su opulento pecho.

-…sin embargo-continuó-intenta encontrar ropa de tu talla. Escoger tu ropa no es una de mis obligaciones como acompañante.

Gabby, ruborizada, se dio cuenta de que había olvidado el chal.

-Quill ha debido disfrutar del espectáculo, pequeña, y eso no esta del todo mal. Pero me horrorizaría ver que el corpiño revienta después del primer plato. Me quitaría el apetito. Me imagino que tu no compartes esa opinión-añadió dando un codazo en las costillas a Quill.

Este levantó los ojos al cielo. Lady Sylvia siempre había sido una plaga.

Gabby hizo otra reverencia y el acompañó a su prima al piso de arriba.

-Me alegro de verte de pie, Quentin-dijo lady Sylvia mientras empezaban a andar por el pasillo-Es realmente horrible lo que te sucedió con ese caballo. Pero date cuenta de que podría haber sido peor. De todos modos vas a tener que contarme porque es Peter quien se casa con la joven heredera siendo tú el mayor. Te confieso que eso esta provocando comentarios. La gente se pregunta si saliste indemne del accidente.

Quill se estremeció interiormente. No tenía ningún deseo de hablar de su incapacidad.

-Me imagino que tu silencio les da la razón-dijo ella al cabo de un momento.

-No-rectificó el-Soy perfectamente capaz de consumar el matrimonio pero no estoy seguro de que pueda tener hijos.

-Eso me fastidia mucho Quentin. Siempre pensé que tú eras el mejor de los dos. Pero date cuenta de que Lionel y yo nunca lamentamos habernos

casado, ni siquiera cuando fue evidente que no tendríamos herederos. Pero puede que no nos hubiéramos casado de haberlo sabido. Puedes estar tranquilo, no se lo diré a nadie-concluyó dándole una afectuosa palmada en el brazo.

El abrió la puerta de una habitación para encontrarse con los tres cachorros, muy bien colocados en fila, que miraban como una doncella deshacía una maleta bajo la dirección de Dessie. Hizo un saludo, murmuró que vería a lady Sylvia en la cena y esta sonrió sin darse cuenta de que el estaba hirviendo de furia.

Fue a encerrarse en su despacho y se dio cuenta, demasiado tarde, que estaba haciendo proyectos para casarse solo para acallar los rumores. ¿Pero para que? Necesitaría tener mucha suerte para engendrar un hijo. Las malas lenguas hablarían mas todavía sobre su incapacidad haciendo que su mujer fuera todavía más desgraciada. Ella se habría casado con un enfermo imposibilitado para bailar, para montar a caballo y para hacer el amor de forma regular.

Se tragó un juramento y se dirigió al jardín. Muchas veces andaba hasta el agotamiento, hasta que el dolor era más fuerte que su amargura.

Desde la ventana d su dormitorio, Gabby vio a su futuro cuñado en un sendero y estuvo a punto de reunirse con el, pero algo casi salvaje en las zancadas de él, la disuadió.

Esperaba verle en la cena, pero Codswallop fue a avisarlas de que el señor Dewland no cenaría con ella porque le estaba molestando la pierna.

Capitulo 6

Por la mañana Quill se encontró con Gabby y Phoebe solas en la sala de desayuno.

-Lady Sylvia no se ha levantado todavía-respondió Gabby antes de que el formulara la pregunta-¡Ya está, ya empiezo otra vez!

El frunció el ceño.

-¿Empiezas que?

-A dejar que permanezcas en silencio. Lo he notado, todo el mundo respeta tus silencios, pero debes saber que yo no tengo intenciones de ser tan indulgente como tu familia.

Quill se encogió de hombros y señaló a la niña.

-Tengo excelentes noticias…

-¡Eso es!-exclamó Gabby-Nada de "¿Cómo estás Gabby" Ni "¿Has dormido bien Phoebe?"

Quill cogió aire.

-¿Cómo estás Gabby? ¿Y que es lo que hace que estés tan gruñona Gabby?

-No hay nada de gruñón en desear un mínimo de cortesía.

El sonrió a su pesar. Ella era muy vivaz. Tenía las mejillas rojas y el moño ya se estaba deshaciendo de las horquillas que Margaret había colocado cuidadosamente.

-La señora Ewing ha enviado una nota y debería estar aquí dentro de una hora.

Se extrañó al ver a Phoebe más sorprendida que contenta.

-¡Oh no! Mis nuevas cosas todavía no están listas.

-¿Tus cosas?-repitió Quill.

Unas gruesas lágrimas caían por las mejillas de la niña.

-Mi nueva mamá va a encontrarme horrorosa.

-Lo dudo-objetó el-Le parecerá que eres una niñita adorable.

Phoebe se refugió en los brazos de Gabby.

-No soy una niñita y no quiero que mi mamá crea que lo soy. ¡Quiero ponerme mi vestido con las man…mangas abollonadas!

Lady Sylvia hizo su entrada seguida de sus tres perritos.

-Veamos ¿Qué pasa aquí?

La rígida educación que Ayah le había inculcado hizo su aparición: Phoebe se levantó y ejecutó la más elegante de las reverencias, mientras emitía entrecortados sollozos.

-¿Puedo presentarle a la señorita Phoebe Pensington, lady Sylvia-dijo Quill-La señorita Phoebe tiene algún problema con su ropa.

-Yo no entiendo de eso-ladró lady Sylvia-Como dije ayer no me ocupo de la ropa de los demás. Ya tengo bastante con mi propio vestuario.

Gabby reprimió una sonrisa. Sylvia llevaba un maravilloso vestido de mañana con encaje. Sus guantes, sus zapatos y las cintas de los perros eran del mismo color.

Se sentó en un sillón y agitó su pañuelo verde en dirección a Codswallop.

-Solo tomaré una taza de chocolate y quizá unas tostadas. He decidido ponerme a régimen.

Phoebe, apoyada en el hombro de Gabby seguía llorando por su vestido de mangas abollonadas.

-Eres una niña encantadora-dijo lady Sylvia-¿Por qué lloras?

La niña se ruborizó.

-Es una falta de cortesía por mi parte-admitió-Le ruego que me disculpe.

-¡Bobadas! No hay nada más femenino que las lágrimas. Y si no me crees pregúntaselo a la madre de Quentin-añadió la anciana riendo.

-Phoebe-intervino Gabby con firmeza-a tu nueva madre le dará igual la longitud de tu vestido. Un vestido no cambia el cariño que se tiene hacia una persona.

-Yo no estoy tan segura-lanzó Sylvia con una sonrisa-Sin embargo es cierto en lo que a los padres se refiere. Tiene razón, pequeña Phoebe; tu madre no se fijara en como vas vestida.

Diez minutos más tarde, Codswallop anunciaba que la señora Ewing había llegado. Phoebe, cada vez más pálida se aferró a la mano de Gabby.

-¿Dónde la ha conducido, Codswallop?-preguntó Quill.

-Al salón indio, señor.

Lady Sylvia, que ya iba por la quinta tostada y había aceptado un plato de huevos revueltos, observó:

-Luego me reuniré con vosotros. Te autorizo a que acompañes a Gabrielle, Quentin, pero intenta controlarte.

Gabby le dirigió una mirada intrigada.

-Si se inventaron las acompañantes-explicó Sylvia con la boca llena-es porque los hombres siempre están a punto de perder la cabeza a consecuencia de su sensualidad. Robar un beso, por ejemplo, o algo igualmente atrevido. Pero no te seguiré hasta el retrete, pequeña.

Quill, Gabby y Phoebe supieron enseguida que lady Sylvia había tenido razón al decir que la señora Ewing no se preocuparía de la ropa de su sobrina. Y sin embargo ella parecía recién salida de una revista de moda, con el vestido de mañana más hermoso que Gabby había visto nunca, con encaje a lo largo de las mangas y un sombrerito sujeto con una cinta de un color exacto al de los zapatos.

Sin embargo, a pesar de su elegancia, no se dio cuenta de la manera en que iba vestida la niña. Se dejó caer de rodillas delante de la pequeña y le cogió el rostro entre las manos.

-¡Oh Dios mío!-murmuró-Eres el vivo retrato de Carolyn.

Phoebe la miraba.

-¿Es usted mi nueva mamá?

Con el corazón en un puño, Gabby vio que los ojos de la señora Ewing se llenaban de lágrimas.

-Eso creo. Estaré muy orgullosa de ser tu nueva mamá.

Cogió a la niña en sus brazos antes de incorporarse apretándola fuerte contra si.

-¡Lamento tanto no haberlo sabido! No te hubiera dejado sola, habría ido a buscarte a la India. Pero no tenía ni idea de que Carolyn y su marido hubieran tenido ese horroroso accidente.

-¿No quiere sentarse, señora Ewing?-ofreció Gabby emocionada.

-Muchas gracias-contestó la otra dirigiéndose hacia un sofá sin soltar a Phoebe-¡Dios mío querida, por lo menos debes tener cuatro años!

Phoebe levantó la cabeza.

-¡No tengo cuatro años, tengo cinco!

-¡Cinco!-repitió la señora Ewing-Carolyne debería haberme dicho la fecha de tu cumpleaños.

Phoebe, sentada en las rodillas de su nueva madre, había cruzado las manos sobre su falta.

-Es en mayo. Cumpliré seis años.

-¡Ah!

Gabby observaba a su invitada. A pesar de su delgadez extrema y su aspecto cansado, era muy hermosa.

-¿Es usted la hermana de la madre de Phoebe no?

-En efecto-respondió la señora Ewing cuyos hermosos ojos grises azulados estaban bordeados de ojeras-Soy una de las tías de Phoebe y parece que Carolyn, su madre, me escogió a mí como tutora, pero se olvidó de avisarme.

Phoebe movió la cabeza.

-Papá y mamá no se lo dijeron a nadie-declaró-El señor Stokes, el cónsul de Inglaterra, miró en sus papeles y dijo que usted era mi tutora y seguramente mi único familiar vivo.

No dejaba de mirarla fijamente.

-No soy la única-replicó la señora Ewing acariciándole el pelo-Tu tía Louise está en casa y tiene muchas ganas de conocerte. Y…tienes más familia.

Hubo una cierta reticencia en esta última declaración, pensó Gabby.

-Lo siento, no me he presentado-dijo dirigiéndole una mirada asesina a Quill quien, apoyado en la pared, se había olvidado de su obligación-Soy Gabrielle Jerningham. Y él es el señor Quentin Dewland.

Quill se enderezó y saludó.

-Encantado de conocerla.

Gabby se sintió un poco molesta por la forma en que el miraba a la señora Ewing. El no tenía derecho a desear tan abiertamente a una mujer casada.

-No estuvimos demasiado en contacto con Carolyn-continuó ésta-No quiero ni imaginar lo que hubiera sido de Phoebe si usted no se hubiera hecho cargo de ella, señorita Jerningham. Es una suerte que estuviera usted en ese barco.

-Fue una suerte para las dos-dijo Gabby-Phoebe fue una encantadora compañera de viaje.

La forma en que Quill estaba pendiente de las palabras de la señora Ewing era exasperante.

-Recibíamos pocas noticias de mi hermana. Carolyn tenía espíritu aventurero y su marido era igual que ella. No recibí ni una sola carta en siete años.

-A veces papá y mamá se iban durante varios meses-intervino Phoebe-Tenían mucho trabajo.

La señora Ewing rozó los rizos de la niña con los labios.

-¿Nunca te llevaban con ellos, cariño?

-No. Lo que ellos hacían era muy importante. A mamá le hubiera gustado mucho que fuera con ellos, pero era demasiado peligroso, de modo que me quedaba con Ayah, y ellos venían a verme cuando podían.

-¿Tu padre era Roderick Pensington?

La pregunta de Quill sorprendió a Phoebe quien asintió con la cabeza.

-Era un famoso explorador-declaró muy orgullosa.

-¡Desde luego!-dijo Quill-El primer occidental que siguió al Ganges hasta su nacimiento.

La señora Ewing se levantó.

-Es hora de irnos. Tu tía Louise debe estar impaciente, Phoebe, y yo estoy segura de que la señorita Jerningham y el señor Dewland tienen cosas que hacer.

-¡Oh no!-exclamó Gabby-No se vayan todavía, señora Ewing. Le he cogido mucho cariño a Phoebe y me da mucha pena que se vaya. Esperaba que se quedaran a almorzar con nosotros.

-Phoebe vendrá a visitarles otro día. Le agradezco la invitación, pero tengo una cita que no puedo anular.

Gabby se acercó para agacharse delante de la niña que estaba apretando la mano de su tía.

-¿Estarás bien cariño?

Phoebe asintió muy seria.

Gabby la abrazó cariñosamente, muy apenada.

-¿Vendrás a verme?

-Si ¿Y usted?-preguntó la niña con desesperación-Codswallop dice que pronto tendrá tarjetas de visita y entonces podrá venir a verme, y así conocerá a la tía Louise.

-Me encantará-aseguró Gabby levantándose para volverse hacia la señora Ewing-No quisiera imponer mi presencia, pero ¿podría ir a visitar a Phoebe

mañana mismo? Hemos vivido juntas durante meses y siento verdadera tristeza por tener que separarme de ella.

La señora Ewing se mordió el labio.

-Ella podría venir mañana por la mañana-respondió después de una ligera vacilación.

Gabby aprovechó la oportunidad antes de que le diera tiempo a cambiar de opinión.

-Enviaré al carruaje a buscarla.

-Eso es muy amable por su parte-dijo la señora Ewing haciendo un gesto con la cabeza-Mi hermana y yo no tenemos coche.

Gabby esperó a que salieran del salieran del salón para exclamar:

-Hay algo extraño en esa mujer, Quill, estoy segura de ello. A lo mejor no debería haber dejado que Phoebe se fuera con ella. ¿Te has dado cuenta de que no quiere que la visite?

-Puede que piense que su casa es demasiado modesta. No creo que las tías de Phoebe estén nadando en dinero.

-Pero la señora Ewing parece muy elegante y a mi me da igual como sea su casa. A menos que…¡Espero que sea una mujer como Dios manda!

Quill sonrió.

-No conoces a muchas cortesanas Gabby. La señora Ewing es totalmente respetable. Los Thorpe, la familia materna de Phoebe, son muy apreciados por la alta sociedad. Creo que las tierras están en Hertfordshire. Pero puede que la señora Ewing se casara por debajo de su rango social.

-¡Eso es ridículo!-replicó rápidamente Gabby-Si fuera pobre no iría tan bien vestida.

-El vestido que llevaba era de buen corte, pero de un tejido bastante corriente-hizo notar el-Sus zapatos han sido teñidos varias veces, y ella parece estar agotada. Parece que se ve obligada a trabajar y eso debe molestar a los Thorpe. Seguramente estén peleados.

-¡Dios mío!

Quill le acarició suavemente la mejilla.

-Tú no tienes la culpa, Gabby-dijo amablemente rozando su boca con los dedos.

Ella levantó los ojos permaneciendo completamente inmóvil.

Incapaz de resistir su inocente mirada y su olor a jazmín, el poso sus labios en los de ella. Gabby sabía a mermelada de mora y la pasión se apoderó de el cuando las lenguas de los dos se encontraron.

Le cogió las nalgas y la apretó contra el, deliciosamente persuasivo.

-¡Bien, bien!-gritó una voz estridente-No digas que no te había avisado Gabrielle. Los hombres siempre se dejan arrastrar por sus bajas pasiones.

Gabby retrocedió con tanta velocidad que estuvo a punto de perder el equilibrio.

-Perdóneme, lady Sylvia-consiguió decir.

-¿De que?-contesto Sylvia entrando en el salón acompañada por unos agudos ladridos-No es a mi a quien han besado. Los Dewland siempre han sido ardientes. Recuerdo la primera temporada de Kitty…

Quill no sentía ningún deseo de oír contar las indiscreciones de juventud de sus padres.

-Lady Sylvia, le aseguro que nunca volverá a suceder algo así-dijo.

Ella hizo un gesto impaciente.

-¿Y si nos dejaras Quentin? Por una vez haz algo inteligente. Tengo que darle un sermón a la pequeña y no te necesito.

El se preocupó.

-¡Fuera!-le regañó lady Sylvia.

El obedeció y dejó el salón después de hacer una rígida reverencia.

-Este chico es un poco susceptible-dijo Sylvia antes de mirar la mesa de las aptas de tigre-¡Que horror! Ya veo que el gusto de Kitty no ha mejorado. Desde luego eso no tiene nada que ver conmigo-continuó-pero me parece que te has equivocado de hermano.

Gabby bajó los ojos, completamente ruborizada.

-¿Es con Quentin con quien deseas casarte?-preguntó lady Sylvia-En cualquier caso visto desde fuera parece una elección mejor.

-¡Oh no!-exclamó la joven-Estoy muy contenta de casarme con Peter.

-Ten cuidado pequeña, no beses a un hombre si no tienes intenciones de casarte con el. Bien, eso es todo lo que te diré-añadió con su risa caballuna-Codswallop me ha dicho que ha acompañado a lady Sophie, duquesa de Gisle, al salón amarillo.

En el tono de su voz se adivinaba una pregunta.

-Conocí a la duquesa ayer en el establecimiento del señor Careme-explicó Gabby apretando sus manos contra las ardientes mejillas.

-Entonces abandona esa expresión de criada cogida con las manos en la masa y vamos a reunirnos con ella. No la conozco personalmente pero siempre he admirado su clase. Esa si es una mujer que nunca ha retrocedido ante unos pocos besos.

Quill se retiró a sus habitaciones muy molesto. ¿Qué es lo que tenía Gabrielle para hacer que perdiera el sentido común? ¡Besar a la novia de su hermano! Casi se podría pensar que estaba celoso.

Se desvistió y, vestido solo con los calzones, se dirigió al vestidor. Había transformado la habitación en una sala de rehabilitación con los aparatos del doctor Trankelstein. Irritado, cogió las pesas y las levantó con fuerza. Al cabo de unos minutos, ralentizó el ritmo y adoptó uno mas moderado.

Una hora más tarde, lleno de sudor y con la pierna dolorida, miró con fastidio a una máquina que estaba en un rincón. El aparato tenía la forma de la grupa de un caballo, y también era una invención del médico. Pero mientras que a Quill las pesas le gustaban, odiaba sin embargo esa especie

de caballo. La idea de que los movimientos de la máquina le volverían a acostumbrar al galope de un caballo no estaba dando muchos resultados. Sin embargo no dejaba de practicar.

Dando un suspiro se montó encima con la sensación de estar volviendo a la niñez. Se sujetó y empezó a moverse con un movimiento de balancín que le producía dolor en la cadera y sensación de nauseas.

Sabía por experiencia que no podía cabalgar mas de cinco minutos sin sufrir una terrible y violenta migraña, de modo que soportó los cinco minutos apretando los dientes y deteniéndose cundo unos destellos empezaron a pasar ante sus ojos.

Capitulo 7

A la mañana siguiente, Phoebe llegó exactamente a la misma hora que Lucien Blanc. Gabby se dirigió rápidamente al salón y allí les encontró conversando bajo la mirada indiferente de lady Sylvia.

-Mi nueva mamá es alguien muy importante-estaba diciendo la niña-Es ella la que decide lo que viste la gente de Londres.

Lucien se levantó al entrar Gabby.

-Espero que se encuentres usted bien, señorita Jerningham. Como ve, he tenido el placer de volver a encontrarme con a señorita Phoebe.

Gabby saludó amablemente al joven francés.

-Estoy encantada de volver a verle, señor-dijo antes de volverse hacia Phoebe-¿Cómo estás cariño?

-Muy bien, gracias-contestó la niña con una cortesía muy por encima de lo que correspondía a su edad, antes de olvidar los formalismos-Mi nueva mamá es muy, muy importante-repitió-Y la tía Louise tiene una tetera que tiene un genio dentro, y se pasa el día jurando. Dijo "¡mierda!" y mi mamá le dijo que tenía que tener cuidado con lo que decía y entonces la tía Louise dijo: "¡mierda con eso!" y entonces mamá se enfadó.

Gabby se echó a reír.

-¡Has tenido mucha suerte!

Phoebe asintió. Parecía que poco a poco se iba librando de la influencia de Ayah.

-Mamá me ha alargado los vestidos ¿lo ha notado?

Asomó la punta de su pequeño pie calzado con un botín.

-¿Lo hizo ella misma?

-¡Si! Su casa no está llena de criados como la suya, señorita Gabby. Solo están la cocinera y Rally que es quien limpia, y Sherman. Sherman es muy viejo y se pasa casi todo el día dormido. Mamá dice que estamos mejor sin extraños en la casa, pero hay que repartirse el trabajo, y esta mañana he llevado yo misma mi taza a la cocina después de desayunar.

Se interrumpió un momento para respirar.

-La señora Ewing parece una mujer muy valiente-comentó Lucien divertido, guiñándole un ojo a Gabby-Solo me pregunto como hizo para convertirse en alguien muy, muy importante y como hace para determinar lo que debe llevar la gente en Londres.

-Lo escribe-replicó Phoebe-Escribe y la gente lee lo que ella ha escrito, y solo se pone lo que mamá ha dicho que pueden llevar. Lo sabe todo sobre la ropa. Le hablé del vestido con las mangas abollonadas y dijo que debía ser muy bonito.

A Gabby le costaba seguirla.

-Es posible que la señora Ewing escriba en una revista de moda-intervino lady Sylvia-Hay varias, la mas conocida es *La hermosa reunión.*

-Todo el mundo lee lo que escribe mamá-continuaba diciendo la pequeña-Dice como hay que comportarse, además de lo que hay que ponerse.

-Eso es lo que hace *La hermosa reunión*-confirmó Sylvia-¿Tu madre acude a menudo a fiestas?

-No creo.

Codswallop acababa de abrir las puertas del salón.

-Tiene otra visita, señorita Jerningham. El coronel Warren Hastings, corresponsal inglés del gobernador general de la India. Le he dicho que esperara en la biblioteca.

Gabby sorprendió a Lucien mascullando:

-¡Maldición! ¿El señor Dewland está allí, Codswallop?

-No señorita Jerningham, lo siento.

-No estás obligada a recibir a ese militar en ausencia del dueño de la casa-declaró lady Sylvia.

-Quill no había aparecido en la sala del desayuno. Gabby suspiró.

-Discúlpeme señor Blanc, pero supongo que es mejor no hacer esperar al coronel Hastings.

Lucien ya se había levantado.

-No se preocupe, señorita Jerningham. Tengo que hacer otras visitas esta mañana, sin embargo me gustaría tener el placer de acompañar a la señorita Phoebe a su casa si no le molesta.

-Sería maravilloso-aprobó Gabby.

Lucien sonrió con malicia.

-Confieso que esa *importante* señora Ewing me tiene intrigado y me gustaría mucho conocerla.

Lady Sylvia miró a la niña que había ido a decirle adiós al tigre de la mesa.

-No hay nada de misterioso en eso-murmuró-La nueva madre de Phoebe es Emily Thorpe, de los Thorpe de Hertforsdhire. Hubo una pelea y Thorpe echó a sus hijas de casa. Ahora que lo pienso, no fue por culpa de la mayor, sino de la pequeña, Louise. Nunca las he visto, sin embargo sé que la mayor se convirtió en una señora Ewing hace como cinco o seis años. Sin embargo no sabía que escribía para las revistas de moda.

La expresión “convertirse en una señora Ewing” le pareció algo extraña a Gabby, pero no tuvo tiempo de hacer preguntas. Además no era una conversación apropiada en presencia de Phoebe.

Esta debía ser también la opinión de Lucien ya que se inclinó con elegancia ante lady Sylvia sin hacer ningún comentario.

Mientras se despedía de Gabby, Phoebe le susurró al oído.

-¿No se habrá olvidado de la visita secreta que tenemos que hacer, verdad señorita Gabby?

Esta le cogió las manos.

-Es de mala educación decir cosas al oído, querida, pero no lo he olvidado. Le escribiré una nota a la señora Ewing para que te deje pasar una tarde conmigo la semana que viene ¿de acuerdo?

Cuando se quedaron solas, Gabby se volvió hacia la anciana.

-¿Quiere acompañarme a la biblioteca, lady Sylvia.

-¿Y si antes me dijeras de que se trata?

-Creo que el coronel Hastings ha venido a presentarme sus respetos. Mi padre es una persona influyente.

-¡Tonterías! Ninguno de esos indianos se molestaría en ir a presentar sus respetos a una simple mujer, sobretodo aquí, en Inglaterra. ¿Qué puede desear de ti?

Gabby se encogió de hombros.

-Supongo que va a preguntarme donde se encuentra el heredero de Tukoji Holgar. Holgar es uno de los jefes de la región de Maharashtra.

-¿Maharashtra? ¡Dios Santo! ¿Qué clase de nombre es ese?

No esperó la respuesta.

-¿Quieres decir que una especie de príncipe pagano ha desaparecido? ¿Un príncipe hindú?

Gabby asintió.

-Se llama Kasi Rao.

-¿Y porque demonios cree Hastings que tu sabes donde se encuentra?

-Kasi y yo fuimos criados como hermanos-explicó Gabby-Es el sobrino de la primera esposa de mi padre y creció en nuestra casa. Como tiene casi once años y su padre está enfermo, tendría que subir al trono de los Holgar, pero…

-Pero ha desparecido-terminó lady Sylvia-y tu padre seguramente ha tenido algo que ver con el asunto. Si lo recuerdo bien, tu padre es lo bastante excéntrico como para secuestrar a un pequeño príncipe.

-Yo no sé nada-declaró Gabby con un tono tan neutro como pudo.

Lady Sylvia resopló con escepticismo.

-Guarda tus protestas para el coronel.

Al ver que Gabby iba a contestar, se lo impidió haciendo un autoritario gesto con la mano.

-Un minuto, pequeña. Es una locura que vayamos las dos a hablar con ese coronel. Es mejor que esperemos a que llegue Dewland y dejar que el se ocupe.

-Pero si le digo sencillamente que no se nada, se irá.

-¡Eso es una estupidez! No podemos verle nosotras solas o intentara intimidarnos.

Gabby guardó silencio.

-Vamos a fingir que somos tontas-decretó lady Sylvia-Voy a ordenar que traigan a los perros, nos serán de utilidad.

Giró sobre sus talones y gritó:

-¡Codswallop!

El mayordomo apareció de inmediato.

-¿Si, milady?

-Tráigame a los perros y después acompáñenos a la biblioteca.

Codswallop estaba a punto de protestar pero lo pensó mejor.

-Enseguida. Milady.

-Este hombre parece astuto-declaró lady Sylvia cuando el mayordomo se fue-No parecía feliz por tener que ir a buscar a mis cariñitos. Seguramente tiene miedo por las alfombras. Bien pequeña, ¿te crees capaz de fingir que eres completamente estúpida? Los hombre, y sobretodo los militares, creen habitualmente que las mujeres carecen de cerebro. Debería salir bien.

-El coronel Hastings no es realmente miembro de la armada-dijo Gabby-La Compañía de las Indias tiene su propio servicio de orden.

Sylvia se encogió de hombros.

-De todos modos tiene una graduación; eso hace que se sientan importantes ¿sabes?

Las perritas llegaron ladrando, contestas de poder escapar de la severa tutela de Dessie. Lady Sylvia cogió dos en brazos y Gabby intentó coger a la tercera, pero esta ladró tan fuerte que la soltó.

-Déjala, nos seguirá. Ahora vamos, Codswallop.

El coronel no llevaba uniforme; era u hombre rechoncho con una incipiente calvicie. A Gabby su rostro le parecía una caricatura a la que le faltaran algunos detalles. Su bulbosa nariz estaba mal definida, su triple barbilla se perdía en su cuello alto y el pelo le nacía muy atrás.

Mientras se acercaba a ellas, se hizo evidente que el tenía la sensación de estar tratando con niñas. Lady Sylvia le dirigió a Gabby una breve mirada de triunfo.

-¡Que placer verla de nuevo señorita Jerningham!-exclamó haciendo una reverencia.

Lady Sylvia se acercó.

-Señor, lamento decírselo, pero en ausencia de un miembro masculino de la familia, no puedo permitir que la encantadora señorita Jerningham reciba a un hombre sin estar debidamente acompañada, aunque sea un valiente militar como usted.

Se inclinó en una reverencia tan profunda que Gabby se preguntó si conseguiría levantarse.

Hastings la saludó dándose importancia.

-Estoy encantado de conocerla, señora…señora…

Sylvia movía su abanico con tanta energía que una mini tormenta levanto el escaso pelo del coronel.

-Soy lady Sylvia Breaknettle. Perdóneme, coronel, pero estoy muy impresionada por estar ante uno de los mayores héroes de Inglaterra. Al

mirarle veo a nuestros valientes soldados penetrando en salvajes continentes, llevando la vida de sus habitantes sin las comodidades de la civilización.

-Eso es cierto-gruñó el coronel-No se puede imaginar lo difícil que es conseguir una taza de té en esos lejanos países. Lo cultivan pero no saben usarlo. Usted señorita Jerningham debe sentirse feliz por haber vuelto a un país civilizado. La India no es el lugar apropiado para una joven de buena familia.

Lady Sylvia vio que Gabby se tensaba y se lanzó de nuevo al asalto del coronel.

-¡Me lo ha comentado mil veces! La India es un país de salvajes. Pero sentémonos, querido señor. Voy a pedirle a nuestro estimado Codswallop que nos prepare una taza de té.

Gabby se sintió obligada a participar.

-Estoy segura de que le gustará nuestro té. Nada es bastante para in valiente soldado.

El coronel se ruborizó ante la mirada de adoración de Gabby y aceptó.

Cuando estuvieron sentados se inclinó hacia ella.

-Sé que seguramente voy a ser impertinente, señorita Jerningham, pero estoy aquí en nombre de un poderoso señor…

Ella contuvo una sonrisa. Hastings le recordaba a su padre. Cuando se lanzaba a lo que ella denominaba "su retórica". Cuando quería conseguir un acuerdo difícil, siempre apelaba a "un poderoso señor".

-Se trata del gobernador general de las Indias en persona, Richard Colley Wellesley, el conde de Mornington.

-¡Dios mío!-exclamó Gabby fingiendo admiración-No he tenido el placer de conocer al gobernador general pero…pero…

Estuvo a punto de ahogarse; su padre nunca habría dejado que Wellesley entrara en su casa.

-Mi joven amiga está tan impresionada solo con pensar en ese gran hombre que se ha quedado sin habla-intervino lady Sylvia a propósito.

-Wellesley es un hombre brillante-confirmó Hastings-¡Muy brillante! Sin embargo creo que se ha equivocado al mandarme aquí.

Gabby le animó a seguir con una sonrisa.

-Es absurdo pensar que una joven encantadora como usted pueda estar mezclada en los asuntos políticos de la India-continuó el.

A Gabby la salvó la llegada de Quill quien se detuvo en la puerta.

Lady Sylvia se rió.

-¿No es maravilloso, coronel? Aquí está mi querido sobrino, el señor Dewland, quien podrá responder a todas las preguntas que nosotras, pobres mujeres, no entendemos.

El coronel se levantó visiblemente encantado de tener a un hombre para que le ayudara a interrogar a esas nerviosas y descerebradas mujeres.

Hasta entonces Gabby no se había divertido demasiado, pero la presencia de Quill la inspiró. Agitó las pestañas.

-¡Por Dios, señor Dewland, que contenta estoy de verle! ¡Imagínese: el gobernador general de la India a enviado al coronel Hastings para hacerme preguntas sobre la política de la India! Y ya sabe usted lo poco que sé sobre fechas y hechos. ¡Si apenas me acuerdo del nombre de mi doncella!

Le dirigió a Quill una encantadora y superficial sonrisa.

El se inclinó ante el visitante, el cual se lanzó de inmediato en una parrafada:

-Mis preguntas no eran tan absurdas como cree nuestra encantadora señorita Jerningham, señor Dewland. Aunque, como les decía hace un momento a las damas, estoy a punto de meter la pata. Pero estoy al servicio de un señor muy poderoso. Alguien a quine no se puede decir que no. Me ha enviado el mismísimo gobernador general de las Indias.

Quill fue a sentarse.

-Señor-dijo-me pregunto que es lo que puede querer Wellesley de la señorita Jerningham que no entiende nada de política.

Gabby le regañó con suavidad.

-Vamos, vamos, señor Dewland, nunca subestime la inteligencia de una mujer. Estoy segura de que puedo contestar a muchas de las preguntas del coronel.

Inclinó la cabeza de un modo muy atractivo.

-Veamos-continuó-Sé que los hombres de la Compañía de las Indias dirigen prácticamente todo el país.

-Exactamente-intervino el coronel como si se estuviera dirigiendo a una niña de cinco años-La compañía no dirige la vasta región de la India llamada Maharashtra, el lugar donde usted creció.

Gabby se rió.

-¡Lo sé! Mi padre insistía en que aprendiera la geografía de la India. Crecí en Indore, que forma parte de Maharashtra, una enorme región de la India central-recitó como si estuviera diciendo la tabla de multiplicar-Pero estoy segura, coronel Hastings, que usted sabe mas que yo sobre la India.

El aludido enrojeció bajo la mirada cálida y admirada de Gabby.

-¿Ha oído usted hablar de la dinastía Holkar, señorita Jerningham?

Ella pareció pensarlo un momento antes de exclamar dando palmadas:

-Indore está gobernada por los Holkar ¿Lo he hecho bien coronel?

-Muy bien. Nos gustaría saber donde está un chico que creció en la casa de su padre, señorita Jerningham. Nos dijeron que era como su hermano; se llama Kasi Rao Holkar, y es el heredero del trono.

Quill observaba a Gabby con los ojos entornados, sin saber a donde quería ella llegar con esa farsa. Si le sonreía al coronel una sola vez más de ese modo, el pobre hombre iba a sufrir un ataque.

-Desde luego, conozco a Kasi Rao-dijo ella con una sonrisa ligera-Pero mi padre nunca hubiera permitido que un indígena fuera “como un hermano” para mi. A fin de cuentas, yo soy una dama inglesa, señor, y mi padre es hijo de un duque.

-Cierto, pero ¿tiene usted alguna idea de donde puede estar Kasi Rao en este momento?

-¡Ninguna!

Lady Sylvia, rápida como un rayo, tomó el relevo.

-¿No estará intentando insinuar que esta joven haya podido ponerse en contacto con un hindú, un salvaje? Mi querida Gabrielle abandonó la India hace ya muchas semanas para venir a Inglaterra y no tiene ninguna intención de regresar a ese país dejado de la mano de Dios. Está comprometida con mi sobrino, un caballero que nunca ha puesto los pies en el continente.

-Sabía que venía para nada-masculló el coronel con cansancio.

Gabby se levantó con elegancia para ir a sentarse a su lado.

-Me gustaría poder ayudarle, estimado señor. Me sentiría muy orgullosa, pero me temo que lady Sylvia tiene razón. Hace años que no veo a Kasi Rao, no me permitían relacionarme con los indígenas, ¿sabe? Seguramente jugamos juntos siendo niños, pero de eso hace mucho tiempo.

Le dio unas palmaditas al coronel en la mano.

-Hágamelo saber si le encuentra-concluyó-Me encantará volver a verle, por supuesto.

Quill recordó el deseo de Gabby de coger el carruaje alguna tarde y suspiró. Kasi Rao estaba sin duda alguna en Inglaterra. ¡Maldición, incluso debía haber viajado en el mismo barco que ella!

-¿Cuánto tiempo hace que ha desaparecido el heredero de los Holkar?-preguntó.

-No lo sabemos-contestó Hastings molesto-Es prácticamente imposible obtener una respuesta verdadera en ese lugar. Y, con todo respeto señorita Jerningham, su padre es terriblemente cabezota. Se niega a llevarnos hasta el niño. Si no l encontramos rápidamente, uno de sus hermanastros ocupara su lugar.

-¿Y eso no es lo que desea la Compañía de las Indias?-intervino Quill.

-Es una cuestión de moral-replicó el coronel inquieto-Kasi Rao Holkar es el único hijo de la esposa del jefe.

Bajo el punto de vista de Quill, el hecho de que Kasi Rao fuera el único heredero legítimo no explicaba porque la Compañía de las Indias quería que fuera el quien ocupara el trono en lugar de uno de sus hermanos. Había vendido su participación en la Compañía unos años antes porque había descubierto que los colonos olvidaban deliberadamente las consignas del Gobierno de no intervenir en los territorios. De hecho, el padre de Gabby

seguramente no estaba equivocado: el joven príncipe estaba más seguro escondido en Inglaterra.

El coronel Hastings estaba besando solemnemente la mano de lady Sylvia. El pobre hombre se habría sentido horrorizado si la hubiera oído, unos minutos después de haberse ido.

-De verdad pequeña-declaró con su atronadora voz-si Hastings no fuera el mayor imbécil sobre la faz de la Tierra, te podría haber arrancado la verdad en un minuto. Eres muy mala actriz.

-Yo tengo mis dudas-murmuró Quill pensativo-Gabby lo ha hecho muy bien teniendo en cuenta que sabe donde está el príncipe.

Gabby enrojeció, pero lady Sylvia que evitó la molestia de tener que responder.

-¡Por supuesto que lo sabe! Tu padre le ha escondido en alguna parte ¿no es así? La India es muy grande y nunca podrán encontrarle. No me gustan demasiado los hombres de la Compañía. Richard Jerningham siempre fue un poco excéntrico con esa idea de convertirse en misionero, el que es hijo de un duque, pero supongo que si crió a niño sus buenas razones tendría. Razones que por otro lado no me importan. ¡Venid aquí queridas!

Cogió a dos de las perras en brazos, pero la tercera había desaparecido.

Gabby estaba mirando bajo los sillones cuando Sylvia emitió un juramento.

-¡Maldita Belleza! Voy a decirle a Dessie que venga a buscarla.

Y empujó a Gabby fuera de allí majestuosamente.

Quill no tuvo oportunidad de hablar con Gabby antes de terminar de cenar, cuando se reunió con las mujeres en el salón. Ella llevaba un vestido naranja que despertaba sus mas libertinas ideas, las ideas de un canalla que deseaba seducir a la prometida de su hermano. Por desgracia por muchos reproches que se hiciera a si mismo, las cosas no cambiaban en absoluto.

-¿Cuántos años tiene Kasi Rao?-preguntó.

-Cumplirá once el cinco de enero. Por desgracia es un poco retrasado. Acaba de aprender a leer.

Gabby continuó hablando pero Quill tenía la mente en otro lugar. ¿Qué debía hacer? ¿Irse de viaje? ¿Ir a ver que tal funcionaba una sociedad situada en la otra punta del mundo como por ejemplo Jamaica o Persia? ¿Cuál era la decisión que se suponía que uno debería tomar cuando estaba consumido de deseo por su futura cuñada? Su conciencia el decía que tenía que mantenerse apartado de ella.

Pero no podía irse, dado el estado de su padre; y también sería una descortesía hacia Gabby. Mientras no la besar, pensó, podía quedarse. Después de todo era un hombre civilizado.

Gabby continuaba hablando.

-En vista de la dificultad que tiene Kasi para recordar las cosas mas sencillas, le sorprendería ver lo bien que se desenvuelve. Espero que la señora Malabright continúe enseñándole.

-¿Quién es la señora Malabright?-preguntó Quill.

-Al principio mi padre pensó en mandar a Kasi a un internado, pero era difícil organizarlo todo desde la India y estaba seguro de que la Compañía se enteraría enseguida. De modo que confió el cuidado de Kasi a la señora Malabright, aquí en Londres. Es una inglesa que vivió en la India durante veinte años y Kasi la conoce muy bien, así las cosas le resultarán más fáciles.

-¿Kasi siempre vivió en su casa?

-Si. Llegó cuando solo tenía unos meses.

-¿No podría sentarse en el trono de los Holkar?

-Desde luego que no-contestó Gabby sin la mas mínima duda-Mi padre cree que la Compañía haría de el su hombre de paja y se apoderaría de la región. Kasi, el pobrecillo, no está en sus cabales; según mi padre, su madre bebía demasiado cuando estaba encinta.

-¿Y que opinaba su marido de ese gusto desmesurado por el alcohol?-preguntó Quill.

Gabby levantó su clara mirada hacia el.

-A los dos les gustaba beber. La última vez que fui a verles a palacio, Holkar estaba bebiéndose la tercera botella y su mujer estaba completamente borracha. El reino esta gobernado por la concubina favorita de Holkar, Tulasi Bai.

Quill abrió mucho los ojos.

-¡Por todos los santos! ¡No debería haber ido a un lugar así!

Gabby le guiñó un ojo.

-No se preocupe, a mi no me gusta beber. Y creo que el hijo de Tulasi será algún día un jefe excelente.

-Supongo que deseaba usted visitar a Kasi cuando me pidió el carruaje.

-Si. Mi padre me prohibió hablar de su presencia en Londres. Pero ahora que ya lo sabe ¿aceptaría acompañarme a ir a la casa de la señora Malabright, Quill? Me gustaría mucho. Hace varios días que no he visto a Kasi y le echo terriblemente de menos. Mi padre dijo que tenía que asegurarme de que estaba bien y, en caso contrario, encontrar otra solución.

-La acompañaré con gusto. ¿Le vendría bien mañana, lady Sylvia?

-Creo que os dejaré que vayáis solos-replicó la anciana-En cierto modo vais a hacer una obra de caridad y a mi esas cosas no se me dan demasiado bien.

-Le agradezco su actitud delante del coronel-dijo Gabby-Hubiera sido catastrófico que la Compañía averiguara donde vive Kasi.

-Me he divertido-gruñó Sylvia-Eres una buena chica, Gabrielle. Me gusta como cuidas de ese niño.

Gabby le sonrió.

-No creo que hubiera podido hacerlo solo.

-¡Bueno, ya es hora de irse a la cama!

Sylvia empujó a los perros y a Gabby hacia la puerta; pero esta no tenía ganas de dormir; la visita del coronel la había alarmado.

Tenía que proteger a Kasi Rao. Era evidente que la Compañía estaba más interesada en el de lo que su padre creía y había muchas posibilidades de que el plan de Richard Jerningham fracasara. O bien la Compañía de las Indias buscaba a Kasi hasta encontrarle o bien ponía en el trono a otro joven diciendo que era el príncipe.

Unos meses antes, cuando todavía estaba en la India, había elaborado un plan par oponerse a la Compañía. Su padre, haciendo una mueca de disgusto la había rechazado diciendo que era otra de sus absurdas ideas.

A Gabby se le encogía el corazón cuando pensaba en la confiada mirada de Kasi. No podían llevárselo de la casa de la señora Malabright bajo ningún concepto.

No perdía nada por intentarlo; estaban persiguiendo al niño y su padre no estaba allí para impedir que ella actuara.

Se dirigió hacia el escritorio con determinación, cogió una pluma, y una hoja de papel y empezó a escribir. Iba a redactar cuatro cartas las cuales deberían llegar a la India lo más rápido posible.

La dirección que le dio a la mañana siguiente al cochero de los Dewland estaba cerca de Sackville Street. Llegaron rápidamente a un barrio de casas pequeñas bien cuidadas pero muy modestas.

-¡Dios mío!-exclamó Gabby-Es muy distinto de lo Kasi está acostumbrado.

-¿Vivian en una casa grande?-preguntó Quill.

-Un palacio-contestó ella sin la menor afectación-A mi padre le encanta el lujo ¿sabe? Por eso se le hacía tan difícil ser misionero.

-No me sorprende-ironizó el.

La señora Malabright demostró ser una encantadora dama, oronda y vivaz.

Hill comprendió enseguida porque Gabby y su padre querían impedir que pusieran al niño en el trono de los Holkar. Era un niño pequeño con unos enormes y dulces ojos que parecía tener siete años en lugar de diez. Entró en la estancia de lado como un cervatillo asustado y mirando a su alrededor con desconfianza. Hasta que vio a Gabby. Entonces se precipitó hacia ella y se aferró a su vestido.

-Cuéntame un cuento Gabby-dijo como si la hubiera visto el día anterior.

Ella le cogió el rostro entre las manos.

-Por supuesto cariño, pero primero tienes que ser educado.

El niño compuso una sonrisa emotiva.

-*Namaste* Gabby-dijo uniendo las manos antes de inclinarse hacia delante.

-¡No, no!-protestó la señora Malabright-Estamos en Inglaterra.

-¿Cómo estás Gabby?-empezó de nuevo el niño dócilmente-Me alegro mucho de verte.

-Eso es para los desconocidos, querido-le corrigió la señora Malabright-Pero a la señorita Jerningham la conoces.

Kasi pareció un poco desconcertado. Retrocedió y volvió a saludar.

-¿Cómo estás señorita? Estoy…estoy…estoy…

Gabby agachó la cabeza y le hizo una reverencia.

-Muchas gracias, señor Kasi Rao. Estoy encantada de volver a verle.

El niño se relajó. Ya habían terminado los formalismos.

-Ahora cuéntame un cuento, Gabby. Por favor, por favor…

Ella miró a Quill y a la señora Malabright.

-¿No les molesta?

La buena mujer sonrió.

-El me ha contado todos sus cuentos, señorita Jerningham. Le encantan.

Gabby y Kasi se acurrucaron en el sofá y ella empezó:

-Erase una vez una ratita. Se llamaba Joosi y vivía en la época de los antiguos emperadores de China, hace tanto tiempo que ni tú, ni tu abuelo, ni tu bisabuelo, ni tu tatarabuelo, hubierais podido compartir un trocito de queso con ella.

Quill sonrió y se relajó. Pero la señora Malabright no tenía intenciones de permitir que su visitante escuchara un cuento para niños.

-A Kasi le apasiona la mermelada de ciruelas-declaró-Se la doy a todas horas. Y también le gustan las manzanas de mi jardín.

-¿Le ha llevado a ver Londres?-preguntó Quill distraído.

La verdad es que estaba intentando escuchar la continuación de la historia de Joosi la ratita, que se aventuraba en terreno peligroso y empezaba a trepar por la pata del trono del emperador.

-¡Dios mío no!-respondió la señora Malabright-A Kasi no le gusta estar entre desconocidos. Me veo obligada a hacer que salga al patio una vez al día y, aunque los muros son altos, se pone muy nervioso.

-A lo mejor le gustaría ir a ver una representación.

-¡Desde luego que no!-dijo la señora Malabright que parecía mamá osa protegiendo a su cría-Se siente feliz dentro de casa y no veo ninguna razón para aterrorizarle sacándole fuera. No está hecho para eso.

Durante ese tiempo, Joosi la ratita, estaba arriesgándose innecesariamente columpiándose en las plumas que adornaban el sombrero del emperador.

-¿Está aprendiendo a escribir?

-Si, está haciendo progresos, aunque tiene algunas dificultades con la J.

Fue a buscar el cuaderno de ejercicios de Kasi mientras la historia de Joosi llegaba a un final feliz.

-A partir de ese día-estaba diciendo Gabby-Joosi, la ratita, se convirtió en la mejor amiga del emperador. El hizo que le fabricaran una cama de su tamaño incrustada de oro y de perlas. Joosi se pasaba el día subida en el hombro del emperador preparada para aconsejarle si uno de sus estúpidos ministros le animaba a meter a China en una guerra. Durante mucho tiempo la gente recordó el reinado de ese emperador como un periodo de paz y felicidad sin igual.

Kasi emitió un suspiro de felicidad.

-Me gustaría que Joosi fuera mi amiga, Gabby.

Miró alrededor de la habitación.

-¿Sabes donde está mi amiga? No vive aquí.

-¿Te refieres a Phoebe?

-Si, Phoebe-aprobó el niño muy contento.

-Ella también me ha preguntado por ti. La traeré el próximo día si la señora Malabright no tiene inconveniente.

-¿Phoebe podrá traer a Joosi?

Era evidente que Gabby estaba acostumbrada a la falta de lógica del niño.

-A lo mejor la señora Malabright te permite tener una ratita blanca.

La buena mujer volvía en ese momento con el cuaderno de ejercicios. Se quedaron todavía media hora y comieron una rebanada de pan de semillas antes de despedirse.

Quill había pasado un rato preguntándose porque lady Sylvia no había acompañado a Gabby ha hacer esta visita. Si era para que el besara de nuevo, no tenía ninguna intención de darle ese gusto. Gabby era la prometida de Peter y punto final.

Además ella no demostraba ningún deseo de que la besaran. Durante el camino de regreso no dejó de hablar de Kasi y de la señora Malabright, sin sospechar que Quill solo pensaba en su suavidad, en sus estremecimientos y en la manera en que sus labios se abrían…En ese algo que ella despertaba en el y que le estaba volviendo loco.

Capitulo 8

A Lucien Blanc le hicieron falta dos semanas de esfuerzo llegar a su objetivo: almorzar con Phoebe Pensington, la señora Ewing y la tía Louise. Estaba sentado a la mesa con Phoebe a su derecha y Emily a su izquierda, totalmente consciente de que las damas no tenían ningún deseo de recibirle. Sin embargo, a pesar de su buena educación, había decidido resueltamente ignorar sus reticencias.

Al principio había acompañado a Phoebe movido simplemente por la curiosidad de conocer a su "muy, muy importante" nueva madre; pero en cuanto se encontró frente a la delgada y cansada señora Ewing, todo cambió.

Le besó la mano galantemente y luego se sorprendió a si mismo diciendo que antes de abandonar Francia era marqués. Odiaba a los emigrantes que en Inglaterra presumían de sus títulos.

Y no era solo porque ella fuera hermosa, que ciertamente lo era, ni porque llevara un precioso vestido y el sombrero mas bonito que Lucien había visto en su vida, sino que había algo en sus ojos grises azulados que le había obligado a volver al día siguiente y al otro. Por fin cuando se había presentado en su puerta a una hora totalmente inadecuada para hacer visitas, la señora Ewing le había invitado de mala gana a compartir su almuerzo. La encantadora Emily estaba cansada y el pensó que no le caía demasiado bien. Los dedos de ella estaban siempre manchados de tinta y estaba demasiado delgada, sin embargo le tenía fascinado.

De manera que ahí estaba, comiendo un pastel de legumbres cocinado por alguien muy poco competente.

-Phoebe me dijo que escribía usted, señora Ewing-dijo Lucien.

Ella se había lavado las manos antes de sentarse a la mesa (unas manos muy hermosas, finas y elegantes).

Emily levantó los ojos avergonzada, preguntándose que hacia el allí. Era demasiado atractivo para estar soltero, y además ¿por qué razón iba un soltero a visitar a las escandalosas hermanas Thorpe?

-Efectivamente, escribo para una revista de modas-contestó.

-¿*La hermosa reunión*?

De modo que ese era el motivo de la presencia de Lucien Blanc-pensó. Debía ser el propietario de una revista de la competencia. Había oído hablar de una nueva revista y un alemán había intentado ya llevársela con el. Eso explicaba que un noble francés estuviera sentado ante su mesa. Le dio un vuelco el corazón. Le hubiera gustado que la mirada de admiración del señor Blanc fuera por ella y no por lo que escribía.

-Efectivamente, escribo para *La hermosa reunión*-contestó con brusquedad-y no tengo pensado cambiar en un futuro próximo.

-Por supuesto-murmuró Lucien.

Ella casi creyó que era sincero. Salvo que…

Salvo que Lucien, no sabiendo que mas decir, siguió haciendo preguntas.

-¿Qué es lo que le llevaría a escribir para otro? Me refiero a otra revista.

-Absolutamente nada.

El buscó desesperadamente otro tema de conversación.

-Y usted señorita Torpe ¿también escribe para *La hermosa reunión*?

-No-replicó la tía de Phoebe dando un buen mordisco a una manzana-Yo soy la oveja negra de la familia, escribo para *Etherege´s Portents*, la revista para hombres, por así decirlo. Si me lo permite, señor Blanc, tengo debilidad por las chaquetas color verde aceituna, y la que usted lleva es preciosa.

Desconcertado, el se miró la chaqueta.

-Gracias. ¿Escribe usted en *Etherege´s Portents*?

Louise emitió una risita.

-¿No ha leído nunca mi columna? Se titula "Reflexiones generales sobre la moda". Y firmo como Edward Etherege-precisó.

-Me temo que no he tenido el placer.

Louise se encogió de hombros.

-Está sobreestimando mi trabajo cuando dice "placer". Emily tiene un verdadero don para la moda pero yo me limito a escribir algunas tonterías y a publicarlas para los que sean lo bastante tontos como para leerlas.

-¡Estas exagerando!-protestó Emily desmigando con nerviosismo su pan-Louise escribe con mucho humor-añadió dirigiéndose a Lucien.

-¡Pero todos creen que soy muy seria!-contestó Louise.

-Estoy seguro de que escribe muy bien-dijo débilmente Lucien.

No se atrevía a mirar a Emily, quien cada vez que el la miraba, ponía una expresión desconfiada como si temiera que le fuera a robar la plata. O la virtud. Se removió incómodo. Hacía años que no se sentía tan atraído por una mujer. En realidad, desde la muerte de su esposa, y no entendía porque ya que la delgada y reticente Emily no tenía nada en común con su mujer.

Louise había sacado un rollo de hojas de un armario y les leyó su nuevo artículo.

-"La moda, demostración de gusto pero caprichosa, despiadada pero adorada, se eleva como una veleta en el reino de los placeres. Dicta sus juicios a los adoradores del encantamiento de la diosa que domina nuestras vidas y nuestros chalecos, la divinidad que ordena como debe ser el nudo de nuestras corbatas, el ídolo que…"

-¡Por el amor de Dios, Louise!

-No me interrumpas ahora, Emily-suplicó Louise-Acabo de empezar. Todavía me quedan unas geniales palabras sobre el modo en que la moda distingue entre un nudo de corbata y otro. Espera…

Revisó sus papeles y Emily suspiró.

-Tendrá que perdonarme, señor Dewland. Esta tarde tengo mucho trabajo.

-¿No vas a probar la crema batida, mamá?-preguntó Phoebe-Batí los huevos yo misma. ¡Cinco!

-No tengo demasiada hambre, hija-dijo Emily depositando un beso en la frente de la niña-Esta tarde me dirás tus lecciones ¿de acuerdo?

Haciendo un breve gesto con la cabeza, se retiró.

Lucien se sumió de nuevo en el silencio. No iba a ceder al deseo de ir tras ella y besarla hasta que desapareciera de sus ojos grises el cansancio.

La criada trajo una temblorosa crema.

-¡Maldición!-juró Louise-Otra vez Emily no ha comido nada y además la crema está poco hecha.

Phoebe ya la estaba comiendo.

-A mi me parece que está muy buena.

-Desde luego, los huevos están muy bien batidos-rectificó Louise acariciándole el pelo-Eso salta a la vista.

-No quisiera ser indiscreto-intervino Lucien-pero ¿su hermana siempre tiene tanta prisa?

-Pronto llegará el fin de mes y tiene que entregar sus artículos a la revista. Esta muy solicitada ¿sabe? Es ella quien escribe casi todos los artículos de *La hermosa reunión* y no es fácil porque no sale de casa; tiene que leer las reseñas de los periódicos sobre que llevaba tal o cual persona en una fiesta determinada. Estamos suscritas a unos quince periódicos y cada vez que se prepara un evento importante se pone más nerviosa todavía. En este caso se trata del baile de lady Fester, creo. Es importante y lady Fester es muy selectiva con sus invitaciones.

-No lo entiendo ¿Por qué se pone nerviosa la señora Ewing con eso?

-En cada fiesta debe decidir cual era la mujer mas elegante-explicó Louise-pero las informaciones no siempre son fiables. Siempre está temiendo que uno de sus colaboradores no sea invitado.

-¿Tiene espías?

-No son espías-protestó Louise indignada-Son personas a las que les gusta la moda y están encantadas de recibir una pequeña retribución por su ayuda. Le describen a mi hermana lo que llevaban los invitados y luego Emily redacta sus artículos. Algo como: “Una muy noble dama llevaba una falda con festones” etc. Evidentemente todo el mudo sabe de qué dama se trata.

-¿Por qué no va ella simplemente a esos bailes?

Louise le lanzó una mirada tan desconfiada como la de su hermana.

-¿Cómo podría hacerlo? No nos invitan.

El frunció el ceño.

-¿Por qué señorita Thorpe? Perdone mi impertinencia pero es evidente que vienen ustedes de una excelente familia.

-Mi padre es un hombre muy irascible, me echó de casa cuando tenía quince años y Emily, Dios la proteja, salió en mi defensa, de modo que la echó también a ella.

El asintió.

-Tengo una invitación para el baile de lady Fester ¿Cree que su hermana me hará el honor de acompañarme?

Louise tenía los ojos del mismo color gris azulado de su hermana pero a Lucien no le producían el mismo efecto.

-No lo sé-murmuró.

-Creo que debería ir con usted, señor Blanc-intervino Phoebe de forma inesperada-Sería mas agradable para ella que tener que escuchar al señor Hislop.

Louise se sobresaltó.

-¿Qué sabes tu del señor Hislop?

-Oí a mamá ordenarle a Sally quedarse cerca por si el señor Hislop intentaba besarla-contestó la niña-Sally dijo que era odioso y mamá estuvo de acuerdo, pero añadió que no quería insultarle.

La ira invadió a Lucien.

-¡Me dio a entender que los espías eran mujeres!

Louise se ruborizó.

-La mayoría lo son. Pero al señor Hislop le invitan a todos los sitios, y no tenemos que pagarle por los informes que nos trae. Es solo…solo…

-¡Un patán!-terminó el con un tono helado que le sorprendió a el mismo-¿Se va a entrevistar Emily con el esta tarde?

Louise le estaba observando atentamente pero parecía estar un poco mas tranquila.

-El señor Hislop generalmente viene los martes hacia las once ¿no es así Phoebe?

Se levantó.

-Estoy segura de que encontrara el momento adecuado para hacerle la oferta a mi hermana, señor Blanc.

Lucien se levantó también.

-Creo que estoy libre el martes por la mañana.

Intercambiaron una mirada cómplice.

-Entonces le deseo que tenga éxito.

Louise hizo una reverencia, la clase de reverencia de una mujer que ha sido educada para vivir entre la alta sociedad y no en la triste y pequeña habitación donde se encontraba.

Unos minutos después, en su carruaje, Lucien reflexionó en los extrañas que eran las dos hermanas Torpe. Eran inteligentes, despiertas, hermosas

y…¿Dónde estaba el señor Ewing suponiendo que existiera? Era muy posible que solo fuera una invención ya que Emily tenía una expresión de inocencia que no se correspondía en modo alguno con la experiencia de una viuda. Y el sabía algo de eso ya que llevaba viudo mucho tiempo. De repente se sintió demasiado viejo como para pensar en pasar una velada con la encantadora señora Ewing. El tenía casi cuarenta años, estaba cansado y el pasado le atormentaba.

Juró entre dientes y luego golpeó el techo del carruaje para que el cochero cambiara de dirección y le llevara al club.

No, no invitaría a Emily a ir al baile de lady Fester. Para empezar parecía que había sido rechazada por la alta sociedad, de modo que no estaría a gusto, y por otra parte se merecía que la acompañara alguien de su edad y no un hombre lleno de dolorosos recuerdos y de incesante melancolía.

Cuando el señor Careme fue en persona a llevar el nuevo vestuario de Gabby, esta estaba a punto de morir de aburrimiento. Cierto que cogía el coche cada mañana para ir a visitar a Kasi, sin embargo el presente mes había estado terriblemente vacío. Lady Sylvia se pasaba las tardes con sus amigos y cuando la joven se ofreció a acompañarla, la dama se estremeció.

-¡No con esa ropa, pequeña!-había respondido.

Quill brillaba por su ausencia. Había ido dos veces a Bath donde solo había pasado una noche, sin embargo apenas le veían en casa y se cuidaba mucho de ofrecerse a visitar Londres con Gabby. Evidentemente a el también le horrorizaban sus vestidos blancos; sin duda no quería que la vieran con el aunque fuera en la Torre de Londres.

Gabby leía el *Morning Post* todos los días y sabía que se celebraban pequeñas fiestas aunque la temporada propiamente dicha no hubiera empezado todavía. Pero Quill nunca le pedía que le acompañara a una reunión musical por la mañana ni a ningún otro evento.

Daba noticias sobre su padre y a veces cenaba con ella y con lady Sylvia preguntando educadamente como estaba Kasi. Su relación no pasaba de ahí.

De modo que la llegada del señor Careme y de sus empleadas fue un gran alivio para la joven. Pero no los vestidos que trajo consigo.

-¡No puedo ponerme eso!-exclamó ella hundida-¡Es imposible!

-Es la moda-replicó Careme si inmutarse.

Ya había escandalizado a otras mujeres a lo largo de su carrera.

-Usted se va a casar con el señor Dewland de modo que es absolutamente necesario que tenga un estilo muy personal ya que se la juzgará en función del gusto impecable de su marido. Como usted no tiene ni idea de lo que se lleva, el señor Dewland tuvo el acierto de dejar el asunto en mis manos.

Gabby no se sintió ofendida.

-Pero a pesar de todo a quien verán con esa ropa será a mí-insistió.

-A usted no la verán: la adularán-contestó Careme-Los hombres se arrastraran a sus pies.

La idea no era desagradable, pero si su padre llegaba a verla con esos vestidos…Gabby se estremeció solo de pensarlo.

-Le he confeccionado el vestuario con un tejido un poco más pesado que el que uso actualmente-continuó el sastre-para disimular sus caderas.

Gabby entrecerró los ojos. A ella precisamente le gustaban bastante sus caderas, y a Quill también parecían haberle gustado.

-Sus senos son lo mejor que tiene de modo que vamos a enseñarlos. También sus nalgas-continuaba diciendo Careme con su franca manera de hablar-Cado uno de los vestidos lleva una pequeña cola para acentuar el movimiento de balanceo.

Decir que sus senos quedaban realzados era quedarse corto; literalmente rebosaban por encima del vestido de noche que se estaba probando en ese momento.

-¡Ahora ya mostrarse en público! El señor Dewland estará encantado.

-¿Pero que pasará si el corpiño…si el corpiño se resbala?

-¿Si se resbala? ¡Eso es imposible! Todas mis clientas llevan grandes escotes por la noche incluso las que no tienen nada que enseñar. Debería estar orgullosa de su pecho, señorita Jerningham, la ropa interior estropearía la caída del drapeado. Nunca mueva los hombros. Mis clientas nunca los mueven.

No lo dudo, se dijo Gabby, deben estar aterradas.

Pero ya estaba harta de estar encerrada, si le suplicaba al señor Careme que le modificara los vestidos nunca podría pedirle a Quill que la llevara de paseo. De modo que no volvió a protestar.

Un poco mas tarde, Margaret la ayudó a ponerse un vestido de mañana adornado con un ramillete de ranúnculos, sobre el cual se puso una capa rosa claro con una ancha capucha forrada de seda rosa. La criada estaba muda de admiración.

-¡Que maravilla!-exclamó-¿Cómo llama el señor Careme a este color?

-Flor de melocotonero. Pero solo es una manera bonita de decir rosa, Margaret, nada más.

-¡Oh no señorita! Tengo que utilizar el nombre apropiado para contárselo a los demás.

Le entregó un pañuelo del mismo tono.

Gabby tuvo la primera prueba del talento de Careme cuando entró en el salón de la señora Ewing. Iba allí dos o tres veces por semana para recoger a Phoebe y llevarla a ver a Kasi, y le caía muy bien la madre adoptiva de la pequeña.

Pero ese mañana, al verla, Emily se quedó clavada en el sitio. Gabby sonrió. La señora Ewing siempre iba tan bien vestida que ella se sentía siempre horrible en su presencia.

-Va usted muy elegante, señorita Jerningham. Su vestido es precioso.

Gabby sonrió.

-Tengo la suerte de poseer un vestuario creado por el señor Careme.

-Ha hecho una pequeña cola. Es muy interesante. Y la capa es de merino ¿no es cierto?

-No lo sé-contestó alegremente Gabby-Lo único que sé es que Careme escogió un color flor de melocotonero en vez de un color rosa. Por supuesto-añadió en tono de confidencia-me gustó mucho saberlo porque hubiera odiado llevar un color reservado al pueblo llano.

Emily se echó a reír, lo cual nunca le había sucedido en presencia de Gabby.

-El señor Careme es terriblemente esnob ¿no? Cuando le conocí me asustó.

Phoebe estaba entrando en el saloncito con el abrigo puesto y una cesta en la mano.

-Siento mucho haberla hecho esperar, señorita Gabby-dijo haciendo una reverencia, pero estaba ayudando en la cocina.

-¡Ven aquí cariño!

Phoebe se precipitó a sus brazos.

-He hecho una tarta para Kasi Rao-anunció levantando la tapa que cubría la cesta-La he hecho yo sola…bueno casi. ¿Cree que le gustará?

-¡Le encantará!-afirmó Gabby-¿Nos vamos ya? Traeré a Phoebe de regreso dentro de unas horas si no tiene inconveniente-concluyó dirigiéndose a la señora Ewing.

-Gracias por su amabilidad-respondió esta besando a la niña.

Cuando llegaron a Sackville Street pudieron comprobar que Kasi Rao tenía un día especialmente difícil. Phoebe necesitó media hora para convencerle de que saliera del armario de las escobas donde se había encerrado.

-Es por culpa de los guardias, señorita Jerningham-explicó la señora Malabright molesta-Vinieron a pedir para sus obras de caridad y, antes de que pudiera impedírselo entraron en el salón. Yo creía que Kasi estaba arriba pero no era así. El pobre chico se encontró rodeado por cuatro hombres; uno de ellos le dirigió la palabra, amablemente por cierto, pero fue demasiado para él y desde entonces no ha querido salir del armario.

-Lo entiendo, señora Malabright, yo a veces me he pasado horas para conseguir que saliera de un rincón oscuro. El es así, y Dios es testigo de que mi padre intentó muchas veces curarle esa manía.

La señora Malabright se retorcía las manos angustiada.

-Eso es lo que su padre me dijo que hiciera, señorita Jerningham, de modo que le saqué una vez del armario pero se puso tan nervioso que…En fin que…

-Lo sé-la tranquilizó Gabby-Y yo opino lo mismo que usted, es inútil hacerle sufrir. Pero mírele ahora.

Kasi, sentado en el sofá, disfrutaba de la tarta mientras escuchaba a Phoebe hablar.

-Nunca dura demasiado-continuó-Si se le permite salir de su escondite cuando el quiere, Kasi es completamente feliz.

-Es cierto-asintió la señora Malabright-es un niño muy alegre cuando no se le obliga a tratar con desconocidos. De todas formas a mi también me gusta quedarme en casa.

Esa noche Gabby se puso uno de los vestidos de Careme. La cola acentuaba el movimiento de sus andares, pero recordó que debía mover solo la parte inferior del cuerpo, y sobretodo no debía mover los hombros.

La verdad es que no era desagradable moverse así, de modo que fue ondulando hasta el despacho de Quill y llamó a la puerta.

El levantó la vista cuando ella entró. Su rostro se veía oscurecido en la débil luz del crepúsculo. Era muy distinto de Peter, este tan delgado y perfecto y Quill tan robusto y musculoso a pesar de su pierna enferma.

-Necesita luz-dijo ella.

Por un momento anduvo con normalidad, pero luego recordó que tenía que “ondular”

Lo hizo durante un momento mientras encendía los candelabros. Al regresar hacia Quill, tuvo la satisfacción de ver que los ojos de este brillaban.

-Me gustaría salir esta noche, Quill.

-¿Salir?

El se quedo anonadado. Todavía no había caído a sus pies pero le faltaba poco.

-Salir-repitió ella tranquilamente-Me gustaría ir al teatro o a una recepción. Una tal lady Stokes envió una invitación para una cena con baile.

Le enseñó una de las tarjetas impresas que llegaban a diario para Peter y que Codswallop depositaba cuidadosamente encima de una chimenea.

-Una fiesta-murmuró Quill-Imposible. Nunca asisto a ese tipo de eventos.

-¿Por qué?

El no se molestó en contestar, si Gabby no era capaz de adivinar por si sola que evitaba bailar y quedarse mucho tiempo de pie, no veía la necesidad de explicárselo.

-Supongo que podríamos ir al teatro-dijo de mala gana.

Ella le dedicó la más hermosa de sus sonrisas y se acercó para inclinarse encima del escritorio para comprobar el efecto del corpiño.

No se decepcionó. Los ojos de Quill se iluminaron con un brillo peligroso y ella podo sentir su poder. Era una sensación mareante. Se inclinó ligeramente hacia delante.

-Me gustaría ir al Dorset Gardens. Representan una de mis obras favoritas, *La fierecilla domada*, de Shakespeare.

El tragó saliva nervioso. Peter se iba a casar con una mujer cuya simple voz estaba cargada de promesas.

Peter. ¡Su hermano! Se recordó Quill intentando recobrar el control de sus sentidos.

-Lo siento, olvidé que tenía una cita importante esta noche-declaró echando hacia atrás el sillón-Le ruego que me disculpe.

Gabby cambió inmediatamente de expresión y fue algo casi cómico. La encantadora sirena se convirtió en un segundo en una niña decepcionada.

-¡Estoy cansada de pasarme el día en casa, Quill!

-Peter no tardará en volver.

-No dice nada de eso en los mensajes que envía cada día-le hizo notar ella-Sé que es un gran consuelo para su madre.

-Ella no necesita que la consuelen-lanzó Quill secamente-Padre está mejorando y voy a escribir a Peter para ordenarle que vuelva inmediatamente.

La verdad era que el vizconde estaba descansando en el mejor hotel de Bath. Seguramente no volvería a andar y los médicos no estaban seguros de que volviera a hablar de nuevo, pero había vuelto a ser el mismo y enviaba airados mensajes a diestro y siniestro.

-Según lo que dice Peter-continuó-padre puede vivir de ese modo varios años todavía.

-Se lo ruego, no le pida que vuelva. No me gustaría saber que abandona a su madre cuando esta le necesita.

Quill no parecía convencido.

-Mire, Peter y yo vamos a vivir juntos-insistió ella poniendo una mano en la rodilla de el-Sería espantoso si me interpusiera entre su madre y el. He visto esa situación en la India y el matrimonio se resiente.

Quill tenía un nudo en la garganta. Cada vez le resultaba más difícil estar cerca de Gabby.

Apartó el sillón un poco más.

-Informaré a mi hermano de que desea asistir al teatro. Cuando se dé cuenta de que está vestida de este modo se precipitará a venir a Londres para exhibirla ante sus amigos.

Gabby no notó el sarcasmo de su voz. El se había convertido en un pedazo de hielo. ¿Qué podía haber dicho ella para que se enfadara? ¡Realmente tenía un carácter difícil!

-¿Usted cree, Quill? Los vestidos del señor Careme son preciosos ¿no cree?

Resultaba evidente que ella iba a la caza de piropos.

Quill no pudo decidirse a ponerla en su sitio. Ella sabía perfectamente que su vestido de noche era una abierta provocación. Careme, listo y astuto, había comprendido que Gabby nunca podría fingir ser una frágil jovencita. Con ese vestido era un peligro para cualquier hombre.

-Voy a escribir a Peter esta misma noche y le enviaré la carta con un mensajero.

Le sorprendió su voz ronca. Sería mejor que se fuera a trabajar a Jamaica. O a Zanzíbar. Jamaica estaba demasiado cerca y podría imaginarse a Gabby bailando en uno de esos bailes a los cuales tanto deseaba asistir. Se la imaginaba abrazada a un hombre. En el baile…y después del baile.

Se levantó tan bruscamente que estuvo a punto de volcar el sillón.

-Si me disculpa, ya llego tarde a mi cita.

-¿No puedo acompañarle?

-Desde luego que no. Las damas no acompañan a los hombres a sus citas.

-¿Por qué?

-Una dama nunca le pregunta a un hombre sobre sus citas.

Ella creyó entender de pronto.

-¡Ah! Supongo que va a visitar a una buena amiga. Me alegro de que tenga una. ¿Me gustaría?

-¡Maldita sea!-masculló Quill.

Gabby era cualquier cosa excepto una mujer convencional. No es que careciera de tacto, simplemente se comportaba de forma natural. Seguramente el podría encontrar algo que hacer en las profundidades de la Antártida. Quizá dedicarse al comercio de pieles de oso polar, por ejemplo.

-No tengo ninguna “buena amiga”-dijo secamente-Y es completamente inapropiado hablar de ese tema conmigo.

-Muy bien-dijo Gabby con gentileza, añadiendo esa norma a la larga lista de torpezas que no debía volver a cometer-Pero ¿Por qué Quill?

El ya había perdido el hilo de la conversación.

-¿Por qué, que?

-¿Por qué no tiene una amiga? En la India todos los ingleses tenían amigas, o al menos eso es lo que se decía. Entiéndame, no lo estoy criticando, simplemente le estoy haciendo una pregunta. Como casi somos parientes, carece de importancia.

Era increíble la cantidad de cosas que no tenían importancia para ella con el pretexto de que pronto serían familia, pensó Quill con un poco de amargura.

-No quiero hablar de eso con usted, Gabby.

Lo dijo con tal firmeza que ella no se atrevió a insistir.

-Era una pregunta amistosa-protestó sin embargo.

El emitió una risa seca.

-Le aconsejo que no haga ese tipo de preguntas delante de Peter.

Ella se mordió el labio.

-Le considero un amigo, Quill. El único que tengo en Inglaterra. Si usted no me dice como debo comportarme ¿Quién lo hará?

-¡Peter!-declaró el en un tono que no admitía réplica-Es excelente en eso.

Gabby se había levantado y se estaba paseando por la estancia. Quill cogió una hoja de papel para escribir a Peter.

Tu futura esposa está ahora perfectamente vestida por Careme. Tiene ganas de salir de casa. Ven inmediatamente o me veré obligado a escoltarla yo mismo.

La nota tuvo el efecto deseado. La perspectiva de dejar que otro hombre introdujera a Gabby en la alta sociedad le producía a Peter sudores fríos; y que fuera su hermano; tan poco inclinado a los buenos modales y tan poco delicado; quien se encargara de hacerlo le ponía los pelos de punta.

La vizcondesa compartía esa opinión.

-Tienes que volver a Londres, querido-le urgió-Quill es el mejor de los hijos, pero le falta elegancia. Además tu padre está mejor.

Peter estuvo de acuerdo.

Una semana mas tarde estaba en camino hacia Londres. Y le venía muy bien, se dijo instalado en la carroza, ya que su bota izquierda tenía un agujero. Necesitaba imperiosamente un par nuevo y Hoby era el único zapatero que tenía verdadero sentido de la moda. En Bath no había encontrado ni un solo par de zapatos adecuado.

Capitulo 9

Si Lucien vacilaba a la hora de investigar sobre las encantadoras hermanas Thorpe, no tenía los mismos escrúpulos acerca de su espía, Hislop. Y lo que descubrió sobre el confirmó sus peores temores: era un ser corrupto al que le gustaban demasiado las faldas.

De modo que, casi a su pesar, Lucien se presentó en la puerta de la señora Ewing a las once en punto. Tenía la intención de ocuparse de ese hombre haciéndole entender al mismo tiempo que su interés por Emily era completamente paternal. Se había pasado horas imaginándose que se convertía en una padre protector para Emily y Phoebe; era lo único que se sentía capaz de ser, con su corazón de viudo y un cuerpo que le parecía demasiado ajado.

Sally respondió a su llamada y le dijo que la señora Ewing no recibía a nadie, pero no pudo resistirse cuando el le dio un chelín.

Le señaló la puerta del despacho.

-La señora Ewing no recibe a nadie porque está esperando una visita-susurró antes de desaparecer apretando bien la moneda en la mano.

Tranquilizó su conciencia diciéndose a si misma que el señor era muy atractivo. La señora Ewing podía casarse con el aunque fuera francés. A Sally no le gustaban demasiado los extranjeros pero este era tan guapo que casi era pecado.

Cuando la puerta del despacho se abrió, Emily levantó la vista molesta. Prefería que se hiciera pasar a Hislop con tanta pompa como fuera posible, de ningún modo debía él tener la sensación de ser alguien familiar.

Pero quien estaba en la puerta era Lucien Blanc y a ella se le aceleró el corazón; en los últimos días había pensado demasiado en el.

-¿En que puedo ayudarle señor Blanc? Perdone pero estaba trabajando, no estoy muy presentable.

Se levantó con elegancia y se quitó el delantal que protegía su vestido de las manchas de tinta.

-Creo que no dispongo de mucho tiempo para charlar porque estoy esperando a alguien-precisó.

Lucien no sabía que hacer; se había preparado para derrotar al dragón pero el dragón todavía no había llegado.

-He venido a invitarla al baile de lady Foster-dijo.

Emily se sintió aliviada. Parecía que no quería contratarla para otra revista de moda.

-Yo no salgo-respondió sin embargo.

Lucien enarcó las cejas.

-Precisamente le estoy ofreciendo la oportunidad de hacerlo.

-Lo lamento, pero debo rechazar su amable invitación.

-¿Puedo preguntar porque?

Eso era algo inconcebible. Un caballero nunca preguntaba a una dama el motivo de su rechazo. Pero tenía que continuar conversando porque estaba empeñado en encontrarse allí cuando llegara Hislop.

-Nunca fui presentada de forma oficial-explicó Emily-Asistí a algunos bailes cuando todavía vivía en casa de mis padres, pero no me sentiría a gusto en una gran fiesta. A pesar de todo le agradezco mucho que haya pensado en mi.

-Por lo que dijo su hermana creí entender que esa sería una oportunidad de oro para que observara los vestidos de las mujeres-insistió el-Le aseguro que toda la alta sociedad estará en ese baile.

Emily dudaba. Puede que Lucien no fuera como Hislop. Este último la había invitado muchas veces pero solo; y se eso estaba segura; para intentar algo con ella mientras estaban en el carruaje. Últimamente incluso le había dado a entender que no le proporcionaría mas información si ella se negaba a salir con el.

Lucien se acercó para inclinarse ante ella.

-Me sentiría muy honrado si aceptara-dijo suavemente.

A Emily se le cortó el aliento. Los hombres no deberían tener unas pestañas tan largas, unos ojos tan tiernos y un aspecto tan atractivo.

-Es muy amable por su parte-murmuró ella al fin.

-Le estaría infinitamente agradecido si accede a venir y me alegraría también que nos viniera su hermana para que actuara como su acompañante.

-¿Mi hermana como acompañante?

Eso demostraba que Lucien no se había informado sobre ellas, de modo que no podía saber que Louise tenía fama de ser una mujer fácil.

-Mi hermana no sale en público-protestó ella tensa.

-En ese caso le pediré a uno de mis amigos que nos acompañe. No quisiera que se sintiera mal.

Emily le miró a los ojos y se avergonzó de haber pensado, siquiera un instante, que pudiera parecerse a Hislop.

-Me encantará acompañarle al baile-dijo-He cambiado de opinión.

-Es privilegio de las mujeres-contestó el con una sonrisa en el fondo de su mirada-Me siento muy honrado.

-Y no es necesario que nos acompañe nadie-añadió rápidamente Emily-Soy viuda y las viudas no necesitan acompañantes.

-Si, por supuesto.

¿Había algo de sarcasmo en el tono de su voz?

Lucien ya no tenía más razones para quedarse e iba a despedirse cuando Sally abrió la puerta del despacho para anunciar con frialdad:

-El señor Hislop está aquí, señora.

Estaba de mal humor porque el hombre la había pellizcado dos o tres veces en el pasillo de modo que le lanzó una mirada asesina antes de desaparecer.

Bartholomew Bayley Hislop no era un hombre atractivo y Emily se dijo que era muy cruel para el estar en el mismo lugar que Lucien Blanc. Este último, delgado y completamente vestido de negro, tenía la clase propia de un marqués. Un antiguo marqués, se recordó a si misma.

Hislop estaba vestido con una chaqueta adornada con unos enormes botones de metal que el creía que eran el colmo de la elegancia. Llevaba un chaleco a rayas violetas y amarillas, tenía unas patillas demasiado largas y era patizambo. Si a eso se añadía el brillo lascivo de su mirada, se obtenía el retrato de Bartholomew Hislop, único hijo y heredero de un carnicero que había ganado una fortuna fabricando gelatina con huesos de buey. Lo suficiente como para permitir que su hijo estudiara en Cambridge y viviera lujosamente en Londres.

Emily le recibió con un poco mas de cordialidad que de costumbre.

-Es un placer verle de nuevo, señor Hislop. ¿Puedo presentarle al señor Blanc?

Bartholomew no reconoció al señór Blanc, pero eso carecía de importancia, ya que enseguida supo quien era su sastre.

-Encantado de conocerle, señor. ¡Encantado! Decidí dejar de llevar chaquetas abrochadas a la derecha hace unas trece semanas. Me adelgazaban, lo cual no le sucede a usted, señor-se apresuró a añadir-La que usted lleva es de Guthrie ¿no es así?

-Así es, señor. Ha descubierto quien es mi sastre.

-Nunca ha trabajado para mi-precisó Hislop-porque yo pido mas…digamos originalidad. Pero creo que Guthrie tiene su establecimiento en Leadenhall Street ¿no es así?

-Así es.

-Rara vez me equivoco en esas cosas. Veo que es usted extranjero y seguramente nunca ha oído hablar de mi. Me estoy haciendo una sólida reputación en lo referente a moda masculina en los círculos más exclusivos. Me enorgullezco de tener buena intuición. Y –añadió mirando lascivamente a Emily-una de mis mayores alegrías es compartir mis observaciones con la señora Ewing. Me complace enormemente aportar mi modesta contribución a *La hermosa reunión*.

Lucien se volvió hacia Emily. Ella leyó la aversión en su mirada y frunció el ceño.

-Lo lamento pero debo pedirle que nos disculpe, señor-dijo-El señor Hislop ha tenido la amabilidad de prometer que me contaría todo sobre la fiesta que dieron los duques de Gisle y todos esos detalles le aburrirían mortalmente.

-Los duques acaban de volver de Turquía-intervino Hislop dándose importancia-Y la duquesa iba vestida por Careme, naturalmente.

Emily acompañó a Lucien hasta la puerta de entrada y el se despidió dirigiéndole una pequeña sonrisa.

-Vine a matar a un dragón-murmuró-Phoebe me dio a entender que Hislop era muy desagradable.

Ella le devolvió la sonrisa.

-Siempre me alegra contar con la presencia de un cazador de dragones-dijo ella con su musical voz-Hay muy pocos actualmente en Londres. Pero no se preocupe por Hislop.

Lucien se puso serio mientras bajaba los escalones de la entrada. No le gustaba que Emily dependiera de ese individuo. Hislop no iba todas las semanas solo para colaborar con *La hermosa reunión*, era mas bien la hermosa señora Ewing quien le atraía.

A Peter le satisfizo en conjunto la transformación de Gabby. Se encontraron en la cena la noche de su regreso ya que le había enviado una nota para rogarle que le acompañara al baile de lady Fester.

Gabby llevaba una de las creaciones de Careme y estaba radiante de felicidad. Margaret había tenido que utilizar tal cantidad de alfileres con cabeza de perla que desde lejos su castaña cabellera se veía con reflejos irisados; pero al menos el peinado estaba firmemente sujeto. En cuanto a su vestido; de color bronce, con un atrevido escote y una sobrefalda que terminaba en una cola; estaba muy de moda, se dijo Peter. Gracias a Dios el generoso pecho de ella quedaba perfecto con el corte del vestido.

-¿El drapeado es de muselina?-preguntó inclinándose hacia Gabby quien picoteaba en el plato.

Ella levantó rápidamente los ojos y se sintió feliz al ver que su prometido tenía una expresión amistosa.

-No lo sé-confesó.

-¿Puedo…?

Ella asintió y el tocó el tejido por un segundo.

-Gasa con bordados de oro-anunció-Muy favorecedor.

Quill observó a la feliz pareja con los párpados semicerrados. Posiblemente esa noche se emborrachara, algo que rara vez se permitía hacer, pero en este momento, el olvido que le ofrecía el alcohol, parecía la mejor solución.

-¿Tu vienes también, Quill?

El negó con la cabeza, irritado por la gentileza innata de su hermano. No debía ser fácil para el niño mimado de la alta sociedad tener un hermano impedido y antisocial al mismo tiempo. Sin embargo Peter nunca dejaba de querer que saliera con el.

-A lo mejor paso mas tarde-dijo sorprendiéndose a si mismo.

Gabby le dirigió su radiante sonrisa.

-¡Eso sería maravilloso Quill! Estaré pendiente de su llegada.

Peter ayudó a subir a su prometida al carruaje, no sin antes admirar la capa de terciopelo que completaba su atuendo.

-Esta noche estás muy favorecida-dijo en la penumbra de la carroza.

-Es una verdadera belleza-añadió lady Sylvia-Tienes suerte, Peter. Se corre un gran riesgo casándose con una mujer recién llegada del extranjero. Uno de mis primos se comprometió con una escocesa que resultó tener un horrible color terroso. Huyó a América antes de la boda.

Gabby suspiró aliviada. Lo había conseguido: Peter estaba contento con ella.

De repente, el pareció nervioso.

-¿Sabe bailar?

-Si, pero nuca he bailado con un hombre. Mi padre contrató a una inglesa para que me diera clases.

A Peter le gustó la idea. Si su novia daba un paso en falso, el siempre podría alegar que ella nunca había bailado con un hombre. Pocos hombres en Inglaterra podían decir lo mismo.

-No se preocupe-la tranquilizó-Se lo explicaré todo.

Gabby estaba encantada. Peter se estaba comportando exactamente como el gentil hombre de sus sueños: protector, atento y admirado.

-¡Oh Peter!-exclamó-¡Estoy tan contenta de que vayamos a casarnos pronto.

El se vio cogido por sorpresa y preguntándose como se suponía que tenía que responder a eso y lo que era aún peor ¿Cómo se atrevía a decir algo tan íntimo delante de lady Sylvia?

-Estoy encantado-pudo articular por fin.

Gabby se sintió solo un poco decepcionada. Era demasiado pronto para que el reaccionara el mismo entusiasmo que ella. Pero a lo mejor la besaba como lo había hecho Quill. Había podido ver el deseo reflejado en los ojos de Quill y esperaba ver lo mismo en los de Peter antes de que terminara la noche.

Lady Isabel Fester estaba muy orgullosa porque su baile siempre era el primer acontecimiento de la Temporada después de la apertura del Parlamento. En 1804, cuando el Parlamento retrasó la fecha de su apertura por culpa de la mala salud del rey, lady Fester simplemente había anulado su fiesta. Tenía la impresión, y con razón, de que su baile se había hecho muy famoso.

De este modo, su educada sonrisa mutó en verdadero placer cuando vio que uno de los hombres más elegantes de Londres acababa de llegar precedido por el mayordomo: Lucien Blanc.

-¡Querido marqués!-ronroneó.

Sabía que Lucien había renunciado a su título pero prefería no hacer caso de lo que consideraba como un exceso de modestia.

El se inclinó para besarle la mano.

-Queridísima lady Fester ¿puedo presentarle a la señora Ewing?

Los ojos de lady Fester se entrecerraron ligeramente. Emily Thorpe; cualquiera que fuera el nombre que usara ahora; no era el tipo de mujer que a una le gustara recibir en un baile. Luego miró detenidamente el vestido que llevaba la joven, era de muselina color ámbar con una sobrefalda ligeramente más oscura. Unos perlas adornaban el corpiño y las mangas. En resumen, era el vestido mas original que lady Fester había visto en toda la noche. Seguramente lo describirían en *La hermosa reunión*, un honor con el cual soñaba lady Foster para si misma. Sintió una inesperada y violenta punzada de envidia.

-Encantada de verla de nuevo, señora Ewing-dijo con amabilidad.

El vestido había ganado.

-Bien-le susurró Lucien a Emily al oído mientras se dirigían al salón de baile-por si no lo había notado, el dragón estaba custodiando la puerta y usted la ha franqueado sin problemas.

Ella levantó hacia el una brillante mirada.

-¿Cómo podía ser de otra forma teniendo a mi lado a un cazador de dragones?

El se rió.

-No puedo presumir de esa victoria. ¿Quiere bailar?

Emily se detuvo para recorrer el salón con la mirada. Todos los vestidos eran de estilo neoclásico, con rosas de satén, cuellos de encaje y escotes tan profundos que se confundían con la línea del talle.

-¡Dios mío!-susurró-¡Es maravilloso! ¿Conoce a la mujer que está al lado de la ventana?

Lucien se volvió hacia la dirección indicada.

-¿Se refiere a la que tiene tantas cosas en el pelo?

-Es un peinado que está muy de moda-replicó Emily-Se ha puesto encaje en el pelo e incluso puedo ver una pluma de avestruz.

-Sin olvidar los flecos de cortina-se burló Lucien a quien no el gustaba demasiado-En efecto, conozco a Cecilia Morgan y tendré mucho gusto en presentársela.

Unos instantes después, Emily y Cecilia; quien insistió en que la llamara Sissy; estaban hablando animadamente sobre las ventajas de los flecos de seda sobre las plumas de avestruz, mientras Lucien y el marido de Sissy quedaban relegados a un segundo plano.

A medida que la fiesta avanzaba, Lucien notó extrañado que no le importaba que Emily no pudiera permanecer mucho tiempo a su lado. Se contentaba con mirarla engatusar a las mujeres de esa misma sociedad que en otro tiempo la había expulsado, haciendo caso omiso de su helado

recibimiento y ganándose su simpatía hablando de modas. Se la veía feliz. Pertenecía a ese mundo. Por fin la arrancó de una conversación sobre sombreros de crepé (que estaban completamente pasados de moda) y la arrastró hacia la pista de baile.

Ella parecía flotar en sus brazos y el supo con certeza que eran los mejores bailarines entre todos los invitados. Se sintió ligeramente mareado, pero mucho menos que al sentir el contacto del cuerpo de Emily contra el suyo.

En los labios de Gabby se dibujaba una sonrisa tan encantadora cuando entraron en la mansión de lady Fester, que Peter se sorprendió. Parecía tan feliz por ese baile como el, aunque él estuviera un poco mas nervioso que de costumbre. Normalmente notaba una subida de adrenalina cada vez que iba a una fiesta, cada recepción reforzaba su posición dentro de la alta sociedad, estaba seguro. Siempre se las arreglaba para que se viera lo mejor de él.

Al principio todo salió a las mil maravillas. Peter la presentó a sus amigos y estos, o bien se quedaron con la boca abierta ante su pecho o bien le preguntaron si el vestido era de Careme. Y todos ellos parecían tener ojos solo para Gabby.

Ella se comportaba bien, intimidada por la extravagancia del baile, y bailaba correctamente, detalle muy importante. Peter creía que bailar era una actividad indispensable y se perdía muy pocos bailes, incluso cuando se tratara de los ritmos desenfrenados de una danza campesina. Las otras formas de hacer ejercicio las dejaba para su hermano quien se pasaba horas sudando con sus pesas.

El baile favorito de Peter era la polonesa y constató con placer que Gabby sabía bailarla. Se trataba de una danza lenta que al espectador podía parecerle simple pero que no era tan fácil. No había nada más horrible que los movimientos bruscos en los cuales los bailarines no seguían los tiempos.

En resumen, Peter estaba satisfecho con su prometida. Sus amigos se reunían a su alrededor para felicitarle por el perfecto gusto de su futura esposa en materia de moda, su clase y su elegancia en la pista de baile. La condesa Maria Sefton, después de compadecerse por el estado de salud del vizconde había prometido enviar invitaciones para Almack´s, el ni siquiera había tenido que pedirlas. El príncipe de Gales, que era un libertino, le había dado un codazo murmurando que su prometida era una verdadera belleza y que tenía la voz de una sirena. Peter no lo había notado pero no discutió. Era un gran cumplido en boca del príncipe.

De modo que cuando Gabby, agotada, volvió de un baile especialmente animado, el aceptó salir un momento al balcón.

-Necesitas un poco de aire fresco-dijo haciendo caso omiso del deseo de ella de volver a casa.

Solo eran las dos de la mañana y a nadie se le pasaba por la imaginación despedirse. Las damas no debían sentirse cansadas bajo ningún pretexto y tampoco podían permitir que su peinado se deshiciera. Por dos veces, Peter tuvo que enviara a Gabby a peinarse de nuevo.

-Lady Sylvia está cansada-dijo ella como último recurso.

Efectivamente, su dama de compañía dormitaba en un sillón desde hacia mas de media hora.

Peter se encogió de hombros.

-Siempre lo hace. Se despertará para la cena y nadie pensara mal de ti por eso.

Eso no era lo que molestaba a Gabby. Si los asientos hubieran sido menos incómodos, ella misma hubiera podido quedarse dormida.

-Vamos a dar una vuelta por la terraza-insistió el.

Ella se estremeció. Un tal señor Barlow la había llevado poco antes allí y ella se había congelado ya que prácticamente estaban en diciembre.

Pero Peter ya la estaba llevando hacia una de las tres puertas que daban a los pequeños balcones que había encima de los jardines. Gabby suspiró. Para ella la fiesta había sido terriblemente aburrida, había perdido la cuenta de la cantidad de hombres que "accidentalmente" habían rozado su pecho o le habían acariciado la espalda. Le dio la impresión de ser un pollo al que un granjero tocaba antes de decidir si estaba a punto para comérselo.

En el balcón, efectivamente, hacia un frío glacial. Peter dejó la puerta ventana abierta.

-Estamos comprometidos-explicó-pero no quisiera que tu reputación quedara en entredicho.

Gabby estuvo a punto de observar que el señor Barlow había cerrado, pero se abstuvo de hacerlo. La verdad es que le costaba mucho confiarse a su prometido, era más fácil con Quill. Sin duda era porque estaba enamorada de Peter, se dijo para tranquilizarse.

Estaba completamente helada, pero a lo mejor…a lo mejor ese era un buen momento para su primer beso.

Se acercó a el.

-Hace frío, Peter, mucho frío.

No podía ser ella la que reclamara un beso, tenía que salir de el.

-¿Quieres que volvamos a entrar? ¿Estás completamente espabilada? No se puede tener casa de sueño en un baile, Gabby. Una dama siempre debe parecer fresca y dispuesta aunque no pueda más.

Gabby estaba ahora muy cerca de el y sabía, teniendo en cuenta la temperatura polar, que sus pezones se marcaban a través del vestido. Y ella recordaba perfectamente el gruñido de Quill cuando descubrió una reacción similar.

Pero Peter no hacia ninguna intención de mirar su pecho…ni de besarla. Parecía estar incómodo.

-Peter-dijo ella con su tono mas sumiso-ya que vamos a casarnos creo que estaría bien que me besaras.

El dio un salto hacia atrás.

-¡Desde luego que no! Sería imperdonable hacer algo así en un baile en cualquier circunstancia.

Se hizo un incómodo silencio.

Ella tragó saliva.

-¿Eso significa que no deseas besarme, Peter?

El se pasó una mano por el pelo.

-Desde luego que si tengo ganas de besarte, Gabby.

Ella levantó una mirada implorante hacia el.

-¡Por el amor de Dios!-exclamó Peter.

Le levantó la barbilla y posó sus labios en los de ella.

Ella permaneció inmóvil y cerró los ojos. No quería parecer demasiado atrevida.

Pero Peter no demostraba demasiada pasión. Levantó la cabeza pasados tres segundos. Cuando ella abrió los ojos, él estaba sonriendo.

-¡Ya está!-dijo jovialmente-Supongo que ha sido tu primer beso.

Ella dudó un instante, luego se lanzó sobre el y apretó su boca contra la de Peter. Afortunadamente era mas bajo que Quill.

Pero en lugar de abrazarla, él la cogió por los hombros y la apartó bruscamente.

-¡Dios, estás loca!

El sentía nauseas.

Los cabellos de Gabby resbalaban de nuevo, sus pechos…¡Buen Dios! Pensó, eso es lo que Prinny había querido decir, ella era una provocadora. Prinny le había advertido. Era amigo suyo y lo que había dicho no era un cumplido, sino una advertencia.

-Eres…eres una desvergonzada-dijo con voz estrangulada.

Gabby se abrazó a si misma. Peter era la persona más prudente que había conocido. Después de todo, el señor Barlow había deseado besarla en el balcón y ella se había librado pasando por debajo de su brazo y entrando en el salón de baile. A él no le habían preocupado en absoluto las conveniencias.

-Y tu pelo es una vergüenza.

-Peter-protestó ella con el tono mas razonable-estamos comprometidos. Estoy segura de que nadie se escandalizaría si nos sorprendieran besándonos.

El dirigió una inquieta mirada hacia la puerta.

-¡Cualquiera podría habernos visto! Y entonces te hubieras convertido en una paria para la sociedad.

Ella se mordió el labio.

-Creo que estás exagerando. De todos modos, iré a peinarme.

Al llegar a la puerta se giró.

-¿Me habrías besado en el carruaje al volver a casa?

Peter notó que el estómago le jugaba de nuevo una mala pasada.

-¡Desde luego que no! Lady Sylvia nos habría visto.

-¿Y si lady Sylvia no hubiera estado?

-Lady Sylvia o mi madre estarán siempre con nosotros hasta el día de la boda. Estaría muy mal visto que saliéremos sin acompañante.

Gabby desapareció.

Peter, después de coger una gran bocanada de aire se llevó la mano a la corbata, la cual, gracias a Dios, no había sufrido mucho las consecuencias de la agresión.

Una alegre voz le sacó de sus pensamientos.

-Sospechaba que eras tú, viejo amigo.

Uno de sus amigos, lord Simon Putney, se reunió con el mientras encendía un cigarro.

-He visto a tu prometida abandonar el balcón. Nunca hubiera pensado que te las arreglarías tan bien. Es magnífica. ¡Y sus pechos!-añadió besándose la punta de los dedos-Me imaginé que si algún día te decidías a ponerte la soga al cuello, te casarías con un témpano de hielo; pero has encontrado a la mejor de la temporada.

Simón bajó la voz:

-Es de las que animan un dormitorio, si sabes lo que quiero decir.

Peter “sabía”. Incluso lo veía tan bien que permaneció media hora en el balcón fumándose unos de los cigarros de Simon, algo que nunca hubiera hecho en condiciones normales, porque luego era muy difícil deshacerse del olor a tabaco.

El problema era que Simon no escatimaba elogios con el principal atractivo de Gabby: su pecho. Peter se abstuvo de contestar secamente que si hubiera deseado atarse a una vaca lechera habría ido a buscar una al campo. Pero eso hubiera sido pura maldad y Gabby no era responsable del tamaño de sus pechos.

Durante ese tiempo la joven estaba en el salón reservado a las damas y le estaban arreglando el peinado cuando Sophie Foakes, la duquesa de Gisle, entró en el.

-¡Señorita Jerningham!-exclamó encantada.

-Perdone que no me levante, Vuestra Gracia-respondió Gabby con una sonrisa.

Una doncella tenía en la boca unas veinte agujas para ponérselas en el pelo, y si se movía tendría que empezar desde cero.

-Nada de formalidades entre nosotras-declaró Sophie sentándose a su lado-Entonces ¿le gusta Londres?

-¿Tendría la amabilidad de llamarme Gabby?

-Estaré encantada con la condición de que llames Sophie. Aunque eso va a escandalizar a muchas personas.

-¿Por qué iba a ser eso un escándalo?-se extrañó Gabby temiendo disgustar a Peter.

-Estaba exagerando, pero las damas de la generación de mi madre, que se conocen desde la cuna, todavía se llaman lady Tal o lady Cual. Dime ¿por qué has ido a Hyde Park ni a la recepción que di? Te envié una invitación.

Gabby miró a su alrededor pero estaban solas.

-Tuve que esperara a que el señor Careme enviara mi nuevo vestuario. Peter insistió en que me quedara en casa hasta que tuviera ropa adecuada.

Sophie frunció el ceño.

-Eso no parece propio del amable Peter.

Lo pensó un momento antes de continuar:

-Evidentemente tu aspecto debe ser muy importante para el. La verdad es que estas magnífica. A mi también me viste Careme. Mañana mismo tengo intenciones de exigir que ponga una pequeña cola en el vestido que le he encargado. Estoy segura de que has iniciado una nueva moda.

-Puede ser-admitió Gabby que prosiguió riendo: más bien es posible que provoque un escándalo, no estoy segura de que el corpiño se quede en su sitio hasta el final de la noche.

-No te preocupes. Tenemos las dos el mismo tipo y nunca he tenido problemas. Las manos del señor Careme son mágicas. ¡Dios, que cansada estoy! Este punto de las veladas siempre me resulta insoportable.

-¿Entonces porque no vuelves a casa?

-Oh, luego mejora. Pronto nos llamaran para la cena. Después de haber comido la gente vuelve a animarse, y los caballeros que has estado jugando a las cartas están un poco achispados lo cual proporciona una nueva fuente de interés-concluyó Sophie guiñando un ojo.

-¿Cómo pueden ser interesantes los hombres borrachos?

-Sacan valor de la bebida.

Gabby abrió mucho los ojos y Sophie explicó:

-Se dedican a las mujeres que no son las suyas o empiezan discusiones que no siempre acaban bien.

-Eso me parece mucho más interesante, en efecto.

-Las mujeres también abandonan la prudencia y se van a pasear sin dama de compañía por los jardines. Y esto espabila a mi madre y a las otras matronas. Antiguamente me parecía que la fiesta había sido un fracaso si no le daba a mi madre una buena razón por lo menos para ordenarme volver a casa.

Gabby sonrió con incertidumbre y luego preguntó en un susurro:

-¿Alguna vez te han besado en un balcón? Quiero decir antes de que te casaras.

Sophie sonrió.

-Por supuesto, y varias veces.

-¿Y eso provocó algún escándalo?

-¡Oh, si! Hasta que me casé con Patrick era la mujer mas atrevida de toda la alta sociedad. Mi madre acostumbraba a darme instrucciones al salir de casa y a regañarme cuando volvíamos. Me quedan algunos buenos recuerdos.

-Pero Peter dice…

Gabby se interrumpió. Le costaba confesar que sospechaba que su prometido no deseaba besarla ni en un balcón, ni en un carruaje, ni en ningún sitio.

-¿Quién ha intentado besarte, ese horrible Barlow? Te vi bailando con el.

-Si. Me preguntó si tenía ganas de tomar el aire y después…

-¡El muy imbécil! ¿Cómo reaccionaste?

-Me escurrí entre sus dedos.

-¡Bravo! Peter debe sentirse contento, seguro que estaba celoso. A Patrick le encanta que yo me comporte de forma escandalosa y seguro que Peter es igual. Sin embargo, tú no podías saber que Barlow era tan pesado.

Se levantó.

-Tenemos que volver al salón de baile, de lo contrario mi marido me va a buscar por todas partes. Todavía está ridículamente enamorado.

Al ver que Gabby levantaba las cejas, añadió:

-Llevamos poco tiempo casados, pero no tardaremos en estar hartos el uno del otro.

-Lo dudo. Su marido tiene mucha suerte, Vuestra Gracia.

-Sophie-rectificó la duquesa tomándole la mano-Patrick se enfurecería si yo abandonase el salón del brazo de Barlow. Es un hombre muy grosero. Te voy a buscar un caballero que no disguste a Peter.

Las dos mujeres fueron recibidas al pie de las escaleras por Peter y Lucien Blanc quien estaba acompañado de la tutora de Phoebe, la señora Ewing.

-¡Que alegría verla!-exclamó calurosamente Gabby.

-Ha estado a punto de perderse la cena, duquesa-dijo una voz grave detrás de ellos.

Gabby se dio la vuelta y como Sophie le daba un golpe en el brazo a una hombre con el abanico. Pensó que debía tratarse del duque y su suposición se vió confirmada cuando este tomó a su esposa y le dio un beso en la frente.

Cinco minutos después los tres hombres instalaron a sus mujeres ante una mesa y luego se dirigieron hacia el buffet.

-¡Maravilloso!-declaró Sophie-Necesitaran al menos media hora para encontrar al menos un ala de pollo, lo cual nos perminitá conocernos mejor.

Debo decirle, señora Ewing que, aunque he deseado tener el vestido de Gabby durante toda la noche, el suyo me encanta. Es muy descorazonador ser tan envidiosa.

Emily sonrió con un poco de escepticismo.

-Se lo agradezco, Vuestra Gracia.

Lucien acababa de reaparecer y toco el hombro de Emily. Esta se volvió hacia el y su rostro mas bien serio, se iluminó con una sonrisa.

-¿Señor Blanc?

-Me…me estaba preguntando que le apetecería mas: pollo o pescado.

-Mejor pollo, por favor.

Lucien se dio cuenta de que Gabby y Sophie le estaban observando con interés y desapareció de nuevo entre la gente.

-¡Señor!-dijo la duquesa con una ligera risa en la voz-Conozco a Lucien desde hace años y nunca le he visto tan confuso como esta noche.

Emily se ruborizó ligeramente.

-El señor Blanc me invitó a acompañarle al baile solo por hacerme un favor. Es muy amable.

Sophie le guiñó un ojo a Gabby.

-¿Tu que opinas? ¿Puede la simple amabilidad explicar que el hombre más galante de Londres empiece a balbucear cuando está en presencia de la señora Ewing?

-No conozco demasiado al señor Blanc-replicó Gabby traviesa-Pero hasta hoy siempre me ha parecido muy dueño de si. Me pregunto que es lo que podría desequilibrarle aparte de su sonrisa, señora Ewing.

-El señor Blanc es simplemente un amigo-se defendió Emily-Ha sido solo amabilidad por su parte el acompañarme.

Gabby se apiadó de su malestar.

-¿Cómo estaba Phoebe hoy? La sobrina de la señora Ewing y yo vinimos en el mismo barco-le explicó a Sophie.

-Phoebe es adorable-contestó Emily aliviada por el cambio de tema-Le ha dado por la cocina.

Se interrumpió, al recordar que una niña bien educada no pintaba nada en la cocina.

Pero a Sophie le interesó el asunto.

-¿Cuántos años tiene? Cuando yo era pequeña me encantaba la cocina, estaba segura de que a la cocinera le saldrían mal las mermeladas si yo no las probaba antes.

Gabby estalló en carcajadas.

-Entiendo perfectamente lo que quieres decir; nuestro cocinero siempre me dejaba creer que yo era la especialista de las tartaletas de frambuesa.

Emily estaba asombrada. A ella siempre le habían prohibido traspasar la puerta de las cocinas. Louise y ella, en esa época, nunca abandonaban la zona de los niños.

-Me dije que era quizá fuera mejor que Phoebe abandonara esa afición-confesó-Cocinar no es una ocupación aceptable para una niña de buena familia.

-Supongo que la cosa es distinta cuando una tiene hijas-continuó Sophie-pero yo me he prometido muchas veces a mi misma que no fastidiaría a mis hijas con las actividades que se consideran adecuadas pero que en realidad no sirven para nada.

-Yo tuve un montón de institutrices-añadió Gabby-y algunas de ellas tenían ideas muy extrañas sobre lo que debía o no hacer una mujer con su tiempo.

Lady Sylvia se acercó, tan poco discreta como de costumbre.

-¿Los caballeros las han abandonado? Pensé que era mejor que me sentara entre las mujeres mayores. Después de todo estas acompañada por dos mujeres casadas, Gabrielle. ¡Despiértate pequeña! ¡No querrás que los demás piensen que estas durmiendo una siesta!

-Por supuesto que no, lady Sylvia-murmuró Gabby.

Mientras Sylvia se alejaba, Sophie miró con complicidad a Gabby.

-¡Quien fue a hablar! Acaba de dormir un buen rato ¿no es así?

Los hombres volvieron con los platos llenos y cinco minutos después, Gabby tuvo el placer de ver que llegaba Quill. Era evidente que era un gran amigo del marido de Sophie.

El comedor estaba lleno de invitados elegantes que charlaban sin dar la menor señal de cansancio. Peter se embarcó en un discurso sobre el baile en general y la polonesa en particular. A Gabby le costaba mantener los ojos abiertos aunque no hacia más que repetirse las consignas de su prometido.

Quill le hizo una señal a un camarero y poco después pusieron delante de ella una taza de té humeante.

-¡Oh gracias!

Peter puso una expresión de desaprobación. El té no era la bebida apropiada a esa hora de la noche, pero la duquesa estaba pidiendo alegremente lo mismo, de modo que Gabby se lo bebió tranquilamente.

Justo detrás de Sophie se estaba desarrollando una de las escenas interesantes de las cuales le había hablado a Gabby; esta se preguntó porque la dama de la doble papada, las plumas de cuyo peinado se balanceaban sobre sus cabellos, parecía tan furiosa. Debía estar emparentada con el señor de la chaqueta azul que estaba sentado a su lado. Este último echaba miradas lascivas a una joven sentada frente a el, cuyo escote era tan profundo como el de Gabby. Pero la dama de la doble papada debía querer que su hermano se casara con alguien mas adecuado. Por ejemplo la seria joven del vestido verdoso sentada a su lado.

-¿En que piensas Gabby?-preguntó Sophie inclinándose hacia ella-Parece que te estas divirtiendo mas que nosotros.

-Me estaba inventando una historia. Como no conozca a casi nadie en Londres, me invento anécdotas sobre perfectos desconocidos.

Sophie se rió.

-¡Maravilloso! Por favor cuéntanos esa historia y la compararemos con la realidad. ¡Que juego mas divertido!

Gabby dudó, pero Peter y Lucien estaban sonriendo, de modo que se lanzó a contar lo que acababa de inventarse sobre los ocupantes de la mesa de al lado.

La fresca risa de Sophie resonó en el comedor y la mayoría de los invitados se volvieron a mirarles. La duquesa de Gisle parecía estar muy a gusto en compañía de la futura esposa de Peter Dewland…Por desgracia, el caballero de la chaqueta azul también prestó atención.

Sophie estaba de espaldas a esa mesa, de modo que continuó diciendo alegremente:

-No estás muy lejos de la verdad, Gabby. Pero el caballero y la dama están casados. De modo que la tensión…

El duque le tapó la mano con la boca.

-Todo el mudo te está mirando querida-murmuró en su oído.

Sophie sonrió.

-Ya ves, Gabby, los hombres siempre están ahí para impedir que hagamos tonterías.

Gabby estalló en carcajadas.

Pero el señor Careme se había olvidado de añadir la risa en la misma lista que los movimientos de hombros. Puede que creyera que había pocas posibilidades de reír a carcajadas en una fiesta de la alta sociedad.

Los asistentes, fascinados, vieron como el corpiño de Gabby perdía la poca utilidad que tenía y se deslizaba por el pecho que se suponía que debía tapar. Gabby emitió un grito horrorizada mientras tiraba en vano de la seda.

Peter cerró los ojos. Emily se quedó paralizada y Sophie se inclinó de manera instintiva para protegerla de la vista de los demás. Patrick y Quill, como un solo hombre, se quitaron la chaqueta. Quill llegó hasta Gabby el primero y ella experimento un enorme consuelo al sentir el tejido cubriendo el vestido.

Interceptó la horrorizada mirada de Peter y se le llenaron los ojos de lágrimas.

-La señorita Jerningham esta agotada-declaró Quill bruscamente.

Si avisar de sus intenciones, la levantó de las illa y salió de allí con Gabby en brazos.

Entonces fue el turno de Patrick, el marido de Sophie, de estallar en carcajadas.

-Parece que la pierna de Quill esta mejorando. No había visto anda tan romántico desde hace años.

-¡No tiene nada de romántico!-protestó secamente Peter.

Debería darle las gracias a su hermano; lo único que se podía hacer era llevarse rápidamente a Gabby y dejar que los rumores se apagaran por si solos; lo cual iba a ser muy difícil.

En realidad iba a ser una noche que pocos olvidarían.

Unos instantes después, Sophie Foakes, duquesa de Gisle, se levantó. Pero su pie debió engancharse en el dobladillo del vestido o quizá lo que sucedió es que colocó mal la mano encima de la mesa.

El caso es que los invitados de lady Fester tuvieron el placer de ver caer el corpiño de otra dama…apenas cinco minutos después de la primera.

El marido de Sophie, que ya tenía la chaqueta quitada, pudo ponérsela encima de los hombros enseguida. Sin embargo los pocos que pudieron oír la reprimenda divertida del duque: “Por el amor de Dios, Sophie, hay límites a la solidaridad femenina”, no entendieron a que se refería.

Al día siguiente, en los salones, todos estuvieron de acuerdo: la moda francesa había sido adoptada demasiado deprisa por las jóvenes de la alta sociedad. El señor Careme se llevó su parte en los reproches.

Y en los clubes se declaró unánimemente que Peter Dewland era uno de los hombres con más suerte de Londres.

Capitulo 10

Quill miraba fijamente la chimenea con un gusto amargo en la boca. Había traspasado los límites y perdido el derecho a llamarse caballero. No solo había levantado en brazos a la prometida de su hermano y se la había llevado ante los ojos de medio Londres, sino que además…

Suspiró al tiempo que estiraba su pierna enferma. Milagrosamente no le había dolido especialmente cuando llevó a Gabby hasta el coche. La había depositado sobre el asiento con intenciones de llevarla a casa. Y ella había empezado a llorar.

Al principió el no entendió nada de lo que ella decía. Luego las palabras habían salido a borbotones confirmando lo que por desgracia pensaba él también.

-¡Nunca me querrá!-gemía ella sacudida por los sollozos-Peter me mira con el mismo disgusto que mi padre…que mi padre…

Quill se había sentido impotente ante tanta desesperación. Había apoyado la cabeza de Gabby en su hombro dándole palmaditas en la espalda.

Luego ella se había enderezado para mirarle directamente a los ojos.

-Nunca me amará del mismo modo que yo a él ¿verdad?

A Quill se le encogió el estómago.

-Eso depende de cómo le ame usted-le había respondido con un poco de pedantería bastante inadecuada en esa situación.

-Le amo-dijo Gabby cuyas lágrimas se hicieron mas abundantes-Su retrato me gustó enseguida y nunca pude imaginar que me miraría con tanto reproche. Y no me besó cuando yo lo deseaba tanto. Creí que sería…que sería…

Se dejó caer de nuevo contra el pecho de Quill.

-Estoy seguro de que el también lo deseaba-mintió.

-¡No! Salimos al balcón y cuando le besé me apartó. ¡Con mucha violencia!

-Peter está muy apegado a las normas. Nunca se le ocurriría besar a una mujer durante un baile.

-¿Por qué? Ese horrible individuo, el señor Barlow, si que lo intentó.

-Para Peter las apariencias son muy importantes.

Lamentaba muchísimo que no hubiera nadie con ellos en el carruaje. ¿Dónde se había metido lady Sylvia?

-No lo creo-murmuró Gabby intentando calmarse a pesar de los pequeños hipos que se le escapaban.

Quill le secó la cara con el pañuelo.

-De todos modos no creo que Peter tenga muchas ganas de besarme-dijo ella con una desesperación que le fue directamente al corazón-Me voy a casar con un hombre al que no le gusta besarme.

-Se está imaginando cosas. No porque Peter sea tan afecto a la etiqueta…

-Le aseguro que no el gustó el beso. ¿Cree que puede estar enamorado de otra persona?

Parecía haberse recobrado.

-Lo dudo-contestó Quill-Peter ha sido el acompañante de varias damas pero nunca ha parecido encapricharse de ninguna de ellas. Algunas veces salía con su amiga la duquesa de Gisle cuando todavía era Sophie York.

-A lo mejor estaba enamorado de ella-dijo Gabby con tristeza-Y ahora se ve obligado a casarse conmigo.

-Nunca me pareció qie estuviera enamorado de Sophie.

-Le guste o no otra mujer, el caso es que no le apetece besarme. ¡Dios mío! Me moriré sin que me haya besado el amor de mi vida.

Quill emitió una breve carcajada.

-¿No le parece que está siendo un poco melodramática, Gabby?

-¡Tengo derecho a serlo si quiero! Acabo de ser rechazada por mi futuro esposo. Algunas mujeres se tiran desde un puente por menos de eso.

-¿De que está hablando?

-Una vez vinieron al pueblo unos actores itinerantes. La heroína de la obra se tiraba desde un puente, o puede que fuera desde un balcón, porque su prometido estaba enamorado de otra. Era muy triste.

-¡Que majadería!

-¡Era muy triste!-repitió Gabby ofendida-Lloré tanto que al final a mi padre sintió vergüenza y se negó a llevarme a ver la obra de nuevo al día siguiente.

-Yo hubiera hecho lo mismo. Evidentemente no le había gustado.

-¡Si me gustó!-exclamó Gabby-¡Era maravillosa! La obra hablaba de las penas de amores con mucha delicadeza. Todos saben que el corazón de las mujeres es más delicado que el de los hombres. ¿Y Ofelia?-insistió-Ella se volvió loca de amor ¿no? ¿Se acuerda de cuando Hamlet le aconseja que entre en un convento? Así es exactamente como Peter me ha mirado esta noche.

Era evidente que Gabby se identificaba con la heroína de Shakespeare. Quill sonrió.

-Veamos. Como Peter se ha negado, cosa normal, a besarla delante de toda la alta sociedad de Londres ¿usted está pensando en darse una baño en el río? Si quiere le puedo ordenar al cochero que nos lleve en esa dirección. El viento es un poco frío esta noche, pero creo que eso no la detendrá dado el estado de desesperacióne n el que se encuentra….

-¿Le parece que estñoy haciendo un drama?-dijo Gabby ahogando una carcajada-Ese es uno de mis defectos-confesó con candidez.

-Esa es una molesta costumbre.

Ella le volvió a mirar con expresión de súplica.

-¿Cree sinceramente que Peter quería besarme, Quill? Quiero decir, como usted.

El se apartó un poco.

-¿Cómo diablos puede usted saber lo que yo deseo?

Ella encogió los hombros.

-Usted no habla demasiado, pero me mira.

-Todos los hombres de menos de noventa años la miraban esta noche-gruñó el-Su vestido está hecho para eso.

-Cuando usted me mira, me siento…rara.

-No parece una sensación muy agradable-comentó Quill con el corazón en un puño.

-No lo es. Tengo la sensación de que las hormigas se pasean por mi piel.

-Realmente desagradable-masculló el-Perdóneme, me esforzaré en no volver molestarla.

Ella arrugó su pequeña nariz.

-No me he expresado bien. Sus miradas son como sus besos-susurró ella un poco avergonzada por estar hablando de esas cosas-Me hacen estremecer…aquí-precisó poniéndose la mano en el vientre.

Se hizo un breve silencio, luego sintió que alguien le tocaba la oreja y se giró. Quill acababa de darle un rápido beso.

-Ya está. ¿Se ha estremecido?

-¡No!-dijo ella indignada-¡Deje de reírse de mi, Quill! No debería haberle dicho nada.

-Es cierto.

-Peter no me mira de ese modo.

-Estoy seguro de que desea besarla, Gabby. Solo esta preocupado por su reputación.

Esperaba no equivocarse, y al mismo tiempo deseaba hacerlo.

Y luego…Gabby le miró con sus enormes y maravillosos ojos que decían: “Bésame”

Sonrió.

-¿Siempre vas a ser tu la primera en pedir que te besen?-dijo en tono de conversación inclinándose hacia ella.

Se apoderó de su boca y metió las manos entre su pelo. Deseaba con locura quitarle la chaqueta que le había cedido antes. Pero se contuvo.

¿En que estado estaría ahora el corpiño de Gabby? Si había caído hasta la cintura le bastaría con quitarle la chaqueta para dejar al descubierto su sedosa piel. Se estremeció y el beso se intensificó de manera peligrosa.

A ella se le escapó un pequeño gemido y le pasó los brazos alrededor del cuello. La chaqueta se deslizó desde sus suaves hombros hasta el asiento…

Una hora después, mientras miraba las brasas ardientes sin verlas, Quill solo podía pensar en la locura que se había apoderado de él. Podía encontrar una excusa diciendo que había tenido un brusco acceso de demencia. Podía imaginar la expresión horrorizada de Peter si llegaba a enterarse. Pero de todas formas ya era demasiado tarde para comprar un pasaje en dirección a Persia o al Polo Norte.

Uno no podía flirtear con su futura cuñada y esperar salir impune. Quill solo deseaba hablar con su hermano sin entrar en detalles. El recuerdo de esos momentos de locura atizaba su deseo.

La puerta de la biblioteca se abrió suavemente.

-Codswallop dijo que querías verme.

Peter estaba ahí.

Antes de que Quill pudiera abrir la boca, declaró:

-Se acabó.

El tono era agresivo y sus ojos marrones brillaban de ira.

Quill experimentó una punzada de culpabilidad por haber traicionado a su hermano. A su único hermano.

-Confieso…

-¡No puedo!-cortó Peter con una violencia nada propia de él-¡No lo haré!

Quill frunció el ceño.

-¿Qué es lo que no harás?

-No me casaré con esa…No me casaré con Gabrielle Jerningham. Creí que podría hacerlo pero es…

Se interrumpió. Quill no podía creer lo que estaba oyendo.

Peter continuó con mordacidad:

-Es patosa, es gorda, es…

-¡Gabby no es gorda ni patosa!

-Es…es…

Peter empezó a pasear con nerviosismo de un lado a otro.

-Es un espantapájaros, Quill, un verdadero espantapájaros. Carece de intuición y de la más mínima delicadeza. No puedo soportar la idea de estar unido a ella por el resto de mi vida. Sin duda tu no has pasado demasiado tiempo con ella, pero yo la he acompañado durante toda la noche y ¡Dios que charlatana es! ¡Una verdadera cotorra! Nunca había oído a nadie hablar tanto. Te lo juro, mis amigos Tiddlebend y Folger se han quedado pasmados. Folger incluso hizo una broma después de que ella se fuera. Me dijo que su comportamiento era completamente *natural*.

-¿Y que tiene eso de malo?

-Lo que evidentemente quería hacerme ver es que era una verdadera fábrica de palabras. ¡Gracias a Dios no estaba presente cuando se le resbaló el corpiño!

Fue a darle una patada a un tronco de la chimenea y dio un salto atrás con un juramento.

-No quiero casarme con esa mujer. No me casaré con ella y padre no puede obligarme a hacerlo.

Quill suspiró.

-Eso es cierto, teniendo en cuenta el estado de su salud.

Peter pareció aliviado.

-Lo había olvidado.

Sin embargo volvió a darle otra patada al tronco sin preocuparse de si se ensuciaba la bota.

-Estoy pensando desde que la trajiste a casa-dijo por fin-Sé que no es correcto romper el compromiso, pero estoy convencido de que nadie me lo reprochara teniendo en cuenta las circunstancias. No puedo decir que no me caiga bien, es más bien agradable. En condiciones normales incluso podría gustarme y sería un placer iniciarla en la moda…

Quill espero la continuación. De pronto Peter parecía un niño pequeño.

-…pero no soporto la idea de casarme con ella. Vivir con esa mujer hasta el fin de mis días es superior a mis fuerzas. ¡No me casaré con ella!-repitió subiendo el tono de voz-Y padre…

Se interrumpió, sin duda al recordar el estado de salud del vizconde.

-¿Cuándo terminarás de crecer Peter?-preguntó Quill con una punta de desprecio-Parecería que te están enviado a las minas de sal.

-A ti todo esto puede parecerte divertido pero para mi es el infierno. De todos modos yo no quería casarme, de modo que con esa gorda…

-¿Por qué no quieres casarte, Peter?-preguntó Quill-Algún día tendrás que hacerlo.

Peter se apoyó en la chimenea apoyando la cabeza en sus brazos cruzados. Parecía estar examinando sus botas cubiertas de cenizas.

-Creí que podría darle el gusto a padre basándome con una rica heredera, pero me he dado cuenta de que el dinero me da igual. Preferiría morirme de hambre. O meterme en el comercio como tú.

Quill hizo una mueca al imaginar a su hermano en el mundo de los negocios.

-¡Oh, ya basta!-gritó Peter-Soy tan capaz como tú de juzgar la calidad de una mercancía. He dedicado mi interés a otras cosas pero tengo éxito en todo lo que me propongo.

-Padre se disgustaría si tu te convirtieras en un comerciante, a mi solo me lo permitió porque estoy enfermo. Y si me pregunta mi opinión sobre las propiedades es solo para que no me sienta como una carga.

-Te habla hasta de los menores detalles relacionados con la propiedad, conmigo no lo hace nunca.

-A padre le importa tu opinión-protestó Quill sin convicción.

¡Dios que noche!

-Deja de darle patadas a ese tronco, Peter. A Rinsible le dará un ataque cuando vea el estado de tus botas.

-¡Que se vaya a freír espárragos!-gruñó Peter aunque se trataba de su querido ayuda de cámara.

Quill todavía tenía una pregunta que hacerle.

-No lo entiendo Peter. ¿Porque no quieres casarte…con otra mujer, si no puede ser con Gabby?

Por un instante creyó que su hermano no le había oído. Sin embargo Peter acabó por volver hacia el su pálida cara rodeada de desordenados rizos.

Pero no contestó.

-Me voy a ir a América-dijo.

-Yo me casaré con ella-declaró tranquilamente Quill.

Peter estaba demasiado concentrado en su propia desdicha para escucharle.

-Creí que, quizá…Pero no puedo, Quill. Preferiría suicidarme. Nunca viviré con una mujer.

-Yo me casaré con Gabby-repitió Quill.

Peter dejó de examinarse las botas que estaban definitivamente manchadas, y se giró de un salto, estando a punto de perder el equilibrio.

-¿Tú? ¡Eso es imposible!

-Al contrario, es perfectamente posible.

-Padre dijo…Tu dijiste que no podías casarte-balbuceó Peter-Que serías incapaz de cumplir con tus deberes conyugales.

Quill notó de repente que su corazón se llenaba de alegría. Tenía ganas de reirse a carcajadas, mientras Peter permanecía aturdido.

-Puedo consumar el matrimonio-explicó-y lo haré con mucho placer.

-¿De verdad?

-Me gusta Gabby.

Quill no podía evitar sofreír.

-La quiero mucho. Evidentemente-hizo notar-si tiene un hijo tu nunca podrás ser vizconde.

Peter se quedó de piedra.

-Es la cosa más desagradable que me has dicho nunca.

Quill volvió a ponerse serio.

-Lo siento Peter; ya sabes que a mi no me obsesionan los títulos.

Peter no se suavizó.

-Me dijiste que me casara con Gabby para que seguir comprándome ropa. En ese momento estaba borracho, pero lo recordé al día siguiente. Padre y tú pensáis que solo soy un frívolo.

-Si eso fuera cierto estaríamos olvidando tu primer puesto en letras clásicas en Cambridge, y no es así. Escucha, simplemente intentaba que entraras en los planes de padre para no verme obligado a casarme yo. Perdóname.

-¿Por qué nos dijiste que no eras apto para el matrimonio?-preguntó Peter-Sabes muy bien lo que dedujo padre. ¿Estabas mintiendo?

-No exactamente. Mis experiencias sexuales en estos últimos años fueron muy agradables, pero seguidas de tres días de terribles jaquecas.

-¡Ah!

El rostro de Peter expresaba la más profunda compasión.

-¿Tus dolores de cabeza se debían a eso? ¿Los médicos no pueden hacer nada por ti?

Quill se encogió de hombros.

-Dicen que son las secuelas de la herida de la cabeza. Podrían desaparecer sin más, pero no lo creen probable.

-¡Eso es un infierno! Pero si te casas con Gabby…Para empezar ¿cómo podrías casarte con ella? A lo mejor me equivoco pero me parece que siente debilidad por mí.

-Efectivamente, cree que está enamorada de ti-replicó alegremente Quill.

-Entonces ¿cómo esperas hacer que cambie de opinión? No podemos decirle que yo me niego a casarme con ella.

-Es una romántica. Le encanta inventarse historias. La mitad del tiempo se inventa sueños poco realizables.

-No tenéis mucho en común-objetó Peter.

-Afirmaré que me enamoré de ella a primera vista. En cuanto la vi en el puerto. Y que mi amor es demasiado fuerte como para poder olvidarla.

-¿Te creerá?-preguntó Peter visiblemente escéptico.

Quill estaba convencido, después del episodio del carruaje, de que Gabby había entendido muy bien la atracción que sentía por ella.

-Es una romántica-repitió.

-No me siento demasiado cómodo ante la idea de traspasártela así.

-Es porque no la quieres, yo en cambio, estoy completamente dispuesto a casarme con ella. Está muy claro que una unión entre vosotros sería un error garrafal.

-¿Que les vamos a decir a padre y a madre?

-Lo mismo que a Gabby. Que me he enamorado locamente de ella y que no puedo…

-Nadie se creerá esa tontería-cortó Peter-Quizá Gabby, porque no te conoce demasiado, pero los demás seguro que no.

-No veo porque no.

Peter poso una mueca infantil.

-Déjalo Quill. Nadie podría imaginarte loco de amor. Me estas enfadando. Los hombres enamorados son completamente irracionales. ¿Recuerdas el comportamiento de Patrick Foakes cuando se enamoró de lady Sophie? Era la mismísima imagen del idiota enamorado.

-A mi me parecía que estaba en posesión de todas sus facultades.

Peter resopló con disgusto.

-¿Recuerdas por lo menos cuando le robó la novia a su mejor amigo? Dicen que quería casarse una semana después de que lady Sophie rompiera

el compromiso. Evidentemente los padres de ella se negaron. Pero créeme, durante los quince días anteriores a la ceremonia, si te cruzabas en su camino, podías estar seguro de encontrar a Foakes intentando robarle un beso a su futura esposa. Se comportaba como un perturbado incapaz de dominarse. Y era sorprendente para todo el mundo.

A Quill le gustaba bastante la idea de robarle besos a Gabby.

-Soy perfectamente capaz de besar a Gabby en público, si eso es lo que se necesita para demostrar que estoy enamorado.

Peter se estremeció con asco.

-Yo no podría hacerlo nunca. Justamente esta noche ella…

Quill le interrumpió.

-Me lo contó. Quiso besarte y tú te negaste.

-¡Por el amor de Dios!-se defendió Peter con ímpetu-La puerta del balcón estaba abierta y ella se me tiró al cuello. Tiddlebend nos estaba mirando. ¡Creí que me iba a morir de vergüenza!

Volvió a patear los troncos.

-¿Estás seguro de tu decisión Quill? Porque tendrás que llegar al final de la representación ¿sabes? Tendrás que fingir que estás locamente enamorado durante al menos tres meses porque la reputación de Gabby se vería destruida si te casaras demasiado pronto con ella.

Quill se dirigió hacia la puerta.

-Estoy completamente seguro. Informaré a la señorita Jerningham de mi completa adoración en el desayuno.

Su hermano vaciló.

-¿En el desayuno? ¡Nada de eso! Decididamente no tienes ningún sentido del romanticismo. Enseguida sospechara que no es cierto.

Quill se dio la vuelta.

-¿Por qué?

-Nadie; ni siquiera Patrick Foakes; se atrevería a confesar sus sentimientos en el desayuno. Tienes que esperar hasta la noche, después de cenar. Beberemos champán, mucho champán. Espera a que ella tenga la mente un poco nublada, de ese modo no podrá analizar fríamente tus palabras.

-Preferiría que estuviera sobria cuando le pidiera que se casara conmigo-replicó Quill.

-¡No! Si no está un poco alegre, nunca se creerá que estas enamorado de ella-insistió Peter convencido-Pero si está un poco achispada quizá no se de cuenta.

-Hum…

Quill abrió la puerta.

-¡Quill!-le llamó Peter-¿Estás de acuerdo?

-Lo pensaré-respondió Quill muy serio.

No pensaba emborrachar a Gabby antes de pedir su mano. La joven era una romántica empedernida. Se le había metido en la cabeza que estaba

enamorada de Peter de modo que con la misma facilidad se la podía convencer que estaba enamorada de el. Fuera lo que fuera, ya era lo bastante bajo mentirle fingiendo estar loco por ella, de modo que no había necesidad encima de hacer que se cayera al suelo por culpa de la bebida.

La noche había sido muy larga y cuando subió las escaleras, cojeaba.

Sin embargo, cuando pasó pro delante de la habitación azul, le costó controlar el deseo de empujar la puerta. La habitación de Gabby, de la cual sería el dueño y señor dentro de pocos meses.

Sacudió la cabeza. Esperaría.

A las seis de la mañana ya no estaba completamente seguro de poder esperar más tiempo.

Recordaba sin cesar el momento en que su chaqueta se había caído de los hombros de Gabby, cuando sus manos acariciaron esa maravillosa piel mientras tocaban un lento vals hacia sus pechos. Solamente entonces había abandonado los labios de ella y bajado la mirada hacia el tesoro que sostenía entre sus brazos.

El deseo se había apoderado de el, le impedía dormir, le convencía de que no podría (al igual que Patrick) esperar tres meses para casarse. Ni siquiera podría esperar una semana de tantas ganas como tenía de tocar esa satinad piel, acariciarla y probarla.

Quill acabó por levantarse, renunciando a encontrar el sueño. Aprovecharía para hacer algunas averiguaciones. Gabby era romántica, le gustaba el teatro. Utilizaría algunas frases sacadas de obras clásicas para convencerla de su amor. Se daba cuenta de que ella nunca se tragaría su historia. ¡Maldición! Nunca había estado enamorado. Peter tenía razón. Esto no era lo suyo, no tenía la menor idea de cómo se comportaba un hombre perdidamente enamorado.

Tiró del cordón y le ordenó al somnoliento lacayo que le preparara un baño, luego se dirigió a la biblioteca donde, gracias a Dios, encontró un montón de poemas de amor. Ya se había dado cuenta, en el transcurso de sus negocios, que una investigación preliminar le hacían estar en una posición ventajosa respecto de sus adversarios.

Y esta búsqueda en particular fue especialmente satisfactoria. Una hora más tarde estaba sentado delante del fuego, rodeado de volúmenes con las páginas marcadas. Afortunadamente tenía una memoria prodigiosa. Sin embargo le preocupaba una cosa: no sabía si debía inspirarse en Shakespeare; corriendo el riesgo de que Gabby reconociera los versos; o si debía hacerlo en un autor desconocido.

Ardo, me consumo, desfallezco…

No estaba mal. Evidentemente se trataba de tonterías; aparte quizá del "ardo", ya que el efectivamente ardía de deseo. ¿Cuántas cosas como esa debería decir antes de conseguir lo que deseaba?

En la misma obra encontró: *Con su aliento ella perfumaba el aire. Suave y sagrado fue todo lo que vi en ella.*

Intentó decirlo en voz baja:

-Con tu aliento…No.

Hizo un segundo intento.

-Cuando la vi en el puerto, ella…No, tú…tu aliento perfumaba el aire. Y todo lo que vi era sagrado y suave. Hum…

Por fin encontró los versos apropiados.

Las estrellas brillan en el cielo
Con una belleza comparable a la de tus ojos
En ese celeste rostro.

Quill los repitió varias veces en silencio. No conseguía decirlas en voz alta por si el lacayo entraba. Eran unas frases ridículas ¿Por qué el autor había escrito tales trivialidades?

Los ojos de Gabby no parecían estrellas. Eran de color ámbar, rodeados de una delgada línea negra. No brillaban, no destellaban: hablaban. Mirar a Gabby a los ojos era entrar en su caótico mundo de risas y palabras, emociones y deseos. Porque estaba seguro de haber visto como sus ojos se nublaban por el deseo. Tomaban el color del coñac cuando el la besaba.

Se levantó. Era ya hora de entrar en escena. Repitió en silencio los cumplidos.

Las siete de la mañana.

El momento perfecto para una representación teatral.

Capitulo 11

Cuando Margaret irrumpió en su dormitorio al día siguiente por la mañana anunciándole que el señor Quentin deseaba verla inmediatamente, Gabby respondió con un gruñido. Entre lo que le había sucedido con el vestido y el incidente del carruaje, había dormido muy mal.

Era una provocadora, si, y si el vizconde se hubiera enterado, la habría echado de su casa. A lo mejor Quill la llamaba por esa razón. Miró su imagen en el espejo mientras Margaret la peinaba. ¡Ella se le había tirado encima! ¿Que le había pasado?

Margaret dejó de cepillarle el pelo un momento.

-No haga un drama de eso, señorita-dijo.

Gabby la miró, sorprendida. ¿Cómo podía ella saberlo? ¿Lo había adivinado el cochero? ¿O quizá el lacayo que iba de pie en la trasera de la carroza había visto algo?

-Lo peor que puede pasar-continuaba la doncella-es que se enteren los periódicos de sociedad.

¡Que horror! Quizá fuera mejor volverse a la India.

-Enviaré a alguien a buscar los periódicos. Mi madre siempre dice que es mejor afrontar la realidad. Después de todo seguro que eso les ha sucedido a otras damas antes. Todo el mundo sabe que los corpiños a la francesa tienden a caer. Es posible que los diarios no digan nada en absoluto. El tema es un tanto delicado…

-Mm.…

Si bien Gabby se sentía aliviada de que la doncella estuviera hablando del baile, sin embargo dudaba de que los periodistas no lo mencionaran por tratarse de un tema delicado. El *Morning Post* no tenía ese tipo de escrúpulos. A lo mejor Quill ya había leído una página de sociedad y ese era el motivo de que quisiera hablar con ella.

Bajó las escaleras como si se estuviera dirigiendo al patíbulo. Sin tan siquiera darse cuenta, su mente empezó a inventarse una escena en la cual una marquesa francesa se dirigía hacia la guillotina con la cabeza alta y los ojos secos.

-¡Dios mío!-murmuró.

Tenía que abandonar esa manía de inventarse historias. Eso era lo que había causado su ruina la noche anterior.

Quill debía haberla oído acercarse ya que, antes incluso de verla, dijo:

-Entra Gabby.

Su profunda voz le provocó un hormigueo en todo el cuerpo, y se preguntó porque su futuro cuñado provocaba esa reacción en ella.

Entró en la estancia con un poco de agresividad. No era culpa suya si los corpiños de Careme estaban mal diseñados. Y todos sus vestidos, también. El responsable era Peter ya que había sido el quien eligió a Careme.

Quill estaba delante de la chimenea con las manos en la espalda y una expresión tan impenetrable como un bloque de granito.

No, en realidad no era culpa de Peter, sino de su hermano. Sin saludarle le lanzó la más severa de sus miradas.

Quill abrió la boca, luego se dio cuenta de que Gabby no había cerrado la puerta al entrar. ¡Demonios si iba a recitar todas esas bobadas temiendo que un criado le oyera! Pasó por delante de la joven, cerró la puerta y, después de vacilar un segundo, giró la llave en la cerradura.

Luego se volvió hacia ella.

-Tengo algo que decirte Gabby-empezó.

Por regla general, un comienzo como ese hacia maravillas en sus entrevistas de negocios y los asistentes esperaban la continuación conteniendo el aliento.

Sin embargo, en esta ocasión, el éxito no estaba asegurado.

-Yo también-replicó Gabby sin abandonar su expresión rebelde.

El apretó los dientes. Era mejor soltar cuanto antes la parte más difícil.

-Ardo por casarme contigo…-dijo.

Ella se sobresaltó.

-Ardo, me consumo-volvió a empezar el-Ardo, me consumo y desfallezco-insistió recordando toda la cita.

-¿Tú…desfalleces?

-Exactamente.

Se hizo un silencio durante el cual el recordó la siguiente frase. ¡Después de todo no era tan complicado!

-Cuando te vi en el puerto, tu aliento perfumaba el aire.

Gabby parecía cada vez mas desconcertada.

-Ehh…quiero decir que tu aliento perfumaba el ambiente. Luego descubrí que tus ojos brillaban como estrellas.

Se estaba tomando algunas libertades con el texto original, desde luego, pero le gustaba más su versión.

Gabby todavía no había pronunciado una palabra y el se acercó a ella.

-Todo lo que veo en ti es sagrado y suave.

Le levantó la barbilla y comprobó que su plan estaba fracasando. A Gabby le temblaba todo el cuerpo y no había que ser un genio para comprender que estaba conteniendo una gran carcajada.

-Perdóname-dijo ella con voz ahogada-Yo…yo…

Se dio por vencida y empezó a reír con ganas.

Quill notó como le invadía la ira. ¡Era culpa suya si el se había comportado como un idiota! Dio marcha atrás, fríamente. Nunca antes Quentin Dewland había comparado los ojos de una mujer con las estrellas.

Pero recordó que le había prometido a Peter que se casaría con ella, de modo que no podía romper su palabra.

Además, todo eso solo eran bobadas destinadas a convencer a esa romántica jovencita para que se casara con el. No tenía porque sentirse avergonzado; solo eran mentiras piadosas.

Había visto muchas veces actuar al famoso Temble en Drury Lane, y si Temble podía hacerlo ¿por qué no iba a poder él?

Gabby seguía riendo y el la abrazó.

Ella se amoldó a el como si lo hubiera estado esperando, como si todas sus curvas estuvieran destinadas a acoplarse a las suyas.

Al fin se puso seria pero su voz todavía estaba velada por la risa.

-¿Quill?

-Gabby.

La echó hacia atrás sujetándola con el brazo en un gesto teatral digno de Temble y la besó.

Gabby se revolvió intentando soltarse. No quería esto. Ya tenía suficiente de ese mareo que la licuaba, que la empujaba hacia ese hombre dejándola temblorosa y gimoteante.

Pero el no la soltaba. Le cerró los párpados con un beso antes de volver a apoderarse de sus labios.

A su pesar, Gabby dejó de debatirse, sus brazos se anudaron en la nuca de Quill y su boca se abrió para el.

Y de nuevo tuvo esa sensación de intenso calor en el vientre y los riñones.

Cuando sus lenguas se encontraron, a ella se le aceleró el corazón.

-Ardo-repitió Quill.

No conseguía comportarse como un caballero. Retiró de los hombros de Gabby la muselina de su vestido de mañana. Ella se estremeció pero no protestó; cayeron las mangas, seguidas de la camisola.

La voz de Quill era un murmullo cargado de pasión.

-Ardo, Gabby, me consumo, desfallezco.

Besó su hombro, tan blanco, y luego su cuello.

-Ardo, Gabby…

A ella se le escapó un suspiro cuñado la mano de el se posó en uno de sus pechos.

El levantó la cabeza, vio que por una vez estaba callada y depositó un tierno beso en sus labios antes de coger el ovalo perfecto de su rostro entre las manos, delineando su contorno; cantando con sus dedos el mas hermoso de los poemas. Los ojos de Gabby tenían una tonalidad ámbar que podía rivalizar con la de una estrella.

-¿Las estrellas brillan en el cielo con una belleza comparable a la de tus ojos?-susurró el.

Gabby posó sus manos en las de el.

-No es justo-jadeó ella-Bianca no tiene ni una sola réplica buena en esa obra.

-¡Al diablo la obra! Te deseo, Gabby-dijo contra su boca.

La atrajo mas hacia el.

-¡Señor! No puedo vivir sin ti. Realmente desfallezco, Gabby.

En su voz había un ruego y ella se alzó hasta sus labios.

-Bésame Quill. Vuelve a besarme.

El no se hizo de rogar y ambos se sumergieron en un torbellino de placer. Gabby se tambaleó y Quill también. Ambos eran deseo en estado puro; el solo podía pensar el levantarle el vestido y penetrar en su jardín secreto que estaba seguro que sería tan acogedor como su boca. Le acarició un pezón y ella se arqueó contra el murmurando palabras sin sentido.

Recobró la cordura repentinamente y esperó a que ella abriera los ojos. Estaba tumbada sobre la alfombra persa con el pelo en desorden y una temblorosa sonrisa en los labios.

-*Yo* ardo-susurró ella-*Yo* me consumo, *yo* desfallezco. ¿Querrías besarme de nuevo? ¿Querrías…

No se atrevía a formular la pregunta. Por supuesto, era con Quill con quien ella deseaba casarse, era a el a quien deseaba en su cama.

El lo leyó en el fondo de sus ojos.

-Te besaré tanto como desees. Y si me aceptas, Gabby, nos casaremos.

Ella entrecerró los ojos.

-¿Me amas?

-Me enamoré de ti en cuanto te vi en el muelle-respondió el casi demasiado rápido.

Gabby se sentó.

-Yo no estoy muy segura de mis sentimientos-dijo un poco vacilante-No estoy muy segura de amarte, Quill pero no creo que sea difícil hacerlo.

El esbozó una sonrisa. Gracias a Dios ya no necesitaba todas esas estupideces románticas. Gabby, que pocas horas antes consideraba que Peter era el hombre de su vida, estaba empezando a enamorarse de el.

-Seria maravilloso-replicó besándole la palma de la mano.

Ella empezó a colocarse la ropa. Quill no pudo evitar tocar su espeso y brillante cabello, que parecía el pelaje de un animal salvaje. Nada que ver con los pálidos rizos de las mujeres inglesas.

-¡Caramba!-exclamó ella tirando de la manga con impaciencia-Los vestidos de Careme no son mas que minúsculos trozos de tela apenas cosidos entre sí; voy a tener que contratar a otro si no quiero encontrarme la mayor parte del tiempo medio desnuda.

Parloteaba sin sentido intentando olvidar su nerviosismo.

Quill sonrió.

-A mi me gustan mucho los vestidos de Careme-dijo.

Gabby ya había colocado la manga en su sitio.

-Están muy bien diseñados-continuó el-¿Lo ves? Hace un momento la manga había caído hasta el codo y ahora te tapa sin aplastar tu maravilloso pecho.

Ella interceptó su mirada divertida. ¡Dios ¿Qué había estado haciendo tumbada en la alfombra?

-Espero que esto no vuelva a suceder-gruñó un poco tensa.

El la ayudó a levantarse y luego se inclinó para murmurarle al oído:

-Espera a que estemos casados…

Ella enrojeció.

-¿Qué quieres decir?

Quill tenía una mirada diabólica. Deslizó un dedo por la curva de su cuello. Ella dio un salto hacia atrás, molesta por reaccionar así ante una caricia tan inocente.

-Sería mejor que subiera a mi habitación-dijo pasándose una mano por el pelo-Me pregunto que va a pensar Margaret.

Quill se encogió de hombros.

-¿Qué mas da?

-¡Eso si que es pensar como un hombre! Para mí si que es importante.

-Voy a enviar un mensaje a Bath para informar a mis padres de nuestros planes.

-¿Se enfadaran?

-En absoluto. Después de todo, al principio era conmigo con quien te tenías que casar.

-Entonces ¿Por qué no enviaron a la India tu retrato?

El vaciló; no tenía ningún deseo de hablarle de sus migrañas y lo que las causaba. Si ella supiera la verdad seguramente se echaría atrás, de modo que se contentó con encogerse de hombros.

-¿Quill?-insistió ella-¿Por qué tu padre envió el retrato de Peter en vez del tuyo? ¿Y porque mi padre creía que yo me iba a casar con un futuro vizconde cuando tu eres el mayor?

-El…

Quill tuvo una repentina inspiración.

-Mi padre tiene miedo de que Peter no pueda escoger por si mismo una esposa. Es tímido ¿sabes?

-¿Peter? ¿Tímido?

-¡Oh si!-declaró Quill recobrando la seguridad en si mismo ahora que había tenido una idea-¿Te acuerdas de ayer por la noche cuando intentaste besarle? ¿Cómo quieres que encuentre una esposa cuando se preocupa mas por las normas que por los besos?

Gabby frunció el ceño.

-Eso no tiene mucho que ver. Peter habla bien y es uno de los hombres que dictan la moda, me lo dijo el señor Careme. Ciertamente podría encontrar una esposa si lo deseara, y sin tener que ir en contra de las normas.

Quill se sintió aliviado al oír que llamaban a la puerta.

Era Codswallop cuyos ojos se entrecerraron cuando vio a su señor acompañado de una señorita Jerningham un poco despeinada. Además había oído perfectamente como giraba la llave en la cerradura cuando llamó.

Le entregó a Quill una bandeja de plata.

-La tarjeta de lord Breksby, señor. Dice que es urgente.

-Hazle pasar. Y díganle a lady Sylvia que se reúna con nosotros, por favor.

-¡Dios mío, no!-exclamó Gabby tocándose el pelo-Voy a dejarte para que recibas a tu visita, Quill.

-Viene a verte a ti.

-¿Cómo?

La joven, que estaba intentando colocarse una horquilla, se giró rápidamente a la izquierda, sin darse cuenta de que entonces el pelo le caía a la derecha.

-Déjame a mi.

Quill le quitó cinco o seis horquillas y la cabellera de Gabby cayó por la espalda. Entonces le hizo un rápido moño y se lo sujetó en la coronilla.

-¡Gracias!-exclamó ella un poco desconcertada-¿Dónde aprendiste a hacer eso? No, no me contestes. ¿Por qué quiere verme lord Breksby? ¿Y quien es?

-Lord Breksby es el ministro de Asuntos Exteriores. Se puso en contacto conmigo poco después de tu llegada porque quería informarse sobre Kasi Rao.

-¡Oh no!-susurró ella.

-Quizá debieras contárselo todo, Gabby. El ministerio de Asuntos Exteriores no es la Compañía de las Indias, y creo que Breksby es un hombre honrado. Si considera que Kasi no es apto para gobernar, se asegurara de que esté seguro.

Gabby sacudió la cabeza.

-No creo que se pueda confiar en el, Quill. La experiencia que tuvo mi padre con los representantes del gobierno británico es casi tan poco satisfactoria como sus relaciones con los hombres de la Compañía. Mira lo que sucedió en Bharatpur. Murieron centenares de personas y sin embargo la Compañía no tenía ningún derecho a invadir ese territorio.

-Estoy de acuerdo contigo en gran parte-admitió Quill de mala gana-Pero Breksby no es un mal hombre y tiene mucho poder en Londres. Si decide que Kasi no puede gobernar (y desde luego no pede pensar de otro modo) la Compañía de las Indias dejará al muchacho en paz.

-¡Desde luego que no!-contestó Gabby-Conozco de sobra las maquinaciones de los hombres de la Compañía. Mentirán, robaran y corromperán con tal de obtener el control de un territorio que no les pertenece. Kasi solo será un peón para ellos. Y no creo que sean capaces de

tener la menor consideración. Le pondrán en el trono si piensan que así ganarán más terreno.

Quill observó a su reciente prometida con seriedad. No esperaba encontrar tanta firmeza y lógica en una persona que en principio solo parecía una fábrica de palabras.

-¿Opinas como yo?-se impacientó ella.

Resonaron unos pasos en el pasillo.

-La Compañía debería tener dirigentes femeninos-se sorprendió diciendo.

Lord Breksby declaró estar encantado de conocer a la señorita Jerningham.

-Soy el ministro de Asuntos Exteriores-se presentó.

Gabby se sentó con las manos juntas apoyadas en las rodillas.

-Me encantara ayudar al gobierno ingles, en la medida de mis posibilidades.

-Creemos saber-empezó el ministro-que su padre acogió bajo su techo a un protegido, el hijo de Holkar. Los responsables de la Compañía de las Indias creen que su padre podría haber enviado al chico a Inglaterra; lo cual sería muy posible dadas las numerosas relaciones que tiene aquí.

-Me temo que no sé donde se encuentra Kasi Rao-dijo suavemente Gabby.

Ni siquiera pestañeó al decirlo y Quill pensó que su futura esposa era una consumada mentirosa.

-Bien-continuó Breksby-algunos miembros de la Compañía de las Indias parecen creer que el príncipe…

En ese momento entró lady Sylvia. Emitió un gritito de alegría al ver a lord Breksby, Gabby, contrariada, se dio cuenta de que eran viejos amigos, ya que la esposa de Breksby había crecido en un pueblo cercano a la residencia campestre de lady Sylvia. Cuando comprendió que el ministro iba a describir una a una las catorce habitaciones que tenía la casa que se acababa de comprar en ese mismo pueblo, perdió la paciencia.

-Estimado señor-suplicó-¿podríamos volver a Kasi Rao por favor?

Breksby sonrió alegremente.

-Mis disculpas, señorita Jerningham, estaba tan absorto en mi conversación con esta querida dama que me olvidé de la nuestra. Como le decía, los representantes de la Compañía de las Indias están casi convencidos de que el heredero de Holkar se encuentra en Londres.

Gabby se mordisqueó el labio en silencio.

-No podría decirle ni donde, ni como, han obtenido esa información-prosiguió Breksby-y ni siquiera estoy seguro de que sea fiable, pero quería que usted lo supiera, ya que opino que sería mejor que fuera el gobierno inglés quien encontrara al niño en vez de los hombres de la Compañía.

Quill observaba la escena con interés.

Gabby le dirigió al ministro una triste sonrisa.

-Yo opino lo mismo, señor. Me temo que la gente de la Compañía solo busca a Kasi para conseguir lo que quieren.

-¡Estoy seguro de ello! Están acariciando la idea de poner a un débil mental en el trono de los Holkar, eso les aseguraría vía libre en toda la región.

-¿Usted no podría impedírselo?-preguntó Gabby implorante.

Breksby suspiró.

-La Compañía ha sido uno de los fracasos de mi mandato. Conseguimos llevar las leyes hasta la India en el 84, pero eso no cambió nada para ellos.

Gabby fingió estar desolada.

-Realmente desearía ayudarle, lord Breksby-ronroneó inclinando graciosamente la cabeza-Pero no sé nada.

Quill, desde el otro extremo de la habitación, vio al hombre mayor venirse abajo. No era el único al que la señorita Jerningham había engañado. En cualquier caso a el nunca le había mentido, pero puede que eso solo fuera una cuestión de tiempo.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras Breksby cuando lady Sylvia le lanzó a su sobrino una mirada helada.

-No sé a que estás jugando Quentin, pero no toleraré que le entregues a tu hermano un regalo que ya ha sido usado. Eso no es propio de un caballero.

Gabby se ruborizó.

-Lady Sylvia, yo…Quill…

-Serás la primera en felicitarnos-intervino tranquilamente Quill-La señorita Jerningham acaba de aceptar convertirse en mi esposa.

Lady Sylvia no se ablandó.

-Bien, en ese caso, no quiero que lleves al altar a una mujer deshonrada.

Quill no se dejó impresionar por su expresión enfurecida.

-No temas, Sylvia. A pesar de todo, preferiría que no pusieras en duda el honor de mi prometida.

Sylvia frunció el ceño.

-Gabrielle, te prohibí que te encontraras a solas con un hombre. Cualquier hombre. Sin embargo veo que tu peinado esta extrañamente ladeado y hay horquillas repartidas por toda la alfombra. ¡Que me ahorquen si no os habéis estado revolcando delante de la chimenea!

Gabby estaba avergonzada mas allá de lo posible, pero Quill habló antes de que ella tuviera tiempo de defenderse. Sus ojos lanzaban dardos.

-¡Me revolcaré con mi prometida donde y cuando me apetezca!

Lady Sylvia se estiró cuan larga era.

-Gabrielle no es una campesina y no habrá más comportamientos de ese tipo en tanto yo sea su chaperona. Ya veremos lo que opina tu padre de esto.

Se hizo un silencio durante el cual los tres pensaron que en realidad el vizconde no podría decir nada, dado el estado en el que se encontraba.

-Supongo que el pobre Thurlow no podrá quejarse-dijo finalmente lady Sylvia-pero estoy segura de que no le gustaría demasiado que tuvierais un hijo seis meses después de la boda. Al menos a mi no me gustaría. Estoy aquí precisamente para evitar que se produzcan accidentes de ese tipo.

Gabby se acercó para coger la mano de la anciana.

-Por favor, lady Sylvia, perdóneme. No volveré a estar con Quentin a solas antes de la boda. Y…no soy un regalo usado.

Lady Sylvia esbozó una sonrisa.

-Eso pensaba. Quentin es un cabezota, pero no es un vil seductor.

-No debería haberte hablado en ese tono-admitió Quill-Acepta mis excusas, Sylvia.

Ella se encogió de hombros.

-Supongo que os gustaría casaros la semana que viene ¿no es así?

Quill sabía perfectamente de donde procedía su irritación. Deseaba con toda su alma volver a tumbar a Gabby en la alfombra; sin embargo no deseaba tener un hijo "prematuro".

-De ninguna manera-respondió con rigidez-Gabby y yo haremos que se haga el anuncio oficial y esperaremos un tiempo prudencial antes de formalizar nuestro matrimonio. Puede que un mes…

Lady Sylvia soltó una risita.

-Eres impaciente, Quentin. No es que no me guste. Mi Lionel también tenía prisa por tenerme en su cama; estuvo a punto de dispararse una bala en la sien cuando mi padre se negó a que la ceremonia se celebrara antes de seis meses. Sea como sea, Gabrielle, has escogido a tu nuevo prometido justo a tiempo. He recibido una nota de Kitty donde anuncia que viene a Londres. Creo que esperaba ver a Peter casado enseguida.

Lady Sylvia recuperó su ridículo y su abanico.

-Acompáñame, Gabrielle, por favor. Tu pelo necesita los cuidados de Margaret y yo debo aconsejarte que cuides tu aspecto. Ahora que ya has sido presentada, y ya has provocado el primer escándalo, apuesto que tendrás un montón de visitas esta mañana.

De ese modo, una dócil Gabby, salió de la estancia dejando tras ella un novio frustrado y diecisiete horquillas de pelo de nácar.

Sylvia se detuvo en seco delante de la puerta del dormitorio.

-No soy idiota-dijo bruscamente-Sabía que Quentin y tu estabais hechos el uno para el otro.

Gabby se ruborizó.

-Lamento sinceramente lo de esta mañana, no debería haber ido al despacho de Quentin sin acompañante.

-Las chaperonas tenemos importantes obligaciones, pero asistir a una petición de matrimonio no es una de ellas. Parece que Quentin lo ha hecho bastante bien.

La joven no pudo contener una sonrisa ante su expresión traviesa.

-Efectivamente-dijo.

-Es un buen chico. Tiene un gran corazón y te dejes engañar porque hable poco. Si, es un buen chico.

Gabby asintió y lady Sylvia le ordenó que su tumbara al menos cuarenta minutos para que estuviera preparada para cuando llegaran los curiosos.

-Date cuenta-añadió-que dado que tu corpiño soltó sus amarras ayer por al noche, algunos vendrán solo para mirar tu escote. Estoy convencida de que ya lo sabe toda la ciudad. Por otra parte, si los hombres presentes hubieran tenido la oportunidad de apostar que corpiño tenía más posibilidades de venirse abajo, todos habrían apostado por el tuyo.

Gabby se tumbó obedientemente, pero no consiguió relajarse. Acabó por sentarse en la cama y cogió el retrato de Peter dándose cuenta de que su suave mirada y sus rizos habían perdido el encanto. Ya no el gustaban los peinado impecables ni las conversaciones mundanas. Los ojos de Quill eran tormentosos, su cabello estaban casi siempre despeinados (suponiendo que alguna vez se dignara pasarles el cepillo); sin embargo, solo con pensar en el, se sentía llena de alegría. El hablaba con sus ojos, y estos le decían que ella era hermosa, deseable e…inteligente.

Lucien estaba en la puerta de entrada de la casa de Emily, y en ese momento le faltaban las palabras, cosa extraña en un hombre famoso por su elocuencia.

-He venido a preguntarle si querría acompañarme a la pequeña recepción de lady Dunstreet-dijo al fin-Lo pasé muy bien en la fiesta a la que fuimos juntos.

-Yo también-murmuró Emily.

Pero por su expresión parecía que no era cierto. Ella le miró.

-Tengo que hablar con usted, señor Blanc. ¿Puede concederme unos minutos?

Lucien, con el corazón en un puño, la siguió hasta el salón donde se sentó frente a ella.

-Me temo que no podré volver a verle, señor-declaró con tono decidido-Desde luego, disfruté mucho en el baile pero…

Se interrumpió un momento antes de proseguir:

-Soy la responsable de mi pequeña familia, que ahora incluye a Phoebe. Le agradezco mucho que me llevara al baile de lady Fester, sin embargo distracciones como esa no pueden convertirse en una costumbre.

-¿No puede considerarlo como parte de su trabajo?-sugirió el intentando conservar la sangre fría a pesar de su decepción-Pensaba que era algo útil para sus artículos.

Emily jugueteaba con sus guantes con nerviosismo.

-¿No le gustó?-suspiró el.

Esta vez si que hubo una nota de desesperación en su voz.

Ella levantó rápidamente los ojos.

-¡Oh, si! Fue más maravilloso de lo que imaginaba. Pero no puedo hacerlo de nuevo, señor. No pertenezco a ese mundo. Trabajo.

-Como le decía, podría usted…

-No-contestó Emily con una tranquila certidumbre.

Lucien iba a hablar pero ella le detuvo con un gesto.

-Voy a ser franca con usted; no puedo permitirme llevar la vida de una dama. Mi hermana y yo nos pasamos todas las noches de la semana pasada, haciendo el vestido que llevaba.

-¡Que era precioso! Estuve acompañado por la mujer más elegante de la velada.

Emily se ruborizó con el cumplido, pero negó con la cabeza.

-No formo parte de esa sociedad y no puedo permitirme el lujo de fingir lo contrario; debo ocuparme de Phoebe y de mi hermana. Incluso los guantes que llevaba estaban por encima de mis posibilidades.

Se levantó y Lucien hizo lo mismo y la siguió hacia la puerta sin saber que decir. El no podía regalarle un vestido de baile; sería una grosería y muy humillante.

-¿Puedo venir a visitarla?

Ella tenía la mirada mas inocente que el había visto en toda su vida.

-No estaré aquí-dijo ella amablemente soltando su mano que el había cogido entre las suyas.

El se inclinó con una inmensa tristeza.

-Lamento mucho esa decisión.

Louise fue la única que notó lo mucho que su hermana lamentaba también esa medida, ya que se la encontró deshecha en llanto cuando bajó de su habitación.

-¿Le has despedido?

Emily asintió, llorando como una niña.

Louise suspiró.

-¿Por qué Emily? ¿Por qué te niegas a ti misma unas pocas veladas agradables? ¡Te las mereces demasiado!

-Sus intenciones no son serias, y no dispongo de tiempo para perderlo en frivolidades; tengo que ocuparme de Phoebe.

-¡Bah!

-Ya estoy demasiado atada a el-confesó Emily.

-¿Y eso es un problema?

-No quiero convertirme en una mujer mantenida.

-¡No lo serias!-protestó Louise-¿Por qué no aceptar las distracciones que el te ofrece y negarte cuando te pida que te conviertas en su amante?

-Porque…porque tengo miedo.

-¿Miedo de que?

-De desear convertirme en su amante-murmuró Emily con un sollozo.

Se hizo un silencio.

-Eso si es un problema-reconoció Louise.

Su hermana consiguió sonreír y Louise la abrazó.

-Solo te diré una cosa, Emily. Si eres completamente honesta, en el próximo artículo escribirás que la mujer que acompañaba a un cierto conde francés en la fiesta de los Fester, llevaba el vestido más hermoso.

-Lucien es marqués y no conde-rectificó Emily.

Pero le sonrió a su hermana.

Capitulo 12

Gabby se pasó el resto de la mañana en un opresivo estado de ansiedad. No sabía cuando sería el momento adecuado para anunciarle a Peter que su compromiso estaba roto o si Quill querría decírselo él mismo y cuando dejaba de pensar en eso, era para imaginarse a Kasi Rao separado de los cuidados de la señora Malabright.

El único punto positivo es que comparado con estas preocupaciones, el incidente del vestido había perdido importancia, convirtiéndose en un episodio ligeramente embarazoso

Las predicciones de lady Sylvia demostraron ser exactas y cuando Gabby volvió a bajar las escaleras, se encontró con el salón indio lleno de gente que habían acudido a ver a la elegante dama del vestido indecente o a la indecente dama del vestido elegante, según.

Sophie, la duquesa de Gisle, había llegado de las primeras.

-Creo que estamos en el mismo barco-dijo con la risa bailando en sus ojos-Deberíamos compadecernos de Careme ¿Tu que crees Gabby?

Las damas presentes notaron la familiaridad de la duquesa con la señorita Jerningham y la imitaron.

-Yo por mi parte nunca le recomendaré-declaró una de ellas con tono ácido-Es evidente que cometió un error al idear el vestido.

-No te preocupes Amelia-contestó secamente lady Sylvia-ningún vestido se deslizaría de su pecho. Y de todos modos tampoco habría nada que ver.

Sylvia era un temible adversario.

Ç Gabby saludó, sonrió, murmuró algunas bobadas, se ruborizó cada vez que la palabra “corpiño” se pronunciaba e intentó ignorar que se le hacia un nudo en la garganta cada vez que se abría la puerta. Quill no estaba allí. Además, era raro verle aparecer antes de la noche, pero suponía que al menos iría a almorzar. ¿O no?

-Todo a salido bien, pequeña-declaró lady Sylvia cuando las últimas visitas se fueron-Y puedes agradecérselo a Su Gracia. Créeme, una se puede fiar de esa mujer.

La puerta se abrió y el corazón de Gabby se desbocó. Se sentía extremadamente turbada por el recuerdo de los apasionados besos de Quill, por la especie de gruñido que salía de su garganta cuando ella…Cogió una bocanada de aire.

Pero se trataba de Peter.

Gabby apenas mudo mirarle a los ojos ¿Qué pensaría si llegaba a adivinar lo que había hecho con su hermano? Le humillaría delante de todos ya que la noche anterior la había presentado como su prometida.

Hubiera querido que se la tragara la tierra. O mejor, refugiarse entre los brazos de Quill y recordar porque iba a hacer algo tan escandaloso como casarse con el hermano de su prometido.

Se estremeció. En realidad había pasado la mañana en un estado febril y empezaba a estar de muy mal humor.

Quill apareció cuando la familia se estaba sentando a la mesa y ella supuso que no el había dicho anda a Peter. Pero cambió de opinión al constatar, hacia la mitad de la comida, que el ambiente estaba muy tenso entre los dos hermanos.

Estaban hablando de un incendio que había destruido una taberna en Argyle Street y las sospechas se dirigían hacia un cliente de la taberna al que se habían negado a dar un pastel de carne.

-Hay dos cosas que no cuadran en esa historia, tal y como la cuentan- observó Gabby-Para empezar es poco creíble que le hayan negado el pastel de carne en un establecimiento de ese tipo. Y luego, si así fue, es extraño que el cliente en cuestión se enfadara hasta el punto de quemar el lugar. ¿Por qué no fue a comprar su pastel de carne en otro sitio?

Quill la miraba con los ojos brillantes y Gabby frunció el ceño para que fuera más discreto.

Peter defendió su versión de los hechos.

-Aparentemente solo quedaba un pastel de carne y el dueño se lo había prometido al agente de la policía, o más bien, a la mujer el agente de policía.

Le sonrió a Gabby bastante condescendencia.

-No hay que reprochárselo, ya que la que se aprovechó del pastel era una hermosa mujer.

-Troya fue destruida por los ojos de una mujer, Peter-objetó Quill- ¿Quieres dar a entender que podía haber ardido Londres para satisfacer el apetito de la mujer de un policía?

-El dueño de la taberna debería ser felicitado por haber puesto la promesa hecha a una dama por encima de las consideraciones de tipo material.

Quill le dirigió a su hermano una mirada tan irónica que Gabby temió que la conversación degenerara en una pelea familiar. Afortunadamente, en ese momento llegó Codswallop con el siguiente plato.

Quill desapareció en cuanto terminaron de comer y a las cinco de la tarde entró despreocupadamente (¡despreocupadamente!) en el salón para proponerle ir a dar un paseo a Hyde Park. Ella tuvo que hacer acopio de toda su sangre fría para no gritar de irritación.

Consiguió asentir y subió a cambiarse.

Quill la miró marcharse y notó que parecía un poco molesta. La verdad es que ella tenía bruscos cambios de humor, a las mujeres que tenían mal genio se las llamaba “sensibles”.

Peter se puso al lado de su hermano y le arrastró hasta la ventana fuera del alcance de los oídos de lady Sylvia.

-¿Y? ¿Cuándo piensas hacerle tu propuesta de matrimonio?

Quill le observó.

-¿Qué diablos les ha pasado a tus cabellos? ¿Les has puesto algo?

Peter estuvo a punto de dar una patada en el suelo.

-Te lo pregunto de nuevo ¿Cuándo te vas a decidir? Pesaba que lo harías en el desayuno, no me he atrevido a dirigirle la palabra a Gabby en todo el día y estoy seguro que está asombrada por mi mala educación.

-Se lo he pedido esta mañana-dijo Quill mirando por la ventana.

Le estaba costando un gran esfuerzo conservar un tono de voz normal: tenía ganas de gritar a los cuatro vientos que la encantadora Gabby había aceptado convertirse en su esposa. Ella iba a casarse con el; un enfermo, comerciante, taciturno, un hombre que se había apartado de las fiestas para dedicarse a los vulgares negocios.

A decir verdad, ese era un problema que le había estado preocupando durante todo el día. Gabby no sabía el mal negocio que acababa de hacer.

-¿Y?

Peter estaba casi gritando.

-Me contestará dentro de un momento-contestó Quill despreocupadamente.

-¡Dios mío, todo se ha fastidiado!-gimió Peter pasándose una mano por los rizos que le había costado hacer a Rinsible cuarenta y cinco minutos de trabajo y una gran cantidad de pomada-Si necesita pensarlo es porque está buscando la manera de decir que no sin molestarte. ¡Ya sabía yo que nunca te aceptaría!

-Esta mañana me pareció bastante dispuesta a hacerlo-replicó su hermano esforzándose por olvidar los gemidos de placer de Gabby.

-Ella es muy amable, pero te rechazará, estoy seguro. Ya te lo dije, en otras circunstancias apreciaría su compañía. Creo que al final lo haré si te rechaza. No puedo irme a América, allí no son…Es un país de salvajes. Bueno, creo que me casaré con ella. Al menos gracias a la duquesa de Gisle, se ha librado de lo peor.

Peter hizo a un lado su mal humor para mirar a su hermano.

-¿No te parece curioso que el corpiño de Su Gracia se cayera justo después del de Gabby?

Para Quill eso no era nada extraño, Sophie se había convertido en la segunda en su lista de mujeres preferidas…lista que solo contenía dos nombres. Aunque todavía conservaba un buen recuerdo de una joven campesina llamada Anne que le había librado de su virginidad unos quince años antes.

Se encogió de hombres y Peter, acostumbrado a sus silencios, no se molestó.

-De modo que Gabby todavía no te contestado-continuó.

Quill continuaba callado. Por supuesto que Gabby le había dicho que se casaría con el, pero eso fue antes de que el decidiera que ella había elegido mal. ¡Un comerciante enfermo! Y para acabarlo de arreglar, aquejado de migrañas.

-Solo tendrás que guiñarme un ojo durante la cena-concluyó Peter cada vez mas serio mientras se colocaba bien la corbata-No te preocupes por mi, me he resignado a casarme con esa mujer.

Codswallop apareció en la puerta en el mismo momento que Peter se disponía a salir.

-La señorita Jerningham le está esperando, señor Quentin.

Gabby, en el vestíbulo, se estaba poniendo los guantes; llevaba un abrigo rosa y su maravillosa cabellera estaba recogida bajo el sombrero. Le lanzó a Quill una impaciente mirada. Era evidente que no estaba de muy buen humor.

El faetón estaba aparcado delante de la puerta. Quill ayudó a Gabby a subir y después cogió las riendas.

Ella se aclaró la garganta.

-¿Ya le has anunciado a tu hermano nuestro compromiso?

-No. Primero quería estar seguro de que deseabas casarte conmigo.

Gabby entrecerró los ojos. ¿Acaso no había sido lo bastante explicita esa misma mañana tirándose en la alfombra como una fulana?

-Estábamos de acuerdo en hacerlo-dijo secamente.

-Pensé que debíamos hablarlo más detenidamente-declaró el dirigiendo el faetón hacia Hyde Park.

Gabby se estaba enfureciendo. ¿Se había aprovechado de ella y ahora pretendía huir? Ella no era ninguna tonta y sabía que el quería librarse de ella. Quizá el interludio de la mañana le había convencido de que ella era “un regalo usado” como decía lady Sylvia. Bueno, pues no se iba a librar tan fácilmente.

Consiguió conservar la calma.

-¿De que quieres hablar exactamente?

-Creo que debería explicarte el tipo de marido que sería.

Ahí estaba. Ahora le diría que ella se merecía a alguien mejor que el, de modo que rompía el compromiso por hacerle un favor. Lo que mas odiaba Gabby era la cobardía.

-Te escucho.

Después de todo, no había sido ella la que le había propuesto matrimonio, se hubiera sentido muy feliz casándose con Peter. Y todavía lo sería, pensó ferozmente.

-Un caballero no se ocupa de las cosas que yo hago, Gabby. He invertido en varias sociedades, una profesión que a mi padre por ejemplo, le pone los pelos de punta.

Ella contuvo una risa burlona. ¡El no podía realmente pensar que eso era una excusa!

-Mi padre se dedica a exportar mercancías hacia los Países Bajos y China-le dijo fríamente-No me enseñaron que un caballero debiera pavonearse en los salones esperando a que le sirvieran la siguiente comida.

Quill hizo una pausa. Se había pasado todo el día repitiéndose a si mismo que debía ser totalmente honrado con Gabby y hablarle de las secuelas de su accidente. Dentro de poco tendría que hablarle de sus migrañas.

-Quiero hablarte claramente de las consecuencias de mi accidente de caballo hace seis años.

Ahora que había llegado hasta ahí, descubría que en realidad no quería darle ninguna excusa a ella para que se negara a casarse con el.

-El doctor Trankelstein, por ejemplo, cree que siempre cojearé cuando esté cansado-continuó sin embargo-No puedo bailar y hay otras cosas…

Gabby dirigió sus hermosos ojos hacia él y Quill pensó por un momento que estaban llenos de ira, pero era imposible.

-No me molesta tu cojera, Quill.

El abrió la boca para responder pero ella no le dio tiempo a hacerlo.

-Ni tampoco las otras secuelas de tu accidente.

Eso debería callarle la boca, se dijo ella. Pero el muy bruto era un cabezota; realmente había cambiado de opinión en esas pocas horas.

-Estoy obligado a advertirte que…

Ella le interrumpió de nuevo.

-No es necesario que vayamos mas lejos-dejo-Me estoy dando cuenta de has decidido…abandonarme, y me gustaría dejar de hablar del tema. Después de todo estoy abrumada: he tenido dos novios y estaré encantada de casarme con Peter.

Estaba apretando las manos con fuerza. En la cara de Quill había una expresión de dureza que casi le dio miedo.

-¿Estas dando a entender que crees que estoy rompiendo el compromiso?

Ella asintió.

-¡Nunca haría una cosa semejante!-gruñó el.

Gabby se dio cuenta de su error. Una vez más había ofendido a un inglés poniendo en duda su sentido del honor. Un caballero nunca abandonaba a una dama: hacia las cosas de modo que fuera la dama la que lo hiciera.

Le puso una mano en el brazo.

-Quill, ya que somos amigos ¿no podríamos hablar con franqueza?

Quill estaba un tanto desconcertado, no quería de ninguna manera que ella le hablara francamente si eso significaba que iba a decir cosas como que tenía dos prometidos y que le daba igual casarse con uno u otro. Ella solo tenía un prometido y era él Gabby era suya.

Le lanzó una mirada asesina.

-¡Vamos, adelante!-ladró.

Ella se mordió el labio inferior, el parecía tan furioso como Peter cuando había intentado besarle. ¡Realmente los ingleses eran muy susceptibles cuando se trataba de su honor!

-Lo que quiero decir-dijo con su tono de voz más razonable-es que teniendo en cuenta nuestra amistad, no necesitas fingir que todavía quieres casarte conmigo. No es necesario que intentes buscar la manera para que sea yo la que rompa el compromiso. Lo entiendo perfectamente.

El tono de su voz dejaba traslucir una tristeza que desmentía sus palabras, pero pensaría en ello mas tarde. Lo importante era que su dignidad quedara a salvo a pesar de la situación. Afortunadamente la única persona que estaba enterada de su breve compromiso era lady Sylvia, ya que habían decidido no decir nada delante de las visitas de la mañana.

Quill detuvo los caballos, puso el freno y dejó las riendas sin pronunciar una sola palabra.

Gabby tenía nauseas. Hubiera preferido mil veces antes volver a la casa antes que continuar con esa desagradable conversación. Se lo dijo temblando un poco.

El se giró hacia ella y sus muslos se rozaron, lo cual hizo que se ruborizara al recordar el modo en que se había pegado a ese hombre esa misma mañana. No era extraño que el hubiera deseado casarse con ella.

Al ver que el seguía en silencio, ella hizo una profunda inspiración antes de repetir:

-Si no te molesta, me gustaría que volviéramos a casa.

Eran cerca de las seis de la tarde y el parque se iba llenando de gente elegante que iba allí solo para dejarse ver…al menos los que eran lo bastante valientes como para desafiar el frío.

El fuerte aire había puesto color en las mejillas de Gabby y a Quill le pareció aún más deseable.

Se había dado cuenta de que no había dejado pasar la ocasión para romper el compromiso, pero el no iba a dejar que le resultara tan fácil. En sus negocios se había acostumbrado a efectuar retiradas estratégicas y estas retiradas siempre le producían mas ganas de conseguir sus objetivos. Sin embargo, estaría muy mal poner la reputación de Gabby en entredicho besándola en público hasta que le suplicara que se casara con ella.

Lo dejaría para la noche.

Sin tomarse la molestia de dar explicaciones, volvió a coger las riendas e hizo que los caballos empezaran a andar.

Gabby tragó saliva, por un momento había creído que el iba a besarla. Pero ¿para que? El ya tenía lo que quería: era libre de nuevo.

Miró fijamente las orejas de los caballos intentando dominar su tristeza. Afortunadamente seguía teniendo a su primer novio; aunque el segundo se hubiera escapado, no todo estaba perdido.

Pero el nudo que tenía en la garganta le decía que no estaba contenta. Se moría de ganas de casarse con Quill y le daba exactamente igual casarse o no con Peter. Además, para acabarlo de arreglar, este último seguro que sentía lo mismo respecto a ella.

Apretó los dientes.

No vas a llorar, se dijo, ¡maldición ayer todavía creías estar enamorada de Peter!

Quill la miró de reojo. Su Gabby parecía crispada. De pronto recordó una frase de Peter referente a Patrick Foakes, el cual había convencido a todo el mundo de que estaba locamente enamorado de Sophie haciendo caso omiso de las conveniencias.

Detuvo el faetón.

-¡Me gustaría volver inmediatamente a Dewland House!-exclamó ella casi gritando.

El echó el freno y se quitó los guantes.

Le cogió la mano izquierda en silencio y empezó a desabrochar los pequeños botones de perlas de los puños del vestido.

Ella le miraba fijamente el revuelto pelo. ¿Qué diablos estaba haciendo? El tiró el guante en el asiento de atrás y empezó a quitarle el otro. Gabby levantó los ojos, pero se encontró con la mirada de alguien que pasaba, entonces volvió a mirar a Quill.

El contacto de sus manos desnudas era extrañamente íntimo.

Todavía sin decir nada, el depositó un beso en cada una de las palmas de las manos de ella y Gabby sintió una oleada de calor.

El deslizó una mano por su espalda y descendió hasta sus nalgas dejado en el trayecto un reguero de fuego. Quill contuvo el aliento el tiempo justo para alzarla y sentarla sobre sus rodillas con decisión.

Se apoderó de los labios de Gabby, exigente, y ella se entregó a esa reclamación silenciosa; ni siquiera se dio cuenta de que le cogió del pelo, sujetándola la cabeza por si el quería poner fin al beso. No supo que cuatro carruajes pasaron lentamente a su lado y que los pasajeros se giraban para disfrutar del escándalo.

Cuando por fin la soltó, su voz era solo un ronco murmullo:

-¿Sigues creyendo que deseo romper, querida Gabby?

Al no encontrar palabras para responder, se limitó a acariciarle los labios. Entonces el la cogió por la nuca para darle un beso mas apasionado aún.

Luego levantó la cabeza, dejándola temblorosa y con el corazón desbocado.

-¿Sigues creyendo que deseo romper?-repitió.

-No.

-¡Entonces no vuelvas a decirlo nunca!

Le había apartado el sombrero y el pelo le enmarcaba la cara. El cogió el rostro de ella entre sus manos.

-Serás mi esposa y no la de Peter. Ni siquiera la prometida de Peter, sino la mía.

-Eso me gustaría-murmuró ella un poco tímidamente-No deseo casarme con Peter, Quill. Deseo casarme contigo.

A Quill le quedaba un poco de sentido común e intentó aferrarse a el.

-Incluso teniendo en cuenta…

-Aunque te atropellara un coche mientras volvemos a casa y tuvieras que pasar el resto de tu vida en la cama.

-Esperemos que eso no ocurra-gruñó el.

Volvió a depositar a Gabby en su asiento, deteniéndose un momento en sus encantadoras redondeces.

Ella volvió a coger su sombrero y se lo puso con manos temblorosas.

Quill la miró de reojo.

-Me temo que he vuelto a dañar tu reputación.

-No importa.

El corazón de ella saltaba de alegría. Estaba enamorada, el estaba enamorado, iban a casarse. Iba a casarse con el atractivo, magnifico y robusto Quill.

-¿Hablaras con Peter esta noche?

-Si.

-No creo que el moleste demasiado-dijo Gabby pensativamente.

Recogió los guantes mientras el carruaje entraba en Picadilly con dirección a St James Square.

-Es posible que no-replicó Quill prudentemente.

Capitulo 13

Quill ayudó a Gabby a bajar del coche con una sonrisa que le caldeó el corazón. Se apresuró a ir a su habitación para cambiarse para la cena.

Margaret la recibió con una regañina; no creía que los paseos en coche descubierto, cuando hacía frío, fuera bueno para la salud. No quiso escuchar las excusas de Gabby.

-¡Va a enfermar! ¡Además viene usted de un país calido! Piense en lo que diría al señor Peter. Seguro que lo que menos quiere es que usted se quede enferma en la cama.

-La verdad es que he decidido no casarme con Peter-declaró alegremente Gabby.

La doncella la miró asombrada.

-¿No se va a casar con el señor Peter?

-No, de hecho me caso con Quentin.

Margaret dio un grito de alegría.

-¿Se va a convertir en vizcondesa? ¡Es maravilloso!-exclamó con los ojos brillantes-¡Voy a ser la doncella personal de una vizcondesa!

Luego se puso seria.

-Bueno, si usted quiere…A lo mejor prefiere contratar a una francesa. La vizcondesa Dewland tiene una doncella muy estirada a la que llaman “dame de compagnie”.

Gabby se echó a reír.

-No temas Margaret; serás la doncella de una vizcondesa. Pero espero quie para eso falte mucho tiempo, no le deseo ningún mal al vizconde actual.

-Yo tampoco, desde luego, señorita.

Empezó a cepillar el cabello de Gabby.

-Nadie desea que le suceda nada malo-continuó-Todos queremos al vizconde. Y no es normal que muera en otro lugar que no sea su propia cama.

-Yo no creo que vaya a morir, Margaret-objetó Gabby-Cada día está mejor.

La doncella sacudió la cabeza.

-Cuando uno ha tenido un ataque como ese, siempre tiene otro al poco tiempo, señorita. Debería estar en su casa, eso es todo. Eso es lo que todos nosotros pensamos.

-Estoy segura de que volverá a Londres en cuanto los médicos se lo permitan-murmuró Gabby un poco preocupada por el comentario de Margaret-Y espero sinceramente que estés equivocada.

La criada frunció los labios y se limitó a repetir que el vizconde debería volver a su casa.

La vizcondesa llegó de Bath justo antes de la cena. Al principio Gabby se sintió feliz de su presencia ya que Peter y ella evitaban cuidadosamente mirarse. Quill debía haber hablado con su hermano al volver del paseo por el parque, y le habría informado de que el compromiso estaba roto.

Pero Kitty no traía buenas noticias, y parecía que Margaret no se había equivocado en sus predicciones. Thurlow estaba sumido en un estado de confusión del que difícilmente salía. Se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo y los médicos no confiaban en que se curara.

Gabby no sabía como demostrar su simpatía. Peter se mantenía detrás de la silla de su madre con las manos apoyadas sobre sus hombros mientras que Quill se mantenía un poco apartado, al lado de la chimenea. Ella deseaba ir hacia el y cogerle la mano, sin embargo permaneció en el sofá al lado de lady Sylvia.

En esta ocasión, Kitty no derramó una sola lágrima cuando les explicó la situación.

-¿Cuánto tiempo el queda, Kitty?-preguntó lady Sylvia con una voz excepcionalmente suave.

-Parece que pocos días.

Las palabras resonaron en el silencio.

-Deberías partir esta misma noche con los muchachos-dijo al fin lady Sylvia.

Kitty se volvió hacia Gabby.

-Querida, lamento mucho que este lamentable incidente haya sucedido nada más llegar tú a Inglaterra.

-Eso carece de importancia. Lo lamento mucho y me siento muy triste por el vizconde.

-Eres muy amable, Gabrielle. Estoy segura de que serás un gran consuelo para mí.

Era evidente que Kitty se había resignado a la muerte inminente de su marido y a Gabby le dio un vuelco el corazón. ¿Y si fuera Quentin el que yaciera en el lecho sin esperanzas de curación? Sin pensarlo, se levantó y se acercó a el.

El puso un brazo alrededor de sus hombros y anunció sonriendo:

-Madre, Gabby ha decidido casarse conmigo en vez de hacerlo con Peter.

Gabby, inconscientemente, miró a Peter, pero este no parecia estar enfadado en absoluto. Incluso le dirigió una amistosa sonrisa.

Kitty pareció desconcertada por un momento, pero luego su rostro se iluminó.

-¡Que feliz me siento, Quill! Gabrielle…

Se acercó para cogerle las manos.

-Siempre quise que mis hijos se casaran por amor como yo. Te doy nuevamente la bienvenida a la familia, hija-añadió besando a Gabby en la

mejilla-Pero me temo que a pesar de todo pronto estaremos de luto, Quill. No va a ser posible una boda…

Quill asintió.

-Quizá pueda casarme con Gabby mañana mismo con una licencia especial.

Los ojos de Kitty estaban llenos de lágrimas, pero contestó con voz firme:

-Esa sería una buena idea, querido.

El la besó en la frente y ella contuvo las lágrimas.

-A Thurlow le hubiera encantado veros a Gabrielle y a ti.

-Podríamos casarnos en Bath-sugirió el.

Esta vez a Kitty se le escapó una lágrima.

-Sería un detalle por tu parte, Quill.

-Entonces eso es lo que haremos, mamá.

Visiblemente agotada, Kitty se dejó caer en un sillón.

Lady Sylvia se hizo cargo de la situación.

-Hay que decirles a los criados que empiecen a hacer el equipaje. Y tenemos que cenar antes de que la cocinera se arranque los pelos. Si vamos a tener que viajar casi toda la noche es mejor que antes comamos algo.

Tiró del cordón para llamar a Codswallop y le dio las órdenes, luego se dirigió a su sobrino:

-Quill, vete a ver a Beilby Porteus. Es obispo y un amigo de la familia; no se negará a darte una licencia especial.

El trayecto hasta Bath les llevó la mitad de la noche y Gabby no tardó en quedarse dormida apoyada en el hombro de Quill.

Al día siguiente se puso el vestido más recatado de los que le había hecho Careme y Margaret le hizo un elaborado peinado sobre el cual sujetó un velo de tul bordado con flores de varios tonos.

-¿De donde diablos has sacado ese velo?-preguntó Gabby estupefacta.

Dadas las circunstancias no esperaba tener una boda normal.

-El señor Quentin fue a buscarlo a la tienda del señor Careme ayer-explicó la doncella.

Gabby sonrió. La noche anterior, Quill había salido inmediatamente después de la conversación, y mientras los demás cenaban en silencio, el había ido a pedir la autorización especial al obispo. Y había tenido tiempo de pensar en el velo.

Unos minutos después entró lady Sylvia. La boda tendría lugar en el dormitorio del vizconde, en el último piso del hotel.

Gabby, un poco torpe, se mantuvo en un rincón evitando mirar hacia la cama. Como nuca había visto al vizconde, le parecía fuera de lugar entrar en su habitación.

Quill estaba al lado de un joven vicario que estaba bendiciendo al vizconde. Gabby se estremeció; era bastante morboso; nunca se hubiera

imaginado que el día de su matrimonio sería así. Se había imaginado a si misma subiendo hacia el altar en una enorme iglesia mientras Peter la miraría con adoración…Suspiró.

El rostro de Quill expresaba todo su dolor y el cansancio acentuaba su cojera. Gabby se moría de ganas por ayudarle, pero no sabía como hacerlo, le parecía incorrecto acercarse a la cama.

Después de un tiempo que le pareció infinito, el joven vicario fue a su encuentro.

-Estoy preparado para empezar la ceremonia, señorita Jerningham.

El también estaba pálido y tenso. Para todos los presentes era una boda extraña.

La familia se agrupó alrededor de la cama mientras lady Sylvia permanecía sentada en un extremo de la habitación en compañía del médico.

Quill parecía imperturbable. Kitty y Peter estaban en el otro lado del lecho. La vizcondesa acarició la mano inerte de su marido.

-Empecemos-dijo Quill con una voz desprovista de emoción.

Gabby le apretó el brazo.

-¿Si?-dijo el.

-¿No quieres presentarme a tu padre?-susurró ella.

-Por supuesto.

Se apartó para que ella pudiera ver al vizconde. Era un hombre corpulento que se parecía mucho a su hijo mayor. Estaba mortalmente pálido, pero parecía estar durmiendo apaciblemente, tan apaciblemente que el pecho apenas se levantaba bajo las sábanas.

-Padre-dijo Quill-me gustaría presentarte a Gabrielle Jerningham, con la cual voy a casarme.

No se vio ni siquiera un intento de respuesta.

Kitty le puso una mano en la mejilla.

-Creo que Thurlow nos oye. Esta mañana le hablé de la boda… ¡Querido!-dijo más alto mientras se inclinaba.

Los párpados de Thurlow se abrieron y su mirada se posó en su esposa. Murmuró unas palabras.

-¿Qué dices querido?

-Te amo-dijo él con toda claridad-Hermosa Kitty.

Gabby, con un nudo en la garganta, posó brevemente su mano en la del vizconde.

-Encantada de conocerle milord.

Después el pastor empezó con voz suave:

-Queridos amigos, nos hemos reunido aquí, bajo la mirada de Dios, para unir a este hombre y a esta mujer en matrimonio…

Quill cogió las manos de Gabby y ella se aferró a el como si su vida dependiera de ello.

El vicario continuaba hablando.

-No se trata de satisfacer los deseos carnales, sino de amarse con comprensión, respeto y amor ante Dios.

Quill cogió aire. No podía creer que estuviera casándose con Gabrielle Jerningham. Era consciente de la presencia de su padre a la derecha, de las palabras del pastor, de su madre que se llevaba la mano del vizconde a la mejilla; pero sobre todo pensaba en su esposa, en sus hermosos ojos que brillaban de pena por un hombre al cual apenas conocía, en su lujuriosa cabellera medio escondida por la nube de tul…

Repitió detrás del vicario:

-Yo, Quentin Matthew Claudius Dewland, te tomo a ti, Gabrielle Elizabeth Jerningham, por legítima esposa y juro amarte en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y…

Durante ese tiempo, Gabby veía vagamente que la vizcondesa acariciaba la mano de su marido y que Peter esbozaba una sonrisa del otro lado de la cama, pero la habitación se había empequeñecido y solo era capaz de ver realmente la verde mirada de Quill y sus grandes manos sosteniendo las suyas.

-…en la enfermedad y la salud-dijo ella con voz firme-para amarte, respetarte y obedecerte hasta que la muerte nos separe.

Quill sonrió y esa sonrisa le llegó directamente al corazón. El le puso un anillo en el dedo anular.

-Con este anillo te hago mi mujer. Con mi cuerpo te honraré y todo lo mío será tuyo.

La vizcondesa lloraba en silencio.

El pastor bendijo sus manos unidas.

-Yo os declaro marido y mujer.

Quill dio un paso hacia delante, levantó la barbilla de Gabby y posó sus labios en los de ella. No hubo entonces esa pasión que se apoderaba de el en cuanto se acercaba a ella; fue un beso tierno y delicado.

Gabby le rodeó el cuello con los brazos y se pegó a el. Por un instante, Quill se olvidó de donde se encontraba. Estaba feliz. ¡Se había casado con ella! Ella era suya, esa deliciosa mujer, *su* mujer.

Kitty rodeó la cama y, un segundo después, Gabby era besada de nuevo con ternura rodeada de un ligero perfume.

-Estoy muy contenta, querida, y Thurlow también lo estaría. Os desearía toda la felicidad del mundo. Bueno, os desea toda la felicidad del mundo, porque estoy segura de que es consciente de todo lo que acaba de suceder. Gabrielle…

-Madre…-intervino con calma Quill, que estaba a la cabecera de la cama.

El vizconde tenía los ojos cerrados y los brazos inertes. Gabby creyó que se había dormido, pero Quill colocó su mano sobre las sábanas y el pastor le tocó la frente murmurando:

-Ve con Dios, hijo mío.

-¡Oh no, Thurlow, no!-suplicó Kitty antes de lanzarse a los brazos de Peter.

Gabby se retiró discretamente al rincón en el que estaba lady Sylvia.

Los votos del matrimonio traían grandes cambios, se dijo Gabby unos minutos después, cuando estaba de vuelta en su habitación.

Una parte de ella estaba fascinada por el hecho de que Quill podía (tenía todo el derecho a hacerlo) entrar en su dormitorio aunque ella estuviera en camisa mientras una costurera contratada precipitadamente le tomaba medidas para hacerle un vestido negro.

Por otra parte intentaba no sacar ninguna conclusión por el hecho de que su matrimonio hubiera pasado del blanco al negro en cuestión de segundos, de la alegría a la tristeza. Pero era difícil con una imaginación como la suya.

La superstición, decía a menudo su padre, era propio de civilizaciones primitivas y Gabby deseaba creerlo.

Pero solo cuando la puerta se abrió dando paso a un hombre magnífico, comprendió hasta que punto su vida había cambiado.

El la recorrió con la mirada y luego miró a la costurera que tomaba rápidas notas y por fin a Margaret que estaba esperando para volver a vestir a su señora.

A una señal de Quill, la doncella dio un salto y se llevó a la costurera con ella.

Sin tener tiempo ni siquiera de expresar su sorpresa, Gabby se encontró a solas con su marido, plantada en medio de la habitación.

Capitulo 14

Gabby se mordió el labio ¿Tendría el intenciones de consumar el matrimonio inmediatamente? Eran las dos de la tarde, aunque desde luego, cuando la besó encima de la alfombra de la biblioteca, había sido mas temprano todavía.

Notó que se ruborizaba.

Si, el lo haría. Había oído hablar a los criados sobre recién casados que no salían de su dormitorio en tres días, de hombres que, incluso durante la ceremonia, no podían evitar acariciar a sus esposas. Gabby siempre había escuchado esas historias, fascinada.

Inmóvil, ya soñaba con sus caricias y sus labios, y su piel ardía con anticipación.

En realidad, no era en eso en lo que pensaba Quill mientras entraba en la habitación.

Tenía la intención de mantener con ella una conversación prudente; quería informarla de que iban a esperar a que pasara el funeral para consumar el matrimonio, no quería arriesgarse a perderse la ceremonia por estar tumbado en la oscuridad, derrotado por el dolor de cabeza, con compresas frías en los ojos e incapaz de moverse.

De todos modos ella no podía ya echarse atrás, se había casado con el y había prometido obedecerle. Quizá pudieran hacer el amor cuando estuvieran de vuelta en Londres. Después de todo su padre estaba… No quería pensar más en eso. Nunca habían estado muy próximos y menos todavía después de su accidente ya que el vizconde había sido incapaz de aceptar la idea de tener un hijo impedido, un hijo que se había metido en el comercio y otras ocupaciones igualmente degradantes. Sin embargo Thurlow había sido su padre y Quill sentía un sordo dolor en el fondo del corazón.

A pesar de su decisión, en cuanto entró en el dormitorio le pareció que se ahogaba. Ella solo llevaba encima una fina camisola de algodón que al contraluz dejaba ver sus voluptuosas curvas, su delgada cintura, sus redondas caderas, sus magníficos pechos y la graciosa curva de su cuello.

La contempló desde el sedoso pelo hasta la punta de las zapatillas como si fuera una deseada estatua de porcelana.

Y no pudo hablar.

-¿Quill?

Se apretaba nerviosa las manos.

Todo el dominio de Quill, resultado de seis años de sufrimiento, volvió a hacer su aparición. Tanto para el dolor como para el placer, nunca permitiría que su cuerpo dominara a su mente. Pero estaba sorprendido al

darse cuenta de que había estado apunto des altar sobre Gabby y al diablo con las jaquecas.

Hizo un gesto vago con la cabeza y fue a sentarse en un sillón cerca de la chimenea estirando sus largas piernas como si la imagen de su esposa medio desnuda le fuera completamente indiferente. Sin embargo se moría de ganas de poseerla allí mismo, sobre la alfombra, sobre el lecho, sobre el sillón…Una y otra vez hasta que su insoportable deseo estuviera saciado y volviera a ser el hombre racional que siempre habías ido. Alguien que sabía perfectamente lo que eran el deber conyugal y el respeto filial.

¡El respeto filial! ¡Había estado a punto de olvidarse de los funerales!

El corazón de Gabby latía con tanta fuerza que casi se sentía enferma. En cuando Quill dejó de mirarla se apresuró a coger la bata. Si no se equivocaba, el había estado a punto de tumbarla en el suelo.

No lamentaba que hubiera cambiado de idea. Era bien sabido que los hombres y las mujeres hacían esas cosas en la oscuridad, bajo las sábanas y preferentemente avanzada la noche.

Se anudó el cinturón de la bata y se sentó frente a su marido. El tenía un peligroso atractivo y, como parecía que se había olvidado de momento de ella, se permitió admirarle a placer. Sus musculosas piernas estaban embutidas en unos pantalones color ocre, su pelo tenía reflejos de caoba bajo los rayos del sol. Y sus manos…Esas manos que habían despertado en ella las mas extrañas sensaciones cuando le había pedido que se casara con el. Sentía un hormigueo por todo el cuerpo.

Se removió levemente en su asiento. Estaba nerviosa, pero deseaba que el volviera a mirarla. Pero cuando el lo hizo, no fue con el brillo de placer que ella esperaba. Sus ojos carecían de toda expresión.

-Tenemos que hablar de nuestro matrimonio-dijo el después de aclararse la voz-Deberíamos…ponernos de acuerdo desde el principio. Un principio que dictará el futuro de nuestras relaciones…

Apretó los dientes. Estaba siendo muy torpe, no era de extrañar que Gabby pareciera tan desconcertada.

-Lo que quiero decir-volvió a empezar-es que tenemos que ser sinceros el uno con el otro.

Ella asintió con el corazón en un puño. ¿Acaso se estaba arrepintiendo de haberse casado con ella? ¡Ojalá hubiera estado vestida cuando el entró! A lo mejor a el no el gustaban las caderas redondeadas. Quizá…

-Habrá momentos en los que tú me dirás lo mismo, querida, y yo lo aceptaré de buena gana. Después de todo, con un poco de suerte, estaremos casados mucho tiempo.

Gabby, que no entendía nada, frunció el ceño.

El continuaba hablando tranquilamente de habitaciones separadas y de cortesía en el matrimonio.

Unos instantes después estuvo segura de que el lamentaba su matrimonio. Sorprendida, se oyó a si misma exclamar:

-¡No!

Quill levantó una ceja.

-No tenía ni idea de que lo desearas tanto, Gabby. Después del fallecimiento de mi padre preferiría dormir solo pero si insistes…

Ella se sentía muy humillada. ¡Desde luego que no lo deseaba tanto! Abrió la boca pero no consiguió decir nada. Estaba…estaba…

-No tengo nada en contra-dijo por fin.

No se le ocurrió que más podía añadir. Al carecer de experiencia, no podía decir mucho mas pero tenía la sensación de que se iba a ahogar si el no la abrazaba. No iba a poder pegar ojo en toda la noche.

Cuando Quill había dicho "con mi cuerpo te honraré", ella había podido comprobar que su propio cuerpo estaba despertando y que la sangre corría alegre por sus venas.

-Pero yo creía…

Las palabras murieron en su garganta. No iba a avergonzarse mas a si misma. De modo que el no quería consumar el matrimonio antes de volver a Londres ¿y qué? Ella seguramente tampoco tendría ganas de hacer el amor si fuera su padre el que acababa de morir.

-Lo siento mucho, Quill. No quería faltar al respeto a la memoria de tu padre ni a tu tristeza. Me avergüenzo de mi reacción.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

-¡Lo lamento tanto por ti y por tu familia! Te suplico que me perdones. Mi padre y yo no estamos muy unidos de modo que olvidé lo mucho que debes estar echando de menos al vizconde. Es imperdonable por mi parte haber olvidado tu dolor. Es decir, no es que lo haya olvidado realmente, pero…

Se calló.

¿Dolor? Si, eso es lo que estaba sintiendo mientras miraba las nerviosas manos de ella. Ni siquiera se atrevía a mirar su rostro ni sus labios carnosos.

Rara vez había odiado tanto al destino. El, Quentin Dewland, ahora ya vizconde Dewland; no podía acostarse con su mujer. ¡Era injusto! Y la expresión decepcionada en la cara de Gabby le destrozaba.

Porque su esposa estaba decepcionada. Ya había conseguido decepcionarla y solo llevaban casados unas horas. Apartó ese pensamiento con rabia. Había decepcionado a su padre un centenar de veces, sobre todo cuando, después del accidente, no pudo levantarse de la cama.

-Los Dewland no son débiles-había rugido-Ten un poco de fuerza de voluntad, muchacho. ¡Levántate!

Pero Quill era incapaz de moverse y recordaba con amargura la sensación de fracaso. Lo había intentado una y otra vez después de que su padre hubiera salido de la habitación dando zancadas. Y se había topado con el

suelo. Y lo que todavía era más humillante es que se tuvo que quedar allí varias horas hasta que apareció un criado. Se orinó encima porque no podía arrastrarse hasta la campanilla o hasta el orinal. Con poco mas de veinte años había sido tan incapaz de valerse por si mismo como un bebé.

Al recordarlo se sintió invadido por una oleada de cólera. Su padre estaba muerto y si el hacía lo que deseaba hacer con Gabby, sería incapaz de ocuparse de sus funerales.

Se incorporó. Ya tendrían tiempo de hacer el amor mas adelante, su esposa podía esperar, sin embargo su madre nunca le perdonaría que sucumbiera a una jaqueca cuando le necesitaba tanto.

-Puede que sea lo mejor-dijo con franqueza-Después de todo hace poco que nos conocemos. Y además, la primera vez no es demasiado agradable para una mujer-añadió con un encogimiento de hombros-Pero supongo que ya lo sabes.

Gabby enrojeció.

-No, lo ignoraba.

Quill se sintió súbitamente irritado. ¡Maldición, Gabby le pertenecía, solo tenía que esperar a que el tuviera tiempo de ocuparse de ella! ¡El no era un semental a su disposición! Una vez que hubieran regresado a Londres solo compartirían la cama de vez en cuando. Tenía demasiado trabajo para soportar demasiadas jaquecas.

Se dirigió al otro extremo de la habitación con la barbilla levantada. Gabby había estado a punto de arrastrarle a una indecente intimidad pocas horas después de la muerte de su padre. La frustración le hizo ser cruel.

-Sé que eres una mujer apasionada, Gabby-dijo sin tomarse la molestia de mirarla-Pero no toleraré que mires con deseo a otro hombre que no sea yo.

A ella le dio un salto el corazón.

-Desde luego que no lo haré-susurró terriblemente mortificada, al ver que el la tomaba por una fulana.

-No te he oído bien ¿Qué has contestado?-insistió el poniendo la mano encima de la caoba de la chimenea.

-No lo haré-repitió ella.

-Perfecto. Bien, creo que hemos llegado a un acuerdo. Como te decía, es mejor que organicemos enseguida nuestra vida en común.

La joven hizo una temblorosa inspiración. Quill parecía estar a punto de salir. Ella no le conocía demasiado, en efecto, pero si lo suficiente para saber que esa desagradable actitud no era propia de el.

-¡Espera!-gritó.

El se giró cuando ya estaba llegando a la puerta.

-¿Qué sucede Gabby? Tengo disponer algunas cosas.

Ella se levantó y se acercó a el a pesar de que le temblaban las piernas y no se detuvo hasta que casi le tocó. Le puso las manos en el pecho.

-Creo que deberíamos hablar un poco mas-dijo ella-No-añadió rápidamente al ver que el estaba a punto de protestar-no de la consumación de nuestro matrimonio. En ese aspecto haré lo que tu decidas. No soy estúpida, Quill, no tengo intenciones de engañarte para atraerte a mi cama mientras estas llorando por tu padre.

Se interrumpió, pero el se limitaba a mirarla en silencio.

-A veces el dolor es menor cuando se comparte-continuó ella jugueteando con uno de los botones de plata de su chaqueta-Mi padre está vivo, de modo que realmente no puedo comprender tu tristeza, pero perdí a un amigo muy querido cuando era una niña. Se llamaba Johore y yo le quería mucho. Después de su desaparición…

Quill apenas la escuchaba. Ella estaba demasiado cerca de el como para que fuera capaz de pensar en otra cosa que no fuera su perfume de jazmín, una promesa de placer.

-Ya ves-continuaba Gabby-estamos casados y creo que no importa demasiado cuando hagamos el amor. Lo único que importa es que hablemos sin enfado.

El movió la cabeza con un gesto brusco. ¿Cómo había llegado a dar una perorata sobre el matrimonio?

-Cuando alguien está enfadado, habla enfadado-contestó.

-Es mejor que dejemos la ira fuera de nuestra relación-replicó ella con sus bellos ojos dorados llenos de simpatía-Realmente no estas enfadado conmigo, Quill, y sin embargo te comportas como si hubiera hecho algo mal.

El no podía negar que tenía razón.

-No debería haberte hablado de ese modo, Gabby. Te suplico que me perdones.

Dio un paso hacia atrás y se inclinó.

-Por favor, acepte mis excusas milady.

Perpleja, se mordisqueó el labio inferior.

-¿Milady? ¿Por qué me llamas así?

Su labio estaba tomando el color de las cerezas maduras y Quill se esforzó por intentar conservar la sangre fría.

-Ahora eres una dama, la vizcondesa Dewland.

-¡Eso no es motivo para hacerlo!

El retrocedió otro poco, buscando a ciegas el pomo de la puerta.

-¿Ya hemos hablado bastante?

Ella se estremeció. Todo eso le sonaba a falso. No podía obligarle a hablar pero tenía que intentarlo de nuevo. Por algo su padre decía que era una cabezota.

-No, todavía no-declaró apoyándose en el borde de la cama.

Desvió los ojos. Esperaba que Quill no se atreviera a abandonar el dormitorio.

El contuvo una sonrisa. Su pequeña esposa sabía muy bien lo que quería.

Se acercó a ella, la miró un momento sin decir nada y luego se sentó a su lado en la cama…lo cual ciertamente era un error.

Los ojos de Gabby expresaban compasión y el se sintió irritado. Odiaba que le compadecieran; pero ella era su mujer y seguramente se apiadaría de el hasta el día de su muerte en cuanto conociera el alcance de su enfermedad…Y el no podría evitarlo.

-Odio que me compadezcan-gruñó.

Ella entrecerró los ojos.

-Sin embargo es algo normal. Amabas a tu padre y ahora ha muerto. ¿Cómo podría no sentirlo por ti?

Quill no sabía que contestar.

Al cabo de un momento, Gabby rompió el silencio.

-Deberías aprender a expresarte mejor, Quill, de lo contrario nos pasaremos toda la vida mirándonos sin decir nada.

-Afortunadamente me encanta oírte hablar.

La broma no la hizo reír.

-No es demasiado agradable hablar sola. A mi me gustaría oírte. ¿Por qué estás de tan mal humor?

El seguía callado.

-Espero-volvió a decir ella un poco secamente-que no tengas de verdad la intención de hacerme hacer el papel de la seductora y tú el de un inocente santo.

El no pudo evitar echarse a reír.

-¿Eso es lo que he hecho? ¡Desde luego que no!-protestó el.

-¡Si! He tenido la sensación de ser una…mujer de mala vida que te hubiera abordado en la calle.

-¿Qué sabes tu de rameras, Gabby?

-No mucho, ya lo sabes. Y ya que sabes que carezco de experiencia ¿Por qué me has hecho sentir…indecente? No ha estado nada bien por tu parte, Quill.

-¡Maldición, Gabby! ¿Siempre dices todo lo que se te pasa por la cabeza?

-"Di la verdad, de ella siempre saldrá el bien": eso es lo que dice a menudo mi padre.

-Perdóname. No quería que te sintieras indecente, Gabby. Tenía remordimientos porque…porque no vamos a compartir la cama antes de los funerales por mi padre. ¡Ah! Y además tengo que confesarte algo…

Ella le puso la mano encima de la suya. El bajó los ojos y luego entrelazó sus dedos con fuerza.

-No puedo hacerte el amor, Gabby-dijo con voz alterada-Daría todo lo que poseo por tumbarte en esa cama ahora mismo, pero es imposible.

Ligero silencio.

-¿Por qué?

Quill emitió una risa seca.

-Me he casado contigo sin decirte toda la verdad; podrías hacer que el matrimonio fuera anulado.

El tenía los dientes apretados.

Ella palideció.

-¿Eres incapaz…de tener relaciones, Quill?

-Eso sería preferible-contestó el con amargura-Así sería más fácil.

-No lo entiendo.

El apretó su mano, guardando silencio.

-¿Cómo… ¿Por qué no puedes mantener relaciones conmigo, Quill?

Ella intentaba encontrar una explicación pero ninguna de las que se le ocurrían era agradable. Puede que el no la deseara lo suficiente. Eso era algo que también había aprendido escuchando a los criados: algunos hombres solo podían ser "activos" cuando la mujer les gustaba.

En vista de que el seguía en silencio, se aclaró la garganta.

-¿Es por mi culpa, Hill?

Quería saberlo y al mismo tiempo no quería saber nada en absoluto; le parecía que su corazón se estaba rompiendo en mil pedazos. Sin duda su padre tenía razón cuando le dio gracias al cielo por tener la oportunidad de entregarla en matrimonio a un hombre que nunca la había visto.

-No tiene nada que ver contigo-afirmó él-Intenté decírtelo antes de la boda, Gabby. Nunca me recuperé por completo del accidente.

-¡Oh!

-Cada vez que hago el amor, debo soportar las consecuencias.

-¿Qué consecuencias?

Su corazón parecía más ligero de repente.

-¿Has oído hablar de las migrañas?

-Vagamente.

-Son unos dolores de cabeza muy violentos acompañados de nauseas y vómitos que duran de tres a cinco días. Durante ese tiempo no puedo moverme.

-¿No se puede hacer nada?

-Si permanezco en la oscuridad, sin comer, duran menos.

-¿Pero no existe ningún medicamento que pueda aliviarte?

El negó con la cabeza.

-¿Te dolió cuando estuvimos en la biblioteca?-preguntó ella en voz muy baja-Me lo deberías haber dicho.

El esbozó una sensual sonrisa.

-¿Parecía estar sufriendo?

-Si…Eh… ¿no?

El rompió a reír.

-Sufría, Gabby, pero no era el mismo tipo de dolor.

Acarició su mejilla pero ella le apartó la mano.

-¡No hagas eso! Cuando me tocas no puedo pensar. ¿De que tipo de dolor estas hablando?

Sus ojos tenían el color de las hojas en otoño, pensó el. Como avellanas. Las palabras no bastaban para describir la manera en que cambiaban según la luz. Se inclinó para besarla.

Ella se sobresaltó y el tomó sus labios, tan tiernos, entre los dientes. Luego le desató el cinturón de la bata y lo hizo deslizar por los hombros.

-¿Parece que esté sufriendo?-murmuró.

-No.

Consiguió soltarse haciendo un enorme esfuerzo.

-Me estás confundiendo. ¿Si en la biblioteca no sentías dolor, que es entonces lo que provoca las migrañas? Sigo sin entenderlo.

Ella se estaba retorciendo las manos y entonces él lo entendió.

-No sabes de que estoy hablando ¿no es así?

-¡Claro que lo sé!-exclamó ella-Puede que no conozca los detalles pero tengo una idea general. Y quiero puntualizar que seguramente otras mujeres están en mi misma situación. Mi madre murió al darme a luz ¿sabes? y no puedo imaginarme a mi padre explicándome como son las relaciones intimas entre un hombre y una mujer.

En realidad su padre había sido de lo más directo:

-"Si no se muere de cansancio antes de la boda oyéndote parlotear, entonces se dará a la bebida. Mejor él que yo. De modo que, te suplico que contengas la lengua hasta que se ponga la soga al cuello."

Gabby perdió un poco de su seguridad.

-No sé a que te refieres exactamente-reconoció-¿Me lo quieres explicar? Me molestaría mucho provocarte una jaqueca.

Estaba roja de vergüenza.

Quill la cogió entre sus brazos y se la puso encima de las rodillas, ahogando un gemido de placer cuando sintió su peso en los muslos.

Gabby, sin mirarle, se tapaba las mejillas con las manos para ocultar el rubor.

El permitió que su mano se deslizara hasta uno de sus pechos e, instintivamente, ella se arqueó hacia el. El emitió un pequeño gruñido.

-¿Te duele? ¡Dios mío! ¿Te sientes mal?

Parecía a punto de ponerse en pie de un salto y el estuvo a punto de romper a reír.

-No.

Se calló, distraído con el ligero estremecimiento que la recorrió mientras acariciaba su rosado pezón.

-¿Sabes Gabby? Nunca me había casado.

-Lo…lo sé-balbuceó ella.

Tenía que detenerle porque no podía pensar en nada que un fuera lo que le estaba haciendo.

Como si él lo hubiera adivinado, se detuvo, con la mano sosteniendo su pecho. Ella vibraba como la cuerda de un violín bajo el arco.

-Nunca he estado casado-continuó el-de modo que nunca he hecho el amor de verdad. Solo he mantenido relaciones sexuales. Parece que la cosa es muy distinta.

La única persona con la que había hablado un tema tan personal era su antiguo compañero de clase, Alex Foakes, el conde de Sheffield. Después de una velada en la cual ambos habían bebido bastante, Alex había confesado que después de haber hecho el amor con su esposa, una relación con cualquiera otra mujer le habría parecido demasiado insípida.

-Muy…-repitió ella.

El no sabía lo que Gabby estaba pensando. No podía ver su rostro, pero habría jurado que se estaba mordisqueando el labio inferior.

-¿Cuándo tenías relaciones con esas mujeres, después siempre tenías jaqueca?

-Si.

Su pulgar había empezado de nuevo a acariciarla.

-Me extrañaría que el matrimonio cambiara algo-dijo ella con una lógica inesperada-Me temo que nos veremos obligados a adaptarnos. A mi me parece que es una reacción puramente física. Una de mis amigas de la India, siempre vomitaba cuando comía papaya.

Quill suspiró.

-Me gustaría que fuera cosa de la papaya.

-¿Se lo has dicho a los médicos?

-Si; incluso consulté con sir Thomas Willis en persona. Es un especialista en migrañas. Tuvo la caradura de decirme que debía estar equivocado en lo que decía porque, según él, las migrañas no podían ser el resultado de una herida en la cabeza.

-¡Vaya fastidio! ¿Y conseguiste convencerle?

-Cuando tuve la siguiente crisis, le hice venir a mi casa. Willis admitió que yo parecía estar sufriendo una jaqueca, pero como está convencido de que los dolores de cabeza se deben a una debilidad en las venas del cerebro, dijo que yo era una excepción. Finalmente concluyó que no había otro remedio aparte del laudazo.

Gabby puso una mano encima de la de el para que se quedara quieto pero el se negó a abandonar su pecho.

-Tenemos que hablar del tema tranquilamente, Quill. Necesito que me hables de…del acto conyugal. Vamos a tener que determinar que es exactamente lo que provoca los dolores de cabeza para que podamos evitar hacerlo. Así fue como Sudhakar descubrió porque Leela vomitaba y adelgazaba. A ella le encantaban las papayas y siempre comía demasiadas.

-Adoro tus pechos… ¿Quién es Sudhakar?

Ella levantó la vista hacia el.

-Si no te estás quieto me sentaré en otra parte-le regañó.

-Me estaré quieto-prometió el encerrándola entre sus brazos.

La calidez de Gabby ahuyentaba su desesperación. Quizá pudiera darle placer a ella y olvidarse del suyo propio.

Ella se removió despacio sobre sus piernas.

-Sudhakar es el *vaidya* del pueblo donde crecí. Un *vaidya* es una especie de médico especialista en venenos. Le explicó a Leela que se estaba envenenando porque la papaya y su estómago eran incompatibles. Se me ocurre que podría escribirle a Sudhakar.

-¡Ni hablar! No tengo ningún interés en que mis problemas sean tema de conversación en tu pueblo, Gabby. Además, si los mejores médicos de Londres no pueden hacer nada por mi, me extrañaría que un brujo hindú lo hiciera mejor.

Ella estaba abriendo la boca para protestar, pero el le puso un dedo en los labios.

-Prométemelo, mi querida esposa. Estas jaquecas son algo privado y no quiero hablar de ellas con nadie.

-Pero, Quill…

-No.

-De acuerdo-suspiró Gabby-Tendremos que arreglárnoslas solos. ¿Podrías explicarme que es la felicidad conyugal? Sucede por la noche en una cama pero, ¿qué es lo que vamos a hacer?

Quill la miraba divertido. Ella tenía la expresión de curiosidad que podría haber tenido si hubiera estado preguntando por el camino hacia Londres. No contestó.

En cambio se apoderó de esa charlatana boquita para hacerla callar. Ella no protestó demasiado y pronto sus lenguas se entremezclaron.

Hábilmente la tumbó en la cama y rodó con ella.

La acariciaba con ardor. Una vocecita le decía que no podía permanecer toda la tarde en la cama, que debería estar organizando los funerales de su padre y consolando a su madre; aunque Peter se estuviera encargando de esto último mejor que el; y tenía que enviar cartas a varios sitios.

Ahuyentó esa molesta voz y se inclinó sobre el seno de Gabby besándolo a través de la fina batista.

-¡Quill! ¡Detente!

El deslizó obstinadamente una mano bajo la camisola de ella y Gabby intentó de forma instintiva colocársela bien, pero el se lo impidió con la cadera.

Gabby ya no sabía demasiado bien donde estaba, cuando la mano de él…

-¡Quill no!

Profundamente sorprendida, consiguió cerrar las piernas y rodar a un costado.

Quill, todavía aturdido por la suavidad percibida, la dejó hacer.

Ella se arrodilló sobre la cama, ruborizada y le lanzó a su marido una mirada malhumorada.

-No debas volver a hacer eso. Es…es una abuso. ¡Peor que un abuso!

No encontraba una palabra lo suficientemente fuerte para expresar su indignación.

-Lo deseaba-contestó el con una sonrisa-Y todavía lo deseo-añadió estirando la mano hacia sus rodillas.

Ella se bajó la camisola y retrocedió sobre la cama.

-Vamos a tener que hablar de todo esto con tranquilidad. Hay algunas libertades que no te permitiré nunca. ¡Están prohibidas por la iglesia!

El estalló en carcajadas.

-Te estas comportando como una monja, o mejor, como un obispo.

-¡No es divertido!-protestó ella cruzando los brazos sobre el pecho-Sea lo que sea que llaman "acto de amor", sé que no incluye algo tan indecente como lo que acabas de hacer. ¡Tocarme…ahí! ¡Pero bueno!

Esta vez Quill ya no pudo parar de reír, liberándose de ese modo de toda la tensión y la tristeza del día.

-¡Por Dios que divertida eres, Gabby!

Furiosa, ella se dirigió dando zancadas hacia la puerta y tiró del cordón para llamar. Esperaba que Margaret no hubiera salido a dar un paseo, porque era necesario que la vistiera inmediatamente. Esforzándose por ignorar a Quill, se dirigió hacia el armario y lo abrió. No tenía nada negro, pero encontró un traje de paseo.

¡Muy bien, se iría a dar un paseo!

Quill seguía tumbado en la cama y ella se puso los puños en las caderas.

-Me gustaría que salieras de mi dormitorio-le ordenó fríamente-Margaret va a venir a vestirme.

¡Dios que atractivo era! Pensó sin poderlo evitar. Era todo músculos y gracia, así apoyado despreocupadamente sobre el codo.

-¿Y si te dijera que ese tipo de caricias son habituales?

-Ninguna dama digna de tal nombre permitiría ese tipo de cosas-declaró ella sin la sombra de una duda-Si mi padre supiera…

Se interrumpió. Era absolutamente inconcebible.

-¡Eres un pervertido!-dijo-¡Y además has mirado!

-Eres hermosa-declaró el entrecerrando los ojos-Te miraré una y otra vez, mañana y noche.

-¡Nunca! No me extraña que hayas tenido que soportar dolores de cabeza si te dedicas a ese tipo de distracciones.

Haciendo un gran esfuerzo, Quill consiguió no reírse, pero Gabby leyó la diversión en su mirada y se enfadó.

Margaret llamó discretamente a la puerta y la joven abrió bruscamente la puerta.

-¿Dónde te habías metido?-la regañó injustamente-¡No me voy a pasar todo el día en camisa!

Quill se levantó tranquilamente y se acercó a su esposa para murmurarle al oído:

-Te gustará ¿sabes? Y me suplicaras que lo haga otra vez.

-¡Nunca!-susurró Gabby furiosa.

-¿Quieres apostar?

-Las apuestas son el pasatiempo del demonio-replicó ella-Voy a terminar creyendo que te educaron sin el menor sentido de la decencia.

Margaret estaba ocupada buscando la ropa interior y Quill dio via libre a sus impulsos. Cogió a su encantadora esposa entre sus brazos y la sujetó por las nalgas para apretarla contra el.

-Gabby-dijo con voz ronca-no solo voy a tocarte por todas partes, sino que además te besaré en todos esos lugares.

Diciendo esto, abandonó la habitación.

Mientras Margaret le anudaba el corsé, Gabby se dijo que al menos su padre no se iba a enterar de la perversidad de Quill. Estaba completamente segura de que a el nunca se le había ocurrido algo así. ¡Ni a ningún otro hombre en toda la Creación!

Paseó por las calles como un autómata con Margaret unos pasos detrás de ella. Estaba segura de que Quill haría caso omiso a sus negativas. Al contrario, tenía intenciones de tocarla, mirarla y…besarla.

La recorrió una oleada de calor.

Desde luego su padre tenía razón, ella era la mismísima hija del diablo. El aire frío justificaba el color de sus mejillas, pero nada podía explicar el calor que irradiaba su vientre ni la debilidad de sus piernas.

Sin embargo caminaba con la cabeza alta. Una vez que volviera a Londres se convertiría en una hija del demonio. Ya que, dijera su padre lo que dijera, siempre había pensado que el diablo no se preocupaba demasiado por su parloteo. Por el contrario, su comportamiento…

Sin embargo, esa perspectiva no la preocupaba tanto como debiera. Suspiró. Desde que tenía quince años sabía muy bien que se burlaba de los convencionalismos. Había sido educada por criados hindúes, que fingían respetar sus creencias pero no por ello eran menos hinduistas. En cuanto a su padre, a menudo olvidaba que había sido escogido por Dios para ser misionero, sobretodo cuando se metía en un nuevo negocio.

Después de tres cuartos de hora, Margaret estaba agotada, pero Gabby se había tranquilizado un poco. Con más convicción de la que dedicaba a la religión, su padre le había inculcado la idea, desde su más tierna edad, de que las esposas y las hijas debían someterse a los hombres.

Lo cual significaba, se dijo esforzándose por ignorar el traidor calor en los riñones; que su deber era someterse a las pecadoras prácticas que le impondría Quill.

Entró ene l hotel. Después de una cena en familia en un salón privado, su esposo la acompañó nuevamente a su dormitorio.

Le hizo una solemne reverencia antes de dejarla y le murmuró al oído estas palabras:

-Ardo, Gabby, me consumo…

Capitulo 15

Contrariamente a lo que había imaginado, Gabby no pasó su noche de bodas lamentándose por estar sola, sino dando vueltas al problema de las migrañas de Quill. Tenía que hacer algo. No aceptaba las conclusiones de los médicos, forzosamente tenía que haber algún remedio. Era una pena que Quill le hubiera prohibido terminantemente consultarlo con Sudhakar.

Se mordió el labio. A veces se hacía necesario traicionar la confianza de los demás, sobretodo cuando era por su propio bien. A lo mejor Sudhakar no tenía ninguna solución y entonces Quill no se enteraría de nada.

Finalmente se levantó para ir a sentarse delante del escritorio que estaba en un rincón del dormitorio. Iba a romper una promesa, pero era por el bien de su marido.

De modo que le escribió una carta a Sudhakar exponiéndole el problema tan claramente como pudo, el *vaidya* decidiría si podía ser de ayuda.

Después de pensarlo un momento, escribió también una carta para su padre, contándole que se había casado y que como consecuencia del fallecimiento de su amigo Thurlow Dewland, ahora era vizcondesa. Después, sin darle demasiados detalles, le rogó que intercediera ante el *vaidya* para que se ocupara de la salud de su marido.

Se durmió hecha un ovillo y soñó que bailaba con Quill, al cual no parecía que le doliera la pierna. Ella se lo hizo notar y el sonrió respondiendo que eso era debido a que se encontraban en una pradera. Efectivamente, estaban bailando sobre la hierba cerca de un estanque lleno de ranas.

Se despertó cuando su doncella abrió las cortinas.

-Ya es hora de que se levante, milady-dijo Margaret-Los carruajes están esperando para llevarles a Kent. Han cubierto una de negro hasta el techo-precisó dándose importancia.

Gabby le lanzó una mirada interrogante.

-Por el fallecido vizconde-prosiguió la doncella-A eso le llaman un palio.

La joven se estremeció, pero Margaret continuó hablando animadamente de las plumas que adornaban la cabeza de los caballos y de las telas de crepé negro que ocultaban los cristales de los carruajes, incluido el de los criados

El lúgubre cortejo llegó a la propiedad de los Dewland hacia las cuatro de la tarde. Quill sostenía la mano de Gabby pero no pronunció una sola palabra en todo el viaje. Al cabo de dos horas aproximadamente, ella se preguntó cuanto tiempo sería el capaz de permanecer en silencio. Sin embargo si que respondió a algunas preguntas cuando se detuvieron a

comer en una posada e incluso la aturdió un momento cuando la besó en un rincón. Pero lo hizo sin pronunciar palabra y volvió a caer en su mutismo en cuanto volvió a subir al carruaje.

Gabby se volvió loca durante al última hora de viaje, preguntándose como iban a poder vivir en armonía una mujer que hablaba demasiado y un hombre que no veía la utilidad de las palabras.

Kitty Dewland, sentada frente a los recién casados, parecía estar bien. Seguramente todavía no había asimilado que su marido había muerto. En cuanto a Peter, durmió la mayor parte de la tarde conservando a pesar de eso una postura tan rígida que cuando legaron a su destino, su abrigo de terciopelo no tenía ni una sola arruga.

La mansión ya estaba decorada de luto, el enorme salón estaba revestido de seda negra y los criados llevaban brazaletes y guantes negros.

En los días que precedieron a los funerales, Gabby vio muy poco a su esposo el cual se pasaba la mayor parte del tiempo inspeccionando sus tierras en compañía del administrador.

-Ya no puede montar a caballo-le explicó un día Kitty-Y así lleva mas tiempo porque desde un carruaje no se ven bien los campos.

En las comidas el se sentaba a su lado, pero las conversaciones giraban en torno a temas sin importancia o se extinguían por si mismas. Kitty había cogido la desconcertante costumbre de pasar de un tema ligero a tener una crisis de llanto desgarrador. Gabby por su parte, estaba preocupada por Kasi Rao y cada vez escribía más cartas a Londres y a la India.

La víspera del funeral se encontró sola en la salita de desayuno. Mientras se comía un scone, se sorprendió, con un gran sentimiento de culpabilidad, deseando que la ceremonia ya hubiera pasado.

Alguien entró en la salita y su corazón se saltó un latido. Era Quill.

-Gabby.

Ella inclinó educadamente la cabeza.

-Buenos días, milord.

-Mujer-dijo el despacio inclinándose hacia ella.

¿Qué se suponía que tenía que responder? “Marido” le parecía estúpido sobre todo cuando el “mujer” de Quill tenía un tono posesivo.

El acarició sus labios.

-¿Has dormido bien?

El estaba sonriendo. Había decidido que si la cortejaba un poco sentiría un deseo menos voraz por su deliciosa esposa.

-No-replicó ella mirándole con sus enormes ojos almendrados-No duermo bien. Te echo de menos…esposo-añadió en un murmullo.

A Quill le costó un triunfo no levantarla en sus brazos para llevarla al dormitorio.

Tomo aire profundamente.

-¡Maldición Gabby! Se supone que deberías mantener una conversación agradable en lugar de lanzarme de lleno a la lujuria. ¡Mira en que estado me pones!

Se estaba mirando los pantalones, pero ella, que había seguido su mirada, no vio nada extraño.

Al ver que el se echaba a reír, ella puso una expresión muy seria.

-No le veo la gracia-dijo muy estirada.

El se inclinó bruscamente y tomó los labios de su pequeña vizcondesa en un largo beso que envió oleadas de fuego por todo su cuerpo.

Cuando levantó la cabeza, los ojos de Gabby había tomado un tono ámbar y estaban ligeramente velados. Quill le cogió la mano, le besó la palma y luego la posó sobre su sexo endurecido. Ella intentó soltarse dando un grito asustado.

-¿Recuerdas lo que prometí que te haría?-preguntó el con voz profunda.

Ella asintió.

-¿Harás tu lo mismo conmigo?

Ella abrió los ojos con sorpresa. Al menos Quill esperaba que fuera sorpresa y no horror. Soltó su mano ya para gran alegría suya, ella no apartó la suya…lo cual al mismo tiempo era una nueva forma de tortura.

Fue él quien puso la pequeña mano sobre la mesa, de lo contrario hubieran acabado haciendo el amor sobre la alfombra.

Ese beso y ese contacto no aliviaron en nada el estado de Quill. De hecho, cuando lady Sylvia hizo su entrada en compañía de dos de sus “Gracias”; *Belleza* había sido relegada a las habitaciones de los criados ya que el cambio de decoración no había mejorado el estado de su vejiga; se vio obligado a permanecer sentado y a engullir cinco tostadas mas porque no podía levantarse.

El vizconde descansó toda la mañana del día siguiente en el coro de la capilla. Si Gabby había conocido a toda la alta sociedad de Londres en el baile de lady Fester, ahora conoció a los nobles provincianos reunidos alrededor del féretro y se sorprendió al ver lo cansado que era.

Se pasó el tiempo haciendo reverencias, aceptando las felicitaciones por su boda, enfrentando las miradas asombradas cuando los demás comprendían que no se había casado con su prometido sino con su hermano mayor, el actual vizconde.

Oyó por casualidad una conversación en la cual una tal lady Skiffing afirmaba que había cambiado de chaqueta al comprender que Quill era el heredero del título. El tono admirado de la dama en cuestión no tranquilizó demasiado a Gabby.

Al final de la mañana, por fin vieron como se iban los últimos visitantes y en el salón revestido de negro solo quedó el notario, el señor Jennings, de la firma Jennings & Condell.

La viuda estaba sentada en un sofá, pálida y cansada. Lady Sylvia estaba a su lado como el epítome de la elegancia del luto. Gabby, con las manos apretadas encima de las rodillas, evitaba mirar a Quill.

El mayordomo anunció que veinte minutos más tarde se serviría una ligera comida.

-Estaré en mi dormitorio-murmuró débilmente Kitty.

-Sería mejor que comieras un poco, mamá-objetó Peter.

-Sería incapaz de hacerlo.

-Ya es hora de que pienses en el futuro, Kitty-intervino lady Sylvia.

-Leeré el testamento del vizconde después del almuerzo-dijo el señor Jennings.

Lady Sylvia le hizo callar con un gesto.

-Si, si. No me refería a usted Jennings. Estoy segura de que no hay nada interesante en el testamento de Thurlow. Kitty, quería preguntarte que deseas hacer ahora.

-¿Hacer?

Kitty parecía comprender apenas lo que le decían.

-Voy…voy a retirarme a mi dormitorio. Y luego volveremos a Londres.

-Cuando Lionel murió, lloré sin parar-declaró lady Sylvia-Me convertí de pronto en una fuente. Tienes que saber que es necesario llorar un poco, pero quedarte en la casa donde viviste con tu marido no es una buena idea.

-Nunca podría…

-Si que podrás-cortó secamente Sylvia-Tienes una cierta propensión a la melancolía incluso cuando las cosas van bien. No quiero ver como te vienes abajo sin hacer nada. Vamos a irnos de Inglaterra. Llorará igual en Suiza que en Londres.

-¿Cómo puedes siquiera pensar que me vaya de la casa en la que Thurlow fue feliz?-sollozó la vizcondesa-No pensé que fueras tan insensible, Sylvia.

-No soy insensible, Kitty, pero no es cuestión de que te revuelques en el dolor. Piénsalo, dos viudas no pueden vivir con una pareja de recién casados. ¿Crees que Gabrielle y Quentin serían felices si te vieran deshecha en llanto sobre tu plato en cada comida?

Gabby lanzó una mirada llena de indignación a lady Sylvia.

-Quill y yo no querríamos que abandonara su casa por nuestra culpa, lady Dewland. Ni siquiera pensamos mostrarnos alegres-añadió con algo de torpeza.

-Lo hayas decidido o no, pequeña, desde luego no lo serás si Kitty se pasa los días lamentándose a tu lado.

Kitty se secó los ojos con el pañuelo que le tendía Quill.

-Tienes razón, Sylvia-admitió por fin-No deseó ser una carga para mis queridos hijos.

-¡Usted no sería una carga!-exclamó Gabby-Y mas bien somos nosotros los que deberíamos abandonar la casa.

Kitty sonrió a través de sus lágrimas.

-¡Como te habría querido tu madre, Gabrielle! Pero vosotros no podéis iros porque esta propiedad le pertenece a Quill ahora. Supongo que la casa de la viuda es mía ahora-dijo mirando al notario.

Jennings asintió y ella continuó:

-Entonces me instalaré allí, de ese modo no molestaré a nadie.

-¡Por el amor de Dios Kitty, me irritas hasta el punto de provocarme palpitaciones!-ladró lady Sylvia-Thurlow odiaría que te enterraras en el campo. Si cuando volvamos del continente todavía tienes deseos de convertirte en eremita, eres muy libre de hacerlo. Mientras tanto, me muero de ganas de volver a ver Paris antes de morir y tú vendrás conmigo. Si no podemos ir a Francia por culpa de ese condenado Napoleón, viajaremos por el resto de Europa.

-No voy a poder-gimió Kitty.

Quill le dio unas palmadas en la mano.

-Deberías aceptar, madre. Un cambio de aires te vendría bien.

-Supongo que después de todo no importa el lugar en el que me encuentre-murmuró ella volviendo a caer en la apatía.

-Ya estamos-gruñó lady Sylvia-Tengo que hacerla reaccionar de lo contrario se marchitará. Kitty es débil, siempre lo ha sido, incluso cuando éramos pequeñas.

Peter se sentó al lado de su madre.

-¿Podría ir con vosotras, mamá?

Las lágrimas seguían cayendo por las mejillas de Kitty.

-Desde luego sería mejor que Peter fuera con vosotras-hizo notar Quill.

El problema parecía estar solucionado.

-No iremos en el *White Star*-anunció Sylvia-Va a Nápoles y lady Fane me dijo que esa ciudad estaba llena de ingleses el año pasado. Y creo que es un hermoso lugar. Además le pedí a Jennings que se ocupara de todo.

El notario carraspeó.

-Me tomé la libertad de reservar pasajes para lady Breaknettle, lady Dewland y sus doncellas. Me será fácil conseguir un pasaje para usted y su ayuda de cámara, señor Dewland. El *White Star* zarpa de Southampton dentro de tres días.

-¡Tres días! ¡No, es imposible! ¡Imposible!-se lamentó Kitty.

Se volvió, suplicante, hacia su hijo mayor.

-No tendrás que hacer nada-la tranquilizó Sylvia-Le he ordenado a Stimple esta mañana que empezara a hacer tu equipaje y a estas horas ya debe haber

terminado. Por otra parte no tienes que llevar gran cosa. Podemos comprar topa allí.

Kitty, sin responder, empezó a sollozar con más fuerza apoyada en el hombro de Peter, y Quill le tendió otro pañuelo.

Después de la comida, la familia se dirigió a la biblioteca, donde el notario se aclaró la garganta dándose importancia antes de comenzar a leer.

El testamento empezaba con una piadosa declaración:

-"Que se haga Vuestra voluntad, Dios mío. Yo Thurlow Dewland, sano de cuerpo y mente, gracias a Vos…"

Gabby permitió que su mente divagara mientras el señor Jennings leía la larga lista de donaciones para los criados de la casa de Londres y a los de Kent. El vizconde legaba dinero para los pobres de la parroquia y cincuenta libras para restaurar el techo de la capilla.

Kitty, destrozada, hizo notar que Thurlow siempre había pensado en los demás.

La lista continuaba con las deudas que debían pagarse por la propiedad. Jennings precisó que había un codicilo fechado en enero: el vizconde prohibía terminantemente que se pagara la factura presentada por un tal señor Firwald ya que había jurado no pagarle nunca la inaceptable mercancía que el susodicho señor Firwald le había proporcionado.

Quill frunció el ceño.

-Páguele de todos modos.

Jennings asintió y tomó nota.

-¿Por qué vas en contra de la voluntad de padre?-preguntó Peter.

-Fue Firwald quien le vendió a padre el jarrón de cristal que le regaló a madre en Navidad.

-¡Ah! Entiendo-dijo Peter.

-Hay que respetar los deseos de Thurlow-protestó Kitty.

-El jarrón se rompió un día que papá estaba furioso-recordó Peter con tacto.

-Afirmaba que había una falla en el cristal-replicó Kitty sin demasiada convicción.

-Padre siempre tuvo una profunda aversión por las facturas-intervino Quill, divertido.

El tema parecía cerrado y el señor Jennings continuó con los donativos de menor importancia. Un primo que vivía en Buckfordshire recibiría un colmillo de marfil esculpido y el cabecero de una cama de dosel ya que a dicho primo le gustaba mucho mientras que a la vizcondesa no le gustaba demasiado.

-“A la prima de mi esposa, lady Sylvia, le dejo un cuenco de plata de Italia que hay en el salón amarillo. Queda a su elección si lo usa para ella o como escudilla para esas horribles criaturas que ella llama Gracias”

-¡Que descaro!-dijo lady Sylvia quien sin embargo parecía contenta.

-“Para mi adorada esposa, Catherine, el doble de la renta consignada en nuestro contrato matrimonial porque es mi deseo que siga viviendo como la que fue mi mujer”

Kitty lloró con más fuerza y el señor Jennings esperó un poco antes de detallar el usufructo y las dependencias cerca de la mansión.

-“A mi hijo pequeño, Peter Dewland, le dejo una casa y sus dependencias situadas en Londres. Una propiedad en los alrededores de Kingston con sus granjas, establos y jardines, así como la cuarta parte de las rentas de mi propiedad en Kent y el derecho a residir en la propiedad familiar.”

-Generoso, muy generoso-aprobó lady Sylvia.

-“A mi hijo mayor y heredero, Quentin Mathews Claudius Dewland, le dejó el resto de mis bienes terrenales, es decir, la mansión de Londres, la casa de Kent y todos los muebles, plata y joyas”

Jennings se interrumpió.

-Creo que teniendo en cuenta los acontecimientos recientes el difunto vizconde habría suprimido el último codicilo-dijo-“Considerando las circunstancias, es poco probable que mi hijo mayor pueda tener un heredero varón, de modo que animo fervientemente a mi hijo Peter a que se case, recordándole que los Dewland son un noble y antiguo linaje. Deseo igualmente que Quentin designe a su hermano como heredero ya que Peter será vizconde después de el. Mis hijos saben que siempre he creído que un caballero no debería trabajar para ganarse la vida, sin embargo hice una excepción con Quentin Matthew Claudius. En el caso de que Peter no tuviera medios para vivir como corresponde a un futuro vizconde, ordeno a Quentin Matthew Claudius que comparta el dinero de sus negocios con su hermano y heredero.”

Se hizo el silencio mientras Jennings colocaba los papeles.

-Padre siempre tuvo tendencia a disponer del dinero de los demás-dijo al fin Peter, incómodo-No tenía derecho a darme Henley Street ¿no fuiste tú quien la compró, Quill?

Este se encogió de hombros.

-No la necesito.

-Yo creo que Jennings tiene razón: Thurlow habría quitado ese codicilo-comentó lady Sylvia-No me gusta lo que dice de tus negocios, Quentin. Es hipocresía puro. Todo el mundo sabe que el dinero se le escapaba entre los dedos y que se habría encontrado en una situación muy incómoda si tu no hubieras hecho una fortuna tan grande.

-A mi no me consultó-explicó Kitty-de lo contrario le hubiera dicho que nuestro querido Quentin siempre lo compartió todo con su hermano, incluso cuando eran pequeños.

-Me disculpo en su nombre-añadió Peter-Padre no debería haber reducido de este modo tu herencia, ni ordenarte que me ayudaras.

Quill esbozó una sonrisa.

-Todo eso carece de importancia. Por otra parte, padre tenía razón en cierto modo. He cogido la vulgar costumbre de ganar dinero y me negué a parar cuando me lo pidió. Eso era lo que mas le molestaba. ¿Por qué no deberías aprovecharte tú también?

-Thurlow ha sido muy generoso con Peter-objetó lady Sylvia-Podrá vivir muy cómodamente con las rentas de Henley Street, eso por no mencionar su parte en la propiedad de Kent. Tu le dejarás tu fortuna a tus propios hijos, Quentin.

El aludió se sobresaltó y miró a Gabby quien le respondió con una sonrisa. No había pronunciado una sola palabra durante la lectura del testamento.

-Bueno, las cosas no han ido mal-concluyó Sylvia agitando su pachuelo-Gracias a Dios, Thurlow no se creyó obligado a abrumarnos con consejos. He oído decir que el marqués de Granby escribió en su testamento que las aventuras de su sobrino con sus amantes eras inadmisibles y que esa era la razón por la que solo le dejaba tres mil libras de renta al año. ¡Y eso se leyó en voz alta delante de la esposa del sobrino!

Gabby ayudó a Kitty a levantarse.

Quill contempló la brillante cabellera de su esposa imaginándosela llevando el hijo de ambos. Había sido un estúpido al negarse a pensar en el futuro. Después de su accidente se había resignado a no tener ni esposa ni hijos. ¿Qué mujer le querría con su limitación física? Y sin embargo, había seducido a Gabby.

Porque no conocía tu incapacidad, le recordó una voz en su interior.

Sin embargo, Gabby no pareció dar mucha importancia a eso cuando se enteró. No se había enfadado y tampoco amenazó con hacer anular el matrimonio.

Además no dejaba de mirarle de reojo y Quill sabía muy bien lo que eso quería decir; se temía que estaba transfiriendo hacia el toda la adoración que antes había sentido por Peter. Hasta ahora no se había preguntado porque razón eso era algo tan importante para el.

Petrificado, se imaginó a Gabby con un recién nacido en los brazos y dirigiéndole una sonrisa parecida a la que a menudo le obsequiaba a el, una sonrisa llena de confianza y cariño. Esa simple idea despertaba en el una gran alegría y orgullo.

Jennings le miró y decidió hablar con el joven vizconde mas tarde para arreglar con él algunos problemas relativos a la propiedad de su padre. Por

el momento parecía trastornado. Se preguntó si le habría sentado mal el codicilo de su padre, pero por otra parte ¿acaso había forma de tomárselo bien? A fin de cuentas el codicilo decía casi abiertamente que el nuevo vizconde era impotente.

Subieron las escaleras y se separaron hasta la hora de la cena. Gabby se dirigió lentamente hacia el lujoso dormitorio reservado para la vizcondesa al cual Kitty había renunciado en cuanto llegaron a la mansión. Cuando Gabby protestó, ella había respondido que no veía la necesidad de tener una puerta que comunicara con la habitación de su hijo. La oven se había ruborizado y desde entonces hacía esfuerzos por obviar esa puerta

Entró en la habitación tapizada de seda verde y miró justamente dicha puerta, detrás de la cual se encontraba el dormitorio de Quill. ¿Qué sensación le produciría dormir en la cama de su padre? ¿Qué sentía al saber que ella estaba al otro lado de la pared?

Como siempre que estaba indecisa, se mordisqueó el labio inferior.

Los funerales ya se habían terminado y el vizconde había sido enterrado; pero si ellos hacían el amor esa noche y luego Quill tenía que soportar varios días de jaquecas no podría acompañar a su madre a Southampton y estaba segura de que a el le gustaría volver a Londres lo mas rápidamente posible. Seguramente sería incapaz de viajar estando enfermo.

Por primera vez, Gabby entendía las consecuencias del problema físico de su marido. ¿Cuándo podría permitirse tener tres días de vacaciones? Por lo que había podido comprobar en Londres antes de su matrimonio, Quill trabajaba mucho y le gustaba hacerlo. ¿Podría abandonarlo todo durante tres días?

Levantó los ojos al oír que la pesada puerta se abría. Era él.

-Buenas noches esposa-dijo.

Ella enrojeció. ¿Debería hacerle una reverencia incluso en la intimidad del dormitorio?

Los ojos de Quill brillaban con tanto deseo que ella se olvidó de todo lo demás.

El se dirigió hacia ella como un tigre sobre su presa y ella retrocedió como una gacela asustada.

-La campana de la cena va a sonar en pocos minutos-observó ella nerviosa.

Quill sonreía.

-En efecto-dijo con una voz de terciopelo que la hizo estremecer-Quizá podamos decir que nos traigan una cena ligera aquí, a tu dormitorio. O quizá debiera decir nuestro dormitorio-rectificó lanzando una ojeada a la puerta de comunicación.

Gabby tenía la garganta seca.

-Tenemos que hablar, Quill.

-¿Sabías que en tu caso hablar es una obsesión?-preguntó él riendo.

Ella hizo una mueca.

-Mi padre dice que las mujeres son incapaces de mostrarse lógicas, pero él con frecuencia es bastante incoherente.

Quill se estaba acercando de nuevo.

-Algún día tienes que hablarme de él. Me parece que está un poco loco.

-No lo está-protestó Gabby batiéndose en retirada-Quill, de verdad, tenemos que hablar antes de…ir mas lejos.

Se quedó repentinamente helado, pero procuró no demostrarlo.

-¿Has decidido que preferirías anular el matrimonio?-dijo como si le estuviera ofreciendo una taza de té.

-He dicho una conversación seria, Quill-masculló ella yendo a sentarse cerca de la chimenea.

El se sentó frente a ella.

-De acuerdo Gabby. ¿De que quieres que hablemos?

El cojeaba desde el entierro. Su pierna ya no podía soportar los grandes recorridos por la propiedad. Durante la recepción había percibido muchos comentarios dichos en voz baja, relativos a su condición física. Seguramente Gabby no había entendido hasta este día el alcance de su incapacidad.

-Estoy preocupada por la…consumación del matrimonio-dijo ella con dificultad.

-¿Crees que seré incapaz de hacerlo?

-¡No! Bueno…

Quill se dirigió a la ventana y se quedó allí, dándole la espada. Ya casi era de noche y el jardín estaba iluminado por la luz que salía de las ventanas de la casa. Notó distraído que los rosales no habían sido podados correctamente.

-Lo entendería si quisiera anular el matrimonio ahora que ya has tenido tiempo de pensar, Gabby.

Parecía totalmente indiferente.

-Para ser sincero, no me preocupa demasiado tener o no un heredero-continuó-Y nadie se enfadaría si rompemos. Puedo pedirle a Jennings que empiece con el procedimiento inmediatamente.

Al ver que ella no contestaba, se dio la vuelta de mala gana. Ella le estaba fusilando con la mirada.

-¿Y bien?-preguntó el con tono neutro y educado-No nos estamos peleando Gabby. Como dijiste, somos amigos.

-En ese caso, me gustaría que te sentaras en vez de quedarte ahí de pie de forma tan melodramática. ¡Vamos a mantener una conversación seria, Quentin Matthew Claudius Dewland!

El sonrió sin alegría.

-Puesto que has estado escuchando tan atentamente el testamento de mi padre, habrás podido notar que insinuaba que yo nunca podría tener hijos.

Se sentó con un nudo de amargura en la garganta.

-Al decir conversación seria-continuó Gabby-me refería a que…antes de…

Quill esperaba en silencio sin ayudarla.

-¡Oh, no consigo encontrar las palabras adecuadas!-exclamó ella frustrada.

Antes de que el pudiera hacer un solo gesto, ella se había puesto en pie de un salto subiéndose a sus rodillas y pasándole los brazos alrededor del cuello.

Sintió que el se tensaba u poco y que luego se relajaba, entonces se apoyó en su hombro. El ya no podía mirarla y ella se sentía mas tranquila de ese modo.

-Para empezar-declaró-me gustaría que dejaras de lado esas estúpidas alusiones a la anulación de nuestro matrimonio. Quizá algún día tenga deseos de estrangularte por tu fastidiosa costrumbre de llegar a conclusiones erróneas, pero no… Tú no eres ningún estúpido, Quill-añadió irritada-de modo que evita decir tonterías. En segundo lugar, quiero que te des cuenta de que si consumamos nuestro matrimonio esta noche, seguramente no puedas acompañar a tu madre a Southampton. Por último…

Ya no recordaba que más quería decirle. ¡Su marido olía tan bien! Un indefinible olor a hombre mezclado con jabón y tela recién planchada.

-En tercer lugar-continuó-si queremos que este matrimonio sea un éxito, tenemos que encontrar una solución.

-Una solución-repitió Quill con la sensación de estar recibiendo puñetazos en el estómago-¿Siempre dices exactamente lo que piensas, Gabby?

-No-contestó la joven pensativa-La verdad (y te lo confieso solo porque eres mi marido) en casa les parecía que yo tenía una enojosa tendencia a deformar la realidad.

-Puedes mentirle a quien quieras mientras no sea a mi-dijo Quill apretándola mas contra el-Y a partir de ahora “casa” es aquí.

Ella se estaba restregando contra su hombro como un gatito pidiendo que le acariciaran.

-No, todavía no.

-¿Por qué? ¿Qué te falta?

Ella levantó la cabeza y le miró a los ojos.

El suspiró.

-Entendido. ¿De que tipo de solución quieres hablar? Te lo advierto, Gabby, si me haces esperar un día mas, no respondo de mí.

-Sugiero simplemente que vayamos despacio-dijo ella empezando a enumerar con los dedos-Ya sabemos que los besos no te producen dolor de cabeza.

-Eso es cierto-admitió el besándole el pelo.

-Acariciar mis pechos tampoco. ¿Entonces que cosa es la culpable? Si lo averiguamos exactamente, bastará con que evitemos hacerlo.

Quill estaba desconcertado.

Gabby, ¿Qué sabes del acto sexual?

-Casi nada-respondió ella con rapidez, ruborizándose-Sé que tu me mirarás… ¿Eso te provocará dolores de cabeza?

-¡Nunca!

El era presa de un temblor que se parecía mucho al preludio de un ataque de risa.

Gabby le observaba entrecerrando los ojos.

-¿Qué esperabas? Como te dije, mi madre murió al traerme al mundo y los criados de mi padre tenían cuidado con lo que decían en mi presencia. Mi padre es muy puntilloso en lo que se refiere a la concupiscencia femenina.

-¡La concupiscencia femenina! ¡Que expresión más horrorosa! ¿Por qué no la de los hombres? ¿Y porque no decir simplemente sensualidad?

-Las mujeres son obra del diablo, fueron creadas para arrastrar a los hombres al pecado.

Quill la miró y se sintió aliviado al ver que ella estaba sonriendo.

-Tu eres un perfecto ejemplo de eso-gruñó poniéndole las manos sobre los pechos-¡Me vas a arrastrar al pecado a cada minuto!

-Eso es lo que me temía-replicó ella alegremente-Mi padre siempre dice que tengo el cuerpo de una pecadora, como mi madre. Pero a pesar de que nunca lo haya confesado, siempre pensé que esa podía ser una herencia muy útil.

Quill se echó a reír mientras soltaba los pequeños botones de nácar de la espalda del corpiño. Ella intentó soltarse. Evidentemente todavía no había terminando con su “conversación seria”

-Gabby-dijo el extrañándose un poco al oír su voz tan ronca-hay algunos momentos en que las conversaciones, sean lógicas o incoherentes, no son necesarias.

La levantó en brazos para llevarla hacia la cama con sabanas de seda.

-Y este es uno de esos momentos.

Capitulo 16

Emily Ewing estaba sorprendida al notar hasta que punto echaba de menos la compañía de Lucien Blanc. Habían pasado mas de tres semanas desde el baile de lady Fester, y el se había presentado cuatro veces en la puerta de su casa. Ella se había negado a recibirle. Había escrito la crónica del famoso baile sin mencionar su vestido de muselina color ámbar ni tampoco al antiguo marqués.

Por desgracia, Bartholomew Hislop había decidido que, puesto que había salido con el señor Blanc, el disfrutaría del mismo privilegio. Pero eso no era fácil de aceptar, pensaba ella esa mañana. Hislop estaba embutido en un horrible pantalón amarillo canario; aunque ella nunca hubiera conocido a Lucien Blanc, aunque no hubiera tenido con quien comparar a Hislop, se habría negado a que la vieran en público con el.

-Deseo que venga conmigo a lanzamiento del globo mañana por la tarde-estaba diciendo el con tono irritado.

-Me temo que debo negarme-contestó ella-A esa hora estoy escribiendo.

Se dio cuenta demasiado tarde de que acababa de meterse en la boca del lobo.

-¡Perfecto!-exclamó el-En ese caso pasaremos la velada en el teatro. Eso la distraerá.

Estaba abriendo la boca para decir que no, cuando el puntualizó:

-Si dice que no, no la ayudaré nunca más.

Señaló las hojas de papel que había traído consigo.

-Necesité mucho tiempo para recoger toda esa información. Creo que a eso se le llama contrapartida.

Al ver que Emily se disponía de nuevo a hablar, el se lo impidió con un gesto.

-Le daré tiempo para pensarlo-dijo el-Me necesita, señora. Por ejemplo en el baile de la condesa de Strathmore estará la flor y nata de la sociedad. Usted me necesita y…yo la necesito-concluyó con una risotada maligna.

Cuando la puerta se cerró tras el, Emily se dejó caer en un sillón esforzándose para no llorar. Pegó un respingo cuando Phoebe irrumpió en la estancia.

-¡Mamá! ¡mamá! Sally y yo hemos ido a ver a Kasi Rao y la señora Malabrigth estaba embalándolo todo.

-¿Embalando?

-Se van. La señora Malabrigth ha dicho que tenías que avisar a la señorita Gabby. Dice que unos hombres se querían llevar a Kasi a la India.

-¿Qué?

Phoebe agachó la cabeza con los ojos agrandados por el miedo.

-Quieren que la gente le vea, mamá. Desconocidos. ¡Kasi no puede hablar delante de extraños!

Emily cogió aire.

-¡Dios mío! ¿Y donde piensa llevarle la señora Malabrigth?

-A la casa de la mujer de su hermano que vive en Devon. Solo me lo ha dicho a mí y tú tienes que avisar a la señorita Gabby en cuanto vuelva a Londres.

-La señora Malabrigth hizo bien en confiar en ti, cariño-declaró Emily cogiendo a al niña en sus brazos.

Haría todo lo que estuviera en su poder; absolutamente todo; para salvar a Phoebe del desprecio de la alta sociedad. Y si era necesario para ello dejar de ver al atractivo Lucien Blanc, peor para ella. También se despediría del útil Hislop.

Phoebe la miraba angustiada.

-Nadie me separará nunca de ti ¿verdad mamá?

-¡Nunca!-prometió Emily-Tú eres mi hija.

Contuvo las lágrimas de emoción.

-Ahora ya es hora de que te vayas a lavar las manos antes de comer. Vamos cariño.

El corazón de Gabby latía con fuerza. No estaba preparada. No era todavía de noche y no quería desnudarse a plena luz. Pero era su obligación; intento convencerse. Su padre le había repetido muchas veces que debía doblegarse a los deseos de su marido.

-Dijiste que esperaríamos a estar de regreso en Londres.

-No. Imposible.

Quill continuaba desabotonando su corpiño.

-La campana para la cena está a punto de sonar-insistió Gabby-A tu madre le parecerá extraño que no bajemos.

-Ella está tomando un refrigerio en su habitación.

-Entonces lady Sylvia se molestará. Tú eres el anfitrión.

-¡Tonterías! Al contrario, estará encantada. Espera verme con un heredero, por si no te habías percatado.

Hizo que Gabby se levantara y el vestido negro cayó al suelo. Se puso a su espalda para soltar los lazos del corsé.

Ella miraba con obstinación la colcha bordada.

-¿Cómo vas a poder acompañar a tu madre a Southampton?

-Ya que Peter se va con ella al continente, mi presencia no es necesaria.

-¿Y tus migrañas?

El corsé se unió al vestido en la alfombra. Debajo de él, Gabby solo llevaba una ligera camisola.

Quill la volvió despacio hacia el. Dejó vagar las manos por sus hombros y luego por sus brazos desnudos. Sus ojos brillaban más que nunca. A pesar de su inexperiencia, Gabby no podía equivocarse: lo que veía en ellos era deseo.

-No e mires de ese modo, por favor-susurró.

-No puedo evitarlo. Eres muy hermosa y eres mía.

-Preferiría no hacerlo ahora-declaró ella con determinación-No me parece el momento apropiado.

-Mmm…

Quill le estaba acariciando los pechos de un modo que la llenaba de calidez y la aterraba al mismo tiempo.

-¿Quill me estás escuchando?

Intentaba con todas sus fuerzas ignorar las reacciones de su cuerpo.

Sin contestar, la hizo retroceder hasta la cama y la empujó hacia atrás. Con la rodilla le abrió las piernas.

-¡Quill!

-Te estoy escuchando-dijo sin mucha convicción antes de besar su pecho a través de la camisola como había hecho en Bath.

Ella intentó dominar el pánico que se estaba apoderando de ella. ¿De que tenía miedo? En primer lugar del dolor. Ese pensamiento le dio fuerzas y le empujó. Tenía que detenerle, lo que la estaba haciendo le impedía pensar con claridad.

En ese momento el tomó el pezón del otro pecho con la boca mientras seguía acariciando el otro con su cálida mano. Gabby gimió sin poder evitarlo.

-¡No!

Se soltó tan rápidamente que a el no le dio tiempo de reaccionar, y saltó fuera de la cama.

-No estoy de acuerdo-decretó ella-Todavía no hemos hablado…

-…seriamente-terminó Quill con una sonrisa diabólica; tumbado en la cama, deliciosamente perverso, seguro y…

De buena gana hubiera llorado por la mezcla de confusión y deseo que sentía.

-Si seguimos-objetó-no podremos viajar durante varios días. ¿Qué pasará con tu trabajo?

Quill se levantó para desabrocharse el chaleco que luego tiró al suelo al lado del vestido.

-¡No puedo!-exclamó desesperada cuando él se quitó la camisa pasándola por encima de la cabeza.

Tenía un poderoso torso, musculoso y tan distinto al suyo como había imaginado. Se apoderó de ella una extraña calidez.

-Todavía no es de noche. Deberíamos estar en la cama y a oscuras. No deberías desnudarte de ese modo. ¿Dónde está tu camisón? ¡Y además me estás mirando!

-Tu también me estás mirando-hizo notar el quitándose las botas.

Los ojos de Gabby se llenaron de lágrimas y cruzó los brazos para taparse el pecho.

-¿Por qué tanta vergüenza querida?

Ella no pudo contener un sollozo.

-¡No quiero hacer…eso!-exclamó.

-¿Por qué?

¿Qué podía ella responder? Empezó a hablar a toda velocidad.

-Porque está mal. Tendríamos que estar a oscuras. Puedes tocarme si quieres, porque eres mi marido y no puedo negarme, pero no deberías mirarme de ese modo. No tienes derecho a hacerme todas esas cosas a plena luz.

Quill suspiró y volvió a sentarse en el borde de la cama.

-Ven aquí cariño-dijo abriendo los brazos.

Ella negó con la cabeza.

-Estoy casi segura de que la causa de tus jaquecas es tu comportamiento. No te comportas como un buen cristiano.

-¿Cristiano?

Cogió una de las muñecas de Gabby y la atrajo lentamente hacia sí. Ella se inclino sobre sus rodillas, completamente rígida, para no tocarle el desnudo pecho. Deseaba acariciarle pero le daba vergüenza.

-Nos estamos comportando como paganos-murmuró utilizando el plural para no enfadarle.

Porque el que se comportaba como un pagano era el.

-Mi padre, en la India…

-¿Qué diría?

-Vimos a dos jóvenes haciendo el amor cerca del río-contó ella muy incómoda-Les ordenó que se levantaran y dijo que Dios iba a fulminarles.

-¿Y Dios les fulminó?

La voz de Quill estaba llena de ira.

Ella se estremeció.

-No, pero tuvieron que abandonar el pueblo.

-Tu padre es…

Se interrumpió, la abrazó y apoyó la barbilla en su pelo.

-¿Quieres a tu padre, Gabby?

-Hay que querer al padre. Y obedecerle.

-¿Siempre le obedecías?

Hubo un momento de silencio.

-No-confesó-Yo era un motivo constante de irritación para el.

-¿Por qué no le obedecías?

Gabby no se daba cuenta de que se había relajado, pero Quill era consciente de cada aliento suyo y tuvo que apelar a toda su sangre fría para no precipitar las cosas.

-¿Por qué Gabby?-volvió a preguntar.

-Padre a veces es demasiado severo-dijo ella con voz apenas audible-Casi cruel.

-Esa el la impresión que me da a mi. ¿De que modo era cruel?

-Vivíamos en una pequeña aldea. Padre llegó allí como misionero. Construyó una casa y una iglesia…

-¿Y?

-Esa pareja…Dijo que ya no podían seguir viviendo en la aldea porque Sarita podía contaminar a las demás mujeres. Obligó a Sarita y a su esposo a hacer penitencia durante toda la noche y, al día siguiente, tuvieron que irse abandonando todas sus cosas. Ignoro donde fueron. No era justo. A mi degustaba mucho Sarita y no era una mujer perdida. Así es como el la llamaba.

-¿Y tu que hiciste?

-Envié a una criada para que recogiera las cosas de Sarita. Padre creyó que era para quemarlas pero en realidad se lo envié todo a su familia.

-¿Tu padre se enteró?

-Sucedió justo antes de que yo me fuera de la India para venir a Inglaterra.

-Me sorprende que te permitiera ser amiga de una mujer de la aldea.

-No me lo permitía, y Sarita no era realmente una amiga. Yo tenía dos criadas que me contaban todo lo que sucedía en la aldea. Me daba la sensación de que algunas de las mujeres eran amigas mías porque había oído hablar de ellas toda la vida. Sarita tenía mi edad y siempre me sonreía cuando nos cruzábamos.

-¿No tenias amigas de verdad? ¿Y esa que no podía comer papaya?

-¿Leela? No, después de que Johore murió no tenía ningún amigo en quién confiar.

Quill rebuscó en su memoria.

-¿Quién?

-¿No te acuerdas? Te conté que tenía un amigo que murió. Se lo llevó la fiebre. Johore era el hijo de Sudhakar, y como Sudhakar formaba parte de la élite de la clase de los brahmanes, mi padre me dejaba jugar con el cuando éramos pequeños. Cuando murió, no había nadie en la aldea con quien yo pudiera jugar. Pero mi niñera me contaba lo que hacían los demás niños y a mi me daba la sensación de que Leela y Sarita eran mis amigas aunque nunca nos habláramos. Sin embargo no estaba sola: tenía a Kasi Rao.

El deseo de Quill había sido reemplazado por la ira.

-Veamos si lo he entendido-dijo lentamente-Tu padre no te dejaba tener mas amigos que a su sobrino retrasado. Expulsaba a la gente de la aldea por capricho sin permitirles que se llevaran sus cosas.

-Si.

-Lo siento mucho Gabby, pero fue por culpa de hombres como tu padre por lo que vendí mis acciones en la Compañía de las Indias. Ahí hay demasiados ingleses que viven como pequeños reyezuelos déspotas sin rendir cuentas a nadie. ¡Cretinos!

Levantó la barbilla de su esposa.

-Gabby…

Los hermosos ojos marrones estaban llenos de lágrimas.

-Tenemos que hablar seriamente-dijo con un deje divertido en la voz-Tu padre parece ser un canalla de mente estrecha. Me gustaría hacerte el amor a la orilla del Ganges-continuó con un murmullo-Al borde del Humber y ene l jardín. Seguramente lo haga algún día. Si fuera preciso lo haría incluso delante de Codswallop y del resto del personal.

Gabby abrió la boca para hablar, pero el le puso un dedo en los labios.

-De acuerdo, preferiría que Codswallop no estuviera en los alrededores; su expresión afectada no favorece las caricias. Lo que quiero decir, Gabby, es que Dios bendeciría nuestra unión dondequiera que esta tuviera lugar, tanto de día como de noche, bajo las sábanas o sobre la hierba. La idea que tiene tu padre sobre el pecado es muy primitiva.

Ella esbozó una semisonrisa.

-Me recuerdas a Sudhakar.

-¿El brahmán?

-Jugaba al ajedrez con mi padre todos los jueves y acostumbrábamos a hablar cuando mi padre se retrasaba, lo cual sucedía a menudo.

-En cualquier caso hablaba con franqueza.

-Sudhakar es brahmán, para él padre pertenece a una raza inferior. Pero me quería.

Quill le acarició la espalda.

-¿Quieres que hagamos el amor ahora, querida? No estamos en la orilla de un rio; pero el dormitorio de la vizcondesa ha sido testigo de la concepción de numerosos Dewland y no hay sitio en el mundo que sea más apropiado para consumar nuestro matrimonio.

Ella se aclaró la garganta.

-Me gustaría saber…lo que vas a hacerme.

Quill quería besarla pero ella le empujó y se levantó.

-¡No estoy bromeando! Me gustaría saber si me dolerá.

-¿Es eso lo que te preocupa?

-¡Evidentemente!-replicó ella incómoda-Y confieso que me pregunto si vale la pena en vista de que a mi me dolerá y que luego tu tendrás que soportar tres días de migrañas.

-Mañana comprobaremos si mereció la pena. ¿De acuerdo?
-Si lo he entendido bien, mañana tú estarás confinado en la cama.
-Mmm.
A el no le apetecía demasiado pensar en eso..
-Tienes razón Gabby. Hagamos las cosas de modo racional.
El exhibía su sonrisa traviesa cuando se levantó. Ella se quedó inmóvil con el corazón golpeando con fuerza en su pecho.
Quill se quitó el pantalón y empezó a desprenderse de los calzones como si estuviera solo. Pero la verdad era que los dedos le temblaban. Gabby todavía no se había atrevido a levantar los ojos hacia el, y cuando lo hizo, le costó contener un grito.
El se volvió, se dirigió a la chimenea y encendió dos velas que llevó a la cabecera de la cama. La habitación estaba casi a oscuras por el crepúsculo.
Se arrodilló para avivar el fuego del hogar.
-Quill-dijo ella con voz controlada.
-¿Si?
El se levantó y se colocó frente a ella. ¡Era magnífico!
-Ya es hora de que te quites la camisola, querida.
Ella descruzó los brazos con un estremecimiento. Quill soltó las cintas de la cintura y levantó el bajo doblado de la camisa. Gabby se encontró desnuda ante su esposo.
El se quedó sin aliento. ¡Que hermosa era, con su lechosa piel y sus voluptuosos pechos! Era una tortura no tocarla, no apartar su sedoso pelo para ponerlo detrás de los hombros y dejar vagar las manos por sus curvas.
Un leño se derrumbó con una lluvia de chispas iluminando brevemente el dormitorio.
-Aquí estamos como vinimos al mundo, Gabby-dijo en voz baja.
Se estaba muriendo de deseo pero hizo un esfuerzo para no asustarla. Era necesario que esos instantes fueran un éxito o de lo contrario toda su vida juntos se vería afectada por las estúpidas ideas de su padre.
Las pestañas de ella ensombrecían las ruborizadas mejillas. Le acarició el pelo.
-¿Gabby? Después de haberme mirado cuando creías que yo no me daba cuenta, ¿ya no quieres seguir mirándome?
Al ver que ella no contestaba, intentó bromear de nuevo.
-¿Después de haberme pedido tantas explicaciones lógicas?
-Aquí no hay de lógico-murmuró ella enfrentando por fin su mirada-Nunca me hubiera imaginado que un día estaría así, desnuda, indecente…
Se ahogo, incapaz de expresar la vergüenza que le causaba esa situación.
-No hay nada de indecente. La oscuridad es para los cobardes y los ladrones. Tú eres mi mujer y quiero honrarte a plena luz.

Gabby se mordió el labio. A pesar suyo, su cuerpo la estaba traicionando. Y, la verdad, el de Quill no tenía nada de siniestro. Ni sus hombros, ni sus estrechas caderas.

Quill le cogió la mano y la puso al lado de su sexo.

-¿Lo ves Gabby? Estamos hechos para estar juntos.

Ella tembló pero no se movió.

Luego, sin ni siquiera darse cuenta, sucumbió. Perdida toda vergüenza, cedió al ruego silencioso de su mirada y se arriesgo a ponerle un dedo encima.

El se estremeció y ella retiró inmediatamente la mano.

-¿Te he hecho daño?-preguntó preocupada.

El volvió a tomar su mano y la puso de nuevo donde estaba.

-Serás tú quien sienta dolor, Gabby, pero solo al principio. Ven aquí.

Su valiente pequeña esposa se acercó y le pasó los brazos alrededor del cuello.

El recorrió sus hombros con pequeños besos inocentes que le enviaban descargas a través de todo el cuerpo y luego cogió las nalgas de ella entre sus manos.

Gabby cerró los ojos concentrándose en las manos que la levantaban llevándola a la cama. El la tumbó con cuidado y ella pensó que eso no era nada indecente.

El cogió sus pechos con las manos y luego con la boca, y ella se arqueó aferrada a sus hombros, emitiendo sonidos inarticulados.

Con los párpados cerrados, sintió su virilidad contra su muslo y luego sus dedos en ella. Dio un respingo cuando el le abrió mas las piernas, pero ya no había sitio para la vergüenza, solo para el deseo que la dominaba por completo, para esa necesidad que era mas fuerte que ella.

-Abre los ojos Gabby.

Sin prestarle atención ella se arqueó debajo de el, ávida de sus caricias.

-¡Abre los ojos!-repitió el con una especie de gruñido.

Ella obedeció por fin y se encontró con Quill encima de ella con los ojos oscurecidos de deseo. Instintivamente se incorporó hacia su marido.

-Por favor…

El exhibió una sonrisa satisfecha, pero no se daba cuenta de nada. Solo de que quería más.

Entonces el fue, como un ladrón a pleno día, como un demonio. Hundido en su mirada, entró en ella con un poderoso movimiento.

A ella le dolió.

Le dolió mucho, y a Quill también debía estarle doliendo porque su rostro tenía una expresión torturada. Gabby hubiera querido protestar pero estaba clavada al colchón por el peso de el, por su presencia dentro de ella.

El besó sus mejillas, su rostro y su boca antes empezar a moverse lentamente. Ella contuvo un grito de dolor, que fue inmediatamente

seguido por un rayo de placer. Cuando el se movió de nuevo, ya no había mas dolor, solo fuego en sus venas y un intenso estremecimiento que la atravesó.

Quill se quedó inmóvil, obligándose a contar hasta diez. Su pequeña esposa era muy estrecha y tenia que acostumbrarse a el, sin embargo antes de llegar a ocho, Gabby pronunció su nombre con un suspiro que expresaba mas placer que sufrimiento. Entonces volvió a sumergirse en ella, con más fuerza, más rápido.

Un delicioso torbellino se estaba apoderando de ella, obligándola a seguir el ritmo de Quill. Su respiración era un sollozo y su cuerpo se movía frenético.

De este modo, la hija del diablo, como la llamaba su padre, voló con sus propias alas.

De pronto, él la cogió por las caderas y la levantó gruñendo:

-¡Ahora, Gabby!

Sin dudarlo ella se arqueó y apenas oyó su propio grito mezclándose con el de su marido.

Una cascada de placer barrió cualquier sombra de indecencia y de pecado.

Después, Quill se derrumbó sobre ella, pero Gabby se sintió feliz al sentir su peso. Su piel brillaba ligeramente y, cuando el puso los labios en su frente, le quedó un gusto salado en la boca.

Gabby abrió por fin los ojos.

-Ya lo he entendido-dijo contra su mejilla-“con mi cuerpo te honraré”

Las palabras salieron directamente de su corazón, como una plegaria.

-En la ceremonia del matrimonio se dice todo ¿verdad?-preguntó extrañada.

Todavía dentro de ella, el apretó con fuerza su mano. Le costaba hablar.

-¿Te duele la cabeza, Quill?

El sabía que si se quedaba dormido, el dolor vendría. Ya podía vislumbrar pequeños destellos rojos, señal que precedía a la crisis.

Sin embargo empezó a moverse lentamente de nuevo en su interior.

Ella abrió los ojos con asombro.

-¡Oh!-suspiró encantada.

-Si-murmuró el.

Capitulo 17

Quill se despertó de madrugada, abrió los párpados y los cerró de inmediato. La luz le resultaba insoportable, el dolor le martilleaba las sienes y por experiencia sabía que las nauseas no tardarían en aparecer.

Cuando volvió la cabeza, el dolor se propagó a la nuca y a los hombros. Pero Gabby estaba ahí, acurrucada contra el. El apenas notaba la deliciosa curva de su labio inferior.

Tenia que irse al otro dormitorio.

Ahogando un gemido, estiró el brazo, encontró el cordón para llamar y tiró de el. En cuanto la puerta se abrió, susurró sin abrir los ojos:

-¡Ayúdame a salir de aquí!

Cinco minutos después estaba descansando tan cómodamente como era posible, en su propia cama, no sin antes haber vomitado por el camino la ligera cena que había compartido con Gabby durante la noche.

Permanecía inmóvil con un paño mojado sobre el rostro, derrotado por las nauseas y el dolor.

Una terrible amargura se mezclaba con el regusto a bilis que le llenaba la boca. ¡Le habría gustado tanto estar todavía al lado de Gabby!

La habría despertado con sus besos, la hubiera ayudado a bañarse, le habría enjabonado cada parte de su suave cuerpo.

A menos que decidieran practicar la abstinencia, se dijo, nunca vería a su esposa cuando ella despertara y eso le parecía insoportablemente injusto. Pero cuando apretó los dientes con fuerza, el dolor de cabeza aumentó de modo que intentó, con el control que le proporcionaba una larga experiencia, relajarse completamente. El más mínimo movimiento podía prolongar la jaqueca varios días.

Perdió rápidamente la noción del tiempo, no se movía más que para vomitar en la jofaina depositada a los pies de la cama. Willis iba cada hora a cambiar el paño húmedo de sus ojos.

No esperaba oír a Gabby entrar en la habitación de puntillas. Se tensó. Willis no debería haberla dejado entrar, no era cuestión de que se pusiera a vomitar delante de ella.

Fue inútil. Su reacción provocó una nueva oleada de nauseas y, antes de que pudiera decir una sola palabra, se inclinó en el borde de la cama esperando no salpicar el bajo de su vestido. Mantuvo los párpados cerrados. No necesitaba ver la expresión asqueada que seguramente ella tendría; podía imaginársela muy bien.

Se volvió a tumbar maldiciendo en silencio. ¿En que estaba pensando cuando decidió casarse? Era muy consciente de sus debilidades. ¿Qué maldición le había impuesto a Gabby al casarse con ese simulacro de

hombre? Hacia falta ser alguien muy malvado para casarse con ella solo porque la deseaba, sin pensar en el futuro de ella ni en su felicidad.

-¿Qué demonios estás haciendo aquí?-consiguió decir con un ronco murmullo.

-He venido a verte-contestó ella sin molestarse por su hostilidad.

Un silla arañó el suelo y el dolor se hizo mas intenso.

Ella debió notarlo porque se disculpó:

-Lo siento Quill. ¿Puedo quedarme un rato si no hago ruido?

Quill estaba desconcertado. En las crisis, su olfato era mas agudo y los perfumes le provocaban arcadas. Pero no el de Gabby. Seguramente acababa de darse un baño y olía a jazmín. A jazmín y a su fresco olor propio.

-Tu madre, lady Sylvia y Peter acaban de partir hacia Southampton-dijo ella en voz baja-Tu madre te envía su cariño. ¿Quieres que te cuente una historia?-añadió rápidamente.

Parecía incómoda y Quill habría jurado que se estaba mordisqueando el labio inferior mientras se retorcía las manos con nerviosismo.

-No soy muy buena enfermera-continuó ella-pero Kasi estaba a menudo enfermo y yo acostumbraba a distraerle inventando cuentos para el.

Tomó el silencio de su marido como una afirmación.

-A lo mejor te gustaría escuchar una leyenda de la India. Me la contó Ayah y luego yo se la conté a Kasi, desde entonces a cambiado un poco porque eso es lo que sucede con las leyendas.

"Empieza en el mismo lugar en el que acaba, en un gran palacio en los alrededores de Barahampore. A un lado del palacio corría el oscuro y sinuoso río llamado Bohogritee y al otro lado había un mercado de pájaros. El palacio estaba hecho de mármol y decorado con pinturas de pájaros. Debajo de cada uno de los arcos los músicos tocaban mañana y tarde imitando el canto de los pájaros."

A Quill la voz de Gabby siempre le había parecido sensual, ligeramente velada y llena de música; en este instante se dijo que ella la utilizaba como si fuera un arpa.

-El príncipe que vivía en ese palacio era el músico con más talento de la India. Se llamaba Mamarah Daula, y no había un solo instrumento del cual no sacara unos sonidos tan emotivos que incluso las piedras lloraban al oírlo. La gente venía de todos los rincones del país para escuchar su música y él vivía rodeado de elegancia y belleza. Bendecido por los dioses, llevaba zapatos de terciopelo bordados con hilos de plata y nuca se desplazaba sin una escolta de veinte o treinta criados. Mamarah Daula tenía mucha suerte, pero también era muy extravagante.

Quill se dejó caer en un nebuloso sopor que no tenía nada en común con el amargo letargo que generalmente acompañaba a sus crisis. Las aventuras del príncipe le tuvieron despierto más de una hora, pasada la cual se quedó

profundamente dormido en lugar de caer en el sueño doloroso y entrecortado que padecía habitualmente.

Gabby volvió por la tarde, le cogió la mano y le contó el trigésimo aniversario de Daula. Sakamari, la diosa de los bosques, había decidido regalarle un instrumento del cual saldría la más hermosa música del mundo. Pero le advirtió de que si lo utilizaba con vanidad u orgullo, le provocaría un terrible dolor de cabeza.

Quill esbozó una sonrisa. Gabby describía con gran entusiasmo la calidad de los sonidos que Daula arrancaba de su nuevo instrumento.

Consiguió abrir la boca para murmurar con voz ronca:

-¿El instrumento era un caramillo?

Si no hubiera tenido los ojos tapados por el trapo húmedo, habría podido ver la sonrisa de su esposa.

-Es muy posible-contestó ella-Los hindúes crean una música muy bella con sus…caramillos.

Al día siguiente por la mañana, el dolor era menos violento y Quill no vomitó ni una sola vez en presencia de Gabby. Por desgracia, Mamarah Daula era incapaz de dominar su orgullo y el caramillo le provocó un dolor de cabeza tras otro.

Al final, la crisis de Quill duró el mismo tiempo que las anteriores, pero fue mas llevadera. Y el sabía la razón. Había aceptado el consuelo de su mujer, su mágico perfume, su hechicera voz y la increíble historia que había inventado para el.

La última noche tenía el estómago revuelto, no por las nauseas, sino de asco por si mismo. Gabby, su encantadora Gabby, debería haberse casado con otro hombre, un hombre que…Pero el simple hecho de pensarlo le ponía fuera de sí. Mataría sin dudarlo a cualquiera que se atreviera a acercarse a ella. Gabby era suya.

Por fin pudo levantarse y volvieron a Londres. Al cabo de unas horas de viaje, Gabby se durmió apoyada en su hombro. Quill sabía porque estaba tan cansada. Willis no había sido el único en cambiarle las compresas a media noche. Intentó apartar ese nuevo sentimiento de culpa.

Como hacía tiempo que había renunciado al matrimonio y al amor, nunca había pensado en la posición que ocupaba un marido. De manera vaga, siempre le pareció que cargar con una esposa que dependía de uno, sería bastante molesto.

Pero era el quien dependía de ella. Y era aterrador, aunque le encantaba la presencia de su charlatana mujercita. Experimentaba un extraño encogimiento en el corazón cuando ella murmuraba “te amo”, contra su pecho, aunque supiera que solo eran tonterías de una jovencita romántica.

La verdad es que el casi podría haber dicho ese tipo de bobadas. Contempló a Gabby, dormida apoyada en el, con el pelo que empezaba a deslizarse de su peinado.

Casi.

Llegaron a Londres a la hora de cenar. Quill bajó del carruaje y ayudó a Gabby a hacer lo mismo.

Detrás de ellos todo estaba en movimiento. Cuando se volvió, con la mano de su esposa en el brazo, vio que los criados más importantes estaban formados en hilera a ambos lados de las escaleras que ascendían hasta la casa con un Codswallop majestuoso en el centro.

El mayordomo bajó las escaleras y se dirigió hacia ellos.

-Bienvenidos a su casa, lord y lady Dewland-dijo haciendo una reverencia.

Quill se desconcertó por un momento ante ese despliegue tan poco habitual. ¡Por supuesto! Ahora esta era su casa y ellos eran sus criados.

Gabby hizo un gracioso gesto con la cabeza.

-¡Que amable por su parte recibirnos así en un momento tan triste, Codswallop!

Los criados sonrieron con aprobación.

Quill se rehizo.

-Buenas tardes a todos-dijo-Les presento a mi esposa, la vizcondesa Dewland.

La señora Farsalter se acercó con las manos entrecruzadas por encima de su delantal.

-Estaré encantada de mostrarle las cuentas de la casa en cuanto lo desee, milady.

Le tendió a Gabby un enorme manojo de llaves.

-La vizcondesa viuda me dejó esto cuando dejó la casa. Ahora son suyas.

-¡Dios mío! ¿Podríamos hablar mañana después del desayuno, señora Farsalter? Estoy segura de que sabe usted como llevar una casa tan perfectamente que no voy a tener que darle ninguna indicación al respecto. Sin embargo, estaré encantada de ayudarla en la hedida de lo posible.

La buena mujer se relajó.

-Dentro de una hora les serviré una cena ligera, si le paree bien, milady.

Quill le ofreció el brazo a su esposa y la acompañó a través del vestíbulo.

-¿Te gustaría descansar un poco antes de la cena?

-Te lo agradezco. No estoy cansada pero me gustaría tomar un baño.

Codswallop envió inmediatamente a dos lacayos a buscar agua caliente.

Gabby subió las escaleras con Quill detrás. Cuando llegó al piso de arriba se dirigió a su antiguo dormitorio, pero el la detuvo.

-Seguro que han llevado todas tus cosas a las habitaciones de la vizcondesa, Gabby.

Ella se mordió el labio.

-Tu pobre madre…

-Las cosas son así. Ella dispondrá de la mejor habitación de invitados cuando venga de visita, pero las habitaciones de los dueños de la casa son nuestras ahora.

Le dio un beso lleno de promesas.

-Teniendo una puerta de comunicación puedo ver a mi esposa cuando se vista…o se desnude.

Ella dio un salto hacia atrás.

-¡También se puede quedar cerrada!-contestó.

Lo había pensado mucho mientras esperaba a que Quill se pusiera bien. Tendría que estar loca para pensar siquiera en volver a ser la causa de unas jaquecas tan espantosas como las de su esposo. Si el creía que ella iba a volver a provocar una crisis como esa, estaba muy equivocado.

Pero no era el momento de hablar de ello. Tan dignamente como le fue posible se dirigió a los apartamentos de la vizcondesa con su marido pisándole los talones. El cerró la puerta tras ellos.

Gabby suspiró.

-¿No crees que sería mejor esperar a después de la cena para hablar de esto?

Ella estaba inspeccionando la habitación inconscientemente.

-No. Prefiero hacerlo ahora-declaró el.

Ella acarició la superficie encerada del escritorio de palo de rosa.

-No es cuestión de volver a hacer lo que te provoca las migrañas. Eso es evidente.

-No veo nada de evidente-replicó Quill con voz tensa, al borde de la ira.

-Para mi lo es. Me niego a volver a pasar por eso antes de que encontremos un remedio.

-¡Por el amor de Dios! ¿Crees acaso que no lo he intentado ya?

-Tenemos que buscar mas-se obstinó ella-Te conozco, Quill. No podías ni siquiera hablarme. Seguro que existen docenas de médicos, tanto aquí como en el extranjero, que tienen una solución a ese tipo de problemas.

Quill, con los brazos cruzados, se apoyó en la repisa de la chimenea.

-El especialista más famoso en materia de migrañas es un austriaco llamado Heberden. Le hice venir a Inglaterra para que hablara con mis médicos. Dijo que las sanguijuelas eras perniciosas.

Hizo una mueca a modo de sonrisa.

-Yo ya lo sabía porque las había tenido puestas en la cabeza el año anterior. Recomendó una decocción de quinina que resultó ser totalmente ineficaz. Debo añadir, Gabby, que pareció un poco sorprendido por la cantidad de medicinas que había probado ya: valeriana, mirra, almizcle, alcanfor, opio, cicuta e incluso rapé. Y también está ese charlatán de Bath que me llenaba de ungüentos hechos de cicuta y resina. Durante varios días desprendí un penetrante olor a bosque de pinos.

-¿El doctor Heberden no tenía otra solución aparte de la quinina?

-Me aconsejó que pusiera un vesicante detrás de las orejas en el siguiente ataque-dijo Quill con una sonrisa irónica-Tu misma puedes ver el resultado. Luego quiso convencerme para que tomara opio pero no quise arriesgarme. Al final decidí que la mejor solución era convivir con la enfermedad. De hecho, la última cosa que tomé era un remedio milagroso que mi madre compró a un supuesto curandero de Blackfriars. Unas semanas después, cuando salí de un prolongado ataque de delirio, los médicos me informaron de que el "remedio milagroso" había estado a punto de matarme sin haberme curado los dolores de cabeza.

Gabby pensó en la carta que había enviado a Sudhakar, pero desistió de hablarle de ella.

-Juré entonces que no volvería a tomar ningún medicamento-prosiguió el antes de aclararse la garganta-Me doy perfecta cuenta de que mi debilidad es un obstáculo para tu felicidad. Sin duda no debería haberme casado contigo.

-¡De eso se trata!

A Quill le pareció que su corazón dejaba de latir y su sarcástica sonrisa desapareció. Ella tenía razón, naturalmente. Tenía todo el derecho del mundo a gritar, vociferar, abandonarle, divorciarse…

-¡Justamente, te has casado conmigo!-continuaba Gabby-Así que, desde ahora ya no es tu problema sino *nuestro* problema.

-Me cuesta seguir tu razonamiento-dijo el con una cortesía helada-No te molestaré nunca con mas penosos interludios y no te pediré que me ayudes cuando tenga una crisis.

Ella le lanzó una severa mirada.

-No he mencionado de tu comportamiento durante las crisis, solo he dicho que el problema nos concierne a los dos. Eso significa que tenemos que abordar la cuestión de los remedios juntos.

-Nadie; y sobre todo mi esposa; tomará ninguna decisión en mi lugar-gruñó Quill-Me niego a probar ni una sola mas de esas condenadas medicinas. Soy un enfermo y tendrás que aprender a vivir con eso.

Gabby notó que se estaba enfadando, pero hizo un esfuerzo para conservar la calma.

-Eso no es muy amable por tu parte. Seguramente entiendes que es una decisión que debemos tomar los dos juntos ¿no?

-¡Desde luego que no!-tronó Quill-Al principio, después de mi accidente, mi madre lo disponía todo en mi habitación de enfermo. Si la hubiera hecho caso a estas alturas todavía estaría en la cama sin moverme. Estuvo a punto de matarme con sus pretendidos remedios milagrosos, y después se peleó con uñas y dientes contra las ideas de Tranquelstein. Sin embargo fueron los masajes y los ejercicios de ese hombre los que me permitieron volver a estar de pie.

Ella apretó los labios.

-No veo que relación tienen los errores de tu madre con la presente situación.

-Yo, y solo yo, tomaré las decisiones en cuanto a las soluciones que haya que tomar, Gabby. No tengo ningún deseo de arriesgar la vida por culpa de los cuidados de un médico excéntrico del que tú hayas oído hablar mientras tomabas una taza de té. ¡Punto final!-concluyó el cruzando los brazos y haciendo caso omiso del ceño fruncido de su esposa.

-Muy bien-dijo ella después de una pausa-En ese caso te informo de que todas las decisiones relativas a mi cuerpo son cosa exclusivamente mía.

-Por supuesto-asintió Quill.

-Perfecto. Entonces no te enfadaras conmigo si hago que condenen la puerta de comunicación. No la vamos a necesitar.

El tembló.

-¿Qué estas intentando decirme?

Ella se encogió de hombros.

-Simplemente te estoy haciendo notar, querido esposo, que mi cuerpo ya no está a tu disposición. De ese modo ya no sufrirás más jaquecas y no tendrás necesidad de remedios desagradables.

Se giró rápidamente y empezó a quitarse las horquillas del peinado.

-¿Y si encontrara una amante?-preguntó el tras ella con un tono de vos preocupante.

Ella se quedó inmóvil.

-Esa es decisión tuya y siempre lo será. Me apiadaré de tus migrañas pero al menos no seré yo la responsable de ellas.

-¿Y tú?-lanzó el maliciosamente-¿Cómo calmaras tus deseos, Gabby? ¿Piensas ponerme los cuernos?

Ella estaba al borde de las lágrimas, sin embargo era necesario llegar hasta el final, de lo contrario Quill se haría fuerte en su decisión de no intentar curarse.

-¡Oh, no!-dijo con ligereza mientras se cepillaba el pelo-Me agradó la noche que pasamos juntos…

Se interrumpió el tiempo justo para sembrar la duda.

-…pero no veo ninguna razón importante para que volvamos a hacerlo. Fue agradable sin ser…indispensable.

Le fue especialmente difícil pronunciar esa mentira, le dio la sensación de que le estaba pisoteando el corazón.

Se giró para enfrentar su mirada; había notado que su padre se creía con mayor facilidad sus mentiras cuando le miraba directamente a los ojos.

-Fue algo un poco sucio ¿no Quill?-dijo con un delicado estremecimiento-No me gustó nada ver las sábanas sucias. Ni estar desnuda ante ti.

-¡Por el amor de Dios, Gabby! Sangraste porque era tu primera vez. No volverá a suceder.

¿No? Eso ella no lo sabía.

-Hmm…Lo que quiero decir, Quill, es que no tengo intenciones de engañarte. No me interesa demasiado y nunca buscaré a otros hombres. Tu eres mi marido ¿Por qué diablos iba yo a permitir que otro hombre disfrutara de mi cuerpo?

Eso al menos era verdad. A ella le traían sin cuidado los demás hombres, al único que deseaba era a Quill.

Él apretó las mandíbulas hasta que el dolieron los dientes. Debía haberse equivocado cuando creyó que le había proporcionado un enorme placer. Sin duda había estado ciego por su propio orgasmo.

Se dirigió hacia la puerta y se detuvo con la mano en el pomo.

-Si intento algún remedio nuevo ¿me permitirás hacerte el amor?

Se despreciaba a si mismo por mostrar de ese modo su vulnerabilidad y no quería volverse por temor a leer la compasión en la mirada de Gabby.

Ella era incapaz de contestar, ahogada por las lágrimas.

El esperó un momento antes de repetir:

-Entonces, dime Gabby ¿tendré derecho a un escarceo contigo cada vez que me trague una infusión de quinina? ¿O deberé recurrir a las sanguijuelas para compartir el lecho de mi esposa?

Ella encontró la voz.

-¿Realmente es necesario que…

-¡Si!-dijo el secamente-Para que pruebe una nueva medicina debo antes tener una jaqueca. De modo que esperaremos a que un charlatán se presente con una infusión de insectos y entonces solicitaré tu permiso para ejercer mis derechos conyugales.

Ella se tapó la cara con las manos.

-Yo…no puedo volver a hacer *eso* Quill. Lo entiendes ¿verdad?

-Demasiado bien-contestó el con un tono terriblemente helado-No volveré a entrar en su dormitorio milady. Haga lo que quiera con esa puerta; clávela si lo desea.

Se inclinó a modo de despedida pero Gabby no se movió. Tenía un doloroso nudo en la garganta.

La puerta se abrió, se volvió a cerrar y ella permitió por fin que las lágrimas se derramaran.

¡Dios que mentirosa más buena se había vuelto! Había dicho verdaderas barbaridades y el las había creído todas.

Y sin embargo estaba muy lejos de ser cierto. Deseaba con toda su alma tocarle. Por la noche, entre las limpias sábanas, solo podía pensar en el placer que el le había proporcionado, en la dicha de sentirle en su interior y en los gemidos que se habían escapado de sus labios. Recordó la mano que la acariciaba, sus caderas elevándose por voluntad propia a su encuentro…

Una vez preparado el baño, Gabby informó a Margaret de que le dolía la cabeza y que no se reuniría con su marido para cenar.

Se acurrucó hecha una bola en la cama, llena de tristeza mientras el agua de la bañera se enfriaba. Se metió en ella cuando el agua ya estaba completamente fría. Un castigo, se dijo, por haber mentido, por haber deseado… ¿Qué era peor? Conocía la respuesta. Quill tenía razón en cuanto al deseo. No podía haber nada de malo en el modo en que sus cuerpos se unían amándose, fuera de día o de noche. Pero había hecho mal diciéndole que no le gustaba hacerlo.

Permaneció inmóvil mirándose los pezones que tomaban un color rojo oscuro como si se prepararan para su marido. Como cada vez que pensaba en el.

Lloró. Porque le amaba, porque le deseaba y porque esas dos verdades no podían ir de la mano. Le amaba; adoraba el modo en que sus ojos brillaban, la manera en que el la contemplaba en silencio, la forma en que la tocaba como si ella fuera la mujer mas hermosa del mundo, la mas valiosa.

Le amaba mucho mas de lo que se quería a si misma.

El baño frío le sentó bien, y otros recuerdos sustituyeron a los de su única noche de amor. Durante su ataque Quill se había puesto mortalmente pálido, su rostro estaba terroso y asustado, los ojos profundamente hundidos en las órbitas y los vómitos…

¡No! Había hecho bien mintiendo. Había sido por su bien. Por instinto sabía que el saldría de una crisis para volver inmediatamente a su cama. Sufriría permanentemente.

Porque la amaba, pensó. No se lo había vuelto a decir desde que se casó con ella pero a él no le gustaban demasiado las declaraciones de amor. Y puesto que la amaba, desearía hacerle el amor sin cesar. No querría privarla de esos momentos de placer, ni siquiera a costa de su propia salud.

Sin embargo ahora, él no pensaría ya en hacerle el amor. Ya no lo desearía teniendo en cuanta lo que ella le había dicho.

Y eso era lo más importante.

Lucien Blanc se dirigía, sin gran entusiasmo, a un desayuno con champán que ofrecían los duques de Gisle, cuando cayó en la cuenta de que era martes por la mañana. Exactamente el martes poco después de las diez. Si le daba una contraorden al cochero, llegaría a la casa de Emily al mismo tiempo que Bartholomew Hislop y le demostraría a este último que la joven no era para el.

Golpeó el techo del carruaje.

Pero cuando se detuvieron delante de la casita no vio señales de Hislop. Quizá fuera mejor que lo dejara, pensó. Emily se había negado arias veces a recibirle. Cada vez que se había presentado en la puerta, Sally le había dicho que la señora Ewing había salido.

Al recordarlo se tensó y estuvo a punto de ordenarle al lacayo que cerrara la portezuela. Probablemente Hislop estaba en el despacho de Emily inclinándose por encima de su hombro…

Apretó los dientes y saltó al suelo mientras se ponía los guantes. No iba a permitir que le negara la entrada si Hislop estaba dentro.

La criada balbuceó las tonterías habituales, pero el le dio una moneda y ella desapareció en dirección a la cocina.

Lucien dudó un momento delante de la puerta del despacho y luego entró sin llamar. Se dio cuenta inmediatamente de su error; Emily y Hisopo se encontraban delante del escritorio, vueltos de espaldas y parecían estar compartiendo un tranquilo momento de intimidad.

Cuando ella se volvió, Lucien vio una expresión de asco en su cara.

-Perdonen que les moleste-dijo avergonzado con su acento francés mas pronunciado que de costumbre.

Era evidente que a ella no el molestaba la presencia de Hislop. El incluso tenía la mano en su muñeca.

Hislop saludó a Lucien con la mayor naturalidad del mundo.

-¡Encantado de volver a verle!-dijo con sinceridad-¡Que extraña coincidencia!

-Vengo aquí a menudo-masculló Lucien, sombrío entrecerrando los ojos.

-Yo también, yo también-replicó Hislop sin sospechar por un momento el peligro que corría.

Emily se precipitó hacia el recién llegado.

-¡Que alegría volver a verle, señor Blanc!-exclamó.

Tenía las mejillas sonrojadas y el pensó que era por el placer de haber tenido la mano de Hislop en la suya.

-Siento haberles molestado-mintió con rigidez-Me había olvidado por completo de que hoy era el día de la entrevista habitual con el señor Hislop.

-Entrevista no es la palabra apropiada-intervino el otro-Eso hace que parezca algo muy profesional. Prefiero pensar en la señora Ewing como en una buena amiga. De hecho le estaba pidiendo que me acompañara esta noche al teatro.

Lucien apretó los dientes. ¿Tenía Emily la menor idea de lo que estaba dando a entender ese canalla? Aparentemente no. Lo mas fastidioso era que el también la había invitado a ir al teatro y ella se había negado.

-En ese caso puede que nos veamos allí-dijo educadamente volviendo a inclinarse-Si me disculpan, me están esperando.

Hislop avanzó tapando a Emily de la vista de Lucien.

-Apostaría a que va usted al desayuno del duque de Gisle. Yo estaba invitado, soy uno de sus mejores amigos ¿sabe? Pero he perdido la invitación. Esas cosas pasan ¿no es cierto?

-Desde luego.

Lucien hizo intención de irse, pero un grito escapó de la boca de Emily:

-¡Señor Blanc!
-¿Si?
-Yo…
A ella le costaba seguir y él esperó.
-Una vez, cuando vino a visitarme-dijo con voz tensa-me ofreció su ayuda. Me gustaría hacerlo ahora.
Lucien permaneció perplejo por un instante. ¿A que se refería ella? De pronto recordó que un día le dijo que el había venido a matar a un dragón.
-Señor Hislop-dijo con una delgada sonrisa-ya que su invitación ha desaparecido de modo tan fastidioso ¿por qué no me acompaña al desayuno de los Gisle? Estoy seguro de que Patrick estará encantado de ver a uno de sus mejores amigos.
Hislop no lo dudó ni por un momento. Rápidamente se despidió de Emily.
-Seguro que entiende, querida señora, que debo dejarla. Quizá tenga tiempo de volver mas tarde.
Lucien se crispó ante la poca delicadeza de ese advenedizo, pero un vistazo a Emily le tranquilizó. A ella no le gustaba tanto como él había creído.
Apenas se cerró la puerta del coche tras ellos, Lucien se abalanzó sobre Hislop, le cogió por la corbata y le levantó del asiento.
-¿Que está usted haciendo?-gritó.
El resto de sus protestas fue ininteligible porque Lucien le hizo una zancadilla y el cayó pesadamente entre los dos asientos.
Hislop, sentado en el suelo, miraba a su agresor con estupefacción y horror.
-¿Qué le sucede? ¡Me ha arrugado la corbata, maldición! ¡Se ha estropeado! ¿Qué vana pensar los duques?
Lucien, divertido, se dio cuenta de que se preocupaba mas por el estado de su ropa que de la violencia inesperada de la que había sido víctima. Sin duda estaba acostumbrado a provocar ese tipo de reacción.
-Quiero que se mantenga lejos de la señora Ewing-dijo con una voz peligrosamente suave-Si me entero de que le han visto cerca de ella o de su casa, me ocuparé de que nadie en la alta sociedad le vuelva a recibir.
Hislop se enderezó y se aupó al asiento opuesto mirando as u interlocutor como si este fuera un perro rabioso.
-No entiendo porque se pone así-gruñó-No he hecho nada que molestara a la dama. Me he comportado como un perfecto caballero, si desea saberlo.
-Me da igual-contestó Lucien entre dientes-siempre y cuando renuncie a su “amistad” por la señora Ewing.
Hislop hizo una mueca.
-Llevo trabajando ene so meses-se quejó-y usted la conoce desde hace solo unas semanas. ¿No puede reconocer que yo tengo prioridad?

Lucien hizo un movimiento amenazador y el otro levantó las manos en señal de rendición.

-¡Muy bien!-gritó con voz aguda-¡Por Dios! De todos modos no me interesa demasiado. Para mi gusto demasiado estricta. Pensé en intentarlo con la hermana… ¡pero no lo haré!-rectificó rápidamente al cruzar la mirada furibunda de Lucien-No volveré a acercarme a su casa, si eso es lo que desea.

Lucien se apoyó en el respaldo de su asiento lo cual pareció proporcionar un poco de valor a Hislop.

-No veo en que podría molestarle que yo cortejara a la hermana-gimió débilmente-Usted puede quedarse con Emily, me haré a un lado como un caballero, aunque yo la viera antes, pero ¿Por qué no dejarme a Louise? Podría instalarla muy cómodamente-añadió generoso-Tengo una casita en Chelsea que es ideal para ese tipo de relación y lleva vacía dos meses.

Lucien dio un golpe en el techo y el carruaje se detuvo bruscamente.

-¿Qué hace?-pregunto Hislop nervioso-¡Dijo que me llevaría a la recepción de los Gisle y quiero ir!

-¡Fuera!-ordenó Lucien mientras la puerta se abría.

-¡No!-se idignó el otro completamente rojo-¡Me lo prometió! Me ha robado usted a mi amiguita sin que darme tiempo a que le dijera adios y con un despliegue de fuerza completamente innecesario. Ahora está obligado a respetar su palabra.

Para su enorme sorpresa, Lucien se echó a reír.

-De acuerdo.

Hislop le miró llenó de incertidumbre.

-Debería arreglarse el nudo de la corbata-le aconsejó Lucien.

Alrededor de una hora mas tarde, Patrick Foakes, duque de Gisle, le dio un ligero codazo a su amigo en las costillas.

-¿Quién ese impresentable que has traído a mi casa?-preguntó señalando con la barbilla en dirección a Hislop que charlaba alegremente con la duquesa.

-Bartholomew Hislop. Encantador ¿no te parece? Estaba intentando quitarme a mi futura esposa.

Patrick dio un respingo.

-¿Qué?

Lucien se dio cuenta con retraso de que lo que acababa de decir a fin de cuentas solo era una agradable posibilidad.

-Tengo intenciones de casarme con la señora Emily Ewing-explicó-Pero antes tenía que vencer al dragón.

Patrick entrecerró los ojos mientras seguía mirando a Hisopo y a su arrugada corbata.

-¿El dragón es *eso*?

Lucien sonrió.

-Nosotros los cazadores de dragones, encontramos el trabajo donde podemos.

Patrick levantó los ojos al cielo.

-¿Pero porque le has traído aquí? ¿Esperabas acaso que mi cocinero envenenaría su comida? Me parece que te equivocaste.

-Hislop y yo llegamos a un acuerdo en el tema de Emily, pero tuve que prometerle que le traería a tu desayuno y le pareció que debía mantener mi palabra.

-Parece mas una rata que un dragón.

Lucien estalló en carcajadas.

De repente Patrick vio que Sophie le lanzaba una mirada suplicante por encima de la cabeza de Hislop.

-¡Ya vera ese de que madera estoy hecho!-gruñó el duque dirigiéndose hacia ellos.

Por desgracia, la visita inesperada de Bartholomew Hislop a la casa del duque de Gisle no se desarrolló tan bien como había esperado.

Como les contó a sus amigos al día siguiente, solo dejó caer accidentalmente una porción de tarta de albaricoque a los pies de la duquesa.

-No es su corpiño-precisó-¡Al lado!

Y cuando se había inclinado para comprobar que el vestido no estaba manchado, el duque se había salido de sus casillas.

Sus amigos eran todo oídos.

-Por supuesto-les tranquilizó Bartholomew-ese incidente no afectara a nuestra amistad y estoy seguro de que los Gisle seguirán invitándome con frecuencia. Pero os aconsejo que evitéis a la duquesa. Francamente, Gisle no escogió al mejor partido de Londres. Después de tos, Su Gracia le enseñó el pecho a todo el mundo en el baile de los Fester ¿no? De modo que no tenía que enfadarse porque yo echara un vistazo rápido.

Sus amigos asintieron con calor lo cual atenuó un poco el dolor que le producía el cardenal que exhibía en el ojo derecho.

Capitulo 18

-¡Gabby! ¿En nombre de Dios, que estas haciendo aquí?-exclamó Sophie-Nunca antes me había encontrado con alguien conocido en esta zona.

Gabby sonrió con timidez.

-Vine a ver a un boticario. ¿Cómo estás Sophie?

La duquesa de Gisle la cogió del brazo.

-Me aburro, querida. Me aburro de muerte. Estaba buscando una gramática de noruego en la tienda de Spooner pero no la he encontrado. Estoy siendo muy maleducada, perdóname. Quería haber ido a visitarte la semana pasada para darte la enhorabuena.

Gabby abrió la boca para responder pero Sophie no le dio tiempo.

-Te has casado con el mejor de los dos hermanos ¿sabes? Peter es un encanto, pero Quill…De verdad que si cuando salió de la cama no hubiera conocido ya a Patrick, quizá hubiera ido a por el.

Exhibía una deslumbrante sonrisa y Gabby agachó la cabeza.

-Entonces es una suerte que la enfermedad de mi esposo durara tanto tiempo. Contigo no hubiera tenido la más mínima posibilidad.

-¡Bobadas! Mi Patrick dice que Quill está locamente enamorado de ti.

Gabby, secretamente encantada, se echó a reír.

-¿Cómo puede tu marido saber si Quill está enamorado o no?

Sophie hizo un delicado encogimiento de hombros que era característico de ella.

-¡Bah, los hombres! ¿Quién sabe como se entienden entre ellos? Algunas veces tengo la sensación de que Patrick y su hermano se comunican en clave. No hablan muy a menudo entre ellos, pero Patrick siempre sabe si Alex tiene un problema. Son gemelos ¿sabes?

-No lo sabía-murmuró Gabby intrigada-¿Se parecen mucho?

-Eso cree todo el mundo, pero yo no estoy de acuerdo. Me gustaría mucho presentártelo, pero Alex y Charlotte, su esposa, todavía están en el campo porque ella esta embarazada.

-Ya veo-dijo Gabby.

Quill y ella, a causa del luto, no habían asistido a muchas fiestas, pero ella se había cruzado con muchas mujeres que estaban esperando un hijo.

-Charlotte tuvo algunas dificultades cuando trajo al mundo a su primer hijo-explicó Sophie-de modo que Alex está aterrado y no deja a mi pobre amiga salir de casa. Patrick dice que va a acabar con una úlcera por culpa de los nervios de su hermano.

-¿Ambos sienten lo que el otro?

-Si. Parece ser que es algo frecuente entre los gemelos. ¿Es aquí donde venías, Gabby? La tienda parece bastante lúgubre.

Se encontraban ante una pequeña tienda con los cristales sucios.

Gabby sacó de su ridículo el articulo que había recortado del *Times*.

-Si, es aquí.

-Sería mejor que nuestras doncellas esperaran fuera o no cabremos todas dentro. ¡Levántate la falta, Gabby!-aconsejó al tiempo que empujaba la puerta haciendo sonar una campanilla.

La tienda de M. J. Moore, boticario, estaba llena de frascos de extrañas formas todos ellos etiquetados, detrás del mostrador no había nadie.

Sophie se inclinó para ver una de las botellas.

-¡Mira! "Polvo de gusanos" ¿Crees que esta hecho con gusanos de tierra?

-Lo dudo.

¿Donde estaba el dueño? Gabby apretaba el recorte del periódico en la mano enguantada.

-No, no está hecho de gusanos-continuo Sophie todavía inclinada sobre el frasco-Esto elimina del cuerpo a todo tipo de gusanos. Gabby, ¿Qué estamos haciendo aquí?

En ese instante, un anciano abrió la cortina que llevaba a la rebotica y Gabby se estremeció. Los ojos del hombre estaban cubiertos por un velo blanquecino y se apoyó en el mostrador para dirigirse hacia ellas.

-Buenos días, buenos días. Soy James Moore-dijo con jovialidad-Fabricante de verdadera y eficaces medicinas tanto para los jóvenes como para los viejos. ¿En que puedo ayudarlas?

-He leído su anuncio en el *Times*-dijo Gabby quien empezaba a lamentar realmente haber abierto el periódico esa mañana.

-Entonces milady ¿padece usted del intestino? ¿Tiene usted eructos o quizá…gases?

Sophie tomó del brazo a su amiga.

-No creo que estemos en la tienda adecuada-murmuró.

-¡Ah, hay dos damas!-exclamo el señor Moore-¡Estupendo! Es normal estar un poco nervioso en estas circunstancias. Pero es mejor sentirse incómodo aquí que sufrir una verdadera humillación en público.

Gabby estaba terriblemente avergonzada.

-He venido porque parece ser que usted curó a una mujer que padecía unos violentos dolores de cabeza.

-Exacto, exacto-declaró el señor Moore frotándose las manos de una dudosa limpieza-Se trata de mi encantadora sobrina, la señorita Rachel Morbury, de Church Lane. Insistió en publicar ese pequeño testimonio en el periódico, querida señora. Padecía desde hacia dos años y lo pasaba tan mal que estaba a punto de perder el empleo. Tiene un buen trabajo en la casa de la señora Huffy, que vive en Church Lane. Rachel aceptó al fin que le administrara una dosis de mi eficaz remedio. ¡Y nunca ha vuelto a dolerle la cabeza desde entonces!-concluyó triunfalmente sonriéndole a la

pared que estaba detrás de Gabby-Rachel escribió el anuncio por su cuenta, milady. Por el bien de la humanidad, dijo ella. Es una buena sobrina.

Durante la perorata, Sophie había crispado la mano sobre el brazo de su amiga.

-Seguro que el remedio está adulterado, Gabby-susurró.

Esta se aclaró la garganta.

-¿De que está hecha su poción contra la jaqueca, señor Moore?

-Son ustedes una delicadas damas-dijo el alegremente-de modo que les ahorraré la lista de ingredientes que lo componen. Me disgustaría mucho provocarles nauseas y todavía mas que desistieran de comprar mis verdaderos y eficaces remedios.

Sophie estaba tirando del brazo de su amiga, pero Gabby resistió.

-No compraré nada si no conozco su composición.

-Muy bien, muy bien. Utilizo unos ingredientes muy raros, milady. Por esa razón los medicamentos contra los dolores de cabeza son más caros que la mayoría de los otros.

-¿De verdad?

-Es un preparado de mercurio, el mismo que el famoso Empirick Charles Hues acostumbraba a tomar. Y cuando digo preparado de mercurio, quiero decir que lleva mercurio.

-¿Qué mas?

-Potasio y antimonio, un poco de opio.

-Nada nuevo-cortó Gabby.

-El éxito lo garantiza un misterioso ingrediente, milady, pero no puedo revelárselo. Un farmacéutico debe conservar sus secretos, de lo contrario cualquier ladrón de las calles podría vender mis verdaderos y eficaces remedios.

-En ese caso, gracias por habernos atendido-dijo Gabby girando sobre sus talones.

-¡Espere!

-Mi marido nunca se tomará una medicina de la cual no conozca la composición. Adiós, señor.

-Por el bien de la humanidad-balbuceó el boticario-en interés de la humanidad y para tranquilizar a su querido marido, milady, se lo voy a decir. Pero tiene que darme su palabra de que no se lo dirá a nadie. Mi ingrediente secreto es tintura de cáñamo indio. La poción debe tomarse cada dos o tres horas.

-¿Cáñamo indio? ¿De donde sacó la idea señor?

-Le compré el remedio a un hindú, una especie de brujo, como se llamaba a si mismo. Y es realmente milagroso, milady, ¡milagroso!

-Muy bien; compraré un frasco.

El señor Moore estaba encantado.

-Son cinco libras, milady.

-¡Vámonos Gabby!-dijo firmemente Sophie-No vas a darle ni un penique a este charlatán.

-Tenga una libra-dijo Gabby depositando la moneda en el grasiento mostrador.

El señor Moore se apoderó de ella y en su lugar puso una botella marrón.

-Nunca ha hecho un negocio mejor, milady. Una cucharada sopera cada dos o tres horas cuando haya una crisis.

Les hizo una reverencia.

-¿Me permite decirle lo encantado que estaría de volver a serle de utilidad? Como le dije mi remedio contra las ventosidades son famosos en todo el país.

-Se lo agradezco-replicó Gabby-Buenos días.

Siguió a Sophie fuera de la tienda.

-Si no fueras amiga mía, estaría preocupada por tu salud mental-dijo la duquesa-Acabas de tirar una libra por la ventana.

-Es muy posible-admitió Gabby un poco desanimada.

-Y me sorprendería mucho que Quill aceptara tomarse eso.

Gabby no deseaba confesar que Quill ciertamente no lo tomaría. Era demasiado humillante. Toda la situación era demasiado humillante. Le escocían los ojos por las lágrimas.

Sophie lo notó. Cogió a Gabby del brazo para llevarla al otro extremo de la calle donde las esperaban sus carruajes.

-Tenemos que hablar de todo esto, Gabby-dijo-Supongo que las migrañas de Quill son graves.

-Si.

-Sin embargo ¿Quién sabe que efecto tendría sobre el ese cáñamo indio? Se me hace muy difícil imaginar a Quill tomándose esa poción. Aunque fuera realmente eficaz-añadió imitando la voz del señor Moore-¿Y si le hiciera más mal que bien, Gabby?

-Lo sé. Pero cuando vi ese anuncio en el periódico…

No pudo decir nada más.

-¡Su sobrina! Seguro que el viejo astuto redactó el mismo el anuncio.

-Seguro que tienes razón-dijo Gabby en voz muy baja.

-Necesitamos una taza de té-declaró bruscamente Sophie-Le ordenaré a tu cochero que nos siga.

Gabby asintió y pronto se encontraron ene l establecimiento de la señora Clara.

-Es mi salón de té preferido-le confió Sophie-Todas las lenguas viperinas de Londres están aquí intercambiando cotilleos, pero como las mesas no están demasiado cerca unas de otras como para sir lo que se dice en la de al lado, nadie se enterará de nada.

Poco a poco, Gabby se tranquilizó. Y, delante de una taza de té, después de asegurarse de que nadie podía oírlas, se lo contó todo a Sophie.

-Pero tienes que prometerme que no le dirás nada a tu marido-dijo ella cuando hubo terminado-Te lo suplico, Sophie.

-Por supuesto-respondió esta distraída-Noe s algo que se pueda contar a un hombre, le pondría nervioso y empezaría a tener jaquecas por pura solidaridad masculina.

Gabby emitió una risita y Sophie continuó pensando en voz alta:

-Las antiguas heridas de Quill desencadenan las migrañas ¿Cómo es eso posible?

-Tiene una enorme cicatriz en la cadera.

-Demasiado lejos de la cabeza.

-Quizá no-protestó Gabby-¿Y si las migrañas estuvieran causadas por el hecho de hacer trabajar a la cadera?

-¿Trabajar? ¡Ah! Entiendo a lo que te refieres. ¿Le duele cuando mueve la pierna normalmente?

-Nunca lo ha mencionado, pero cojea. Y he notado que la cojera es más evidente cuando está cansado.

-De modo que debe sufrir la mayor parte del tiempo-concluyó Sophie-Los hombres son completamente estúpidos cuando se trata de confesar que algo les duele.

-Entonces ¿Y si las migrañas estuvieran provocadas por un cansancio excesivo de la pierna? O mejor dicho, en este caso, de la cadera-rectificó Gabby.

Podía notar como se estaba ruborizando.

-Podrían ser las dos cosas-precisó Sophie-Quiero decir…

Vaciló un momento antes de lanzarse:

-Parece ser que se sostiene sobre las rodillas y mueve las caderas. Esta noche deberías impedirle que moviera las caderas y que solo se apoye en las rodillas-añadió con un brillo travieso en los ojos.

El corazón de Gabby dio un vuelco.

-No puedo Sophie. Le dije que no me gustaba hacerlo, que el acto no me parecía agradable, para no ser responsable de sus jaquecas. No me odia pero hace de eso varias semanas ya y no me besa ni siquiera para desearme buenas noches.

Humillada, sintió que las lágrimas volvían a anegarle los ojos.

-Bueno, pues cambia de idea-sugirió Sophie con firmeza.

-¡No puedo! ¿Y si no funciona?

-¡Funcionará! Y tú no puedes pasarte la vida comprando pociones inverosímiles a los charlatanes. Algún día matarás a Quill.

-Nunca le he hecho tomar nada-confesó la joven pensando en los numerosos frascos que escondía en su escritorio-Estaba esperando a que tuviera una crisis.

-Nunca tendrá ninguna si no le atraes a tu cama-objetó Sophie con razón.

-Me dijo que tomaría una amante.

Una lágrima cayó por la mejilla de Gabby.

-¡Eso es una estupidez! Apostaría a que se pasa las noches soñando con derribar tu puerta. Patrick y yo no tuvimos ninguna relación de ese tipo durante el primer año de nuestro matrimonio y nunca recurrió a una cortesana. Para distraerse se limitaba a fusilarme con la mirada.

-¿Es cierto eso?-preguntó Gabby fascinada.

-Te sorprendería saber la cantidad de tonterías que hicimos-replicó Sophie con una sonrisa en los labios-Pero me reservaré eso para la próxima vez que tomemos el té juntas porque le prometía un jovencito que vive con nosotros, que le llevaría a ver la Torre de Londres esta tarde.

-No sé como agradecértelo Sophie, yo…

-¡Bobadas!

La duquesa se echó a reír.

-¡Parezco mi madre!-dijo-¿La has conocido ya?

Gabby negó con la cabeza.

-¡No sabes la suerte que tienes! Vamos-añadió Sophie con expresión conspiradora-Pensaré en ti esta noche Gabby. ¡Arriba ese ánimo!

Dos cartas procedentes de la India esperaban a Gabby cuando llegó. Las cogió rápidamente pero ninguna de ellas era de Sudhakar.

Leyó la primera con mucho interés. Aparentemente su plan para salvar a Kasi Rao se desarrollaba a la perfección. Sintió una oleada de orgullo al comprobar que una de sus extravagantes ideas iba a servir para lago.

Luego abrió, con alguna reticencia, el sobre que llevaba la letra de su padre. A medida que iba leyendo le pareció que la carta le quemaba los dedos. La petición de su hija era absurda, decía Richard Jerningham. ¿No se daba cuenta de que ningún caballero inglés iba a tomar un brebaje preparado por un *vaidya*? Lo que daba resultado con los hindúes sería peligroso para la delicada constitución de un británico. ¿Es que quería matar a su esposo? De ninguna manera permitiría que alguien de la aldea se involucrara en su infernal proyecto.

Le sugería, además, que se arrepintiera de sus pecados y que se lo confesara todo a su marido.

Gabby era consciente de la pobre opinión que su padre tenía de ella, pero a pesar de eso se sintió desconcertada.

Con rabia, rompió la carta. Estaba contemplando los trocitos desperdigados sobre una mesita, cuando su marido entró en la habitación.

-¡Por el amor de Dios! ¿Qué estas haciendo?-preguntó el.

Gabby enrojeció mientras recogía los trocitos de papel.

-Solo es…

-¿Palabras de amor de otro hombre?-preguntó el con algo de humor.

-¡No! Quill…

El se había vuelto y estaba cogiendo la botellita marrón del boticario que ella no había tenido tiempo de esconder.

Cuando la miró de nuevo, tenía una expresión de dureza en el rostro.

-¿Dónde has comprado esto Gabby?

-En Abchurch Lane-respondió ella desesperada-Pensé que quizá.

-Tenía la impresión de que no deseabas dormir conmigo-dijo el con una amabilidad excesiva-¿Cuándo pensabas utilizar este…medicamento?

-Dijiste…dijiste que irías a buscar una amante-balbuceó Gabby.

-Ah, ya veo. Como a ti no te gustan las relaciones conyugales, se supone que iré a buscar a una ramera. Y cuando tenga la jaqueca, tú te encargaras de administrarme este remedio.

Gabby estaba completamente roja.

-Leí un artículo y me pareció…

-¿Cuántas pociones como esta has comprado, Gabby?-la cortó él.

Ella cerró los ojos apenada.

-Verás-prosiguió él-Vi a mi madre actuar del mismo modo. Compraba los remedios en cuanto veía un artículo acompañado de un falso testimonio, en el periódico. Estuvo a punto de matarme y entonces decidí que no me tragaría ni una solo más de esas medicinas. Y lo mantengo.

-El dijo que sería eficaz…

-¿Dónde están los otros?

El ya estaba hurgando en su armario. Ella se estaba enfadando pero consiguió permanecer en silencio. A pesar de todo, cuando el pasó a su escritorio, no pudo contenerse por mas tiempo.

-¡No tienes derecho!-dijo indignada-¡No toques mis cosas!

-Tengo todo el derecho-replicó el abriendo un cajón.

-¡Es mi escritorio!

-¡Aquí están!-dijo el triunfante-Supongo que *mis* medicinas han encontrado ellas solas el camino a *tu* escritorio.

Ella apretó los dientes mientras Quill depositaba los frasquitos en la mesa. Cogió el primero.

-Mi madre también iba a ver a esos charlatanes…

El frasco explotó en la chimenea provocando una pequeña llamarada roja.

-Debe contener alcohol-dijo el.

-¿No deseas curarte?-preguntó Gabby desesperada.

-No con riesgo de mi vida.

Estaba examinando un tercer frasco.

-Muy interesante. ¿Sabías que esta poción cura todas las enfermedades? ¡Estupideces!

La botella se hizo pedazos en el hogar.

-Eso era mío. No tienes derecho a romper lo que yo compro.

-¿Ibas a usarlo t misma?-respondió el con voz calmada pero con los ojos brillando de modo preocupante-Nunca volveré a tomar uno de esos brebajes. ¡Nunca!

-¡Eso es absurdo!

-Te ruego que en el futuro nunca vuelvas a comprar medicinas contra la migraña. ¿Entendido?

Se dirigió hacia la chimenea.

-¡No me vuelvas al espalda!-gritó ella furiosa.

El empujó unos cuantos cristales hacia el hueco de la chimenea.

-Estoy esperando una respuesta, Gabby-dijo el por encima del hombro.

Fuera de si, ella cogió el frasco del señor Moore.

-¡Te olvidas de este!

La lanzó con todas sus fuerzas en dirección a su marido. El frasco le pasó por encima del hombro y se estrelló contra la repisa de la chimenea. El líquido marrón goteó por los ladrillos.

Quill dio un salto hacia a tras y luego se volvió lentamente.

El pelo de Gabby caía sobre su rostro y tenía los brazos cruzados. Estaba encolerizada. Estaba hermosa…El habría dado cualquier cosa por poder estrecharla contra si y hacer que cambiara de opinión sobre sus relaciones sexuales.

Avanzó.

-Parece que me he casado con una mujer dotada de un fuerte temperamento.

-¡Milady!-exclamó de pronto Margaret tras la puerta-¿Quiere cambiarse ahora?

-Prométemelo Gabby-insistió Quill.

-Prometo no volver a comprar ningún remedio para tus jaquecas-dijo ella con voz neutra.

-Gracias.

-Aunque no soy la única que tiene mal carácter.

-Te aseguro que nunca me había comportado como un loco peligroso antes de conocerte.

Estaban llamando de nuevo a la puerta.

-¿Milady?

Gabby suspiró.

-Un momento Margaret. Solo quería ayudarte-añadió levantando los ojos hacia su marido.

El depositó un beso en la punta de su nariz y giró los talones. Gabby levantó la mano para retenerle y luego la volvió a bajar. Después de lo que acababa de pasar, no podía seguir el consejo de Sophie e intentar seducir a su marido.

Pretextó estar cansada para tomar una ligera cena en su habitación mientras se maldecía por su cobardía.

A las damas que se jactaban de ser especialistas en observar y comentar el menor acontecimiento, Londres les parecía muy aburrido en los meses que precedían a la Temporada propiamente dicha. Pero este año habían decidido que la casa de la nueva vizcondesa Dewland podría proporcionarle una fuente de diversión.

-Después de todo-dijo ese día lady Prestlefield a su vieja amiga lady Cucklesham-no solo esa joven dio un espectáculo enseñando su pecho a todo el mundo, sino que además no hay que ser un genio para darse cuenta de que se deshizo de su prometido en el momento que el hermano mayor heredaba el título.

-No cabe duda-asintió lady Cucklesham quien también se había casado con un hombre de la edad de su padre exactamente por la misma razón-Es muy poco adecuado que lo hiciera tan pronto después de la muerte del anterior vizconde, si es que entendí bien lo que sucedido.

-Efectivamente. Y esperemos que no haya hecho un mal negocio…si hacemos caso a los rumores referentes a las heridas de Quentin Dewland.

Se hizo un silencio entristecido.

-Puede que debamos visitar a la nueva vizcondesa-continuó lady Cucklesham-Me gustaría ver como funciona el servicio. Si ella es tan interesada y, hablando con franqueza, tan escandalosa como dicen, es nuestro deber averiguar sus defectos antes de que empiece la Temporada.

Lady Prestlefield era de la misma opinión.

-¡Su Gracia, la duquesa de Gisle, lady Prestlefield, lady Cucklesham!-anunció Codswallop con solemnidad.

Nada le gustaba más que recibir a un grupo de aristócratas.

-¡Que placer verlas!-dijo Gabby con una tímida sonrisa en los labios, haciendo una reverencia.

Recordaba muy claramente los comentarios de las dos damas cuando se le cayó el corpiño.

-Nos moríamos de ganas de felicitarla-empezó lady Cucklesham.

Afortunadamente, Sophie llegó justo detrás de ellas.

-¿Cómo se encuentra tu marido hoy?

-Muy bien, gracias.

Gabby hizo un esfuerzo para no ruborizarse. Sabía perfectamente a lo que se refería su amiga.

Codswallop volvió a aparecer.

-La señora Ewing y la señorita Phoebe Pensington.

Gabby levantó los ojos sorprendida.

-¡Phoebe querida! ¡Y la señora Ewing! ¡Que alegría!

Estaba realmente extrañada ya que había visto varias veces a Phoebe desde su regreso a Londres, pero la señora Ewing nunca la había visitado.

Ésta última estaba muy elegante, pero Gabby la encontró todavía más pálida y cansada de lo normal. Palideció mas aún al ver al pequeño grupo de damas que se encontraban en el salón.

-No nos vamos a quedar-anunció rápidamente-Solo vine porque Phoebe quería saber si había tenido usted noticias de…de Kasi Rao.

-He recibido una carta esta misma mañana-dijo Gabby sonriendo a la niña-Aparentemente es muy feliz en el campo. Se ha hecho algunos amigos.

Se inclinó para susurrar algo al oído de la niña.

Pero la aguda vocecita de Phoebe no estaba hecha para los secretos.

-¡Un pollito!-gorjeó-¿Kasi Rao se ha hecho amigo de un pollito?

-Eso parece-dijo Gabby riendo.

Phoebe le tiró de la manga.

-¿Esta segura de que esos señores malvados no se lo vana a quitar a la señora Malabrigth?

-Completamente, cariño. Pero más vale no hablar del tema. Nunca se sabe.

-Por supuesto-intervino la señora Ewing-Sabíamos que…solo queríamos…

Parecía estar terriblemente incómoda.

-Se lo ruego, únase a nosotras aunque solo sea un momento. ¿Te gustaría ir a ver a Margaret y comer un trozo de tarta?-le propuso Gabby a la niña.

La dejó en manos de Codswallop y luego arrastró a una Emily un poco reticente hasta el salón.

Lady Cucklesham levantó inmediatamente los ojos.

-Me temo que no… ¿Quién es usted?

-Soy la señora Ewing-respondió Emily muy rígida.

-Entonces su marido es uno de los Ewing de Hertfordshire?

-No, el no tenía familia.

-Pero ciertamente usted es Emily Thorpe. Bueno, lo era. ¿Podría decirnos como se encuentra su querido padre? Hemos oído decir que estaba enfermo, pero seguro que usted puede darnos noticias mas recientes.

-Desgraciadamente no.

Sophie aprovechó el silencio que siguió para intervenir.

-¿Esa encantadora niña es hija suya?

Se volvió hacia lady Prestlefield y le explicó:

-Conocí a la señora Ewing en el baile de lady Fester y pasé buena parte de la noche envidiando su vestido. Pero ignoraba que fuera la madre de una niña tan encantadora. Ahora ya tengo dos razones para envidiarla, señora Ewing.

Lady Prestlefield esbozó una delgada sonrisa que cualquiera hubiera calificado de envenenada.

-De modo que tiene una hija, señora Ewing. ¡Es curioso! He oído hablar mucho de su…belleza, pero no me había enterado de que su marido y usted hubieran tenido una hija.

Emily estaba pálida como aun sábana, sin embargo enfrentó con valentía la mirada de lady Prestlefield.

-Phoebe es hija de mi hermana Carolyn. Seguro que recuerda a Carolyn Thorpe. Creo que fueron presentadas al mismo tiempo.

Sophie contuvo una carcajada. Si no se equivocaba, Carolyn había sido una preciosa mujer, al igual que su hermana, y lady Prestlefield todo lo contrario.

Se abrió la puerta y Codswallop anunció:

-¡El señor Lucien Blanc!

Lucien entró en el salón con la sonrisa en los labios. Al día siguiente, martes, le pediría a Emily que le concediera su mano.

-Lady Dewland, pasaba por delante de su casa y…

Se detuvo consternado. Su futura esposa estaba ahí, ante el.

-Señora Ewing…

Su expresión era transparente, mientras el besaba la mano de su amada.

-Querida lady Cucklesham, querida lady Prestlefield-se apresuró a añadir-¿Qué placer verlas!

Lady Prestlefield después de hacer un breve gesto con la cabeza, volvió a dirigir su atención a Emily.

-Naturalmente que me acuerdo de su hermana-dijo-¿Quién no ha oído hablar de la tristeza de su padre cuando su hija mayor se lanzó en los brazos de un explorador sin dinero? Y luego, cuando ni una sola de sus hijas encontró marido… ¡Oh, perdón, señora Ewing! Había olvidado que usted se había casado, aunque fuera de forma tan breve.

Lucien entrecerró los ojos.

-Eso me recuerda, lady Prestlefield, algo que oí la semana pasada. Seguramente fuera una sarta de invenciones. Estoy seguro de que usted no está emparentada con ese lord Prestlefield e cuestión…

Sophie le sonrió.

-Todos estamos convencidos de que lady Prestlefield no tiene ningún parentesco con una persona poco adecuada-dijo-Pero cuéntenos de todos modos lo que oyó.

-Es una historia horrible-declaró Lucien-Quizá no debiera hablar de ello delante de las damas, pero ustedes ya han debido oír algo.

Lady Prestlefield apretaba los labios.

-Las habladurías no me interesan absolutamente nada-dijo secamente.

-Seguro que no tienen nada que ver con usted-aseguró Lucien-No, en este asunto, la cosa trata de una cabra domesticada…

Lady Prestlefield se levantó.

-Lo lamento pero tengo que irme.

-…y de un vicario-continuaba Lucien con una sonrisa-Estoy seguro de que todas las personas implicadas habían bebido mas de la cuenta. Y que el juez que dictó sentencia estaba ebrio.

-No sé nada sobre cabras-dijo fríamente lady Prestlefield-Evito pensar en cosas tan provincianas, y en mi familia nadie abusa del alcohol.

En cuanto a lady Cucklesham, esta no perdía el sentido de la realidad. Si la señora Ewing se casaba con el riquísimo ex marqués, su estatus social cambiaría radicalmente. Se levantó a su vez.

-Íbamos a despedirnos-dijo cogiendo a su amiga del brazo-Ha sido un placer volver a verla, señora Ewing.

Lady Prestlefield movió la cabeza.

-No soy de esas que se meten donde no las llaman-declaró-No sé porque está usted en esta casa, señora Ewing, pero no será usted bienvenida en la mía.

Diciendo esto se alejó con lady Cucklesham tras sus pasos.

Lucien besó la mano de Emily.

-Curioso-dijo con voz un poco velada-Sea cual sea la casa a la cual usted decida acudir, preferiría que fuera la mía.

Emily se ruborizó y luego se levantó.

-Tengo que llevarme a Phoebe-dijo.

-¿Puedo disculparme por la mala elección de mis invitados?-preguntó Gabby.

Una pequeña sonrisa asomó a los labios de Emily.

-No lo haga. Considero que he tenido suerte porque también estaba aquí un cazador de dragones-replicó haciéndole una reverencia a Lucien.

Este se despidió rápidamente y la siguió fuera del salón.

-Su hija es encantadora ¿no es cierto?-dijo Sophie cuyos ojos brillaban de lágrimas.

-¿Qué sucede?-preguntó Gabby preocupada.

-¡Nada!-contestó Sophie con voz un poco temblorosa-El verano pasado perdí una hija y a veces eso me pone estúpidamente melancólica.

Gabby le tomó la mano.

-¡Debe ser terrible perder un hijo!

-Espero tener mas suerte esta vez-precisó la duquesa con una sonrisa.

-¡Oh Sophie, es maravilloso! ¿Para cuando lo esperas?

-Para agosto, posiblemente. No estoy demasiado segura porque el médico parece pensar que estoy más avanzada de lo que yo creo. Empieza a notarse pero solo he tenido dos faltas.

Se recuperó bruscamente.

-¿Y bien? ¿Ayer por la noche?-preguntó.

Gabby negó con la cabeza.

-No pude. Simplemente no pude.

-¿Por qué?

-Nos peleamos y luego Quill se encerró en su despacho. Yo no debía molestarle bajo ningún pretexto. Y nosotros…no dormimos juntos.

-¡*Hay* que molestarle!

-Tú no lo entiendes. El tiene mucho trabajo. Incluso los criados vacilan en llamar a su puerta.

-Cuando yo voy a ver a Patrick a su despacho, siempre me recibe con gusto. Estoy segura de que a Quill le sucederá lo mismo.

-Es diferente Sophie. Tu eres tan hermosa, tan refinada…Para ti es fácil. Pero yo…Nosotros solo lo hemos intentado una vez.

-¿Qué me estás diciendo? Eres una de las mujeres más sensuales de la sociedad, Gabby. La mitad de los hombres de Londres sueñan contigo. Sobre todo desde que enseñaste tus pechos a la mayoría de los invitados de lady Fester-añadió traviesa.

Gabby se puso escarlata al recordarlo.

-Bueno eso no…

-¿Por qué no vuelves a hacerlo?-preguntó Sophie cuyos ojos brillaban divertidos.

-¿Hacer que?

-¡Perder el corpiño! ¿Sigues teniendo ese famoso vestido?

-Probablemente-murmuró Gabby mordisqueándose el labio inferior-Quieres decir que yo podría…

-Exactamente. Ponte ese vestido, y cuando Quill se retire a su despacho, síguele. Colócate justo frente a el y respira profundamente.

Gabby sacudió la cabeza, pero no pudo evitar sonreír.

-No conoces a Quill. Nunca hace nada sin haberlo pensado antes.

-¡Hombres! Se creen que tienen un cerebro pero todo el mundo sabe que cuando las partes inferiores de su cuerpo se despiertan, la parte de arriba es incapaz de la menor actividad.

-Estoy de luto-objetó Gabby.

-Nadie se enterará de cómo te vistes en tu propia casa. Dile a Quill que ya estás cansada de vestir de negro.

Sophie se levantó y se alisó la falda.

-¡Veo una ligera hinchazón!-exclamó Gabby muy excitada.

Esta vez fue Sophie quien se ruborizó.

-Espero que pronto tengas una noticia igual de buena para darme.

Gabby, con una risita nerviosa, acompañó a la duquesa hasta la puerta.

-Eres un encanto ¿sabes?-dijo a bocajarro.

-¡Tonterías!-contestó Sophie antes de desaparecer.

Capitulo 19

Codswallop ofrecía la bandeja de plata.

-Lord Breksby está aquí, milady. Ha dicho que su visita era importante y que le gustaría ver a lord Dewland y también a usted. Los señores están esperando en la biblioteca.

El ministro fue directamente al meollo de la cuestión.

-Lamento mucho molestarla, lady Dewland, pero recientes acontecimientos me obligan a recordarle al heredero de los Holkar.

Gabby se sentó mientras Quill permanecía en pie detrás de ella, preparado para apoyarla si las noticias eran malas. Porque tenía un oscuro presentimiento.

-Parece ser-empezó Breksby-que el padre de Kasi Rao Holkar se está muriendo y algunos piensan que ya es hora de que el niño aprenda a reinar.

-Kasi es incapaz de dirigir un país-protestó Gabby-Ni siquiera sabe contar hasta diez. Nunca sería capaz de tomar las decisiones necesarias para preservar la unión de los Holkar.

-Eso no está demostrado. Evidentemente, si descubrimos que el niño es retrasado, el gobierno inglés no apoyará la iniciativa de la Compañía de las Indias.

-Kasi es…lento.

Breksby la miró con simpatía.

-Si el señor Kasi Rao simplemente es lento, me temo que se vea obligado a subir al trono de los Holkar. Después de todo-añadió con una risita-nuestros gobernantes no siempre han tenido mentes brillantes. Pero pronto podremos juzgar por nosotros mismos.

Quill se dio cuenta de que Breksby observaba atentamente las reacciones de su mujer.

-Ciertos representantes de la Compañía nos anunciaron ayer por la noche que habían descubierto el lugar donde vive Kasi Rao Holkar. De hecho, lo han tomado bajo su responsabilidad con la intención de…

-¿Encontraron a Kasi?-exclamó Gabby, nerviosa.

Breksby asintió.

-El señor Kasi Rao está ahora bajo la protección de la Compañía de las Indias, en casa del señor Charles Grant, para ser precisos. Yo creo que el príncipe será presentado a distintos miembros del gobierno a partir de mañana por la tarde. Todo esto ha sido organizado abiertamente por el señor Grant, conocido por ser un fanático partidario de la ampliación de los territorios de la Compañía. Pero no vamos a permitir que un niño retrasado se suba al trono solo para satisfacer las ambiciones del señor Grant sobre la región del Maharashtra.

-¿Sabe usted donde encontraron al sobrino de mi padre?-preguntó Gabby con un deje de angustia.

Breksby pareció sorprendido.

-¿Dónde quiere que haya sido sino en Londres?

Quill, extrañado, sintió que Gabby se relajaba. Parecía estar contenta por la respuesta del ministro y su curiosidad se despertó.

-¿Estamos invitados a la fiesta?-preguntó.

-Seguro que no. El señor Grant no quiere que lady Dewland esté presente porque podría convencer a sus colegas de que Kasi Rao está incapacitado para reinar. Sin embargo yo sí que estoy invitado. Y ¿Quién sabe con quien asistiré? Resulta que he elegido que me acompañe una encantadora vizcondesa…

Parecia estar muy contento de su astucia.

-No podemos intervenir en este asunto-le dijo Quill a Gabby-Pero estarás cerca de Kasi para tranquilizarle.

-Me esforzaré para hacer que la presentación le resulte fácil al joven príncipe-asintió ella en voz baja.

Quill frunció el ceño. Esperaba que reaccionara con violencia ante la idea de que arrastraran a Kasi Rao a una habitación llena de desconocidos.

-Si lo que usted dice es cierto-volvió a decir Breksby-enseguida nos daremos cuenta de su incapacidad para gobernar. El señor Kasi Rao solo habrá tenido que soportar una tarde difícil, luego informaremos al señor Grant de que su proyecto es irrealizable. Sin embargo debo precisar que el señor Grant esta convencido de que el joven está capacitado para gobernar.

-Yo acompañaré a mi esposa-declaró Quill.

Breksby se inclinó.

-Me encantaría, estimado señor.

-Conozco a Grant-añadió Quill sombriamente-De hecho el es el responsable de que yo vendiera mis acciones de la Compañía hace unos años, y sean cuales sean sus intenciones, seguro que no son buenas.

En el transcurso de los últimos años, Charles Grant, se había convertido en un personaje importante dentro de la Compañía. Estaba convencido de que la única manera de pagar las enormes deudas de la Compañía, era conseguir cada vez más territorios de la India. No era necesario decir que para conseguirlo estaba decidido ha utilizar cualquier recurso.

-Esa es también mi opinión-declaró alegremente Breksby levantándose-Querida lady Dewland, será una satisfacción verla mañana por la tarde.

Besó la mano de Gabby, saludó a Quill y abandonó la estancia.

La joven evitaba la mirada de su marido.

-Debes estar muy afectada-dijo-Siento mucho que la Compañía haya cogido a Kasi Rao.

El no salía de su asombro.

-Si, estoy muy afectada-contestó ella vagamente.

Al ver que no añadía nada más, el insistió:

-Mañana intentaré averiguar como está. Todavía tengo algunos amigos en la Compañía, intentaré hablar con ellos.

Ella sintió sin decir una palabra.

Quill estaba delante de la puerta pero no conseguía decidirse a salir. No dejaba de mirar a Gabby imaginando lo fácil que sería hacer que las mangas de su corpiño se deslizaran, acariciar…Se obligó a mirar en otra dirección. Nunca, jamás, iba a tomar a una mujer que no estuviera dispuesta.

Lo había pensado mucho en sus interminables noches de insomnio. La inocencia de Gabby impedía a esta desear mantener relaciones sexuales y el creía que necesitaría más de una semana para curarla de su desagrado. Por desgracia no disponían de una semana completa. Podrían tener una noche, pero luego el dolor de cabeza le dejaría fuera de combate durante varios días. Y por más vueltas que le daba no veía el modo de hacer que olvidara su repulsa.

De modo que permaneció en al entrada de la biblioteca, maldiciendo la pasión que le empujaba hacia esa mujer, el doloroso deseo de llevarla a su cama y hacerle el amor.

La cena fue un suplicio de cortés conversación. Gabby llevaba el vestido que había provocado el escándalo, pero Quill no parecía reconocerlo y nunca en toda su vida se había sentido ella más insignificante. Cuando el le pidió el salero, tuvo que hacerle una seña a un lacayo en vez de dárselo ella misma. Temía que el resultado de su actuación llegara demasiado rápidamente y alegrara la noche a los criados en vez de a su marido.

A las nueve en punto, Quill terminó su último bocado de tarta de limón.

-Ya es hora de que me vaya a mi despacho, querida-dijo con esa cortesía tan convencional que sustituía a la intimidad de un matrimonio.

Ella tragó saliva.

-¿Podría ir a verte un poco mas tarde?

El pareció sorprendido.

-Por supuesto-dijo después de una ligera vacilación-Me encantaría.

Le besó rápidamente la mano antes de retirarse.

Gabby subió a su dormitorio sin ningún motivo en concreto. Su peinado seguía estando en su sitio y, con una repentina inspiración, se quitó las horquillas. A Quill le gustaba su pelo. Si lo dejaba suelto quizá eso la ayudaría en su seducción.

Porque no se sentía demasiado seductora, dijera lo que dijera Sophie. Era demasiado redonda, demasiado insípida. ¡Hasta el punto de que su marido la había amenazado con tomar una amante!

Se pasó los dedos entre el pelo que caía en cascada por su espalda.

Gracias a Dios no se cruzó con ningún criado en las escaleras ni en el vestíbulo.

Golpeó ligeramente en la puerta de la biblioteca y entró.

Quill estaba sentado en un extremo de la larga habitación con las mangas subidas. La lámpara de aceite que iluminaba el escritorio lanzaba reflejos caoba en su pelo.

Se levantó.

-¡Que placer verte!-dijo como si no acabara de dejarla un cuarto de hora antes.

A ella le dio un vuelco el corazón. Quill se estaba comportando como si llevaran muchos años casados. Le pareció que bostezaría si sus pechos se salieran del corpiño. Sin embargo ¿Qué otra cosa podía ella hacer? Se dirigió hacia el forzándose a mover sensualmente las caderas. Con su peinado deshecho debía parecer todavía más gorda, se dijo horrorizada.

-¿Puedo servirte una copa de jerez? ¿O prefieres ratafía?

-Si, gracias-contestó Gabby en un susurro.

Bebió un sorbo tan grande de jerez que casi vació la copa de golpe, pero el licor le dio fuerzas. Quill, un poco asombrado, le sirvió más.

-He recibido una carta de lady Sylvia que nos interesa-anunció el.

-¿Si? ¿Qué pone?

-El viaje le ha sentado bien a mi madre, que está menos “llorosa”, para utilizar la expresión de lady Sylvia. Se encontraron en Suiza con un amigo de la universidad de Peter, un tal Simon Baker Wollaton, que les acompañó a Grecia. Parece que es un hombre muy entretenido.

-Mejor-murmuró Gabby.

Se alejó unos pasos. No sabía si el se habría dado cuenta de que llevaba el pelo suelto, en cualquier caso, no había dicho nada. Se dirigió a una estantería llena de libros y se detuvo ante una obra de Herbert Bone.

-Este libro parece interesante-dijo con un nudo en la garganta, acariciando el lomo con un dedo.

Quill estaba justo detrás de ella.

-No demasiado…

Ella se sobresaltó.

-¡Señor, no te he oído acercarte!

-Sin embargo, aquí estoy.

Puso uno de sus bronceados brazos en el reborde de la estantería.

-Estoy aquí-repitió-Lo que me extraña es que *tú* estés aquí.

Gabby levantó una ceja. Ahora que estaba frente a el sus temores habían desaparecido.

-¿Y porque no habría de estar?-preguntó provocativa mirándole a través de las pestañas.

El se encogió de hombros con una mirada dura e inquisitiva.

A pesar de eso, Gabby cada vez estaba más segura de si misma. Hizo que un mechón de pelo le cayera sobre el pecho.

Vio que la mandíbula de Quill se crispaba y sintió que la victoria estaba cerca.

-La pregunta es: ¿Por qué mi casta esposa ha decidido de repente dejar de llevar ropa negra para vestirse como Bethsabé preparada para meterse en la bañera, cuando yo recuerdo perfectamente haber oído decir a esa misma esposa que no le interesaban los placeres de la carne?

La referencia a Bethsabé era mas apropiada de lo que el creía teniendo en cuenta las intenciones de Gabby. Este era un buen momento para que el vestido…para que ella hiciera que el vestido se deslizara, pensó. Meneó los hombros con un movimiento giratorio. Pero nada. La seda permaneció bien sujeta en su pecho.

-¿Gabby?

La voz de Quill tenía un tono mordaz.

-Me estaba aburriendo allí arriba-dijo ella rápidamente moviendo los hombros lo más discretamente posible.

La mirada de Quill se dulcificó.

-Ya sabes que todavía no podemos hacer vida de sociedad, Gabby. Pero dentro de unos meses, el periodo de luto habrá terminado y volveremos a ocupar nuestro lugar en la sociedad.

-Lo sé.

-Por desgracia los funerales y mi enfermedad han retrasado mi trabajo y no puedo dedicarte más tiempo esta tarde-dijo cogiéndola del brazo para acompañarla hasta la puerta.

-¡Ni siquiera me he terminado la copa!-protestó ella.

-Perdona.

Parecía estar enfadado y Gabby se tragó su segundo jerez.

Pensó por un instante en volver a mover los hombros, pero el iba a pensar que ella tenía convulsiones. Y además ¡el era tan indiferente!

Quill la acompañó hasta la puerta pero ella se detuvo en la entrada. Se sentía como una alumna traviesa expulsada de clase.

-¿Tendrías tiempo, a pesar de tu trabajo, de acompañarme hasta mi dormitorio?-susurró.

-Desde luego, con mucho gusto-contestó el con una leve vacilación.

Mientras subían las escaleras uno al lado del otro, Gabby buscaba desesperadamente una nueva táctica.

Tenía un peso en el corazón. Era evidente que Quill estaba realmente ocupado, y después de todo, era ella la que le había prohibido acudir a su cama. Quizá el había apartado el asunto de su mente y eso se debía a que ella le aburría mas que nada. Estaba tan desanimada que se olvidó de hacer ondular sus caderas mientras andaba delante de el por el pasillo.

Ella puso la mano en el pomo de la puerta, pero Quill, mas rápido, abrió. Entonces ella se tambaleó hacia delante, se le enganchó el pie en la alfombra y se cayó al suelo cuan larga era, golpeándose el hombro izquierdo.

-¡Maldita sea!-juró.

Cuando rodó sobre su espalda poniéndose la mano en el hombro dolorido, se dio cuenta de que por fin el vestido había perdido la batalla a causa de la caída.

Y cuando cruzó su mirada con la de su marido, que estaba petrificado en la puerta, comprendió que tenía todos los ases en la mano para ganar esa particular partida de cartas.

Se incorporó sobre los codos felicitándose, como había dicho Quill en su primera noche juntos, por tener unos magníficos pechos.

-¿Y?-lanzó sonriéndole con atrevimiento.

El se aclaró la garganta y ella tuvo la satisfacción de notar que sus ojos se habían vuelto casi negros.

-Creo que he cambiado de opinión sobre la desnudez en un dormitorio-explicó ella.

A el parecía que le había caído un rayo encima, como si todo el fuera deseo.

Luego entró en el dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Capitulo 20

Con un rápido movimiento él se arrodilló a su lado.

-¿Debo entender que realmente has cambiado de opinión?

-Si-contestó ella con voz tensa-Es decir, Quill, tengo una idea.

-¿Una idea?

El le acarició el brazo y luego le apartó el pelo.

-Puede que tus jaquecas estén provocadas por tu cadera-dijo intentando olvidar que estaba medio desnuda en el suelo.

-Los médicos fueron muy claros: se trata de las secuelas de una conmoción cerebral.

Su gran mano bronceada, jugueteaba con la punta de su pecho y ella tembló con el corazón latiendo con fuerza.

-Deliciosa Gabby-murmuró el con su seductora sonrisa-Me siento muy feliz de que hayas cambiado de opinión.

-¿Has escuchado lo que te acabo de decir, Quill? Si las jaquecas fueran culpa de la cadera y no de la cabeza…

El se tumbó a su lado y depositó pequeños besos en su hombro.

-Puede que las migrañas sean la consecuencia de la herida de la cadera-volvió a empezar a decir ella.

El movió la cabeza con impaciencia.

-Muevo la cadera continuamente, Gabby, y no por eso tengo jaquecas.

Ella le empujó.

-Escúchame, por favor.

-No me apetece-susurró el contra su piel- Hago ejercicio todos los días y eso no me provoca dolores de cabeza-repitió-Lo único que los provoca son hacer el amor y los caballos.

-¿Los caballos?

Ahora Gabby tenía dificultades para pensar, porque Quill estaba haciendo dibujos en su vientre.

Tomó un pezón entre los labios y, cuando levantó la cara, ella estaba jadeando y tenía un nudo de felicidad en la garganta.

-No hay solución, mi amor. Todos los médicos están de acuerdo en eso; el movimiento revive la herida. No hay nada más.

-Tú estás continuamente andando-objetó ella-Y eso no te produce ningún problema.

-Exacto. Sin embargo, Gabby, no deseo hablar de eso ahora.

Volvió a dedicarse a sus senos y ella se estremeció acercándose instintivamente hacia él.

El deslizó una mano bajo el vestido, la cogió por la cintura y se levantó rapidamente con ella en los brazos.

-¡No deberías hacer eso!-exclamó ella llena de pánico-Si se trata de tu cadera, no deberías cargarme.

El negó con la cabeza con su boca unida a la de ella.

-No, querida, carece de lógica. Por otra parte, me da igual tener una jaqueca de vez en cuando.

Realmente no le preocupaba, ella estaba segura de eso. Sufriría de buena gana por un solo momento pasado entre sus brazos.

El la depositó en la cama y la liberó muy lentamente del indecente vestido antes de dejarlo caer sobre la alfombra. Debajo solo llevaba las medias de seda y las zapatillas.

-¡Que hermosa eres!

Gabby cogió aire y resistió el impulso de esconderse bajo las sábanas.

-Me gustaría que hicieramos el amor sin cansar tu cadera-dijo con un tono tan autoritario como le fue posible.

Para ella, las jaquecas de él eran importantes.

-¿Me estás proponiendo que hagamos un experimento? Tengo mas experiencia que tu en experimentos, Gabby. Francamente, creo que es mejor, por tu bien, que nos atengamos a los métodos tradicionales.

Temblaba en su esfuerzo por dominar el deseo de tomarla allí mismo, sin ningún preámbulo. Contempló la curva de sus rodillas, su lujuriosa cabellera y le quitó los delicados zapatos demorándose en su pequeño pie.

-¿Qué te ha sucedido, mi hermosa esposa?-preguntó con voz un poco ronca-Estás desnuda ante mi y no protestas…

-Sin tomarse la molestia de contestar, ella bajó la vista sobre la mano que cubría su pecho. Si a el le parecía que era una desvergonzada, lo sentía mucho, pero no podía evitarlo.

Buscó su mirada.

-¿Tienes alguna idea Quill?

El no sabía en absoluto de que estaba hablando ella.

-¿Una idea?

Se tumbó a su lado y volvió a tomar un rosado pezón en su boca.

Ella se aferró a sus hombros.

-Un plan-dijo ella con una especie de sollozo.

-¿Un plan?

Ella contuvo un gemido.

-Para esto-insistió ella.

Quill levantó la cabeza.

-¿De que estás hablando, Gabby? Te aseguro que no necesité ningún plan la última vez que te hice el amor.

Ella aspiró una bocanada de aire.

-¿Cómo…¡No me estás escuchando!

Le apartó la rodilla que se deslizaba entre sus piernas. El se pasó la mano por el pelo.

-Muy bien, te escucho ¿Qué estás intentando decirme?

-Tú sujetas tu peso sobre la cadera. La que resultó herida ¿no es así?

El cerró los ojos para tranquilizarse.

-Ya te he dicho la conclusión a la que llegaron los médicos…

Pero en el fondo sabía que si se negaba a obedecer ella le prohibiría de nuevo el acceso a su dormitorio.

-Bien-dijo con una sonrisa-Vamos dejar que la cadera descanse.

Le acariciaba el vientre como si estuviera acariciendo a un gatito, luego metió una mano es sus oscuros rizos y ella emitió un pequeño sollozo. Se levantó dejándola temblorosa de deseo.

-¿Quill?

Tendió sus brazos hacia el, ansiosa, con los ojos velados.

Evidentemente ella se encontraba en el mismo estado torturado en el que el había permanecido los últimos quince días. De repente se estaba deleitando con la situación.

-Deberíamos definir el plan-dijo-Para saber exactamente lo que debe hacer cada uno.

Gabby notó el desafío en su voz y reaccionó instintivamente.

-Me parece una buena idea.

-¿Entonces?

El era alto, impresionante delante ella y con una risa secreta en el fondo de sus ojos.

Ella se aclaró la garganta.

-¿Querrías quitarte la ropa?-preguntó educadamente-Soy la única que está desnuda.

Le satisfizo la seguridad de su propia voz.

El esbozó una sonrisa sensual que no traicionaba su sorpresa, suponiendo que estuviera sorprendido.

-Sería mejor que no, Gabby. ¿Y si eso me hiciera daño en la cadera? Preferiría que lo hicieras tú por mi.

Ella se puso de pie con el corazón golpeando con fuerza en su pecho.

-Con mucho gusto-dijo como si estuviera aceptando una taza de té.

Empezó a deshacer el nudo de su corbata.

-Si quieres que me cuide vas a tener que hacer tu sola todo el trabajo.

-Por supuesto-murmuró ella.

-¿Qué recuerdas exactamente de nuestra noche de bodas, Gabby?

Ella depositó la corbata en una silla.

-Todo, naturalmente.

Le estaba desabrochando la camisa mientras evitaba encontrarse con su mirada.

-Si no puedo apoyar la pierna vas a tener que ser más…atrevida que la primera vez.

Ella tragó saliva.

-Lo sospechaba-dijo ella sin entonación

Deslizó la camisa por su bronceado torso y, tímidamente, dejó vagar sus dedos por la piel.

-¿Entiendes lo que acabo de decir?

Esta vez era Quill quien tenía dificultades para hablar.

-Mmm.

En realidad Gabby no tenía ni la menor idea de lo que significaba ser "atrevida" en una cama, pero no quería pensar en ello. Le acarició el cuello y los hombros provocándole una cascada de estremecimientos.

Luego sus labios siguieron el mismo camino.

Quill ignoraba durante cuanto tiempo podría conservar su actitud cortés. La deseaba con tanta intensidad que se sentía terriblemente estrecho dentro de sus pantalones.

-¿Y el resto, Gabby?

Había perdido casi todo el control, ahora, y algo parecido a la ira animaba su voz.

Ante la torpeza de su mujer, acabó por desnudarse solo.

Con la velocidad de un rayo, se dejó caer sobre la cama y la atrajo encima de el. Ella se puso a horcajadas con total naturalidad y luego sus ojos se agrandaron cuando empezó a comprender.

-¿Crees…

Quill ni podía ni quería responder. La cogió por las caderas y la colocó.

Ella se apoyó en el.

-Si-murmuró el-Ven.

Repentinamente avergonzada, ella era incapaz de moverse. Estaba encima de él, desnuda y entregada. Era pura y simplemente algo perverso. Al menos la última ves había estado escondida bajo el cuerpo de le.

Pero le miró, con sus maravillosos ojos verdes que le pedían lo que solo ella podía darle. Olvidando su desnudez, se inclinó para besarle mientras se delizaba hacia su virilidad.

El se apoderó de sus labios con pasión y la hizo bajas más.

-Gabby…

Ella se empaló sobre el, se retiró, se volvió a empalar, cada vez mas lejos, cada vez mas fuerte y con mayor seguridad. El ritmo se aceleró y ella ardió.

El rostro de Quill estaba transformado por el placer.

-¡Gabby!-gruñó.

Ella adivinó que el estaba a punto de explotar y se hundió mas en él, hasta que estuvieron unidos como las piezas de un puzzle.

-¿Si?-susurró ella.

A Quill se el escapó un grito mientras se arqueaba violentamente sobre la cama.

Gabby empezó a gritar a su vez:

-¡Detente! ¡No debes mover la cadera!

Una sonrisa iluminó los ojos de Quill.

-Eres demasiado dura, mi amor.

Deslizó una mano entre sus piernas y ella volvió a comenzar su danza sensual, mientras el jugaba con los labios en sus pechos. Intentaba ser paciente, recordándose a si mismo que el amor, incluso con limitaciones, era mejor que una noche mas sin Gabby.

Había aprendido a tener paciencia, pero esa virtud le abandonó de repente. Su musculoso cuerpo se arqueó, dio un empujón y un luminoso rayo le atravesó.

Murmuró palabras de amor que nunca había tenido intención de pronunciar.

Por fin, gracias a Dios, su encantadora esposa encontró el ritmo adecuado, la deliciosa cadencia que le aceleraba la sangre.

De pronto ella se echó hacia atrás y emitió un largo grito. Quill la cogió por las caderas y le dio toda su fuerza mientras ella se estremecía antes de caer sobre el pecho de él.

Era suficiente. Más que suficiente. La apretó contra el, su encantadora esposa con olor a jazmín.

De hecho estaba contento de que ella hubiera escondido la cara en su hombro y no pudiera ver su expresión. Tenía la sensación de que su alma había abandonado su cuerpo, y era una sensación mágica.

Era la felicidad.

-Esta primera experiencia no es concluyente, Gabby-dijo el con voz ronca.

Luego, un poco avergonzado pro lo que acababa de decir, se alegró al comprobar que ella se había dormido ahí mismo, tumbada encima de el, sin haber oído su estúpido comentario.

Le besó el pelo, incómodo por el acceso de ternura que experimentaba. Gratitud, se corrigió a si mismo. Gratitud porque ella había puesto fin a su abstinencia.

Solo a las seis de la mañana se vio obligado a reconocer que uno de los talentos de Gabby era su intuición en materia de diagnósticos médicos. Por no hablar de su maravilloso sentido del ritmo.

El dormitorio empezaba a iluminarse y el no veía luces en el borde de los ojos. Su estomago no se rebeló cuando empujó con suavidad a Gabby para levantarse. Estaba rígido, le dolía la cadera como si hubiera estado andando mucho tiempo, pero su cabeza estaba milagrosamente bien.

Una sonrisa carente de alegría se dibujó en sus labios.

Acarició el muslo de satén de Gabby, la cual suspiró entre sueños y abrió ligeramente las piernas. Se obligó a volverse. Era mas de lo que su cadera podía soportar en un solo día.

Pero esa noche…esa noche…

El demonio iba a cantar a grito pelado.

Capitulo 21

Emily se levantó de su asiento dirigiendo una mirada de fastidio a sus dedos manchados de tinta. Tenía que aprender a usar la pluma sin macharse las manos.

Lucien Blanc se inclinó ante ella y ella contestó con una reverencia. Cuando se incorporó se dio cuenta de que el se había acercado hasta casi tocarla.

-Emily-empezó él con un extraño tono de voz.

Ella abrió la boca para decir algo pro las palabras no salieron de su garganta.

-He venido para asegurarme de que su dragón no había vuelto a aparecer, pero por lo que veo no está aquí-dijo Lucien.

-Efectivamente-murmuró ella-El señor Hislop no ha aparecido esta mañana.

Lucien le cogió las manos y vio sus largos dedos manchados.

-Debería ponerse guantes-aventuró.

-Cuestan demasiado para estropearlos-contestó ella con una especie de desafío en la voz.

Estaba intentando soltarse, pero el se llevó al mano derecha a los labios para besar la palma.

-Me gustaría regalarle unos.

Ella redobló sus esfuerzos para liberar la mano.

-Al señor Hislop también-dijo-Pero me compro los guantes yo misma, señor.

-¿Habla usted francés, Emily?

-Preferiría que me llamara señora Ewing. Y si, hablo un poco de francés. Tuve una institutriz cuando era niña.

-Perdone mi impertinencia. Cuando pienso en usted es como Emily y se me ha escapado. Me gustaría saber más sobre su infancia.

Era una extraña conversación, se dijo Emily. Lo que estaban hablando no tenía nada que ver con la forma en que Lucien la miraba. Ni tampoco, mucho se temía, con la manera en la que ella el devolvía la mirada.

¡Ese francés era muy atractivo! Era como media cabeza mas alto que ella de modo que podía admirar sus largas pestañas cuando el bajaba los ojos para mirar sus manos. Ella tenía el corazón en la garganta.

-Señor Blanc…-dijo.

Se sentía de repente como una niña tonta, incapaz de pronunciar tres palabras seguidas.

-Me gustaría invitarla…

Lucien se interrumpió. Los ojos de Emily reflejaban tanta inocencia… Había olvidado que ya era bastante mayor y que no era lo bastante bueno para ella. Olvidaba que Emily tenía toda la vida ante sí y que se merecía un hombre que tuviera un futuro y no un emigrante herido por la vida. Se olvidaba de todo perdido en la profundidad de su mirada.

La besó sin tocarla. Incluso le soltó la mano antes de dar un paso e inclinar la cabeza. Al final los dos eran de la misma estatura.

Y ella, la encantadora, la pura Emily, la que merecía algo mejor que él, le devolvió el beso. El se dijo a si mismo que ella nunca había estado casada. Sus labios temblaban bajo los suyos, abriéndose dulcemente con un suspiro.

Lucien puso el final al beso, se incorporó e intentó hablar razonablemente.

-Me gusta más Emily, porque la señora Ewing nunca ha existido.

-El señor Ewing murió en un accidente-mintió ella.

Las piernas amenazaban con no sujetarla y sabía perfectamente que debería haber ordenado a ese hombre que abandonara la habitación. Estaba intentando seducirla. Quería convertirla en su amante. Le había ofrecido regalarle unos guantes. Y sin embargo no conseguía enfadarse con el. El corazón le latía con demasiada fuerza.

El se estaba inclinando de nuevo hacia ella y se sintió aturdida cuando la cogió en sus brazos para besarla por segunda vez.

Cuando el se apartó, ella ni siquiera intentó escapar. Se limitó a mirarle directamente a los ojos.

-Cásate conmigo, Emily-dijo el a bocajarro.

Ella permaneció en silencio.

-Perdóname-dijo él un poco torpemente-Debería haber sido mas… ¿Me haría usted el honor de convertirse en mi esposa, señora Ewing?

Emily tragó saliva. Hacia meses que no podía dejar de pensar en Lucien. Había creído saber porque el iba tan a menudo a su casa, porque se auto invitaba a comer. O bien el poseía una revista que competía con la suya o bienquería convertirla en su amante. Ella prefería la segunda opción pero nunca había soñado que el desearía casarse con ella.

-Carezco de dote-protestó-Mi padre me echó de casa hace años. Nos dio una pequeña suma de dinero a mi hermana y a mi advirtiéndonos de que eso es todo lo que obtendríamos de el. Y nunca cambió de opinión.

-¡Tu padre es un cabezota!

El había vuelto a cogerle las manos y las apretaba contra sus labios. Emily, a su pesar, sintió calor en todo el cuerpo.

-No puedo casarme contigo-dijo ella desesperada-Fui expulsada de la sociedad, no tengo familia. Y tengo responsabilidades. Phoebe, Louise…

El no pudo evitar volver a besarla.

-Tu eres mi Emily-dijo el-Te deseo, te quiero en mi casa y en mi cama. No necesito ninguna dote, y tampoco yo tengo familia…

Se interrumpió al recordar todas las buenas razones que tenía para no casarse.

Emily le puso una mano en el hombro.

-¿Tenías una familia antes?-preguntó en un susurro.

La tristeza en los ojos de Lucien la llenó de angustia, pero no dejó de mirarle.

-Podrías, y con razón, negarte a casarte conmigo, Emily. Mi esposa se llamaba Félicie y mi hijo Michel. Yo no estaba…no puede protegerles. Mientras estaba en el extranjero preparando su viaje a Inglaterra, ellos…ellos…

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello.

-Murieron-terminó ella en su lugar-Lo siento mucho, Lucien-Ahora viven aquí-añadió poniéndole la mano encima del corazón.

Lucien se maldijo a si mismo. No había llorado desde hacía años. ¡Años! No había llorado cuando recorría las ruinas todavía humeantes de su castillo. Ni cuando sus hombres le dijeron que habían encontrado los cuerpos de su esposa y de su hijo. Ni cuando les enterró el uno en brazos del otro, tal y como la muerte se los había llevado…

Entonces Emily lloró por el. Enormes lágrimas llenaron sus claros ojos y rodaron por sus mejillas. Ella se refugió en su hombro.

-Fue hace mucho tiempo-dijo el.

-Supongo que nunca es demasiado tiempo, ¿no es así Lucien?

Hubo un breve silencio.

-Probablemente. No debería haberte pedido que te casaras conmigo, dulce. No te merezco. Aunque seas la más…

Emily había dejado de temblar y él no veía más que su dorado cabello.

-Calla-dijo ella.

Impulsivamente la levantó del suelo. No pesaba nada, su Emily. Se dirigió hacia un sofá donde se sentó sin dejar de apretarla contra el. Deposito pequeños besos sobre sus cabellos. Lo cual era totalmente inadecuado puesto que acababa de retirar su proposición de matrimonio.

-Me casaré contigo-murmuró ella.

El levant´ço la cabeza.

-No quiero que te cases conmigo por compasión-contestó con un tono brusco que no armonizaba con su corazón.

A su corazón le daba completamente igual la razón siempre que ella se casara con el.

-Me casaré contigo por los guantes que me vas a regalar-dijo ella con malicia-Supongo que no te negaras a regalarmelos ¿no?

Ella puso un dedo amnchado de tinta en los labios de Lucien. Sus mejillas todavía estaban mojadas por las lágrimas.

Lucien le quitó la cofia de encaje y la dejó caer al suelo.

-¿Quién era la señora Ewing?-preguntó.

-Nunca existió-confesó ella-Cuando llegamos a Londres tenía miedo. Pensé que era mejor que fingiera ser una viuda. Bien. He aceptado tu proposición. ¿Vas a comportarte como un cabezota y vas a retractarte?

Decididamente, eso ya no dependía de él. Lucien se inclinó y fue ella la primera en besarle.

Acababa de tomar la decisión mas alocada de toda su vida, pero su corazón saltaba de alegría. Había aceptado casarse con un hombre que apenas conocía, un hombre del que no sabía nada.

Nada…y todo.

-Seguramente tengas razón-le provocó-A lo mejor debería comparar tu proposición con la del señor Hislop. ¡Evidentemente no estoy completamente segura de que él esté pensando en el matrimonio!

-Mataré a ese dragón si se atreve a ponerte una mano encima.

Ella suspiró de manera un tanto melodramática.

-Entonces me casaré contigo para salvarle la vida. Y para asegurar un sueldo a mi fabricante de guantes favorito.

-Te casarás conmigo porque me amas-se enorgulleció Lucien con un tono un poco interrogante a pesar de todo.

Los labios de Emily temblaban bajo los suyos.

-Porque te amo-confesó ella-Y…porque ¿tu me amas, Lucien?

El la apretaba con tanta fuerza que ella notaba los botones de su chaqueta a través de la tela del vestido.

-Si, te amo. ¡Oh Señor, cuanto te amo, Emily!

La recepción para presentar a Kasi Rao Holkar, heredero del trono, tuvo lugar en el local de la Compañía de las Indias en Leadenhall Street. Lord Breksby estaba de muy buen humor cuando su carruaje atravesó el último cruce.

Gabby, sentada al lado de Quill, permanecía en silencio, preguntándose si sería demasiado incorrecto que deslizara la mano bajo la de su marido. Tenía los nervios a flor de piel. Repentinamente la mano de él se cerró sobre la suya, y una deliciosa calidez invadió su corazón.

La Compañía de las Indias había hecho las cosas muy bien. Unos soldados de infantería, vestidos con uniformes de vivos colores y con extraños sombreros planos en la cabeza, se alineaban en el pequeño patio interior. Cuando llegaron se cuadraron con las armas muy rectas a los costados.

Gabby se estremeció cuando pasó por delante de ellos.

Las paredes del vestíbulo de la entrada estaban rodeadas de vitrinas y la joven se dirigió hacia una de ellas mientras un lacayo se hacia cargo de su capa de piel. El mueble estaba lleno de pájaros hechos con metales preciosos e incrustados de pedrería.

-Son algunas piezas pertenecientes al museo de la Compañía de las Indias-dijo una voz detrás de ella-El museo se encuentra en este edificio, por si desea visitarlo algún día.

Gabby retrocedió y se encontró cara a cara con un imponente mayordomo.

-¿Es el botín recuperado después de la toma de Seringpatam?

El hombre asintió.

-En efecto, señora. Estos magníficos objetos fueron ofrecidos a Su Majestad la reina, quien los confió al museo.

Quill acudió a coger a su esposa del brazo.

-¿Qué estás mirando mi amor?

Los ojos de Gabby lanzaban relámpagos.

-Reconozco ese pájaro-dijo señalando un gallo adornado con rubíes-Fue robado durante el ataque a Seringpatam. Yo jugaba con el cuando era niña.

De pronto se dio la vuelta y atravesó la estancia sin detenerse delante de las otras vitrinas.

Entraron en el salón donde tenía lugar la recepción, en el preciso instante en que la fila para recibir se acababa de dispersar. Hubo un instante de confusión y luego un hombre de cara alargada y unos pocos cabellos atados en una coleta, se precipitó hacia ellos.

-¡Querido lord Breksby!-exclamó aparentemente encantado-No me atrevía a esperar que pudiera unirse a nosotros, que usted se preocupara por nuestros modestos problemas.

Breksby inclinó la cabeza.

-Todo el placer es mío, señor Grant. ¿Puedo presentarle a los invitados que me he permitido traer a su recepción?

Grant esbozó una leve sonrisa, pero consiguió mostrarse casi amablemente.

-¿Es posible? ¿Nos ha hecho el inmenso honor de traer a la hija de mi buen amigo Richard Jerningham?

Saludó a Gabby quien respondió con una reverencia.

Quill distinguió la ligera sonrisa que se dibujaba en los labios de Breksby.

-Efectivamente. Invité a Gabrielle Jerningham a su pequeña fiesta, Charles, pero ahora ella es la vizcondesa Dewland, como seguramente sabe. Estaba seguro de que a usted el gustaría verla recibir a su príncipe recién encontrado. Y este es el vizconde Dewland.

El rostro de Grant pareció alargarse aún más.

Breksby estaba radiante de maligno placer.

-No quisiéramos hacer esperar más a la vizcondesa, quien está deseando volver a ver a su compañero de juegos.

El ministro fue interrumpido por una voz atronadora.

-¡Que placer verla por aquí, milady! ¡Y tan hermosa!

Era el coronel Hastings que fue a inclinarse ante la joven.

-¡Que día tan afortunado para la Compañía!-añadió dirigiéndose a Quill-¡Un día de fiesta! El gobernador general está encantado, positivamente encantado. Hemos encontrado al príncipe Kasi Rao y pronto ocupara el lugar que le pertenece por derecho en el trono de los Holkar.

Quill notó con interés que Charles Grant parecía estar rechinando los dientes. El coronel sin embargo no parecía ser consciente de ello.

-NI querido Grant, debe dejarme hacer los honores de la velada. Voy a acompañar a la encantadora vizcondesa hasta su querido compañero de juegos, nuestro huésped de honor, ¡el príncipe!

Gabby lanzó una mirada impotente a su marido, pero ya Hastings la estaba guiando a través de la multitud. Quill iba a seguirles cuando una mano se posó sobre su brazo. Era Charles Grant.

-No esperaba verle por aquí, Dewland. Tenía la clara impresión de que deseaba romper cualquier relación con la Compañía-dijo con una punta de sarcasmo.

-Así es-replicó Quill-Sin embargo-añadió mas amablemente-no quería perderme un momento tan emocionante. Mi mujer va a reencontrarse con un amigo de la infancia que fue criado como si fuera su hermano.

El otro no encontró una respuesta adecuada.

-¡Un niño del que mi esposa me ha hablado mucho!-continuó Quill pensativo-¡Yo también estoy emocionado!

Grant soltó por fin su manga y Quill se inclinó ligeramente.

-A su servicio-dijo antes de alejarse en busca de su mujer.

Como era más alto que la mayoría de los invitados, no tuvo problemas para ver a Gabby y al coronel Hastings que estaban al lado de un jovencito, sin duda Kasi Rao. El niño le daba la espalda y Gabby le estaba haciendo una reverencia. Luego Kasi Rao la saludó apartando la espada de gala que tenía a un costado. Una radiante sonrisa iluminó el rostro de la joven y Quill frunció el ceño.

Permaneció un instante inmóvil mirando a su esposa que charlaba con el príncipe en su idioma. El coronel Hastings tenía los ojos húmedos de emoción.

Al fin Quill se acercó. Gabby le dedicó una mirada luminosa.

-¡Mira querido!-ronroneó-¿Puedes creerlo? Te presento a nuestro Kasi Rao. He estado a punto de no reconocerle. Evidentemente hacia mucho tiempo que no le veía.

El señor Grant volvió a aparecer todo sonrisas.

-Puedo comprobar que esta usted feliz al encontrar a nuestro príncipe con buena salud, milady.

Seguramente Quill no fue el único en advertir el alivio en su voz.

-¡Por supuesto!-exclamó Gabby, la inocencia personificada-No había vuelto a ver a Kasi Rao desde que era un niño pequeño y estoy

impresionada por su…su elegancia, su comportamiento y su principesca actitud.

El supuesto Kasi Rao le sonrió y Quill tuvo que reconocer que era un excelente actor. Tenía exactamente el aspecto de un príncipe hindú, con sus enormes ojos negros y su clase innata. ¿De donde lo habían sacado? Ciertamente no de los bajos fondos de Jaipur.

Se alejó moviendo la cabeza. O mucho se equivocaba o su astuta esposa tenía algo que ver con la aparición del "príncipe". De hecho estaba casi seguro de que había sido ella la que había puesto a Grant sobre la pista para descubrir donde estaba el chico. Le había manipulado lisa y llanamente, a él que se creía el gobierno inglés en persona.

Poco después le llevaron al príncipe una corona incrustada de piedras preciosas, regalo de la Compañía de las Indias, y el coronel Hastings leyó una carta enviada por el gobernador general. Richard Colley Wellesley.

La restauración de Kasi Rao en sus legítimos derechos gracias a la Corona británica, decía Wellesley en su estilo ampuloso, era un acontecimiento histórico sin precedentes, un milagro y una bendición.

Gabby se mantenía al lado de Kasi Rao, radiante de satisfacción y de orgullo. Saludó graciosamente a cada uno de los miembros del comité organizador, asegurándoles que estaba encantada de poder comprobar que habían podido localizar al príncipe devolviéndole el lugar que legítimamente le correspondía.

Un poco mas tarde, en el coche, cuando la joven expresó con vehemencia su alegría por haberse reencontrado con su compañero de juegos, Quill se limitó a lanzarle una mirada irónica.

Pero Breksby no había nacido ayer. Observaba atentamente a Gabby y luego se volvió hacia Quill para preguntarle:

-¿Usted sabe quien es ese chico?

Ella se interrumpió en medio de una frase.

Quill se encogió de hombros.

-No, pero parece ser un candidato al trono aceptable.

Breksby le dirigió a Gabby su más encantadora sonrisa.

-Y ve, milady, poco después de su llegada a Inglaterra, nos dimos cuenta de que visitaba usted frecuentemente a la señora Malabrigth. Naturalmente no le comunicamos ese hecho a los responsables de la Compañía. Parecería que usted ha conseguido engañarle ¿no es así?

-No sé de que está hablando-contestó Gabby con toda la dignidad posible.

-El señor Kasi Rao Holkar, heredero del trono, vivía con la señora Malabrigth en Sackville Street y ahora vive en Devon. En el Ministerio de Asuntos Exteriores nos sentimos muy contentos de dejar las cosas como están. Decidimos que tenía usted razón al temer que el chico se convirtiera

en un hombre de paja sirviendo a los intereses de la Compañía. A pesar de todo confieso que esperaba que usted denunciara el engaño de Charles Grant.

Gabby se apretó más contra Quill y le cogió la mano.

-La Compañía estuvo a punto de encontrar a Kasi. Era necesario que yo actuara…

-¿Pero como diablos consiguió usted hacerse con otro Kasi?

Ella pareció un poco avergonzada.

-Será un excelente jefe de Estado.

-No lo dudo, pero me preguntó quien es.

-Se llama Jawsant Rao Holkar-respondió por fin Gabby-Es uno de los hijos ilegítimos de Tukoji Holkar.

-Tukoji tenía dos hijos ilegítimos ¿no? ¿En que criterios se ha basado para escoger al uno de los dos para reinar, lady Dewland?

-No había mucho donde escoger. El hermano pequeño de Jawsant es demasiado dócil; nunca hubiera sido capaz de oponerse a la Compañía. Jawsant es enérgico y además un excelente actor, como ha podido comprobar. Sabe perfectamente como parecer maleable, cuando en realidad ya ganó una batalla el año pasado, cuando solo tenía catorce años.

Breksby no pudo evitar sonreír.

-Sus informaciones son mejores que las nuestras, milady.

-No fue una cosa tan organizada como parece-confesó Gabby-Yo tenía una idea en la cabeza, entonces escribí a un determinado número de personas, incluida la madre de Jawsant, Tulasi Bai. Tulasi Bai dirige la región desde hace más de dos años. Sin duda seguirá haciéndolo mientras Jawsant se ocupa del ejército.

Se interrumpió un instante antes de continuar con precaución:

-Evidentemente, hay una posibilidad de que Jawsant intente penetrar en los territorios de la Compañía. Creo que le interesa sobretodo el Bunkelhand.

Quill sonrió.

-No te corresponde a ti, una simple mujer, prever unos problemas tan complicados-bromeó.

Pero ella se mordisqueaba el labio y no le prestó ninguna atención.

-¿Cree usted, lord Breksby, que el Gobierno inglés estaría dispuesto a aceptar dejar a Jawsant en el poder? Porque le aseguro que Kasi Rao es incapaz de dirigir un país.

De repente parecía excitada.

-Es usted una persona admirable, lady Dewland, nadie se atrevería a decir lo contrario. Sin embargo, algunos miembros de Gobierno podrían pensar que se ha extralimitado. Y debo decir que, con la edad, estoy perdiendo la memoria. Creo que voy a olvidar esta conversación.

Gabby apretó la mano de Quill con más fuerza.

-Gracias-susurró.

-Lady Dewland-empezó de nuevo el ministro-solo es una hipótesis, por supuesto, pero si en el futuro recibe usted alguna carta de la corte de los Holkar; por ejemplo de Tulasi Bai; ¿compartiría la información con el gobierno inglés?

-Posiblemente. Estaré encantada de cooperar en al medida de lo posible, milord.

Lord Breksby emitió un suspiro.

-Esta velada ha sido muy interesante, lady Dewland-dijo-¿Se ha enterado de que voy a retirarme muy pronto?

-Creo que mi marido me comentó esa excelente noticia-replicó Gabby con una sonrisa.

-Yo también estoy encantado-dijo Breksby divertido-Si me quedara, tendría miedo de que me convirtiera usted en un hombre de paja y dirigiera Asuntos exteriores en mi lugar.

Gabby soltó su deliciosa risa.

-¡Vamos milord! Lo único que hice fue proteger a Kasi Rao y usted lo sabe muy bien. No tengo intención alguna de meterme en la política extranjera de Inglaterra.

Se hizo un escéptico silencio en el carruaje.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de su marido. Quizá no la creyeran, pero era completamente sincera.

Su siguiente proyecto tenía que ver con Quill.

Capitulo 22

Sudhakar desembarcó del *Fortitude* en suelo inglés con un profundo suspiro de alivio. El viaje había sido agotador. Calcuta le había parecido horrible, con sus enjambres de gente que corrían en todas direcciones. Cada caballero estaba rodeado de al menos veinte criados, contando a los lacayos de corrían delante de la silla y a los hombres que la llevaban. El tumulto era insoportable, no se podían dar dos pasos sin ser prácticamente quemado por los porteadores de antorchas o empujado por los criados que iban abriendo paso a sus señores. Y el número de elefantes en las calles le había parecido particularmente fastidioso, dada la propensión de estos a aliviarse mientras caminaban.

Había echado de menos su aldea. Allí solo había un personaje importante: Richard Jerningham. Y Jerningham solo tenía un criado para abrirle paso y un paje provisto de una sombrilla para protegerle del sol. A Sudhakar siempre le había parecido pomposo, pero ahora comprendía que habría podido serlo mucho más.

En revancha la vida en el barco había sido una experiencia más interesante. Los cuatro pasajeros estaban como encerrados en un pequeño pueblo flotante, presa de sus temores, sus prejuicios y sus sentimientos. Al principio los señores ingleses habían ignorado a Sudhakar, tratándole con altivez, pero a el no el sorprendió porque Jerningham le había tratado con el mismo desdén…hasta que se dio cuenta de que era el único en el pueblo de los que hablaban inglés, que sabía jugar al ajedrez.

Al cabo de unas semanas el aburrimiento obligó a los tres ingleses a aproximarse al anciano hindú; eran jóvenes y sin duda volvían a casa una vez terminado su servicio, poco glorioso, en la armada de la India. Muy pronto adquirieron la costumbre de jugar a las cartas todas las noches.

Uno de ellos al menos, Michael Edwards, confesaba en privado que estaba muy impresionado por el indígena. Sudhakar siempre iba impecablemente vestido, tenía buenas maneras y un comportamiento inteligente. Quizá mas que inteligente. En los ojos del hombre había un brillo muy inquietante cuando Michael disfrazaba la verdad. ¡Pero uno no podía decir toda la verdad sobre el ejército! Era necesario inventar algunas historias de ataques heroicos, de lo contrario la vida militar les iba a parecer a los civiles tan decepcionante como era en realidad.

Apenas el barco estuvo amarrado en el puerto, los tres jóvenes se alejaron alegremente bajo el sol poniente, olvidando su promesa de guiar a Sudhakar por las tortuosas calles de Londres. Michael solo se acordó por la noche mientras le contaba a su hermana la batalla de Taipur añadiendo algunos detalles sin los cuales la narración hubiera sido terriblemente

aburrida. Pensó de repente en el anciano y se golpeó la rodilla lanzando un juramento.

-¿Qué sucede?-preguntó Ginny.

Era una joven inteligente a la que le costaba conciliar la imagen de su tímido hermano pequeño con la de un brillante héroe.

-Olvidé a un anciano hindú en el barco-dijo-Había prometido llevarla a… ¿Dónde demonios dijo que iba? A St. James Square, creo.

-¿Cerca del parque? Es una dirección muy buena, Michael.

El joven se encogió de hombros.

-Seguramente es el tío del mayordomo o algo así. Pero deja que te cuente lo que pasó cuando hice prisionero al rajá…

Sudhakar no había contado realmente con la ayuda de lso ingleses, quienes tenían la inconsciencia de lñso jóvenes. Además, no les necesitó, porque le llevaron hasta una hilera de coches de alquiler.

Londres era veinte veces peor que Calcuta. Carruajes, peatones y caballos se peleaban para conseguir pasar y el ruido era ensordecedor. ¿Dónde rayos iban esos caballos con tanta velocidad? Su coche estuvo a punto de chocar con una calesa y, mientras se daba la vuelta, vio que el lacayo que estaba en la trasera estuvo a punto de perder el equilibrio. Si hubiera caído, seguro que se habría matado. Viéndolo en retrospectiva, a Sudhakar los lentos y torpes elefantes le parecieron maravillosamente tranquilizadores.

Una media hora más tarde se encontraba frente a un criado que parecía tan estirado como el mismísimo Jerningham. Sudhakar le saludó cortésmente al modo inglés y añadió algunas florituras para causar buena impresión.

-La vizcondesa me está esperando-dijo.

Codswallop era más inteligente que Michael Edwards y se había pasado la vida juzgando la calidad de las personas. A sus ojos fue instantáneamente evidente que el señor Sudhakar era en su país el equivalente a un noble. Quizá fuera por el porte de su cabeza.

Le saludó a su vez y le hizo una seña a un lacayo.

-¡John! Coja la maleta del caballero y llévela a la habitación este.

Sudhakar levantó la mano.

-Se lo agradezco pero prefiero conservarla conmigo.

Por desgracia los señores no se encuentran en casa. ¿Puedo ofrecerle un refrigerio?

Sudhakar comió algo en el comedor y luego se retiró a sus habitaciones indicándole a Codswallop que esperaba ser llamado por la vizcondesa a la mañana siguiente.

-Si, muy buena educación-masculló el mayordomo para si mismo.

Eso abría nuevos horizontes. Siempre había tenido tendencia a colocar a los hindúes y a los irlandeses en el mismo saco. Pero en esta vida siempre había excepciones.

Quill no dijo nada cuando Codswallop les anunció la presencia de una visita inesperada, pero notó que el rostro de Gabby se iluminaba y que le habían dado a Sudhakar la mejor habitación de invitados. Por otra parte, el hombre debía ser asombroso para haber impresionado tanto al mayordomo.

Esperó a que la puerta se cerrara para hablar.

-¿Quién es ese Sudhakar?-preguntó en tono normal mientras Gabby tiraba de cordón para llamar a Margaret.

-Ya te hablé de el-dijo ella mientras se sentaba ante el tocador-Era mi mas querido amigo en la India, el que era especialista en venenos ¿te acuerdas? ¡Estoy impaciente por verle! Puede parecer extraño-añadió con algo de vergüenza-pero le hecho más de menos que a mi padre.

-Me parece increíble-admitió Quill-pero ¿Qué está haciendo en Inglaterra?

No dejó de mirar atentamente a su esposa y le apreció que se había ruborizado.

-Oh…Sudhakar intervino en mi plan para salvar a Kasi Rao. Le escribí para pedirle que ayudara a Tulasi Bai a tomar las medidas oportunas para el viaje de su hijo…

-¿Entonces porque el señor Sudhakar llega después de nuestro nuevo heredero Holkar?

-No pudo venir antes-contestó Gabby con firmeza-Por supuesto le dije que viniera cuando quisiera. Y no debas decir “señor Sudhakar”, Quill. Los hindúes rara vez tienen dos nombres.

El fue a ponerse detrás de ella y hundió las manos en su pelo.

-Me temo que no te sigo, querida. Si lo he entendido bien, Sudhakar es un caballero de cierta edad. El viaje ha debido ser agitador para el. ¿Por qué ha venido a visitarnos?

-Ha sido por mí. Porque yo se lo pedí-dijo rápidamente Gabby.

-¿Y porque se lo pediste?

Los largos dedos de Quill jugueteaban con los mechones castaños dorados.

Ella vaciló un momento.

-¿Ese Sudhakar trae por casualidad una de sus pociones mágicas?-continuó el.

Ella se mordió el labio.

-No hables así.

-¿Y como debería llamar a su medicina?

-Yo…no sé como se llama-reconoció ella.

-Lo que si que sabemos es que contiene los mismos ingredientes que los remedios que me niego a tomar. Creí haber sido completamente claro, Gabby. ¡Se acabó! No tomaré ninguna poción mas, provenga de un boticario inglés o de un curandero hindú. Sea cual sea el talento de Sudhakar o lo estrechos que sean sus vínculos contigo, no me tomaré su remedio. Bajo ningún pretexto.

-Pero es distinto-se quejó ella mirándole en el reflejo del espejo-Sudhakar no es un charlatán como los supuestos boticarios que consulté. En sus decocciones no hay cáñamo.

-Dado que Moore se enorgullecía de usar cáñamo indio, es muy posible que Sudhakar también lo use.

Gabby apartó la cabeza de las manos de Quill y se esforzó en permanecer tranquila.

-Prometiste-insistió el-que no volverías a comprar ese tipo de cosas.

El corazón de Gabby latía muy rápido.

-Le escribí a Sudhakar mucho antes de hacerte esa promesa.

-Dijiste-continuó el sin piedad-y cito textualmente: “Prometo no comprar mas pociones de esas”.

-No voy a *comprar* esta-masculló ella.

-¡Esa no es la cuestión!-se irritó Quill yendo a apoyar la espalda en la ventana-Lo que mas me molesta, Gabby, es que me hayas mentido.

-Yo no…

-Me has mentido conscientemente. No es como una de las mentiras que me contaste sobre Kasi Rao.

-¡No te mentí sobre Kasi Rao!-protestó ella.

-Si, por omisión. Cuando lord Breksby anunció que la Compañía de las Indias había encontrado a Kasi Rao, no me dijiste una sola palabra sobre Jawsant Rao, ni sobre tus actividades clandestinas.

La ira se adivinaba en su voz y tenía la espalda rígida.

-Supongo que temías que se lo contara todo a Breksby-añadió.

-¡Desde luego que no!-exclamó ella-No te mentí.

-¡Basta!

La voz de Quill restalló como un látigo.

-¡No mas mentiras! ¿No puedes admitir por una vez que te equivocaste? Has traicionado tu palabra.

Unas ardientes lágrimas anegaron los ojos de Gabby.

-Yo no quería…

-Excusas-cortó el-Las buenas intenciones no borran las mentiras. Desde el día que pusiste los pies en esta casa no has dejado de mentir, como si eso no fuera importante. No estoy insinuando-dijo con más amabilidad-que mientas por alguna razón inconfesable…

Ella se tragó un sollozo.

-¡No es así!

-Lo sé.

-La única mentira que dije fue por tu bien. Si no te hablé de la llegada de Sudhakar es porque sabía que no el dejarías venir a Inglaterra ¿entiendes? Y además creía que ya estaba de camino de modo que ¿para que? Me escribió diciendo que había un medicamento que…

-Lo único que entiendo es que no puedo confiar en mi esposa-dijo Quill cuyas palabras sonaron como piedras lanzadas a un pozo-Voy a tener que desconfiar siempre, preguntarme si estás diciendo la verdad o si has decidido engañarme *por mi propio bien*.

Las lágrimas caían por las mejillas de Gabby.

-Yo…yo…

¿Qué podía decir? La verdad era que ella le había mentido aunque solo fuera por omisión.

-Quería hablarte de Jawsant Rao-continuó ella intentando afirmar su voz-Pero solo fueron unas cartas y yo…Estaba contenta de ocuparme sola del asunto. Creí que sería una sorpresa. Nunca pensé que estuviera mintiendo.

-Ya está. Tu no crees que mentir sea algo malo ¿no es así Gabby?

-Nunca digo mentiras malvadas-replicó ella con voz aguda-Solo me acostumbré a hacerlo porque mi padre…

Se calló, ahogada por un sollozo.

-Tu padre seguramente se lo merecía-admitió Quill acercándose para ponerla de pie-Pero yo no, Gabby. No soy un tirano. Nunca le hubiera revelado tus proyectos al gobierno. Tu padre te obligó a actuar a escondidas, pero nuestro matrimonio nunca funcionará si no somos completamente sinceros el uno con el otro.

Le besó la frente y las mejillas húmedas.

-Y Dios sabe, Gabby, que lo que más deseo en el mundo es que nuestro matrimonio sea un éxito.

Ella se deshizo en lágrimas contra su pecho.

-Yo también-gimió ella-No quería mentirte, confío en ti ¡lo juro! Te amo, Quill.

-Yo también te amo, Gabby.

-¡Lo sé! Por eso es por lo que…Quiero decir, si no hubiera sabido que me amabas, no habría… ¡Quería que fuera una sorpresa! Porque me amas, porque te parezco inteligente; lo dijiste; quería demostrarte que era capaz de actuar con inteligencia.

-Entiendo-murmuró Quill retrocediendo despacio hacia la cama donde se sentó con Gabby encima de las rodillas-No me hablaste de tu complot porque yo…

-Dijiste que la Compañía de la Indias debería estar dirigida por las mujeres-le cortó ella.

Quill la colocó más cómodamente entre sus brazos.

-Supongo que es culpa mía-dijo divertido-Nunca mas te felicitaré por tu inteligencia.

Ella levantó la cabeza para mirarle.

-¡Oh Quill, eres tan… No es extraño que esté loca por ti.

El tragó saliva. Una mujer no podía estar "loca" por un lisiado; a menos que la mujer fuera una romántica sin remedio, evidentemente.

-Suénate-gruñó entregándole su pañuelo.

Ella se apoyó de nuevo en su hombro con un último sollozo.

-Mañana mismo le diré a Sudhakar que no quieres su remedio.

-¿Por qué mejor no decirle que el problema se arregló después de que le escribieras?-sugirió Quill-No quisiera que lamentara haber hecho un viaje que hubiera podido haber evitado. Y confieso que me siento aliviado por la solución al problema, gracias a la iniciativa de mi muy inteligente pequeña esposa.

Gabby todavía tenía el corazón oprimido de angustia.

-¿Crees que si no vuelvo a mentir nunca nuestro matrimonio será un éxito?

El secó con cariño los últimos restos de lágrimas de sus mejillas.

-Nuestro matrimonio es ya tan perfecto que me asombra. No sabía que era posible experimentar unos sentimientos tan fuertes por alguien.

-Quill, lamento mucho haberte mentido. De verdad. Nunca quise serte desleal, ni…

-Lo sé-murmuró el contra su cabello-Sé que me mentiste por las mejores razones.

Ella soltó un tembloroso suspiro.

-¿Sabes lo que diría lady Sylvia si nos viera?

-¡No puedo ni imaginarlo!-replicó Quill con humor.

-"Es la hora del té. Las emociones son tan agotadoras que hay que comer para soportarlas"-dijo Gabby haciendo una buena imitación de la gruesa voz de lady Sylvia-Voy a llamar a Margaret-añadió antes de esconder la cara en la chaqueta de Quill-Debo estar horrorosa con la nariz colorada.

-No está colorada y no quiero té. Es demasiado tarde para eso. A quien deseo es a ti, Gabby. Lo que necesito es a mi esposa.

El solo veía las largas pestañas doradas de ella y el comienzo de una sonrisa.

Ella le pasó los brazos alrededor del cuello con los labios muy cerca de los suyos.

-Realmente me gustaría tomar una taza de té.

-Gabby…-dijo el con un tomo peligrosamente suave.

-Debo tener los ojos hinchados y debería ponerme una compresa en ellos.

-¡Gabby!-rugió el.

Los labios de ella se abrieron con su beso, y eso fue mucho más revitalizante que una taza de té.

Al cabo de un tiempo, la ternura dio paso a la pasión. Gabby intentó protestar cuando se encontró desnuda, pero se estaba acostumbrando y el placer le hacía olvidar todo lo demás. Quill había decidido mostrara su esposa que había mas alegrías en el matrimonio de lo que ella imaginaba.

Lo consiguió de maravilla. Quizá demasiado, porque cuando tomó a Gabby encima de el, el ritmo desigual que ella impuso fue una verdadera tortura. Tortura que soportó tanto como pudo.

Pero su paciencia tenía un límite.

Gabby se encontró bruscamente de espaldas con el delicioso peso de Quill sobre ella.

-¡No!-gimió.

Pero ya estaba nadando en el placer, por una espiral subrayada con pequeños suspiros que terminó en apoteosis. El gritó cuando llegó al orgasmo al mismo tiempo que ella.

-Esto no tiene precio, Gabby-le murmuró al oído-No tiene precio…

Ella no contestó.

Su marido se durmió a su lado, pero ella no cerró los ojos.

Estaba presa de una terrible angustia. Si Quill tenía otra crisis…Tendría que dejarle. O que no volvieran a hacer el amor. Sin embargo se moriría si no volvía a ver sus ojos alegres posados sobre ella. Tenía la mente hecha un lío, pasando de la desesperación a la firme decisión y a la terrible culpabilidad.

Mientras el alba despuntaba detrás de los visillos, no dejaba de mirar el rostro de Quill. Le pareció que estaba más pálido.

Cuando él gimió entre sueños, se quedó petrificada. Cuando el se giró y le dio una arcada, ella cogió el orinal que estaba a los pies de la cama. Le puso una compresa fría en la frente, limpió el orinal, volvió a la cama, cambió la compresa…

Cuando abandonó el dormitorio hacia las diez de la mañana, llevaba impresa en la mente la imagen de un rostro pálido con los ojos rodeados de profundas ojeras. Quill se estremecía cada vez que ella le tocaba y su cara estaba desfigurada por el dolor. Había luchado para conservar la dignidad delante de ella, pero las nauseas eran mas fuertes.

Había abierto los ojos una sola vez murmurando:

-No te culpes de nada, mi amor.

¿Acaso le leía la mente? Si, ella se echaba la culpa. Tenía el corazón en un puño. Habían hecho el amor y eso la convertía en parte en responsable del dolor que le consumía. Si no fuera por ella, Quill estaría ahora trabajando en su despacho en lugar de estar sufriendo un martirio.

Ese sentimiento de culpa fue el que eliminó cualquier duda de su mente. No podían continuar así. Tendría que abandonar a Quill para siempre…o hablar con Sudhakar. Entre ambas cosas, la elección no era difícil..

-¡No es una buena idea!

Gabby nunca había visto a Sudhakar en ese estado.

-Nadie debería tomar una medicina sin saberlo-continuó el.

-Pero es que sino, no la tomará-declaró Gabby con firmeza-Y yo no soporto verle sufrir de ese modo. Usted no le ha visto, no puede darse cuenta.

-La elección es solo suya.

-El no lo entiende-se quejó ella-Es un inglés y nunca ha vivido en otro lugar. Le resulta muy difícil creer que un remedio hindú va a curarle.

-*Puede* curarle-rectificó Sudhakar-Además el ingrediente principal no es indio. El remedio solo le curará si las lesiones de su cuerpo son de un determinado tipo.

-Si lo he entendido bien, de todas formas no puede hacerle daño de modo que ¿Por qué no intentarlo?

El hindú suspiró.

-Estoy de acuerdo, el riesgo no es demasiado grande, pero los pacientes tienen derecho a elegir sus medicinas. Sin su consentimiento, me niego a tratarles. Ese remedio esta hecho a base de un veneno muy potente, Gabrielle. Un veneno que, si cae en malas manos, mata a la gente. En esas circunstancias, es importante que el enfermo decida por si mismo si quiere seguir o no el tratamiento.

-¡Es por su bien!-dijo Gabby testaruda y al borde de la histeria.

El insomnio, la angustia y la culpabilidad estaban a punto de hacerla explotar.

-Yo nunca obligo a la gente a hacer mi voluntad. Esta mañana te pareces peligrosamente a tu padre, Gabby.

-¿Mi padre? A mi padre le importan un comino los demás-gritó-Lo llevo pensando desde que el barco zarpó con destino a Londres. No me quiere, nunca me ha querido.

Era casi un alivio pronunciar esas palabras en voz alta.

-Esa no es la cuestión. Tu padre está convencido de que sabe mejor que la gente del pueblo lo que les conviene y se las arregla para que todos obedezcan sus órdenes, esté o no de acuerdo la persona.

Se hizo un pesado silencio.

-No puedo creer que me esté comparando con mi padre-dijo ella por fin con los ojos secos y la cabeza alta.

-Digo lo que veo-replicó suavemente el hindú-Si tu marido no quiere mi medicina, no debemos dársela en contra de su voluntad. La elección es suya.

-Mi padre permite que la gente elija-dijo ella dando un rodeo-Solo les obliga a dejar el pueblo si no piensan como el. No veo que eso tenga nada que ver conmigo. Yo amo a Quill, le amo demasiado para soportar verle sufrir toda mi vida. Yo…voy a tener que abandonarle.

-En ese caso, dejarle será tu elección. He visto hombres huir de su esposa moribunda y les he entendido. Nada es más cruel que ver sufrir a la persona amada.

A Gabby le temblaban los labios.

-Lo siento mucho Sudhakar. No quería despertar malos recuerdos.

-Mi hijo murió hace mucho. El tiempo pasa.

-Igualmente-insistió Gabby-cuando Johore estaba moribundo lo intentó usted todo para salvarle. Recuerde el día que llegué de la casa grande y usted le dio la medicina que yo llevaba. Si el hubiera estado consciente, seguramente se hubiera negado a tomarla porque el odiaba a mi padre.

-Johore…se estaba muriendo y no podía tomar ya ninguna decisión.

-¡No veo la diferencia!

Sudhakar no se dejó impresionar por su vehemencia.

-La diferencia está en que dar una medicina en secreto a alguien que ciertamente no está moribundo, es el tipo de acción que llevaría a cabo tu padre encantado. Creciste en una casa en la que un solo hombre creía que lo sabía todo e imponía sus reglas; su cristianismo, su moral y sus deseos. Me sentiría muy decepcionado si te viera tomar la misma actitud.

-Pero, Sudhakar, lo que sucede con Quill es completamente diferente. *Yo le amo*.

-Eso no cambia nada.

Sudhakar lanzó una mirada circular alrededor de la biblioteca.

-Me ha encantado volver a verte, pequeña Gabrielle. Me siento feliz de verte en tu propia casa, recién casada. Pero mañana mismo volveré a mi pueblo.

-¡No! No sin antes haber visto a mi marido.

-Eso no me hará cambiar de opinión. Los ingleses son terriblemente reticentes ante la idea de probar nuevas medicinas, sobre todo si vienen del "Este" como ellos dicen. Me temo que tendrás que inmunizarte contra su dolor-añadió con compasión.

El tenía razón, se dijo Gabby, teniendo en cuanta la actitud de Quill respecto de los que el llamaba charlatanes. El nunca probaría una nueva medicina, no porque ésta procediera de Oriente, sino simplemente porque era más cabezota que una mula. Había declarado que ni tomaría más remedios y se mantendría en sus trece.

Gabby se incorporó y tendió la mano.

-Déme esa medicina, por favor, Sudhakar.

Se dio cuenta de que había adoptado el tono autoritario de su padre.

El negó con la cabeza.

-No, pequeña-contestó con tono cansado.

-Yo le llevé una medicina a su hijo-continuó ella-Se la llevé porque le quería y quisiera que usted me entregara la suya. Amo a mi marido, nunca le haría daño. Usted dijo que esto no podía agravar su estado.

-Esto no es digno de ti. Estas cometiendo un gran error, Gabrielle.

-Yo hubiera podido contagiarme de cólera entrando en su casa. Hubiera podido morir por llevar la medicina a Johore.

Seguía esperando con la mano extendida.

El anciano bajó los ojos y luego sacó el frasco de la bolsa.

-Será elección *mía*-dijo Gabby-Quill no querrá verme nunca mas cuando se entere, pero yo habré hecho todo lo que estaba en mi mano para curarle de sus migrañas. De todos modos, sería yo quien se verá obligada a abandonarle si no hay cura para su enfermedad. No podemos seguir así.

-Eres digna hija de tu padre-dijo Sudhakar con tristeza-¿Sabías que se casó con su primera esposa para salvar su alma? No conseguía imponer el cristianismo entre los aldeanos, de modo que se casó con la pobre pequeña Bala, sabiendo que como su marido, podría obligarla a convertirse.

-Lo sabía, pero…

-No funcionó-continuó Sudhakar pensativo-Cuando el hijo de Bala, tu hermanastro, murió, ella prefirió suicidarse antes que vivir sin el. Fue entonces cuando tu padre se dedicó a exportar mercancías en vez de a salvar almas.

Las palabras dolían pero Gabby consiguió conservar la voz firme.

-Esa historia dice mucho sobre mi padre, pero yo soy tan hija de el como suya, Sudhakar. Si sé amar a Quill es porque Johore y usted me quisieron. Cuando Johore sufría, usted lo intentó todo sin pedirle su opinión. Yo me estoy comportando igual, Sudhakar, y es usted injusto conmigo si cree otra cosa.

Se hizo un nuevo silencio.

-Puede que tengas razón-admitió el-Es cierto que tus motivos son caritativos. Desde que eras solo una niña siempre has amado demasiado y con mucha rapidez para tu propia salud mental. Toma, este frasco contiene dos dosis para un adulto. Debes medir exactamente la mitad del líquido. No causa ningún daño si está correctamente dosificado, pero si no es así, puede llegar a matar al paciente. Intentarás con la segunda dosis cuarenta y ocho horas después, en caso de que la primera no funcione.

-Le daré la segunda dosis si la primera no es eficaz pero ¿Cómo sabré que el efecto de la primera ha desaparecido?

-Por lo general el enfermo se queda aletargado después de tomar la medicina, y permanece así entre doce y veinticuatro horas. No hay ningún peligro siempre y cuando nos e quede dormido en las dos o tres primeras horas. Solo lo he probado dos veces, Gabrielle. Dio resultado en un caso pero no en el otro. El paciente debe estar haciendo la actividad que el

produce las jaquecas mientras esta bajo los efectos de la medicina. ¿Lo has entendido?

Ella sintió con la cabeza.

-¿De que está hecha la poción?

-Ya te lo he dicho, es veneno. Lo segrega una rana que sume a sus presas en un profundo sueño. A pequeñas dosis parece ser que duerme ciertas partes del cerebro humano y entonces los movimientos se hacen tolerables. Se lo administré a un hombre que se había caído de un árbol. Después de la caída no podía agachar la cabeza sin tener unos terribles dolores de cabeza. En esa ocasión dio resultado.

Gabby tragó saliva preguntándose como reaccionaría Quill si le decía que algunas partes de su cerebro iban a quedar adormecidas. Esto, al menos, la decidió todavía mas a no decirle nada. Si hablaba el nunca tocaría la poción.

-Se lo ruego, Sudhakar ¿aceptaría pasar una semana en Londres? Mi marido está padeciendo ahora una de sus migrañas, estará enfermo varios días y a mi me gustaría que le conociera.

-Con mucho gusto con la condición de que me prometas reconsiderar tu decisión, Gabrielle.

Ella evitó responderle y el suspiró.

-Me sentiría muy orgulloso de poder llamarte hija-dijo-Eres la hija de mi corazón. Ahora déjame descansar, Gabrielle. Mis viejas piernas todavía no se han recuperado del viaje.

Gabby depositó un beso en su mejilla y luego salió de la habitación con el frasquito apretado en la mano.

Capitulo 23

Quill estaba inmerso en un sueño maravillosamente sensual. Estaba tumbado sobre la cama y Gabby le estaba desnudando. Estaba rodeada de una luz rosada que irradiaba de su misma piel.

De pronto notó que estaba completamente desnuda y el miró fijamente sus pechos mientras ella le desabotonaba la camisa. El quería tocarlos pero desistió. Solo contemplarlos era una delicia.

-Gabby…-murmuró.

-¿Si?

Ella se estaba peleando con su cinturón.

-¿Por qué estás rosa?

-¿Perdón?

Su esposa soñada parecía un poco molesta y le tironeaba de la manga con nerviosismo.

-Pareces una santa-dijo ahogando una risa.

Se reía como un niño pequeño.

-Me he casado con una santa-dijo-Una santa de la Edad Media, y la idea me gusta mucho. Naturalmente, las santas que había visto hasta ahora estaban vestidas, si mal no recuerdo.

Una mano cálida le acarició la mejilla, y el rostro de Gabby bailó delante de sus ojos.

-¿Quill, estás bien? Estás diciendo tonterías.

Los hermosos ojos de ella dejaban ver su preocupación.

-¡Por supuesto! Estoy teniendo el sueño más hermoso de mi vida. ¿Vas a seguir Gabby, mi amor? ¿O debería llamarte Gabby de mis sueños?

Su rostro desapareció y el oyó un ruido seco cuando por fin ella consiguió quitarle la manga; entonces fue a por la otra y el se preguntó si cedería y le acariciaría los pechos. Levantó una mano hacia ellos.

Era un sueño increíble, pensó, de esos de los que uno no quisiera despertar jamás. Deslizó una mano por el costado de Gabby y la luz rosa le picoteó ligeramente.

Ella le había quitado la camisa.

-¡Eh, mujer de mis sueños!-la llamó.

-¿Si?

-Es un sueño de modo que no consigo moverme.

Ella parecía fastidiada.

-Si te quitara el pantalón podría ver como te sientes ¿qué te parece?

-Es una excelente idea.

Al menos una parte de el parecía funcionar con normalidad, pensó con alivio. Era su sueño, después de todo y se volvería una pesadilla si su cuerpo entero estuviera tan fláccido como sus brazos.

Unos minutos después, estaba desnudo igual que la Gabby del sueño.

-Muy agradable-murmuró.

Pero al parecer ella no estaba tan relajada como el.

-Ahora voy a besarte-declaró ella.

-Perfecto.

Ella unió el gesto a la palabra para gran placer de él. Incluso consiguió acariciar su espalda y sus encantadoras nalgas.

-Ya que se trata de mi sueño, me gustaría tener más energía, más ímpetu…

-De eso no tengo la culpa-replicó ella con ansiedad-¿Crees que si estuvieras encima de mí la cosa iría mejor?

Quill lo pensó un momento.

-Me gusta tu manera de pensar-dijo-Si no estuviera tan enamorado de la verdadera Gabby, podría tomarte en serio.

Esta vez fue ella quien se echó a reír.

-Me siento muy feliz de saber que estás enamorado.

Sus ojos eran dorados, exactos a los de la verdadera Gabby y le besó. ¡Era una maestra! El sintió una punzada de culpabilidad al pensar en su verdadera esposa.

-Al principio no lo estaba-confesó.

Ella entrecerró los ojos.

-¿No?

-¡Oh no!-contestó el moviendo la cabeza, lo cual le mareó un poco-¿Querrías frotar de nuevo tus senos contra mi pecho, por favor?

Ella estaba frunciendo el ceño.

-Explícamelo-le ordenó.

-Antes haz lo que te digo. Te recuerdo que es *mi* sueño.

Ella parecía mas bien ofendida, pero se dejó caer contra el.

-¡Así no1-protestó Quill-¡Oh, si! ¿Sabes que tus ojos se vuelven del color del coñac cuando deseas hacer el amor? ¡Es muy divertido! Pareces tan enfadada como mi verdadera mujer pero no actúas como ella. Si por ejemplo yo interrumpiera una discusión-dijo aventurándose entre sus muslos lo cual le hizo perder por un momento el hilo de la conversación. Si interrumpiera una discusión con la verdadera Gabby-volvió a decir él-y le pidiera que se frotara contra mi, ¿crees que me obedecería? ¡No! Me tiraría a la cara lo primero que tuviera a mano.

El tenía los ojos velados. Al menos ella respondía como Gabby a determinadas caricias.

-Me gustaría que me contaras eso de no estar enamorado-dijo ella con voz entrecortada.

-¡Oh, eso! Estaba obligado a casarme con ella ¿sabes?-contestó el distraídamente intentando una caricia mas atrevida que le arranco un pequeño gemido.

Hubo un silencio y luego ella asimiló sus últimas palabras.

-¿Cómo que "obligado" a casarte?

El tono fue un poco seco y Quill levantó la cabeza para mirarla.

-Las santas de la Edad Media no tienen una aureola alrededor del cuerpo. Tú tienes la más grande, la más luminosa aureola del mundo. ¿Al final va a resultar que eres un ángel y yo estoy muerto?

-No, no soy un ángel-contestó ella con vehemencia-Y tú no estás muerto, Quill.

-Bueno, no importa, cualquier ángel digno de tal nombre estaría celoso de tu aureola.

Repentinamente se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Estaba recobrando las fuerzas. Incluso consiguió posar la otra mano en las caderas de ella.

-Quill-dijo el ángel con severidad-quiero que me hables de tu boda.

-De acuerdo.

Cada vez que el la tocaba, unas pequeñas chispas brillantes saltaban del halo que la rodeaba, cegándole. Cerró los ojos.

-Verás. Nos casamos a la cabecera del lecho de muerte de mi padre. No fue demasiado romántico.

-¿A eso es a lo que te referías?

Ahora parecía aliviada, pero Quill sintió la necesidad de completamente honesto. Mentir a una esposa de sueño, era como mentirse a si mismo.

-No, no es eso lo que quería decir-dijo aventurándose un poco mas lejos para constatar que sus piernas estaban recobrando algo de energía-Tenía que casarme con ella porque Peter no la quería. Peter es mi hermano. ¿Y ahora crees que podría intentar dominarte?

Gabby no respondió de modo que el rodó lentamente sobre ella, lo cual le exigió tal esfuerzo que necesito algo de tiempo para recuperarse. Afortunadamente, no tenía que preocuparse por que ella no pudiera respirar ya que solo era un sueño. Era una sensación extraordinaria.

Aparte del hecho de que ella seguía haciendo preguntas.

-A Peter le parecía gorda y torpe-explicó-Yo le dije que serviría lo mismo ya que era una rica heredera. Verás yo no necesito dinero pero Peter si.

El tenía la cara enterrada en su cuello y no podía ver su expresión. Pero ella empezó a gimotear bajo su cuerpo como la habría hecho la verdadera Gabby al oír que era gorda y torpe.

-Yo no opinaba lo mismo-puntualizó el levantando la cabeza con esfuerzo-Desde el principio me pareció increíblemente voluptuosa.

¡No tenía ningún deseo de que su esposa de sueño se fuera enfadada!

Ella pareció relajarse y le ofreció sus labios. Se besaron hasta que la aureola de Gabby se volvió completamente dorada. Quill cerró los ojos y apoyó la frente en su hombro.

-No puedo ocuparme de todo al mismo tiempo-se quejó riendo-Estoy terriblemente cansado. Pero es el sueño más hermoso que he tenido nunca. No quisiera que pensaras que estoy loco.

-¿Por qué dijiste que no estabas enamorado, al principio?

Solo un lugar del cuerpo de Quill estaba completamente despierto.

-Me gustaría estar dentro de ti, Gabby querida. ¿Crees que podrías hacer algo?

Esa criatura del sueño parecía tan inocente como el modelo real. Sus pequeñas manos se movieron hasta que le colocó. Entonces, reuniendo todas sus fuerzas, el se sumergió en ella. El sudor le corría por la espalda.

-¡Por Dios!-masculló el-Sueño o no, eres la mujer más maravillosa que he conocido a parte de la verdadera Gabby, naturalmente. Tengo la sensación de estar dentro de ella…y ella es la más divina.

Gabby suspiró.

-¿Quieres que me mueva Quill?

Luego pareció recordar algo repentinamente.

-En realidad las mujeres de los sueños no deben moverse-se corrigió acariciándole los hombros.

-Quedémonos exactamente así-sugirió el con los ojos cerrados.

Sin embargo la parte activa de su cuerpo le estaba enviando señales de furia y se arriesgó a dar unas embestidas antes de desistir.

-Me gustaría que me explicaras lo que querías decir hace un momento-pidió ella, aduladora, metiendo una mano entre sus cuerpos.

-En estas circunstancias no puedo negarte nada-declaró el magnánimo.

Pronto se encontró entre sus piernas haciéndole el amor casi con normalidad. La aureola de Gabby se hacía cada vez mas dorada y el la contemplaba fascinado. Ella emitía pequeños suspiros con la cabeza echada hacia atrás y el cuello arqueado.

Inmerso en el velo de su sueño, el se controlaba mas que en la realidad, con la verdadera Gabby. En la vida real hubiera perdido ya todo el control de si mismo, pero en el sueño era capaz de observar lo que sucedía. Levantó las caderas de ella y los destellos crepitaron en todas direcciones. El se hundía cada vez mas profundamente en ella, sintiendo los espasmos que la recorrían mientras se transformaba en una explosión de luz.

-Le estoy haciendo el amor a un ángel-murmuró-¡Menudo sueño! A menos que realmente esté en el Paraíso.

Gabby tenía el pelo pegado a la frente, pero abrió los ojos, sus ojos tan hermosos.

-No soy un ángel.

-Pues lo pareces con esa aureola.

Estaba profundamente enterrado en ella y decidió, puesto que había recobrado las fuerzas, intentar otra cosa.

Le dio la vuelta para ponerla de rodillas y entró de nuevo en su cuerpo. Las vehementes protestas de la Gabby del sueño le recordaron a la verdadera Gabby.

-Es *mi* sueño-se sintió obligado a recordarle-A muchas mujeres les gusta esta postura y a ti también te gustará. Bueno, suponiendo que vuelva a soñar contigo.

Se sentía un poco desleal con Gabby.

Cada vez le costaba mas controlarse, pero la aureola de Gabby estaba empezando a ponerse dorada y el quería que llegara al orgasmo con el.

-Al principio no estaba enamorado de Gabby-dijo intentando conservar la mente despejada-Pero naturalmente le dije que la amaba.

-¿Le mentiste? ¿Por qué?

-Era necesario. Gabby es una romántica. Yo sabía que cedería si le decía que me había enamorado a primera vista. ¿Sabes querida? No estoy seguro de poder seguir así mucho tiempo más.

Se sorprendió as i mismo al oírse reír por segunda vez. Puede que haya bebido demasiado antes de acostarme, pensó. A lo mejor he muerto por un exceso de alcohol.

La Gabby del sueño tenía los hombros tensos y la aureola se estaba volviendo roja.

-Creo que deberíamos hablar un poco mas sobre las mentiras que me has dicho-dijo con tono acusador.

-Mejor no. Y se trata de *mi* sueño-repitió él de nuevo.

Sacudió la cabeza. Después de todo solo era un invento de su imaginación. Pasó las manos por debajo de ella para acariciarle los pechos. Ella jadeaba suavemente.

-Eres magnífica, Gabby de los sueños-murmuró.

Le costaba hablar pero deseaba prolongar ese instante mientras su pequeña esposa se movía torpemente contra él.

-Tienes tan poco experiencia como mi mujer-prosiguió el antes de agarrarla por las caderas con fuerza-¡No te muevas!

Se dejó ir por fin mientras ella lanzaba un grito y las llamas escapaban de su piel.

El cerró los ojos por temor a que el ángel le cegara.

Capitulo 24

Quill se despertó con mal sabor de boca y unas enormes ganas de beber. Se levantó para servirse un vaso de agua. Se había bebido la mitad cuando los detalles de su sueño le volvieron a la memoria. Sonrió felicitándose por su fértil imaginación. No era extraño que se sintiera raro. Se sirvió otro vaso y lo degustó como si se tratara de un buen vino.

Estaba casi terminándoselo cuando oyó un ligero ruido que provenía de la cama. Gabby se estaba incorporando con el pelo revuelto.

-Buenos días-le dijo con una punzada de culpabilidad.

No iba a darle pronto tanto placer como le había proporcionado a la Gabby del sueño.

-¡No tienes jaqueca!

El levantó una ceja.

-¿Por qué debería tenerla? Debí beber un poco de más ayer por la noche pero no es eso lo que provoca mis dolores de cabeza. ¿Quieres un vaso de agua? ¡Está deliciosa!

-¿De verdad?

Parecía escéptica.

Quill depositó el vaso y se acercó a la cama para besarla suavemente. Le metió las manos entre el pelo.

-Volvamos a empezar-murmuró-Buenos días mujer.

Ella enrojeció.

-Quill ¿recuerdas como tú…

-¿Recordar que?

-Esta noche, tu y yo…

El empezó a reír.

-¡Gran Dios! He estado soñando contigo toda la noche, Gabby. ¿Te acaricié mientras dormía?

-A decir verdad…

El la atrajo hacia sí y la sábana que ella se había subido hasta la barbilla se deslizó.

-¡Vaya!-exclamó el-¡Mi bella esposa ha dormido desnuda!

-Bueno, tú…

-Querida-gimió él-Debiste tener la sensación de que te estaba atacando. Perdóname. Soy un bruto. ¿Qué sucedió?

Ella se estaba mirando las manos y él le puso el pelo detrás de las orejas.

-Me gusta verte desnuda. Quizá voy a empezar a fingir que sueño todas las noches, para poder desnudarte a medianoche.

-¡Quill!

La protesta era menos enérgica que de costumbre.

-¿Qué sucede?-preguntó él repentinamente paralizado-¿Te asusté, Gabby? Lo siento, no recuerdo…Pero esto no había sucedido nunca antes y te aseguro que no volverá a suceder.

-Lo sé-dijo ella en voz muy baja.

-¿Cómo?

-Sé que no volverá a suceder.

El estaba completamente perdido.

-¿Qué es lo que no volverá a suceder?

La verdad es que le daba un poco igual.

-Quizá debiera compensarte por mi grosería de esta noche…

Se puso a la joven sobre las rodillas y le puso una mano en el pecho. Ella solo pudo conservar de milagro la sábana en la cintura.

A Gabby le costaba respirar. Se había prometido a si misma que solo engañaría una vez a Quill dándole la medicina y luego contarle la verdad. Luego, si él la echaba, abandonaría la casa sin discutir.

-No sé como sucedió-continuó él con voz ronca-pero solo pensaba en ti, Gabby.

La hizo caer sobre la cama y contempló sus sensuales curvas.

-¿Y si dejáramos esta conversación para después?

-Quill…

El se estaba inclinando sobre sus pechos y cualquier protesta murió en su garganta. La pasión brotó instantáneamente. Sin embargo la carcomían los remordimientos. ¿Debían hacer el amor? Entonces el comprendería que la medicina de Sudhakar había dado resultado…o creería que se había curado espontáneamente.

No. La traición envenenaría toda su vida juntos. Nunca podría hacer el amor con su marido sin pensar en eso.

-Tengo que hablar contigo-dijo apartándole con firmeza.

-¡Que seriedad!-contestó con una traviesa mirada-¿No preferirías…

-Si… ¡No!-balbuceó ella retrocediendo sobre la cama-Esta noche hicimos el amor.

El se quedó un instante boquiabierto.

-No-dijo con inseguridad.

-Lo hicimos.

-Pero…no tengo jaqueca. Creí… ¿No fue un sueño?

-No.

-¡Eso es absurdo!

Gabby le vio fruncir el ceño con el corazón en un puño. Adoraba esa expresión y su certeza de que cada problema tenía una explicación. Por la forma en que él se puso serio, ella adivinó que había comprendido.

Tuvo deseos de retroceder aún más, pero se contuvo. Ella había tenido razón. No en la forma, si no en el resultado. Ambos habían pasado la noche haciendo el amor y el no tenía ningún dolor.

Los ojos de Quill habían cogido el color de un lago helado.

-Me drogaste.

Dando un salto se tiró sobre ella y le arrancó la sábana. Sin hacer caso de su grito de protesta, le dio la vuelta y descubrió, sobre su cadera derecha, una marca azul, señal de la pasión de la noche.

La apartó sin decir una palabra. ¿Había pensado Gabby alguna vez que sus ojos eran verdes? Ahora eran negros. Sentía que el corazón iba a explotarle en el pecho. La muerte debía ser algo parecido a esto, se dijo.

-La medicina de Sudhakar es muy fuerte-hizo notar el dominando su ira-¿Qué ingredientes lleva?

-Yo no…no lo sé.

-¡No lo sabes!

Silencio helado.

-Sudhakar se lo administró a un hombre que se había caído de un árbol-explicó en voz baja-En cuanto el hombre se agachaba tenía jaqueca. La poción le curó.

-¿Cuándo me lo hiciste tomar?

-Después de la cena con el oporto.

Quill se levantó.

-¡Vaya representación has hecho esta noche!

Gabby contenía las lágrimas con esfuerzo. Él tenía todo el derecho a odiarla.

-Era necesario que hicieras todos los movimientos que te provocan los dolores.

-¿Por qué?

-Creo que la medicina tranquiliza la parte afectada del cerebro.

Eso era mejor que decirle que le dormía el cerebro.

Quill estaba pensando en voz alta.

-El paciente toma la poción, luego hace los movimientos que provocan los dolores…¿Entonces esa medicina ha curado mis heridas?

-Tranquilizó la parte del cerebro que…

Se calló porque no entendía demasiado bien la relación entre una pierna herida y el cerebro.

-Si no hubiera funcionado ¿estaría yo en este momento inmóvil en la cama, incapaz de moverme?

-¡Oh, no!-contestó ella cruzando por fin su mirada-En caso de fracaso no hay ninguna consecuencia indeseable.

-¿Qué mas dijo Sudhakar sobre eso?

Ella se mordió el labio.

-¿Qué más?-insistió Quill separando las sílabas.

A ella le dio la sensación de que él estaba gritando aunque hablara con calma.

-En dosis más fuertes, puede ser un poderoso veneno-murmuró ella con una mirada implorante-Pero prometió que no habría malas consecuencias aunque no funcionara. Pero funcionó.

El le había dado la espalda y se estaba poniendo el camisón.

-De modo que me hiciste tomar un peligroso veneno-dijo el con un tono casi indiferente. ¡Debías estar muy necesitada, Gabby! ¿La pasada noche mereció la pena?

Unas ardientes lágrimas caían por las mejillas de ella.

-No soportaba verte sufrir.

-¿Y no tuviste ningún escrúpulo para mentirme e imponerme un medicamento que hubiera podido matarme?

La miró de frente y su expresión la dejó helada.

-Cuando mi madre compraba tales pociones, al menos tenía la decencia de dejarme decidir si quería tomarlas o no.

-¡Te habrías negado!-exclamó Gabby con voz estrangulada.

-Exacto. No lo habría tomado.

-Era necesario-susurró ella-No quería que sufrieras.

-Pareces haber olvidado que odio las mentiras, Gabby. Entonces te vuelvo a preguntar: ¿la noche pasad valió la pena?

Ella podía ver por su expresión la ruina de su matrimonio, tan claramente como la luz del sol.

-Si recuerdo bien-continuó el sin piedad-creí que eras un ángel. ¡Que ironía! ¿Te reíste mucho? No recuerdo haberte oído reír.

-Te amo.

-Yo perdonaba a mi madre porque ella actuaba por amor-dijo él fríamente-¿Has destruido nuestro matrimonio porque nuestras relaciones sexuales no te bastaban? ¿Porque deseabas que fuera más… viril?

A pesar de sus esfuerzos por conservar la sangre fría, estaba apretando los dientes.

-¡No!-gritó ella-No podía verte sufrir. ¡No lo soportaba!

-Hicimos el amor una vez sin que luego me doliera la cabeza, si la memoria no me engaña. Deduzco por tanto que la experiencia no te gustó.

Gabby era incapaz de contestar.

-Ya no habrá mas experiencias-dijo el en voz baja-Lo sabes ¿verdad? Nunca mas podré confiar en ti y en esas condiciones ningún matrimonio sale adelante.

Ella se rehizo. Aclararía las cosas y luego se iría.

-No espero hacerte cambiar de opinión, pero me gustaría que entendieras. Sudhakar me aseguró que la medicina no podía ser nociva. Entonces decidí que eso justificaba la mentira.

-¡Justificar!-lanzó Quill-¡Dios que pretensión! ¡Mentiras *justificadas*! ¡A tu marido! ¿Mentías también cuando dijiste que me adorabas después de que consumáramos el matrimonio?

Ella guardó silencio, ahogada por las lágrimas.

-Evidentemente eso fue antes de que comprendieras hasta que punto mi enfermedad iba a afectar a tu vida cotidiana-insistió el.

-¡No! ¡Te prohíbo que digas cosas tan crueles!-se rebeló Gabby-Nunca te he mentido en las cosas importantes.

-Salvo que estuviera *justificado*-contestó el con maldad.

-Mis mentiras nunca fueron tan terribles como la que tú me dijiste.

El se cruzó de brazos.

-¿Y de que mentira se trata Gabby? Te lo advierto, me enorgullezco de ser completamente honesto.

Ella levantó la barbilla.

-Si fuera así, no me hubieras dicho lo que dijiste sobre las razones por las que querías casarte conmigo. No habrías fingido amarme.

Quill recordó bruscamente algunos detalles de su supuesto sueño.

-Te pido perdón-dijo por fin-En efecto, te mentí.

Gabby notaba como la ira se iba imponiendo a la tristeza.

-Me mentiste en uno de los momentos mas sagrados de la vida-gruñó-Me obligaste a abandonar al hombre al que amaba, con el que deseaba casarme, para que me casara contigo.

-Te obligué…

Ella le miraba ahora con los ojos completamente secos.

-Anoche tenías razón: soy una romántica. Creí que me amabas, me tragué estúpidamente tus mentiras y rompí con mi prometido. Cierto, el también había mentido, porque comprendí que le parecía demasiado gorda para casarse conmigo. ¡Y yo pobre loca, te creí cuando me decías que era hermosa!

Quill abrió la boca pero no podía decir anda para defenderse.

-Yo al menos, te mentí en tu propio interés-continuó ella-Nunca te habría atrapado en un matrimonio sin amor. Hubiera sido incapaz de seguir el juego.

-¡Este no es un matrimonio sin amor!

Ella se encogió de hombros.

-Según tú, ni siquiera es un matrimonio.

El pensó de pronto que no tenía ninguna intención de llevar a cabo esa amenaza.

Ella se levantó y cogió su camisón de la alfombra. Estaba tan enfadada que había olvidado todo pudor.

-*Eres* hermosa, Gabby-dijo el con voz ronca.

Ella le miró un momento antes de pasarse el camisón por encima de la cabeza.

-Nunca más podré confiar en ti y ningún matrimonio puede tener éxito en esas condiciones-dijo ella repitiendo sus palabras con amargura.

-Tus… Tú mentira era distinta-se quejó Quill con una punta de desesperación-¡Podrías haberme matado con esa condenada poción!

-Y tú podrías haberme roto el corazón-contestó ella-Después de todo me creía enamorada de Peter. Pero vosotros no pensasteis ni por un momento en mi ¿verdad? Yo solo era una torpe y regordeta heredera que vuestro padre había encontrado en el otro extremo del mundo. Sin duda yo debería felicitarme por no haber sido lisa y llanamente puesta en la puerta y reexpedida a la India, ya que, al contrario que Peter, tú no necesitabas dinero.

El buscó una respuesta apropiada.

-Tú tampoco pensabas demasiado en mi cuando me diste esa poción mortal.

-La poción no es peligrosa a pequeñas dosis-repitió Gabby.¿Quieres verlo?-añadió yendo a buscar la botellita al cajón de la cómoda-Te puse exactamente la mitad del contenido de este frasco. No hay suficiente veneno para hacer daño a nadie.

-Lo dudo-gruñó Quill a quien la culpabilidad hacía elevar el tono-¿Cuántas veces a probado Sudhakar la poción? ¿Cientos?

-No.

-¿Cuántas?

-Dos veces-confesó ella.

-¿De modo que, basándote en el hecho e que dos personas no fueron envenenadas por la medicina de Sudhakar, tú creíste que yo era el candidato perfecto para el tercer experimento?

Gabby no taba que se iba poniendo histérica.

-¿Con que derecho te enfadas? ¡Estás curado! Hicimos el amor y no te pusiste enfermo. Ahora ya puedes volver a hacerlo con todas la amantes de las que me hablaste. ¡Vamos! ¡Yo te he curado!

-Estoy enfadado porque mi mujer ha demostrado una total falta de interés por mi salud. Tu padre me escribió para informarme de que tú tenías “malas intenciones con mi vida”.

A Gabby le dio un vuelco el estómago.

-¿Has mantenido correspondencia con mi padre?

-En efecto, me ha escrito varias cartas.

Ella intentó hablar con un tono tan indiferente como el.

-¿De verdad? ¿Y que decía? ¿Y porque no me hablaste de ello?

-Creí que se había vuelto loco. El modo en que hablaba de ti…

-Me lo imagino fácilmente. No sabía que intercambiabas confidencias con mi padre.

-Quizá debiera haber hecho caso a sus advertencias-lanzó Quill con una voz peligrosamente tranquila.

Gabby perdió por completo la paciencia.

-¡Efectivamente!-vociferó-Porque mi padre y tú sois iguales. Los dos sois infantiles, protestones y estúpidos. Hiciste esa estúpida promesa de no tomar más medicinas por pura cabezonería. ¡Y ahora, ahora que estás curado, en lugar de darme las gracias, te quejas!

El se enfureció.

-¡Estúpida puede, pero al menos no he intentado matar a nadie últimamente!

-¡Yo no he intentado matarte! ¡La medicina es inofensiva! ¿Inofensiva!

-¡Ah si? ¡Sin embargo tú no la tomas! ¡Es muy fácil hacer que sea otro el que se trague un veneno *inofensivo*!

Rápida como un rayo, Gabby vació el contenido del frasco en su boca, antes de que él tuviera tiempo de impedírselo.

-¡Demasiado tarde!-exclamó ella con desafío-¡No me da miedo tomar esta poción y no intenté matarte!

Quill estaba pálido como una sábana.

-¡Dios mío Gabby! ¿Qué has hecho?-murmuró-¿Dónde está Sudhakar?

Ella se encogió de hombros y fue a sentarse en el borde de la cama un poco molesta por su actitud melodramática.

-Esa medicina esta dosificada para un hombre adulto ¿no es así Gabby?

-Yo estoy tan gorda como un hombre adulto. Casi.

-¡Desde luego que no!

-Me da igual estar somnolienta durante uno o dos días-contestó ella-si así dejas de decir que he intentado matarte. Porque no es así.

Ya estaba menos agresiva.

-¿Sabes que barco iba a tomar Sudhakar?

-No-contestó ella vagamente-Seguro que ya se ha hecho a la mar. Pero no te preocupes. Dijo que los efectos de la poción desaparecían entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas.

Tenia la sensación de estar volviéndose bizca. Veía dos o tres Quill.

El abrió la puerta de la habitación bruscamente y llamó a Codswallop. Ella le oyó desde muy lejos, ordenar al mayordomo que fuera a buscar a Sudhakar, si es que todavía estaba en Londres. Apretó los dedos sobre la colcha. Le daba vueltas la cabeza.

Le pareció que pasaban horas antes de que Quill volviera a su lado y su rostro se movió ante sus ojos.

-La droga afecta a la visión-dijo-¿lo recuerdas? Esta noche creí que tenías una aureola.

-Ha sido una idiotez por mi parte-murmuró ella en un susurro-¿No es así Quill?

Se sentía como una pasajera en un barco en plena tempestad.

-Lo lamento mucho-añadió con un hilo de voz.

El le cogió las manos.

-Los dos nos hemos comportado como idiotas. Yo te pinché. Sé que no intentaste matarme, Gabby. Solo lo dije porque estaba enfadado. Y tú tenías razón- He sido un estúpido, verdaderamente estúpido por pelearme contigo en vez de darte las gracias.

-No tan estúpido como yo-reconoció ella-Me alegro de que Sudhakar se haya ido. Siempre me echó en cara mi impulsividad. No quería que te diera la medicina.

-¿Qué te dijo sobre ella? ¿Lo recuerdas?

-No. Dijo que era inofensivo a pequeñas dosis.

-¿Nada más?

-No.

Ella empezó a reírse.

-¿Qué sucede?

-Me parece que te están creciendo las orejas, Quill. ¡Pareces un conejo! ¡Y la nariz también!

Volvió a reír.

Quill suspiró. Cuando el había tomado la poción, se había sentido como si estuviera borracho. Esperaba que el efecto en Gabby fuera moderado. La noche prometía ser muy larga.

Sin embargo al cabo de unas horas durante las cuales pasó de la risa a los bostezos, Gabby acabó por dormirse.

Quill se sentó a la cabecera de la cama, terriblemente triste. ¿Cómo habían podido llegar a esta situación? ¿Qué clase de matrimonio era este para que su cabezonería llevara a Gabby a engañarle y para que su pelea les hubiera conducido a esta horrible consecuencia?

Su esposa yacía en la cama, inerte. Tenía que ponerse bien a la fuerza. No dejaba de mirar el reloj de péndulo. Habían pasado cuatro horas desde que había tomado la medicina y se necesitaban al menos veinticuatro para que los efectos desaparecieran.

No se había movido cuando el anciano hindú empujó la puerta.

-Lord Dewland-dijo con tranquilidad.

Quill respingó y se levantó sin soltar la mano de Gabby.

-Señor…

Se interrumpió incapaz de explicar la estúpida discusión que había llevado a esto.

Pero Sudhakar no esperaba que el diera ningún detalle. Cogió la muñeca de Gabby. A Quill le dio un vuelco el corazón al ver lo carente de vida que parecía la pequeña mano.

-¿Cuánto tiempo hace que duerme?

-Casi cinco horas.

Sudhakar no dijo anda, pero a Quill le apreció que apretaba los dientes.

-¿Es una mala señal?

Sus miradas se encontraron.

-¡No!-gritó Quill.

El anciano agachó la cabeza.

-Dudo que sobreviva. Esa medicina es un poderoso veneno, se lo dije. Ha tomado demasiado para una persona de su constitución y se ha dormido demasiado deprisa.

-No lo entiendo-balbuceó Quill-¿Qué importancia tiene eso?

-La poción tiene como ingrediente principal el veneno de una rana. Esa rana sume a su presa en un profundo sueño antes de devorarla. Un sueño que es fatal para los humanos.

-¡Despiértela!

Quill apartó a Sudhakar y agarró a su esposa por los hombros para sacudirla enérgicamente, pero ella parecía una muñeca de trapo.

-¡Déle un antídoto!-ordenó.

-No existe tal cosa. Va a tener que vivir con esto. Y yo también.

-¿Entonces porque le entregó ese veneno? Usted sabe lo impulsiva que es, debería haber sospechado que lo bebería.

Sudhakar enfrentó su mirada.

-¿Y porque debería haberlo pensado? Tenía ante mí a una mujer loca de angustia por su marido, dispuesta a destruir su matrimonio para impedir que él sufriera más. No vi nada de suicida en ella.

-Ella creía que era inofensivo. No sabía…No debería haberle dado nunca ese veneno.

-¿La toma por una niña? Es una mujer adulta, responsable de sus actos.

Quill comprendió de pronto que el anciano sufría tanto como el.

-Hay que hacer algo-gruñó al borde de la desesperación.

Sudhakar se giró.

-Eso está fuera de mis posibilidades. He querido a dos niños y ahora Gabrielle se va a reunir con Johore en la muerte. No habré podido salvar a ninguno de los dos.

-Ella me aseguró que usted era un experto en venenos.

-Pero este no es un veneno indio-respondió Sudhakar-Si existe un antídoto, no lo conozco. Soy un anciano estúpido incapaz de curar a las personas que quiere.

Quill tenía ganas de agarrarle por la garganta.

-Piense-insistió-¿Por qué es mortal? Gabby parece estar durmiendo apaciblemente.

-No lo sé exactamente. Dormirá durante días y no despertará. El hombre que me envió la poción me advirtió de las posibles consecuencias. Los estimulantes no pueden hacer nada.

-No hay nada de malo en dormir-arriesgó Quill-Algunas personas duermen una semana sin morirse por ello.

El hindú fruncía el ceño.

-El agua. A lo mejor la muerte no se produce directamente por el veneno si no a causa de la deshidratación.

-¡Perfecto! La obligaremos a beber.

Acercó un vaso de agua a los labios de Gabby, pero el agua no entró en su boca.

-No puede tragar-gimió Sudhakar-No. Estoy condenado a ver como mueren mis dos hijos. Johore sufrió, al menos la pequeña Gabby morirá en paz.

Quill no le escuchaba. Tiró del cordón y le pidió a Codswallop una cuchara. Luego, levantó la cabeza de Gabby e intentó hacer que tragara un poco de agua. Lo intentó una y otra vez hasta que el camisón estuvo empapado.

Notó una mano en el hombro.

-Es inútil-dijo suavemente Sudhakar.

-¡No!

-Yo sentí este dolor cuando la salud de Johore empeoró justo antes de morir. Estábamos aislados en el pueblo. Nadie quería franquear la puerta de la casa por miedo al cólera. La única que lo hizo fue Gabrielle. Vino de la casa grande con una medicina inglesa. Le importaba más la vida de Johore que la suya.

Quill acarició la mejilla se su esposa.

-No me extraña.

-Es capaz de todo por las personas que ama. Y a usted le ama, vizconde Dewland. Tiene usted suerte. Le amaba demasiado para verle sufrir. Y estoy seguro que lo haría de nuevo si fuera necesario.

-No puede usted saber-murmuró Quill con voz rota-Lo que le dije…

Una mano apretó su hombro.

-Me imagino que se pelearon y que Gabrielle se tomo la poción estando enfadada. Siempre ha tenido un temperamento fogoso, pero le ama, y se sentiría feliz si supiera que sus migrañas están curadas. Porque lo están ¿no es así?

Quill tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¿Y eso que importa? Sin Gabby…

-No me quedaré hasta el final. Ya he visto morir a un niño.

Quill se levantó.

-¿Está usted seguro, completamente seguro de que no se puede hacer nada?

-Seguro. Mi único consejo es que insista en darle agua. Quizá algunas gotas pasen por su garganta. Pero creo que está perdida.

Quill se inclinó.

-Le escribiré cuando se despierte-dijo.

Sudhakar le devolvió el saludo.

-Esperaré su mensaje con impaciencia.

Poco a poco, Quill cogió la costumbre de poner una toalla alrededor del cuello de Gabby y darle agua cada media hora. Ella, con la cabeza un poco ladeada de cierta forma, no la expulsaba. Al menos eso era lo que el quería creer.

A media noche, agotado, dejó encargada a Margaret para ir a descansar.

Dos horas después se despertó y prestó atención. Le había parecido oír un ruido en la habitación de al lado. ¿Habría vuelto en si Gabby?

Pero una ojeada al dormitorio le demostró que la situación no había cambiado. Margaret había incorporado a su señora cuya cabeza caía a un lado. La doncella volvió hacia él su rostro agotado.

-Vaya a acostarse-le ordenó-Y dígale a Codswallop que se reúna conmigo al amanecer.

Muy temprano por la mañana, envió a un lacayo a buscar a uno de los médicos a los que había consultado hacía poco.

El doctor Winn era un hombre alto y delgado con unos inteligentes ojos azules.

-Interesante-dijo examinando el frasco-Muy interesante, milord. ¿Un veneno sacado de una rana dice usted?

Le tomó el pulso a Gabby.

-Parece profundamente dormida. ¿Ha intentado hacer que beba café? Algunas veces eso despierta a los pacientes. O té muy cargado.

Quill se pasó las dos horas siguientes mirando el líquido oscuro resbalando por la barbilla de Gabby y cayendo sobre la toalla. Sin el menor resultado.

Winn se pasó la mano por el pelo con un suspiro.

-Estos venenos orientales son diabólicos. No los conozco demasiado y me temo que no se puede hacer nada más, milord, a menos que nos decidamos a hacer experimentos de dudoso resultado.

Quill siempre había apreciado la prudencia del médico, el cual nunca había intentado administrarle cáñamo indio ni ninguna otra droga. Se había limitado a aconsejarle que se resignara a vivir con sus migrañas.

Pero esta vez no era de la misma opinión.

-Experimentemos-ordenó.

El doctor Winn vaciló.

-Si le administráramos un excitante mas fuerte que el café…¿Se da usted cuenta de que vamos a combatir un veneno con otro?

Quill apretaba los dientes.

-Tiene que despertar. No sé cuanta agua ha tragado.

-Tiene usted razón-aprobó el médico-Corre el riesgo de morir deshidratada.

-Haga algo-gimió Quill.

Winn se sentó entrecruzando los dedos.

-Escúcheme atentamente milord. Nos encontramos enfrentados a dos posibilidades.

Quill cogió entre las suyas la mano inerte de Gabby.

-La solución mas evidente parece que sería darle un estimulante-continuó el doctor-Pero debo advertirle que, dada la falta de reacción de su mujer al café, no estoy seguro de que dé resultado.

-¿Qué peligro habría?

-Que su corazón se parara. La segunda posibilidad es mucho más experimental, sin embargo creo que es la que yo elegiría. Se trata de administrarle laúdano. El laúdano es algo muy interesante. A pequeñas dosis provoca sueño, en gran cantidad se convierte en un veneno. Y naturalmente provoca una gran dependencia.

-¿Para qué administrarle algo para dormir cuando ya está dormida?

-A veces actúa al contrario, aunque no seamos capaces de comprender porque.

-¿Y el peligro?

-No hay prácticamente ninguno. Sin embargo, si eso no funciona, los estimulantes serán todavía menos efectivos. Caerá en un sueño mas pesado si tal cosa es posible. A usted le toca decidir, milord.

-Ya está decidido. Déle laúdano.

-¿Se da usted cuenta de que las posibilidades de éxito son mínimas?

Quill asintió y el médico abrió su bolsa y le hizo tragar a Gabby una dosis de laúdano.

-¿Cuándo sabremos si ha funcionado?-preguntó Quill profundamente angustiado.

-Muy pronto. ¿Puedo sugerirle que le dé mas agua?

Obedeció mientras pensaba que el médico se lo decía solo para mantenerle ocupado.

Pasó una hora durante la cual Quill no dejó de mirar a Gabby pendiente de la menor señal de un cambio. El corazón le pesaba una tonelada.

Poco a poco comprendió que ella ya no estaba realmente allí. Que su cuerpo solo era una cáscara vacía.

-Mi mujer ha muerto-murmuró al cabo de dos horas.

Winn se acercó a los pies de la cama y negó con la cabeza.

-No, no está muerta, milord.

Quill apenas le oyó.

-Me gustaría que ahora se fuera-dijo-El laúdano no ha dado resultado y desearía… quedarme a solas con ella, el poco tiempo que nos queda.

-Esperaré abajo. Haga que me llamen si necesita ayuda.

Quill permaneció en silencio durante una eternidad. Había dejado de mirar a Gabby salvo para obligarla a beber. Era demasiado triste contemplar su

rostro ausente. Prefería imaginarla con su aureola, el halo dorado que rodeaba su cuerpo. Eso debería consolarle, pensó. Ella se le había deslizado de entre los dedos como la luz rosada que la rodeaba.

Un terrible grito se escapó de su garganta.

-¡No! ¡No! ¡No te conviertas en un ángel Gabby! ¡Te necesito!

Solo le respondió el silencio.

¿Le habría oído algún criado? Pero le daba igual si le oía el mundo entro. Ella se había ido. Le había abandonado. En mitad de una pelea le había abandonado.

-¡No!-vociferó.

Quill nunca había demostrado su dolor ante nadie, pero tampoco nunca había sentido un dolor tan intenso.

-Debes vivir Gabby, tienes que volver conmigo. Te lo ruego, te lo suplico, no te vayas. La vida…la vida no existe sin ti. ¡Te amo! Sin ti no podré hablar con nadie. Nadie me hace sonreír como tu lo haces, los colores no…

Se le apagó la voz y se tumbó a su lado en la cama, apoyando la cabeza en su pecho. Podía oír el débil latido de su corazón.

Al fin, agotado, se durmió, arrullado por el sonido lejano y débil de Gabby con el mundo de los vivos.

No sabía si habían pasado horas o minutos pero la voz de la Gabby de los sueños le llamaba.

-Sabía que volverías-murmuró-Sabía que te volvería a ver al menos una vez.

No oyó su respuesta. Intentó abrir los ojos pero estaba cansado, tan cansado…

-Mi esposa ha muerto-explicó-La Gabby real me ha abandonado y ahora sólo me quedas tú, ángel.

Su voz se hizo mas firme.

-Tienes que irte, Gabby de los sueños. Si no puedo tener a mi mujer, tampoco te quiero a ti. Mi Gabby es la única mujer que amo.

Gabby de los sueños parecía un poco irritada y el sacudió la cabeza.

-No te quiero-repitió-Vete.

-Hmm-dijo ella con un tono vagamente divertido.

Quill tenía que hacer un esfuerzo. Por fin abrió los párpados y por un instante se sintió desconcertado por la pequeña y fina mano que vio.

Apenas se atrevía a respirar cuando abrió los ojos del todo.

-Buenos días, señor esposo-dijo una voz que sonaba como la de su mujer.

Y desde luego eran los ojos de Gabby los que brillaban alegremente.

-¡Oh, Dios mío!

Ella enarcó las cejas.

-¿Desde cuando no se dice: “Buenos días Gabby, ¿has dormido bien?”? ¿Has olvidado mis instrucciones?

-¿Te encuentras bien?-preguntó el.

-No-contestó ella repentinamente seria-Me comporté como una loca y me gustaría que me perdonaras. He estado pensando desde que me desperté. Nunca debería haberte mentido ni dejar que la ira dictara mis acciones. La poción de Sudhakar habría podido tener graves consecuencias.

-Así fue, Gabby.

-¿De verdad?

-Sudhakar estaba convencido de que ibas a morir, que no se podía hacer anda para salvarte.

-Le encontraste antes de que embarcara.

-Si.

-Estoy bien, Quill. En cualquier caso lo estaría si aceptaras moverte para que me levante.

El no se movió ni una pulgada.

-Puede que nunca te deje levantarte de la cama-le dijo con ternura-¡Te amo tanto Gabby! No podría vivir sin ti. ¿Lo sabes?

Ella sonrió.

-¿Entonces ahora ya estás enamorado de mi?

-Nunca debería haberte mentido sobre eso. Sin embargo no me arrepiento de haberlo hecho porque eso te convenció de casarte conmigo.

-No me mentiste-murmuró ella contra sus labios-Estaba enamorado de mi pero no lo sabías, eso es todo. ¿Te acuerdas? “Ardo, me consumo, desfallezco”.

Quill se acordó del ardiente deseo que había tenido de casarse con la prometida de su hermano y del modo en que había roto todas las reglas del honor.

-Supongo que tienes razón, mi inteligente esposa-gimió-Pero el que te amara desde el instante en que te vi en el muelle, no tiene nada que ver con el profundo amor que siento por ti ahora.

-Quill…

Se vio reducida al silencio por un beso tan ardiente que la dejó sin aliento.

-¡Necesito levantarme!-declaró enseguida con súbita energía.

Eso no entraba en los planes de Quill.

-Tu me curaste-dijo-Mi encantadora esposa me curó, y a partir de ahora le haré el amor durante todo el día y toda la noche, durante el resto de mi vida.

Ella se quedó quieta con los ojos brillantes.

-Yo también te amo ¿lo sabes? Tenía que amarte terriblemente para comportarme de una manera tan estúpida.

El sonrió.

-¡Por supuesto! Voy a tirar cualquier veneno que haya en al casa. Y también los objetos pesados. Mi mujer tiene un condenado carácter y me siento aterrado ante la idea de que nuestros hijos puedan heredarlo.

La tumbó contra las almohadas.

-¡Quill! ¡Suéltame! ¡Quiero levantarme!

-Y yo quiero que te quedes aquí-replicó el con diabólica sensualidad.

-No puedo.

-No voy a dejar de mirarte ni un segundo. Vamos a vivir en la cama.

-¡Quill!

-¿Por qué no?

La devoraba a besos mientras ella se retorcía para soltarse. El la oyó protestar pero estaba demasiado feliz para preocuparse por ello.

Hizo falta un verdadero grito para que volviera a la realidad.

-¡Quill *tienes* que soltarme! Estoy teniendo una reacción a la medicina de Sudhakar y me da la sensación de que me he bebido un río. Necesito levantarme urgentemente.

El empezó a reírse como un loco, sin parar.

Solo cuando ella le amenazó con darle un rodillazo comprometiendo así la existencia de sus futuros hijos, se hizo a un lado.

Lo cual no modificó en nada sus planes para el resto del día. Ni para la semana. Era un hombre fuerte con una esposa encantadora y muchos hijos que fabricar. Era una perspectiva muy agradable.

Y tenían toda la vida ante sí.

Capitulo 25

Kamath, el vendedor de fruta, miró divertido a los dos amantes tumbados en la orilla del Ganges. Seguramente pensaban que nadie podía verles y se detuvo en la ladera de la montaña. La mujer tenía la piel lechosa de una inglesa. Kamath había oído que en ese país los carámbanos tenían el tamaño de los mangos y que golpeaban la cabeza de los habitantes, lo cual explicaba porque eran un poco raros. Entrecerró los ojos. El hielo no parecía haber tenido efectos nocivos sobre las otras facultades de esos dos.

Con u suspiro satisfecho, el anciano reemprendió la marcha por el sinuoso camino que llevaba hasta su casa. Afortunadamente Jerningham había muerto unos meses antes, se dijo, ya que se ponía intratable con ese tipo de cosas. Había intentado expulsar del pueblo a la hija de Kamath, Sarita. Esta y su marido habían vuelto unas semanas después con un nombre distinto. El imbécil de Jerningham estaba ciego y era incapaz de ver más allá de sus narices.

Al borde del río, el inglés, cuya piel era menos pálida que la de su mujer, había rodado sobre su espalda y estaba contemplando las nubes.

-¿Qué ves?-preguntó su esposa apoyando la cabeza en su hombro.

-Mmm…

El pasó la mano por la espalda de Gabby y notó que estaba tapada con un chal de seda.

-Estoy buscando a mi esposa del sueño. Está en algún lugar ahí arriba y me espera, con su aureola rosa. Ella estaría completamente desnuda bajo el sol, sin preocuparse por el pudor.

-Pues que el vaya bien. Avísame cuando la encuentres y le advertiré sobre las quemaduras del sol.

-“Necesitaría cien años para rendir homenaje a tus ojos y a tu mirada. Dos siglos para adorar cada uno de tus pechos y tres mil para lo demás”. Es una cita aproximada de un poema de Andrew Marvell. Si tengo tiempo suficiente tengo intenciones de ocuparme de mi Gabby del sueño. Es mía para toda la eternidad.

-Entonces contestó ella maliciosamente-la eternidad será el momento en que la maravillosa Gabby del suelo y yo nos separaremos.

-¿De que estás hablando?

-De nuestro futuro en la tierra.

-¿Y?

-Ya no estaremos tan solos el próximo año en esta época-murmuró ella.

Se hizo un silencio solo roto por el saltó de una rana y el murmullo del viento entre los juncos.

Quill se aclaró la garganta.

-¿Quieres decir…

-Mmm-dijo Gabby con una risa en el fondo de los ojos.

-¿Estás segura?

-¡Completamente!

El se levantó, desnudo por completo ante los ojos del mundo (suponiendo que el mundo estuviera interesado).

-¡Volvamos a casa!-dijo poniéndose los pantalones.

Gabby se incorporó apoyándose en los codos.

-¿A Jaipur o a Inglaterra?

-A Inglaterra.

-Creí que todavía necesitabas varios meses para consolidar tus rutas comerciales. Y Jawsant apreció mucho tu ayuda con el tesoro real.

Quill se arrodilló al lado de su esposa.

-He dicho que a Inglaterra. ¡Ve a hacer el equipaje!

Ella suspiró.

-Supongo que esa es tu manera de decir que estás loco de alegría.

-¡Por supuesto!

-Vivir contigo es pasarse el tiempo interpretando lo que sientes ¿lo sabías?

-Vivir contigo es una bendición ¿lo sabías?

Gabby sintió que las lágrimas le felicidad le inundaban los ojos.

La brisa diseminaba pétalos de jazmín en la superficie del Ganges y la boca de Quill acarició la suya con la misma delicadeza con la que las flores caían sobre el agua.

F I N